



Vicente Blasco Ibáñez

*Crónica de la Gran Guerra*  
*(Artículos periodísticos)*



**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**  
REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS



CULTURAL VALÈNCIA

© De esta edición: Ajuntament de València.  
Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals  
© Del texto introductorio: Emilio Sales (Casa Museo Blasco Ibáñez)  
ISBN: 978-84-9089-442-2

## ÍNDICE

A modo de presentación.....	4
<i>Artículos</i>	
Las muchedumbres de París.....	12
París, canta.....	17
París, ríe.....	23
Esperando el socorro.....	30
Las dos Francias.....	36
Tolerancia y buena educación.....	42
Mujeres.....	48
Los alegres aliados.....	59
Los voluntarios.....	65
Ruinas y cadáveres.....	73
El rastrillo.....	80
Los espías.....	85
Las tres cruces.....	92
Cántico de Navidad.....	97
Truenos y sol.....	102
El nuevo estilo francés.....	108
Los peludos.....	113
La fiesta del 75.....	119
¡Guerra a la guerra!.....	123
La salida de París.....	129
La batalla del Marne.....	134
Campos de muerte.....	146
Por los campos de la guerra.....	150
Los dos castillos.....	156
Un cuartel general.....	163
Un general francés.....	171
La ciudad mártir.....	178
Los campamentos.....	185
Marcha subterránea.....	192
En las trincheras.....	200
Entre ruinas.....	207
Duelo de artillería.....	215
Siguen los cañonazos.....	223
La duración de la guerra.....	231

## A MODO DE PRESENTACIÓN

El 16 de diciembre de 1927, durante la celebración de lo que se pretendía homenaje universal a Víctor Hugo, en el Trocadero, Vicente Blasco Ibáñez enlazó un discurso en el que, además de las expresiones admirativas hacia su ídolo, destacó su frenética actividad aliadófila de antaño:

Los cinco años de la última guerra los pasé en París, trabajando por Francia y sus aliados. Fui un soldado de la pluma, sufriendo animosamente grandes excesos de trabajo y las privaciones de una pobreza temporal. Escribí novelas, centenares de artículos, una larguísima *Historia de la guerra*. Hubo días en los que trabajé dieciocho horas.<sup>1</sup>

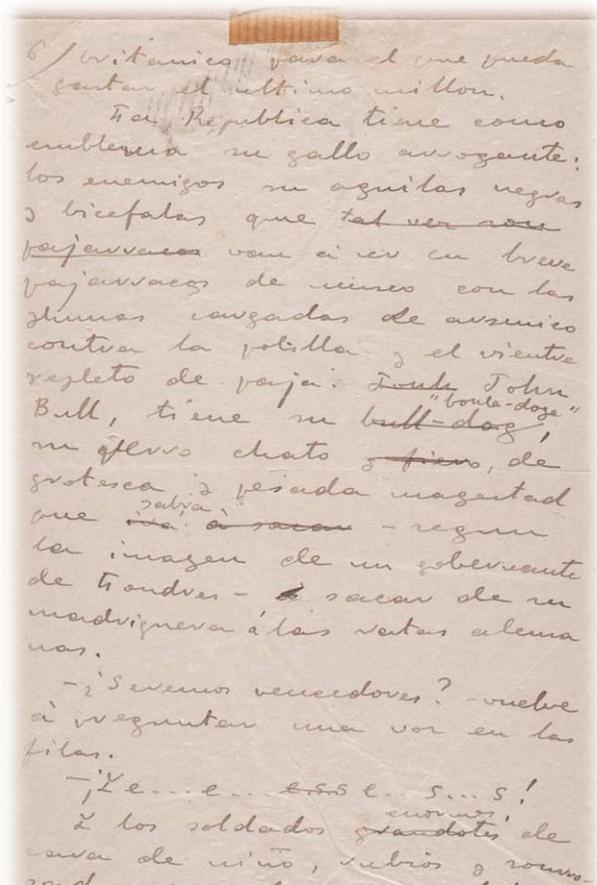
Es cierto que, con el desempeño de esa tarea creativa y periodística, el escritor atendía a una exigencia que le venía impuesta por las circunstancias del momento: la defensa de la causa francesa frente al militarismo alemán. Pero, asimismo, no deberá olvidarse que, por las fechas en las que se produjo el estallido de la Gran Guerra, al poco de regresar de su aventura argentina como colono agrícola, la situación económica de Blasco Ibáñez era complicada, motivo en el que insistió reiteradamente en su correspondencia personal con Francisco Sempere y Fernando Llorca. También esta urgencia práctica determinó y mucho el camino a seguir por un escritor que no solo iba a instrumentalizar ideológicamente sus ficciones, sino que intentó recuperarse monetariamente con su labor como cronista de la guerra y propagandista aliadófilo. Este es el contexto en que ha de entenderse su identificación como «soldado de la pluma», como observador de un drama terrible cuyos orígenes intenta analizar y como hombre avisado que no tiene reparo alguno en moverse entre las altas instancias del país galo para establecer unos contactos que espera redunden en beneficio propio y en el de la editorial Prometeo. Con singular sagacidad, intuyó que la duración del conflicto y el interés que suscitaría hacían conveniente esforzarse al máximo en el manejo de la pluma. Más aún, ponían a prueba sus aptitudes para el marketing.

Poco más de mes y medio después del estallido de la Gran Guerra, el 20 de septiembre de 1914, Blasco Ibáñez empezaba su colaboración con *El Pueblo* con el artículo «Las muchedumbres de París». Sería la primera de las crónicas que iría remitiendo desde Francia para informar del curso de la campaña bélica y que, según el mismo diario, aparecerían «en diversos periódicos» (23-9-1914). Y, en efecto, esta línea de trabajo fue materializando en varias publicaciones

---

<sup>1</sup> «Homenaje a Víctor Hugo: un notable discurso de Blasco Ibáñez», *El Liberal*, 18-12-1927.

periódicas nacionales y extranjeras, como se dirá, sobre todo, en las páginas de la argentina *Fray Mocho* y los rotativos *El País* y *La Publicidad*. Luego, conforme le confiaba a sus socios editoriales en Prometeo, Fernando Llorca y Francisco Sempere, en carta de 11 de octubre de 1914, también escribiría para el grupo Prensa Gráfica: «Yo sigo escribiendo para periódicos. Ahora escribiré para *La Esfera* y *Mundo Gráfico*»<sup>2</sup>. Para estas revistas escribiría, respectivamente, seis y dos crónicas, pues tenía materia suficiente sobre la que escribir y predisposición a hacerlo no le faltaba.



Cuartilla autógrafa del artículo «Los alegres aliados» (Casa Museo Blasco Ibáñez)

Aún más, a tenor de las circunstancias, por estas mismas fechas, es cuando se gestó un proyecto sumamente ambicioso: «¿Qué les parece una “Historia ilustrada de la guerra” escrita por mí? —preguntaba a sus socios en Valencia, en carta de 15 de octubre—. Si creen que la casa puede hacerlo inmediatamente y que esto puede salvar nuestra empresa de este mal momento, yo estoy dispuesto a sacrificarme, a matarme trabajando para que Uds. Y la familia salgan adelante [...] En este momento tengo ocupados cuatro días de la semana por los periódicos»<sup>3</sup>.

Quizá en pocas ocasiones había tenido el escritor que someterse a un ritmo tan delirante, pues, al igual que se sucedían los acontecimientos en el campo de batalla, la pluma de Blasco debía deslizarse veloz

para alimentar a la imprenta. Ya el 17 de noviembre de 1914, se publicaba el primer cuaderno de los muchos, publicados con una frecuencia semanal, que integrarían los nueve grandes volúmenes de la *Historia de la Guerra Europea de*

<sup>2</sup> *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez-Francisco Sempere (1901-1917)*, ed. de M. Herráez, València, Consell Valencià de Cultura, 1999, p. 74.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 74.

1914. Precisamente, la fatiga que le pudo provocar el desmedido esfuerzo para sacar adelante este proyecto editorial, del que no se obtendrían los beneficios esperados en un primer momento, pudo ser uno de los motivos que acabaron decidiéndole a escribir *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, tras haber sopesado la posibilidad de un folletín en extremo novelesco que no firmaría con su nombre:

Mi situación es la siguiente.

Yo además de la Historia puedo hacer otra cosa, pues no quiero escribir más para periódicos. Esto quiere decir que puedo dedicar la semana entera a la casa editorial.

¿Qué conviene más? ¿Hacer la Historia y además novelas serias, novelas artísticas firmadas por mí, como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y otras? ¿O es mejor dejar esto para más adelante y hacer al mismo tiempo que la Historia inmediatamente, todo este folletín semanal que gustaría mucho a la muchedumbre y en el que amparado en el anónimo soltaría toda mi fantasía? [...] *Lo que necesito es dinero para vivir*<sup>4</sup>.

Durante aquellos meses, palabras como «trabajo» y «dinero» se repitieron en las cartas remitidas a Llorca y Sempere. El estado de la economía doméstica condicionaba el quehacer de un novelista que hacía malabarismos para redactar artículos y, además, organizar y gestionar su proyecto editorial. Claro que una buena parte de las crónicas publicadas en diversos diarios y revistas quedaron, después, ensambladas en la *Historia*. Sin embargo, el mismo reaprovechamiento de unos textos previos a los que había que dar continuidad no era tarea baladí. Así se expresaba en carta, sin fecha, enviada desde París a Llorca: «En el *Mundo Gráfico* y *La Esfera* republicaron 8 artículos míos. Hay que recojerlos (sic) también y enviármelos enseguida, pues yo les daré entrada y esto es un alivio. Entra mucho original en cada cuaderno, y yo estoy muy fatigado»<sup>5</sup>.

Con respecto a la *Historia*, no se olvide, además, que otro imperativo a satisfacer era el acopio masivo de imágenes que le otorgaran al conjunto un sello visual. Por eso, Blasco tuvo que acudir a revistas, periódicos, obras ilustradas y a los mismos servicios de propaganda franceses e ingleses para proveerse de fotografías: «El éxito es que todas las páginas lleven grabados»<sup>6</sup>. Aparte de este material de procedencia ajena, tras su viaje al frente, acompañado de J. Franch, en marzo de 1915, Blasco regresó con otro doblemente interesante. Quien había sido testigo de «grandes cosas» y podía ofrecer a los lectores un documento fidedigno de los terribles efectos de la contienda —a desarrollar, primero, en los periódicos, y, después, en la *Historia*—, volvía con «más de 100 fotografías interesantes y en

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pp. 86-87.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 164.

<sup>6</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Llorca, 12 de febrero de 1915; *ibíd.*, p. 128.

casi todas ellas figuro yo, lo que les da un carácter de autenticidad. Figurarán algunas en los periódicos y todas ellas envalorarán la *Historia*»<sup>7</sup>.

*Fray Mocho en la guerra europea*

Don Vicente Blasco Ibáñez, corresponsal en París

Al estallar la conflagración europea, que trastornó la vida en el globo entero y que a todos los habitantes de la República Argentina nos afecta espiritualmente, FRAY MOCHO propuso dar una idea aproximada de la magnitud del acontecimiento. A tal fin, las grandes potencias, con sus formidables elementos de guerra, con sus ciudades, orgullo de una civilización secular, con sus campos, laborados con ejemplar ahínco, con sus pueblos llenos de tradiciones y de vida intensa, fueron el motivo de inspiración de otros tantos números de nuestro programa, mediante el cual hemos obtenido el aplauso del público, cuya demanda, anotando las tiradas de FRAY MOCHO en los dos últimos meses nos estimularon a perseverar en la tarea de ampliar los medios de información en el campo mismo donde se libra la ruda batalla. En cuanto fué posible, emprendió viaje nuestro compañero Juan José



Soiza Reilly, y apenas iniciadas las hostilidades telegrafiamos a don Vicente Blasco Ibáñez, a la sazón a París, demandando de su no desmentida amistad la penosa tarea de enviarnos crónicas y notas gráficas de la guerra. Su respuesta fué una epístola cariñosa y entusiasta, acompañándola de su primera correspondencia, "Las dos Francias", que aparece en lugar preferente de este número, y una colección de fotografías, muchas de las cuales reproducimos en la extensa información sobre "Los alemanes en Bélgica".

Don Vicente Blasco Ibáñez es una personalidad literaria de alto relieve entre los novelistas europeos y "el primero de habla castellana", según el autorizado juicio de Max Nordau, semana a semana, salvo los entorpecimientos de los correos, su firma honrará las páginas de FRAY MOCHO, colmará seguramente el interés de nuestros lectores, que apreciarán, como nosotros, el valioso concurso del eminente colaborador.

*Fray Mocho, 9-10-1914*

Otra cuestión a la que atender y que vinculaba la suerte de los artículos-crónicas a publicar en la prensa y, luego, en su mayoría, a incluir en la *Historia*, es la referente al rédito que se podía obtener por la colaboración. La satisfacción por verse prestigiado por la publicación en que hallaban acomodo sus escritos es lógica en todo creador: «Yo trabajo actualmente en *Fray Mocho* [...] Son buena gente, el periódico es importante y me quiere mucho. Ahora se les llena la boca con que D. Vicente Blasco Ibáñez es su corresponsal en París. Hasta lo han publicado en letras enormes»<sup>8</sup>. No obstante, este prurito pudiera resultar anecdótico al lado de otros

<sup>7</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Sempere y Llorca, recibida el 23 de marzo de 1915; ibídem, p. 138. La importancia concedida por Blasco al elemento gráfico trascendía su puro valor descriptivo y explicativo, por ello recomendó la reutilización masiva de imágenes: «Deben aprovechar *La Alemania Ilustrada* que envié yo, poniendo a toche y moche ciudades alemanas o lo que sea, aunque la ilustración no sea exacta» (ibídem, p. 122).

<sup>8</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Llorca, 29 de octubre de 1914; ibídem, p. 82.

intereses más palpables. Según parece, los mayores ingresos procedían de *Fray Mocho*, revista que le abonaba cuatrocientos francos mensuales, aunque estos llegaban «con mucho retraso»<sup>9</sup>. También Félix Azzati le pagaba por sus colaboraciones, si bien los documentos epistolares de Blasco hacen presumir que no estaba estipulada una cantidad fija: «Según me dijo Pigmalión quería Azzati pagar mis artículos en *El Pueblo*. Ese dinero (de dos meses) que lo dé para el viaje de Pigmalión»<sup>10</sup>; «Me dice Julio y me dice mi señora que Azzati no paga lo de los artículos y que a esta fecha después de dos meses sólo les ha entregado a duras penas 10 duros»<sup>11</sup>.

Blasco no podía permitirse el lujo de no recibir remuneración alguna por su trabajo: «Si es [Azzati] que no va a pagar, entonces dejaré de enviar los artículos para él y para todos». Eso sí, Blasco aceptaba dos modalidades de gratificación: bien en metálico, bien consiguiendo que cualquier publicación periódica publicara en sus páginas los fascículos semanales de la *Historia*. En este sentido, él mismo se encargó de escribir cartas para que sus socios las remitieran a los directores de determinados rotativos, en las que se ofrecía como corresponsal a cambio «de que nos publiquen anuncios de la *Historia* tres o cuatro días a la semana»<sup>12</sup>. Lógicamente, la idea de publicar un mismo artículo en varios lugares entrañaba un riesgo. La revista o diario que le pagaba determinada cantidad podía molestarse si el material recibido no era una primicia. Para evitarlo, había que tomar precauciones en el envío de los originales. Del envío postal a *Fray Mocho* de los artículos se encargaba el propio Blasco; por su parte, sus socios recibían los mismos originales para «soltarlos», con unos días de separación, de forma que primero llegaran a *El Pueblo* y, uno, dos o tres días después, lo publicaran los otros diarios. Como es fácil presumir, la distribución de los textos comportaba una complejidad, que también repercutía en la continuidad cronológica de los escritos publicados en la prensa.

**HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA**  
— DE 1914 —  
por Vicente Blasco Ibáñez

ILUSTRADA CON MILLARES DE GRABADOS Y LAMINAS

LAS GRANDES BATALLAS.—EL HEROISMO.—HORRORES DE LA LUCHA.—ASEDIO DE CIUDADES.—LA GUERRA EN EL MAR Y EN LOS AIRES.—TIPOS Y COSTUMBRES DE LOS BELIGERANTES.—PERSONAJES DE LA TRAGEDIA.—RETRATOS CARICATURAS, DOCUMENTOS.—PLANOS Y MAPAS.—LA VIDA EN EL CAMPAMENTO, EN LOS CAMPOS DE BATALLA Y EN LOS HOSPITALES.—PANORAMAS TRAGICOS.

Todos los sábados aparecerá un cuaderno de gran tamaño con 24 páginas de nutrido texto, abundantes grabados y además una lámina suelta en color.

**Precio del cuaderno: 50 céntimos**

El libro más ameno, interesante y completo de cuantos se han publicado sobre esta conflagración mundial.

De venta en todas las librerías, kioscos y centros de suscripciones.

Anuncio publicado en *El País*

<sup>9</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Sempere y Llorca, sf; ibídem, p. 95.

<sup>10</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Llorca, 19 de octubre de 1914; ibídem, p. 79.

<sup>11</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Sempere y Llorca, sf; ibídem, p. 95.

<sup>12</sup> Carta de Blasco Ibáñez a Sempere y Llorca, sf; ibídem, p. 85.

En todo caso, resulta innegable la magnitud del empeño. Blasco Ibáñez escribió, convertido en cronista-corresponsal de la Gran Guerra, al menos, unos treinta y cuatro artículos, los que aquí se reúnen por dos motivos básicos: el primero, porque, en su registro de las atrocidades del conflicto armado, no solo le muestran al lector los efectos de la barbarie humana, sino que también constatan la capacidad del autor para transmitir un relato transido de plasticidad en las descripciones y notable sensibilidad por el dolor que provocó la contienda. En segunda instancia, la cantidad de publicaciones periódicas en las que aparecieron tales artículos (localizadas catorce, aunque podrían ser más) revelan tanto el interés de la prensa por la guerra, como el prestigio del que gozaba Blasco por aquellas fechas y lo transformaba en inestimable colaborador.

Estos artículos, que, conforme se ha dicho, pasaron en su mayoría, con modificaciones más o menos exhaustivas, a la *Historia*, encontraron acomodo en la prensa, agrupados bajo epígrafes diferentes según la publicación. Mientras, por ejemplo, en *El Pueblo*, se adoptaron los títulos genéricos de «Crónica de París», «Visiones de la guerra» o «Mi viaje al frente de la guerra» (este último compartido por *La Publicidad*), *El País* fue mudando continuamente los encabezados: «Desde París», «La guerra, por Blasco Ibáñez», «Blasco Ibáñez en París», «Versiones de la guerra» (también en *El Popular*) y «Crónica de la guerra» (compartido por *La Prensa*).

Si en los diversos rotativos diarios el artículo no iba acompañado de ilustraciones —pese a que en el número del 19 de septiembre de 1914, *El Pueblo* anunciaba la publicación de fotografías tomadas en el campo de batalla—, los textos incluidos en la revista *Fray Mocho* combinaron el texto escrito con un material gráfico, buena parte del cual se reutiliza aquí. Se trata de casi cuarenta imágenes: fotografías, por un lado, y dibujos, por el otro, firmados muchos de ellos por el dibujante asturiano, afincado en Argentina, Juan Peláez, y unos pocos por el reconocido caricaturista español José María Cao.

Con la recuperación de estos materiales periodísticos, se intenta mostrar una de las múltiples facetas de la producción de un personaje poliédrico como Blasco Ibáñez, un literato que, como los hombres y mujeres de su tiempo, se vio sacudido por esos temibles jinetes del Apocalipsis y, en medio de sus propias urgencias personales, se convirtió en «soldado de la pluma».

Visiones de la guerra

## El rastriillo

Detrás del ejército de los aliados que ocupa una línea de quinientos kilómetros (el frente de batalla más grande que se conoce en la historia) existe una segunda línea de tropas, conocida con el nombre de "el rastriillo".

Este ejército - rastriillo, como lo indica su nombre, avanza ~~lentamente~~ lentamente en espaldas del verdadero ejército, avanzando, retrocediendo, desmenuzando, todo lo que esto deja detrás. Regimientos, baterías ocupados en ~~batallas~~ <sup>regulares</sup> <sup>despues</sup> al enemigo y decoros de evolucionar, <sup>ni verdida</sup> <sup>no pueden</sup> ~~de tiempo no pueden detenerse a explorar~~ ~~detenerse en la exploracion~~ del terreno que ocupan. Su única misión es ir <sup>adelante</sup>, ~~avanzando~~ <sup>avanzando</sup> para el rastriillo sobre la tierra.

Cuartilla autógrafa del artículo «El rastriillo» (Casa Museo Blasco Ibáñez)



## Las muchedumbres de París<sup>13</sup>

LO QUE MAYOR INQUIETUD produjo en los habitantes de París al declararse la guerra, no fue el miedo a los peligros y horrores que esta trae consigo, sino la escasez de moneda y la desaparición total del crédito.

Los bancos, en virtud del *moratorium*<sup>14</sup>, se negaron a devolver los depósitos y no quisieron pagar las cartas de crédito, letras, etc. Una ruina instantánea, fulminante, inesperada, para la gente de todas las nacionalidades que vive en París gastando los productos de sus tierras y de sus capitales que fructifican en los pueblos más apartados del globo. ¡Qué de novelas desarrolladas en las piezas de esos hoteles *palaces*, cuarteles lujosos en los que se amalgaman los ricos de toda la tierra! ¡Qué de lágrimas e inquietudes en los imponentes caserones inmediatos al Arco de la Estrella, donde establecen sus errabundos lares las familias acomodadas con una mescolanza cosmopolita, tropezándose como vecinos, en la misma escalera, un ganadero argentino, un azucarero de Cuba, un salitrero de Chile, un minero de Siberia y un antiguo colonizador de Australia o Nueva Zelanda!

La pobreza repentina, casi la miseria; como si en unas cuantas horas se hubiese cambiado el régimen social, triunfando la más absoluta de las revoluciones y desapareciendo para siempre los privilegios del dinero.

\*\*\*

Yo conozco millonarios que fueron al banco en su automóvil imponente, con diez o quince francos por todo capital. Iban a sacar dinero de sus cuentas corrientes y al encontrarse con la negativa del empleado quedaban estupefactos, alhelados por la sorpresa, como si presenciasen un fenómeno absurdo que desorganizaba todo el ritmo de la vida. ¡Tener dinero en grandes cantidades, centenares de miles de francos, y no contar con otra realidad que las contadísimas monedas que por olvido permanecen en el fondo de los bolsillos!

—¿Qué hacer? —se preguntaban unos a otros.

El mundo se presentaba de pronto envuelto en brumas, como si algo fúnebre pasase ante el sol. ¿Cómo pagar a los criados, al *chauffeur*, a la cocinera? Y por encima de estas obligaciones la necesidad más inmediata y dolorosa: ¿cómo podrían comer al día siguiente?...

Por fortuna todo se arregla en este mundo: unas veces bien, las más de ellas mal, pero nada queda sin su correspondiente solución. Los ricos faltos de dinero apelaron al procedimiento amado de los pobres; el préstamo, la petición al

---

<sup>13</sup> *El Pueblo*, 20-9-1914; *El País*, 23-9-1914; «Las muchedumbres», *Fray Mocho*, 16-10-1914; *HGE*, I, pp. 127-134.

<sup>14</sup> *moratorium*: moratoria.

amigo, el ruego fervoroso por unos cuantos francos. Luego los bancos han entregado en tres veces hasta el veinte por ciento de los depósitos y muchos gobiernos han hecho adelantos a sus súbditos para que puedan emprender el viaje de regreso.

¡Adiós, París! Los ricos sonríen ahora recordando sus apuros; echan a broma sus inquietudes, como algo gracioso e interesante; pero ¡quién sabe si han presenciado por algunos días un anticipo del más grande de los conflictos en un porvenir todavía remoto cuando el dinero desaparezca o pierda todo su valor y los poderosos del mundo se encuentren de pronto con que no tienen otro capital que sus brazos y su cerebro!...

\*\*\*

Otro apuro del vecindario parisién fue la falta repentina de moneda. El oro ha desaparecido en veinticuatro horas. Lo guardan los bancos, lo guardan las grandes de comercio enterrado en sus cuevas y su ocultamiento produjo un trastorno enorme.

Imposible vivir sin las facilidades del cambio. Hay gentes en París que casi han muerto de hambre con un billete de cien francos en el bolsillo. La desaparición de la pieza de oro de veinte francos y de la pieza de plata de cinco, hizo que todos los establecimientos se negasen a aceptar hasta los billetes de cincuenta, prefiriendo no realizar ventas a tener que hacer cambios. Imposible, comer, fumar, entrar en un café, tomar un carruaje para el que no iba provisto de moneda menuda. Los más vivieron a crédito en su correspondiente barrio donde son conocidos, enseñando un billete que nadie quería poseer. La dueña del restaurant, al verlo, prefería dar su comida a crédito, y así en todos los demás establecimientos. Ya cobrarían cuando el billete pudiese ser cambiado.

Y fue un verdadero acontecimiento que descongestionó muchos pechos angustiados el anuncio del Banco de Francia poniendo en circulación los nuevos billetes de veinte y de cinco francos, pedazos de papel que han restablecido en París el cambio corriente y la normalidad de la vida.

Durante una semana la muchedumbre se ha agolpado ante las puertas de las sucursales del banco, como un pueblo famélico que pretende asaltar los almacenes de víveres. La Guardia Republicana, fusil en mano, tenía que guardar el orden. Y estas masas que un recién llegado hubiese creído ansiosas de saqueo, llevaban en los bolsillos fajos de billetes del banco. Las economías del pueblo de París, el más ahorrativo y amontonador de la tierra, han acudido al asalto del gran establecimiento de crédito para desmenuzarse, multiplicándose al cambiar de forma, convirtiendo en cinco el billete de cien francos guardado cuidadosamente en el fondo de una caja de jabón o disimulado entre los cepillos y trapos para limpiar las botas.

\*\*\*

Otras muchedumbres se amontonan diariamente en diversos puntos de París. La más grande es la que extiende su masa de cabezas en torno de la Estación del Este esparciendo sus tentáculos por las calles inmediatas.

Hace más de un mes que su nombre está en todas las bocas. ¡La «Gare de l'Est»! ¡«La estación histórica» como le llaman muchos!

Semejante a un estrecho túnel por el cual intentase pasar todo un río, con grandes choques y rebullimientos en sus paredes, así la Francia armada, la Francia viril, se ha lanzado por esta salida de París hacia los campos de batalla de la frontera.

La Estación del Este, en tiempos normales es una de las menos concurridas de París. Como sirve de lugar de partida para Alemania bien se comprende que no atraiga muchos viajeros. Yo solo la había pisado una ocasión al volver de Constantinopla en el Orient Exprés. Ahora afluyen a ella las muchedumbres inquietas y abigarradas, para ver cómo desaparecen en su interior otras muchedumbres de contornos geométricos, uniformemente vestidas, con relampagueos de acero y acompañamiento cadencioso de choques metálicos.

Los frontones del edificio parecen las múltiples testas de una bestia angulosa y cornuda: sus medios puntos de cristal que brillan al sol, bocas ígneas que tragan y tragan gente, como los monstruos del culto molokeo. ¡Lo que ha devorado en un mes esta construcción rodeada de muchedumbres día y noche como un templo de ritos permanentes y en cuyo interior humea la hulla en blancas vedijas, se alinean con sonoro choque los centenares de cajones montados sobre ruedas, y braman las locomotoras con el curvo vientre henchido de vapor! A través de sus verjas han pasado miles y miles de caballos; hombres con el pecho forrado de acero y cabelleras de crines pendientes del casco, como guerreros de remotas edades; cajas enormes que sirven de jaulas a los cóndores de la moderna aeronáutica; procesiones interminables de cañones estrechos y largos, pintados de blanco, protegidos por mamparas metálicas, más semejantes a instrumentos astronómicos que a bocas de muerte; masas y masas de quepis rojos enfundados de azul, moviéndose con el ritmo de la marcha, dejando adivinar apenas debajo de ellos los capotes con las aldas abrochadas atrás, el pantalón escarlata y los zapatones claveteados; erizadas arriba de filas de fusiles; unos negros y escuetos, formando un cañaveral lúgubre, otros rematados por las bayonetas que padecen espigas luminosas, y sobre estos campos movibles de mieses de acero las banderas que ondean cual pájaros de colores, el cuerpo blanco, una ala azul, otra roja, una corbata deslumbrante en el cuello y en lo alto el pico de oro, el hierro de la lanza que apunta al cielo.

El grueso de las tropas está en los campos de batalla: ya no se embarcan en la Estación del Este cuerpos enteros de ejército; mas no por esto cesa la animación en torno de ella. Día y noche los hombres de combate entran y entran en la histórica estación, sueltos o por grupos, son reservistas sin uniforme que van a unirse a sus cuerpos; oficiales rezagados que han estado trabajando en la movilización; pelotones que avanzan para llenar los grandes claros que la muerte abre en las guerras modernas.

La muchedumbre aglomerada contra las verjas, en perpetua disputa afectuosa con los policías encargados de mantener libre el paso, saluda a los que se van y los acompaña con los ojos mientras atraviesan el gran patio de la estación hasta que se pierden tras de las mamparas de cristales. Vocean los vendedores las últimas ediciones de los periódicos y la masa oscura se motea de puntos blancos, hojas de papel impreso leídas ávidamente. Una buena noticia. «¡Viva Francia!...». Un despacho oscuro que hace presentir un descalabro y una retirada. ¡No importa! Hay que sostenerse de todos modos. Los rusos se encargarán de avanzar a espaldas del enemigo.

Y mientras discuten los grupos y ciertas muchachas, elegantemente vestidas, pregonan la venta de escarapelas tricolores y otros adornos patrióticos, siguen atravesando el patio solitario para ser tragadas por las puertas de la estación, gentes y más gentes que van a la guerra.

Un oficial joven de la reserva, con el saco a la espalda, avanza acompañado por su padre, hasta donde lo permite la policía. El viejo enjuto, con una cinta militar en la solapa se yergue poniendo un gesto fosco. Quiere mostrarse fiero, inhumano, para ocultar su emoción.

—Adiós, muchacho: pórtate bien.

—Adiós, padre.

No se dan la mano: no se miran. El joven sonrío automáticamente.

Algunos reservistas avanzan riendo, cantando, mirando a sus camaradas, pero su diestra oprime la mano arrugada de una mujercita que marcha a su lado, tiesa y con los ojos secos: la madre que ha querido acompañar a su mocetón hasta el último momento.

Otros llegan sueltos, despegados de sus camaradas, pero no por esto van solos. El fusil cuelga de uno de sus hombros, la espalda sufre la pesada joroba de la mochila, las piernas rojas salen y se ocultan entre las alas recogidas del capote; la pipa humea bajo la visera del quepis. Y delante de él caminan unos cuantos pequeñuelos alineados por orden de estatura, que vuelven la cabeza para admirar al padre súbitamente engrandecido a sus ojos por estos arreos militares. Al lado marcha la compañera, afable y sumisa, lo mismo que en las primeras semanas de procreadora amistad; sintiendo confusamente en su alma simple una florescencia

renovada de amor, una primavera extemporánea, nacida al contacto del peligro. Este obrero de París que hace un mes cantaba «La Internacional» con la desaparición de los ejércitos y la fraternidad de todos los seres humanos, va ahora en busca de la muerte por defender a su país, y la mujer llora pero lo admira.

El cariño a su hombre la hace insistir hasta el último momento en sus cuidados y recomendaciones. Ha puesto en la mochila los mejores pañuelos, los pocos víveres que tenía en casa, todo el dinero. No debe inquietarse por ella y los pequeños. Ya saldrán del paso como puedan. El Gobierno y las buenas almas cuidarán de ellos.

Y el hombre bromea mirando a su mujer en las inmediaciones del talle algo deforme. Saluda al ciudadano próximo a venir y que seguramente nacerá en plena victoria.

Un beso a la compañera, un cariñoso repelón a la prole y se une con los camaradas. Nada de lágrimas. ¡Coraje! ¡Viva Francia!

Sus recomendaciones son oídas. Nadie llora. Pero cuando el último, pantalón rojo desaparece tras de los cristales de la estación muchas manos se agarran convulsas a los hierros de la verja, muchas cabezas se ocultan bajo el brazo con un estertor angustioso. El padre se mete en un café y busca la banqueta más honda, el rincón más oscuro, para ocultar su emoción.

Una vieja mira hacia donde ella cree que está el Este y agita sus brazos secos con homicida furia.

—¡Ah bandido!... ¡Bandido!

Y con la imaginación vuelve a ver lo que tantas veces ha contemplado en las páginas ilustradas de los periódicos; unos bigotes de insolente y marcial alborotamiento, una boca de dientes de lobo que ríe... ríe, como debieron reír los hombres de la época de las cavernas.

## París, canta<sup>15</sup>

CON RAZÓN ES EL GALLO el heráldico emblema del pueblo de las Galias. Semejante a este animal, gallardo y ruidoso, el francés, apenas siente el temblor de la emoción, la caricia de la esperanza o la acometividad irresistible de la cólera, lanza al viento su alma en forma de cántico.

Los amantes, al verse solos caminando por una calle desierta o por el sendero de un bosque, sienten la necesidad de agarrarse las manos y cantar a media voz, mirándose los ojos, lo mismo que en una opereta, pero sinceramente, por un impulso irresistible. Las gentes, fieles a las costumbres tradicionales, cantan en las bodas y en todas las ceremonias de familia. El que sabe una canción cree defraudar y ofender a sus compañeros de banquete si no la suelta a los postres. La romanza sentimental hace soñar a la joven obrera, abriendo ante su imaginación un horizonte de nubes sonrosadas que toman las formas más irreales y seductoras. El hombre entona la canción patriótica, que unas veces retruena en el interior de su cráneo con acompañamiento imaginario de trompetas y tambores, como una diana de cuartel, y otras evoca imágenes de barricada, mugidos de muchedumbre en revolución.

«En Francia todo termina en canciones», dijo un personaje histórico. Más exacto sería decir que este pueblo todo lo hace con acompañamiento de canciones: las grandes y las pequeñas cosas; la guerra y el amor; la sátira callejera y la revolución de eco mundial; la fiesta de familia en una trastienda y la caída de un trono.

El combatiente francés canta en la guerra como los soldados de la antigua Grecia. Muchas veces su canto ha sido pueril o incoherente, lo mismo que el de los niños, pero la acción heroica, los gritos de victoria y de muerte, al servirle de acompañamiento, le han dado un interés épico.

Los soldados de Luis XIII y Luis XIV seguían a sus mariscales cantando:

*Auprés de ma blonde  
qu'il fait bon, fait bon, fait bon.*

Años antes de la Revolución, los ejércitos de peluca blanca, en cuyas filas estaban como simples soldados los generales futuros de la República, marchaban al compás de la canción:

*En avant Fanfán la Tulipe  
oui; mille noms d'une pipe.*

---

<sup>15</sup> *El Pueblo*, 24-9-1914; *El País*, 27-9-1914; *La Mañana*, 1-10-1914; «La Francia que canta», *Fray Mocho*, 23-10-1914; *HGE*, III, pp. 393-400.

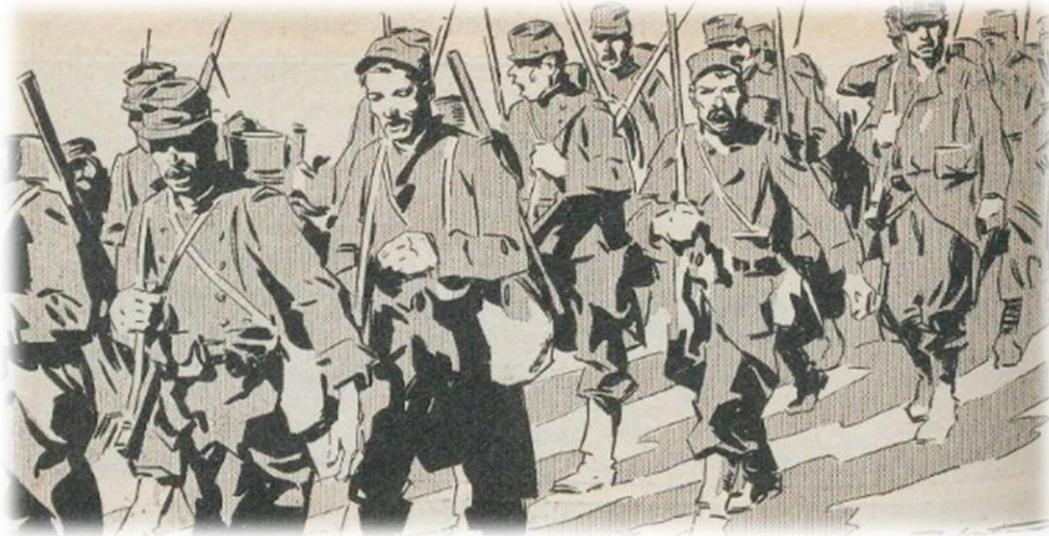
Y los granaderos de Napoleón, aquellos gruñones de bigote gris, acompañaban a coro, con sus voces enronquecidas, los redobles del tambor cuando cargaban contra el ejército adversario en el momento decisivo:

*On va leur percer le flanc  
rataplán, tirelire, lire:  
on va leur percer le flanc  
rataplán que nous allons rire!*

Inútil hablar de *La Marsellesa*. Todos saben lo que significó este canto en las guerras de la Revolución. «Nos batimos uno contra diez —decía un general de la primera República—, pero *La Marsellesa* venía con nosotros, y vencimos».

Hoy, la Francia en armas, vuelve a entonar su himno heroico, más famoso que los «peanes»<sup>16</sup> cantados por los héroes de Salamina. En los combates tenaces desarrollados recientemente en la frontera de Bélgica, muchos batallones franceses han cargado a la bayoneta contra los alemanes cantando *La Marsellesa*. Es más; algunos coroneles, siguiendo la heroica tradición republicana de 1793, han descendido del caballo para empuñar un fusil y avanzar al frente de sus soldados entonando el himno:

*Allons enfants de la Patrie.*



—No cantes, compañero —decía un soldado a otro corriendo con la bayoneta por delante hacia las posiciones del enemigo—. Estamos lejos, y eso quita el aliento.

El cantor solo se interrumpió un instante.

---

<sup>16</sup> *peanes*: cantos corales, usualmente de tono bélico, dedicados al dios Apolo.

—Te equivocas. *La Marsellesa* da más aire. Rouget de L'Isle, músico mediocre y poeta de afición, pasó todo el resto de su larga vida, después de producir el famoso himno, escribiendo romanzas y operetas. Ni una sola ha llegado hasta nosotros. De un montón enorme de mamotretos musicales, solo quedan unos cuantos compases que conoce el mundo entero y recordará por los siglos de los siglos.

Hace años vivían en París dos poetas llamados Beranger y Victor Hugo. Hoy existe, entre sus nombres, una enorme distancia; entonces también, pero los términos de esta distancia estaban invertidos. El cancionero popular era el más célebre de los dos. Su nombre hacía temblar de emoción a las grisetas de las buhardillas por sus versos de amor, y a los viejos revolucionarios por sus canciones patrióticas. El nombre de Beranger estaba en todas las bocas; su retrato en todos los cafés. Cuando la monarquía le llevaba a la cárcel, las damas ruidosas de los mercados derramaban lágrimas, y corrían a ofrecerle en su celda los más ricos comestibles a guisa de coronas de laurel.

El olímpico Hugo sonreía discretamente ante esta popularidad. Beranger, gran admirador del semidiós, avergonzábale de ella como de una usurpación, pero acababa por reír también.

\*\*\*

El servicio obligatorio ha llevado a los ejércitos de la República todo el elemento masculino de los teatros y de los cafés cantantes.

En algunas fortificaciones de la frontera del este y en los campos atrincherados, se organizan funciones teatrales y conciertos para animar la monotonía de las veladas. La tentación resulta irresistible. A lo mejor una compañía formada de mocetones del campo o empleadillos de la ciudad, que solo de tarde en tarde iban al teatro, se enteran de que tal soldado, afeitado y con la cabeza pelada al rape recientemente, es un famoso tenor de la Ópera, un socio de la comedia francesa o un cantante popular que «lanzó» la romanza conocida de todos.

—Hay que decir algo, compañero: hay que alegrar a los camaradas.

Y en las noches tranquilas, cuando no hay motivo de alarma y el enemigo está lejos, unas mantas tendidas entre dos tiendas de campaña forman un escenario, y la celebridad de París, que cobraba miles de francos por dejarse oír en tiempos normales, entona la romanza de Massenet o Saint-Saens, recita la poesía heroica de Victor Hugo, o canta con gestos picarescos el *couplet* cuyo estribillo repite en la sombra un público enorme que apenas si se deja ver un instante con el crepitar de las hogueras del rancho, para sumirse luego en la obscuridad; un público en armas, fatigado y alegre que forma un coro de miles de voces.

El gobierno de la República, que no desea la obediencia de la máquina, sino el esfuerzo consciente y heroico del hombre libre, cuida tanto de las almas de los soldados como de sus cuerpos. Un elogio unánime sale de los campamentos para la administración militar. Los combatientes franceses viven en abundancia. Los más de ellos comen mejor ahora que en sus granjas o en las casuchas obreras de los arrabales. Además, el gobierno se preocupa de su alimento espiritual. Todas las mañanas se reparte en campamentos y fuertes, allí donde existe un grupo de soldados, el *Boletín de los Ejércitos de la República*, una hoja en la que escriben por turno todos los grandes hombres de Francia, autores dramáticos, novelistas, sabios, académicos, historiadores...

Un poeta popular, Teodoro Botrel, llamado el «bardo bretón», va de regimiento en regimiento, autorizado por el ministro de la Guerra, y con su voz de barítono entona ante la asamblea de quepis rojos sus versos de bronce glorificando la tierra natal, las tumbas de los abuelos, el histórico suelo de Francia, todo lo que hay que defender de la sacrílega planta del enemigo. Los cantores populares de las calles marchan también de campamento en campamento esparciendo un poco de alegría francesa, de burla parisién que hace asomar sonrisas a las bocas pálidas de los heridos y los fatigados.

Esto lo hacen únicamente los viejos, los veteranos del arte popular con sus caras arrugadas y quemadas por los años y los afeites de la escena, remediando con el gesto y la mímica las escaseces de su voz.

Los jóvenes están en las filas. Al realizarse la movilización fue un espectáculo curioso ver marchar a la guerra en apretado grupo todos los que en los escenarios cantaban puestos de frac la romanza sentimental, imitaban al recluta y al marinero ebrio, o venidos a menos entonaban en las calles la canción de moda.

«¡Los cantores se van a la guerra!» Y mezcladas con los mocetones de cara afeitada fueron hasta la estación para despedirles las estrellas de café-concierto, vestidas de lentejuelas y huecas faldas la noche anterior, ahora llorosas, pálidas, con un entrecejo trágico, ennegreciéndose sus lágrimas al rodar por el círculo pintado en torno de sus ojos.

¡Pobres estrellas!... Sus amigos están lejos; sus amigos van a morir. Algunos ya no existen, y la buena amiga llora de noche en las alturas de Montmartre contemplando un retrato en que aparece el antiguo cantor vestido de soldado, sin detalles grotescos; de soldado «de verdad».

Pero el llanto por el muerto o por el ausente que no envía noticias, es breve. Hay que vivir; la vida en París resulta cada día más cara; los escenarios donde ellas ganaban su subsistencia, están cerrados.

Saben el medio de adquirir dinero sin grandes esfuerzos. La ocasión tentadora les sale al paso. Mil veces se han valido de ella en otros tiempos para

conquistar un traje o una alhaja. Pero ahora... ¡ay, no! Se acuerdan del otro que puede morir, que tal vez ha muerto. El peligro nos hace buenos y leales. Jamás fue París tan virtuoso, fiel y bien educado. Cuando la muerte ronda por cerca de nosotros, sube a la superficie del alma, en luminosas burbujas, todo lo bueno que duerme en nosotros.

Unas quieren ser enfermeras de los heridos, sienten un ansia de sacrificio, desean manejar las vasijas más hediondas con las manos que hace pocos meses recogían enormes ramilletes sobre tablado. Otras pasan la noche confeccionando escarapelas tricolores o vistiendo muñequitas con traje de alsaciana para venderlas al día siguiente en los bulevares.

Las más animosas buscan un guitarrista viejo, un violinista enfermo que se haya librado de ir a la guerra, y vistiendo un traje de colores claros, calándose el sombrero de penachos más vistosos, se colocan al anochecer en una esquina con su orquesta.

Una romanza melancólica, lagrimeante, corta el crepúsculo. Y la estrella antigua de los escenarios del Canadá y los casinos de la América del Sur, la amada por hombres ricos, que inspiró más de una locura, baja los ojos con irresistible vergüenza y mueve en la diestra una taza de latón en la que van cayendo monedas: todas de cobre, ninguna blanca.

\*\*\*

Hay otros cantores que atraen a la muchedumbre en las calles con el impulso irresistible de la glorificación patriótica y el anatema al enemigo.

La simplicidad popular cierra los ojos al escuchar esta música, y ve con la imaginación el humo de los combates y las alas de la victoria cobijando el pabellón tricolor.

Las pobres mujeres cantan con gravedad, pensando en sus hombres que están en la guerra. La aprendiz se priva del panecillo del almuerzo para comprar la canción impresa y la balbucea siguiendo al cantor, haciendo esfuerzos por fijarla en la memoria y repetirla luego en su casa.

¡Triunfarán! Es seguro; lo dice la canción: está impreso en letras de molde.

El cantor se ha colocado en una esquina cerca de una callejuela, como un general que al iniciar su acción prepara la retirada. ¡Tiene tantos enemigos el arte!...

Unos instrumentos de cuerda suenan a sus espaldas y el barítono, entre estrofa y estrofa, habla con su público.

—Diez céntimos nada más la canción. ¡Quién desea otra!...

Y cuando gran parte de su público tiene el papel entre las manos, vuelve a cantar, autoritariamente, lleva el compás con la cabeza y con todo el cuerpo, guiando a los que desean aprender la canción.

—¡Nombre de Dios! —dicen algunos obreros viejos mezclados con las mujeres, pero que no compran el papel—. Esto da gusto oírlo.

Los versos son malos, ¡pero interpretan con tanta exactitud los anhelos del alma popular!

—Da tanto placer como encontrarse un billete de veinte francos —afirma una especie de filósofo de doce años, con la blusa rota y los dedos fuera de los zapatos.

Y el artista, majestuoso e insensible a la gloria popular, sigue cantando:

*Faisons savoir  
au Kaiser noir,  
sanguinaire et cruel bravache  
que nos enfants  
et leurs parents  
iront lui tirer la moustache.*

Nadie ríe. Las bocas graves, las frentes ceñudas, los ojos brillantes dan a entender que no se trata de una bravata ni de una broma. Sí; así será. Es lo que desean todos. Y sus voces repiten las últimas sílabas del cantor, mientras sus pensamientos van lejos, muy lejos.

Pero el bardo los llama a la realidad con el despotismo de un director de orquesta. Hay que entonar el estribillo.

—Al refrán... vamos al refrán, *mesdames et messieurs*... ¡Todos a coro!

Y guiado por el vozarrón del barítono, el público canta:

*Entends tu Guillaume?  
La terre vient de trembler,  
ta tête et ton trône  
tout ça va á tomber.*

Algo debe temblar y caer en aquel momento, efectivamente, porque los músicos se meten bajo el brazo los instrumentos de cuerda, el cantor se guarda sus papeles y los tres salen a todo escape por la callejuela.

¿Son los prusianos que llegan?...

No; es un guardia de París, un representante de la ley de estado de sitio, que prohíbe grupos en las calles.

El bravo policía se detiene un momento, sonrío levemente al reconocer a los que huyen y levanta los hombros.

Estamos en tiempos de guerra, tiempos de fraternidad, y hay que ser tolerante con el divino arte.

## París, ríe<sup>17</sup>

ESTE PARÍS, QUE vive hace más de un mes sometido al estado de sitio, guarda todo su buen humor, su alegría burlona de los tiempos normales. Cafés y restaurants se cierran a las ocho de la noche; los tranvías cesan de circular a la misma hora; ómnibus no existen, pues todos fueron movilizados y están en los campos de la guerra trasladando víveres y hombres; escasean en las vías públicas los automóviles y carruajes de caballos, no porque aquellos falten, sino porque «chauffeurs» y cocheros están en el ejército y únicamente pueden dedicarse al servicio público los veteranos del látigo y algunos conductores españoles o italianos que conocen defectuosamente el plano de la ciudad; las calles están de noche mal alumbradas, pero a pesar de todo esto, que desfigura su exterior, París guarda su alma de siempre. En algunos momentos se muestra con grave expresión, pero la gravedad no debe confundirse con la tristeza, pues son estados de ánimo muy distintos. Le preocupa su suerte, piensa en los enormes esfuerzos de heroísmo que tendrá que realizar y a los cuales está dispuesto si el enemigo se presenta ante sus fuertes, pero pronto salta fuera de su círculo de preocupaciones para reír o bromear a propósito de cualquier accidente.

Una gran masa corre a las estaciones de ferrocarril para huir hacia las provincias del Sur. Son mujeres, niños, ancianos y extranjeros. El resto de París contempla este éxodo, sin envidia y sin cólera. Hacen bien en marcharse; los diarios recomiendan la retirada de todas las bocas inútiles y de todos los hombres que no estén dispuestos a tomar un fusil. Con esta fuga se evita el hambre y algo más temible: el alocamiento de las gentes tímidas que inventan y propalan absurdas noticias, quebrantando y perturbando la serenidad de los fuertes.

Huyen todos los días miles y miles de personas, y sin embargo no se nota esta disminución en el público de los bulevares centrales.

Inútil es decir que estos no presentan el mismo aspecto que en época de paz. Su concurrencia se aminoró mucho al realizarse la movilización; todos los hombres válidos marcharon a los campamentos y los cuarteles; pero días después, a pesar del avance del enemigo sobre París y de la huida de una parte del vecindario, no se notó una disminución visible en las muchedumbres.

Cuando se cierran los establecimientos públicos, las gentes siguen en el bulevar, ocupando los bancos y las sillas de alquiler, gozando del fresco de la noche lo mismo que en una ciudad de provincias. En los Campos Elíseos y en los alrededores del Arco de Triunfo se forman tertulias, agrupándose las sillas de

---

<sup>17</sup> *El Pueblo*, 1-10-1914; *La Publicidad*, 3-10-1914; *El Liberal* [Bilbao], 3-10-1914; *El País*, 6-10-1914; «París que ríe», *Fray Mocho*, 16-10-1914; *HGE*, II, pp. 384-393.

hierro en torno de los candelabros eléctricos que esparcen un resplandor que pudiera llamarse «de circunstancias»; una luz trágica, rojiza y poco intensa. Después del francés, es el español el idioma que suena con más frecuencia bajo el follaje de los árboles. Algunas noches nuestra lengua predomina sobre el idioma nacional, y las noticias de la guerra, con gran acompañamiento de mentiras y exageraciones, son comentadas a gritos, con la exuberancia característica de nuestra raza. Unas voces recortan las palabras con la sonoridad rotunda del habla peninsular; otras las prolongan musicalmente con la suavidad de los diversos acentos americanos. Por mucho menos, cualquier extranjero sería llevado a la cárcel en Alemania, y ¡quién sabe si le ocurriría algo peor! El francés mira con simpatía a los que hablan un idioma que él no entiende, sin sospecha y sin cólera, fraternalmente, pensando que cuando viven aquí es indudablemente porque aman a Francia.

De día, el centro de París ofrece un aspecto original y atractivo. Pocos vehículos, y aprovechando estos la falta de obstáculos pasan a todo correr, como si marchasen por una carretera. Se valen de la impunidad que les proporciona la urgencia de sus servicios. Casi todos llevan una bandera o un rótulo: son de los diversos regimientos de París, de la administración militar, de la Cruz Roja, etc. En cambio muchas mujeres... ¡muchas!, y a pesar de lo trágico del momento y de las noticias pavorosas que esparce el miedo, todas elegantes, frescas, sonrientes, luciendo los más sugestivos y moldeadores trajes de verano. Pero, ¿cuándo una francesa se olvida de sí misma y renuncia a la elegancia, por angustiada que sea la situación?... Seguidos por la mirada admirativa de la gente que vuelve la cabeza tras de sus pasos, circulan soldados ingleses vestidos de kaki; soldados belgas con uniforme oscuro y gorra de cuartel a la antigua, de cuyo frente pende una borla»; tiradores negros o marroquíes de rojo fez y amplios calzones; unos, heridos, con el brazo en cabestrillo, la cabeza entrapajada o arrastrando las piernas rígidas dentro del vendaje; otros extraviados después de un combate, y que pasan brevemente por París para volver a incorporarse a sus regimientos.

No hay otra conversación que la guerra. Sobre las mesas de los cafés se ladean y caen las copas a impulsos de un mapa nerviosamente manejado. Todos los parroquianos tienen su carta geográfica. Los vendedores pregonan el mapa de Europa como si fuese un periódico, y venden alfileres con banderitas para marcar la posición de los diversos ejércitos; banderitas francesas, inglesas, belgas, alemanas, austríacas, rusas y hasta serbias y montenegrinas.

Bocas adorables, arreboladas por una aurora de perfumado colorete, hablan en la terraza de un café de movimientos envolventes, avances penetrantes y disparos repetidos, junto a un señor que escucha con aire de aburrimiento pensando sin duda en cosas más inmediatas y positivas.

El estratega de chaqué, el general victorioso sobre el papel, que es común a todos los pueblos y hace su aparición allí donde surge una guerra, circula grandioso y pueril por el bulevar buscando quien le escuche. iluso conmovedor, patriota cándido y ardiente que dispone las cosas del porvenir con arreglo a sus deseos, arrollando heroicamente los obstáculos!... Este pacífico rentista, militar retirado de escasa graduación o tendero belicoso, se considera superior a sus conciudadanos porque tiene en su casa un mapa con docenas de banderitas y las clava o desclava varias veces, siguiendo las noticias de los diarios de la mañana, del mediodía y de la noche. Otros guerreros terribles, semejantes a él, hacen lo mismo a idéntica hora, en Londres, Berlín, Viena y Petersburgo (digamos Petrogrado) ajustando sus cálculos a las mentiras y exageradas ilusiones que les quieren servir sus periódicos.

A veces el estratega no puede contener en una modestia discreta su exuberante suficiencia, y se lanza a la calle para hacer partícipes a sus conciudadanos de sus noticias y sus planes. ¡Quién sabe! ¡Tal vez esta propaganda puede llegar hasta el Gobierno, preparando las victorias futuras!...

En las vallas de los edificios en construcción se agolpa la gente contemplando el consabido mapa con sus banderitas, que parece haber surgido allí espontáneamente. Un señor, con la autoridad y la modestia de un sabio que conoce su valer, pero no quiere aplastar al vulgo, da explicaciones de lo que ha ocurrido hasta ahora en la guerra... y de lo que ocurrirá.

Otras veces el mapa está fijado en una de las columnas del bulevar, destinadas a los carteles de teatros. La brisa de la tarde hace ondear las puntas despegadas y descoloridas de los carteles que fueron fijados hace cuarenta días... ¡ay!... cuando había teatros, cuando la gente se divertía, y respiraba por respirar; cuando admiraba el sol y las flores, encontraba que la vida es buena, y existían aún cuatrocientos mil hombres que a estas horas han bajado a las entrañas de la tierra, muchos de ellos todavía vivos y pataleantes.

El estratega explica el porvenir. Aquí franceses e ingleses; más allá los alemanes, los odiados «alboches»; a la derecha el ruso que avanza y avanza. Sus dedos majestuosos pasan sin vacilar, arrolladores y magníficos, sobre las plazas fuertes y las líneas de defensa. Todo lo vencen. Su genio hace subir la pesada artillería a los montes inaccesibles, y despliega la caballería en mitad de un río navegable.

\*\*\*

Este pueblo se alarma como todos los de la tierra, ante la proximidad del peligro. Pero en él la inquietud dura muy poco. Unos creen que es ligereza de carácter, otros exceso de confianza en sí mismo; los más lo reputan simplemente heroísmo risueño, pero lo cierto es que París, luego de parecer asustado por breve tiempo,

rompe a reír, echa a broma el peligro, se burla de su primera inquietud y continúa viviendo lo mismo que antes.

Un domingo, los transeúntes, al escuchar un abejorro que desciende de las nubes, levantan la mirada curiosa. Una especie de mosquito, apenas perceptible, se mueve en el cielo, resbalando por los pequeños lagos de cristal azul para ocultarse luego entre las montañas de vapores que forman sus orillas. Los transeúntes siguen marchando sin mirar más a lo alto. Es un aeroplano, «de domingo», que sale a pasear por el cielo como los automóviles burgueses pasean por el bosque de Bolonia. Pero de pronto, el mosquito que parece buscar con sus revuelos sobre el inmenso caparazón de París, el emplazamiento de la estación del Este, suelta bombas y una bandera con los colores, alemanes. Es un «Taube»: un aeroplano enemigo. Las bombas caen al azar, causando más estrépito que daño, en el patio de una imprenta, en un callejón, frente a la puerta de una panadería. Solo hay una víctima: una vieja infeliz que entraba a comprar pan para su comida, y quedó destrozada en mitad de la acera, junto a la puerta del establecimiento.

Esta hazaña heroica del alemán volante tardó horas en saberse. ¡Es tan grande París!... Un movimiento de estupefacción y de pánico agitó a la ciudad. Corrió la gente en busca de las estaciones como el público de un teatro incendiado que busca las salidas. ¡París bombardeado! ¡Y bombardeado desde los aires!... Esta última novedad pareció aumentar aún más el terror del atentado, como si no fuese lo mismo morir de una granada expelida por un cañón que de una bomba de mano arrojada por un aeronauta.

París está habitado por los mayores egoístas de la tierra: extranjeros de todos los países que vienen aquí a comerse su dinero, sin más ilusiones que vivir bien y prolongar su existencia lo más posible. Además, existe la pequeña burguesía francesa, metódica, tímida y maniática, tantas veces descrita en comedias y novelas, que paga puntualmente sus tributos, abomina de toda novedad, se queja de que el Gobierno no protege suficientemente su miedo, y ama la guerra como un placer para leer todas las mañanas, en zapatillas, junto al café con leche, noticias de victorias y de tomas de banderas.

Todas estas gentes, extranjeros y franceses, salieron huyendo de la ciudad con un atropellamiento de fuga. ¡Pero París!, ¡el verdadero París!...

En los primeros momentos de la agresión sacudió a la muchedumbre un estremecimiento de cólera. ¡Ah, miserables «alboches»! Amenazaban con los puños al cielo. Todos pensaban lo mismo: «¡No poder volar!»... De sentir alas en las espaldas se habrían lanzado en inmenso enjambre, atmósfera arriba, para hacer trizas con las uñas, con los dientes, al pájaro de muerte cargado de bombas.

Al día siguiente burla general, chistes sobre el «Taube» y sus hazañas. Todos esperaban su aparición, las calles tenían el mismo aspecto que en las fiestas

populares. Sentábanse las gentes en las terrazas de los cafés buscando un sitio de donde pudiera abarcar mayor espacio de cielo. Los vendedores ambulantes pregonaban vidrios ahumados, como en los días de eclipse, para ver el aeroplano sin la molestia de los rayos del sol. Las mujeres llevaban en las manos los gemelos de teatro. Los astrónomos populares que en las noches de luna enseñan por diez céntimos el plateado satélite desde la plaza de la Concordia, habían montado sus telescopios en los bulevares y las gentes se empujaban en torno del tubo, pugnando por ver antes que los demás la llegada del esperado visitante.

De pronto, un grito, miles y miles de cabezas que se echan atrás; otras tantas manos que señalan un punto negro y movedizo, una mosca, apenas perceptible en el infinito: «¡Ya llegó: es el “Taube”!»! Y este buen pueblo de París, novelero y ansioso de lo «inédito», que asiste a las manifestaciones cuando sabe que la policía pegará fuerte, y se considera feliz si puede presenciar un gran suceso, una catástrofe, para decir luego con orgullo «yo estaba allí», se estremece de curiosidad y de alegría al ver aproximarse el avión enemigo. Un aeroplano alemán volando sobre París y que además arroja bombas, no se ve todos los días. Cada uno piensa que al volver a casa podrá decir a la familia y los amigos: «Yo lo vi como os estoy viendo a vosotros».

El «Taube» se engrandece por momentos, y pasa sobre los tejados como si realizase un simple vuelo de curiosidad.

Gavroche, el pillete eterno de París, hace de las suyas. Al ver cómo se desliza el aeroplano por el cielo de una calle —río azul con espuma de nubes, encajonado entre los aleros— se quita la gorra y lo saluda:

—Señor: no se olvide usted de mí porque soy pequeño. Écheme algo.

Y al ver que se aleja; dice tristemente:

—¡Yo, que le había prometido a mi hermanita un casco de bomba como recuerdo!...

El aeroplano no arroja nada, a simple vista. Los gemelos y telescopios no alcanzan a distinguir los mortales envíos de la máquina volante, pero de vez en cuando suenan explosiones en distintos puntos de París: cae un pedazo de cornisa, se abre un boquete en una bohardilla, se levanta el pavimento de la calle entre surtidores de polvo, dejando visible un gran agujero.

Nadie corre con el alocamiento del terror. Todos han convenido en despreciar esta agresión de escasos resultados. Los enemigos quieren aterrar París y París levanta los hombros repitiendo como en la comedia de Shakespeare: «Mucho ruido para nada».

Habitan aquí actualmente ciertas personas que no han querido aceptar con esta calma sonriente y burlona la aérea agresión. Son los ingleses. Ellos no entienden de bromas. La simplicidad y robustez de sus impresiones los impulsan a

la acción inmediata. «Ya que el enemigo quiere hacer daño, hay que contestarle.» Y fusil al hombro, soldados y particulares, subieron a los tejados de las casas, haciendo fuego contra el aeroplano. En pleno bulevar, en la plaza de la Ópera, a las cinco de la tarde, sonó la fusilería. Unos oficiales ingleses, sentados en la terraza del café de la Paix, disparaban sus revólveres, cargaban y volvían a disparar. Nadie se fijaba en el obstáculo de la distancia. Y el aeroplano, lejano, seguía revoloteando, insensible a la fusilería.

Los parisienses adivinaron que todas las tardes iban a tener la visita del enemigo. Y como esta visita era siempre (no se sabe por qué) de cinco a seis de la tarde, a la hora del té, la gente empezó a titular esta diversión el «Five o'clock de Guillaume».

Los amigos se citaban en el bulevar, diciendo simplemente: «Nos veremos a la hora del té de Guillermo». Y a la hora indicada aparecía en el horizonte el volador alemán, despertando la curiosidad y la burla.

—¿Caigo o no caigo? —gritaban muchos a coro, recordando el ogro del cuento asomado a la chimenea.

Pero esta fiesta que atraía al centro de París a las gentes de los arrabales, llenaba las aceras y las terrazas de los cafés, y hacía despachar a los vendedores todo el sobrante de las tiendas de óptica, ha sido de vida muy breve.

A la cuarta representación nuevos personajes se presentaron en el escenario atmosférico. Cuando la muchedumbre, con los ojos en alto y la boca abierta contemplaba la aproximación del cuarto «Taube», un aeroplano francés salió a su encuentro.

El Gobierno de París había llamado a algunos de sus aviadores que están en los ejércitos. Una escuadrilla de aeroplanos, blindados y con ametralladoras, guarda ahora el cielo de la gran ciudad.

El avión francés, rápido como un milano, ganó en altura al alemán, persiguiéndolo hacia las fortificaciones. En la calma azulada del atardecer, coloreados por los últimos reflejos del sol, se alejaron de nuestra mirada los dos pájaros de guerra, el uno encima del otro. El francés disparó sobre el enemigo de abajo, y este empezó a descender, tal vez herido en sus alas, tal vez con el propósito de escapar, valiéndose de un vuelo bajo. Pero en mitad de un descenso lo encontró un certero cañonazo del terrible 75 que tanto da que hablar a los franceses y que sentir a los alemanes. ¡Migajas!..., ¡polvo!..., ¡nada!...

Ya no han vuelto, hasta la hora presente, más «Taubes» sobre París: ya no hay «Five o'clock», porque falta Guillermo a la hora de la cita. Y el pueblo de París, aburrido por la monotonía de una ciudad en estado de sitio, lamenta la falta de su diversión.

Uno de los aeroplanos alemanes voló una tarde por el Barrio Latino, sobre las frondosidades y las estatuas del jardín del Luxemburgo, a la hora en que era mayor la concurrencia de niños y mujeres.

¡Las damas jóvenes de París, pertenecientes a la clase media, que llenan los paseos por la tarde, elegantes y acicaladas como un figurín, esparciendo un suave perfume al mover sus faldas estrechas y un tanto hendidas mientras empujan el carrito en el que va acostado el bebé entre encajes y lazos!...

Al ver en lo alto la máquina de guerra, todas corrieron gritando, pálidas de emoción, empujando sus cochecitos, pugnando por salir cuanto antes del jardín y refugiarse en las casas inmediatas. Pero apenas dejaban sus pequeñuelos a cubierto, en zaguanes y tiendas, volvían a la acera para seguir con los ojos el vuelo del aeroplano, riendo como los demás.

Una mamá de veinte años, al salir del Luxemburgo empujando a su pequeño, no pudo ganar las casas de la calle de Médicis con la misma rapidez que las otras madres. El aeroplano pasaba por encima de ella; y con la abnegación de la maternidad se arrojó de bruces sobre el cochecito, cubriéndolo con su cuerpo, amparando al hijo, queriendo morir para salvarle.

Luego, al transcurrir unos segundos sin que sucediese nada, reapareció la parisién curiosa y alegre. Inclineda sobre el cochecito, sin soltarlo de entre sus brazos, volvió lentamente la cabeza y miró a lo alto... Sonreía, al seguir el vuelo del enemigo, con una sonrisa infantil, entre burlona y agradecida.

## Esperando el socorro<sup>18</sup>

EN ESTE PARÍS DE calles solitarias y silenciosas como las de una ciudad de provincia, solo animadas de tarde en tarde por el cascabel de un caballo de fiacre, el bufido aislado de un automóvil o el paso resonante de un transeúnte que marcha sin saber a dónde va, se encuentran de pronto grandes aglomeraciones de mujeres.

Las alcaldías y otros edificios oficiales parecen teatros en un día de función gratuita. Un público femenino se agrupa ante sus puertas y forma cola esperando turno para entrar. Una cuerda sirve de límite a la muchedumbre de mujeres formadas en triple fila a lo largo de los muros. Todas llevan la cabeza descubierta;



unas con el pelo brillante y liso por un peinado reciente, otras con las mechas grises, alborotadas y trágicas. Las más jóvenes resguardan su tez de una blancura anémica —palidez dolorosa de obrera, con los labios azulados y los ojos desmesuradamente abiertos— bajo la cúpula rayada de una pobre sombrilla. Las viejas rugosas y de color de cuero exponen al sol, sin abrigo alguno, su faz de manzana cocida. Son animosas veteranas de la vida parisién, acostumbradas a librarse del tilo cruzando las manos bajo del delantal en torno del abdomen saliente o a burlarse del calor bebiendo cinco centenas de «coco».

Permanecen horas y horas junto a la cuerda, avanzando dos pasos cada quince minutos, mirando como una esperanza lejana la puerta junto a la cual se yerguen los policías mantenedores del orden. Un hedor de carne recién despierta y lavada de prisa se desprende de esta muchedumbre, junto con otro lejano de verduras en descomposición que parece venir oculto entre los pliegues de las ropas. Niños de todas las edades ocupan casi invisibles los huecos de este

<sup>18</sup> *El Pueblo*, 7-10-1914; *El País*, 9-10-1914; *La Publicidad*, 10-10-1914, *El Noroeste*, 19-10-1914; *Fray Mocho*, 30-10-1914; *HGE*, II, pp. 377-384.

bloque humano. Se asfixian entre los cálidos volúmenes de sus madres o hermanas y pugnan por salir al margen, por llegar a la cuerda, agarrándose a ella para conservar la respiración y la vista libres.

Estas muchedumbres que dos veces por semana bloquean las alcaldías, se componen de mujeres que tienen algún individuo de su familia en los ejércitos de la República.

El Gobierno da un socorro diario de un franco cincuenta céntimos a la familia de todo soldado. Las que gozan de una posición desahogada no reclaman tal auxilio, pero estas solo representan una exigua minoría. La mayor parte de los defensores del país son pobres y significa para ellos una gran tranquilidad saber que los suyos no morirán de hambre mientras exponen su vida.

Teniendo en cuenta que existen hoy sobre las armas más de tres millones de franceses, el franco y medio por *cada soldado* representa una cantidad enorme. Pero este dinero sostiene la confianza pública. La mujer sobrelleva con resignación su doloroso aislamiento al tener pan para los hijos. El hambre se bate mejor no pensando más que en sí mismo y en su patria.

La esperanza de este socorro hizo que en los primeros momentos de la movilización sintiesen todas las familias un anhelo de legitimidad y buen orden.

El obrero de aquí no se cuida gran cosa de la ley y las costumbres tradicionales en asuntos de amor. Le gusta una muchacha del barrio, se aman, se ven a hurtadillas de los padres, hasta que un testimonio viviente de sus descuidos les obliga a arrostrar las cóleras de las respectivas familias. Entonces se van a vivir juntos, forman un hogar, toman una casa, compran muebles a plazos, piensan en todo lo necesario para la existencia común... en todo, menos en el matrimonio. El hombre no pretende eludir sus compromisos. Se casarán, pero más adelante. Los trámites del matrimonio son enojosos y cuestan dinero. Además hay que arrostrar las bromas de los camaradas, las sonrisas de los vecinos. La mujer se acuerda de vez en cuando de la ansiada ceremonia, pero también la deja para más adelante. Piensa en mamá que se casó cuando ella era mayor, y continúa siendo la compañera de su hombre con las mismas alegrías, las mismas peleas y las mismas reconciliaciones de las parejas que se han dado la mano ante la banda tricolor del alcalde.

Al declararse la guerra, medio París quiso casarse. Ellos eran los más tenaces en este deseo matrimonial.

—¿Quién sabe la que me ocurrirá? Lo más seguro es morir y conviene que tengas un marido y los pequeños un padre para que el Gobierno haga algo por vosotros.

Miles de parejas invadieron las alcaldías. Ellos con capote de movilizado y el quepis rojo; ellas con el delantal recogido en la cintura, el pelo en desorden y los

ojos lacrimosos, tal como les había sorprendido esta resolución matrimonial en el desorden de un hogar trastornado por el trágico ¡adiós!

Todos decían lo mismo; «Queremos casarnos y mañana me marcho». Así, sin papeles de ninguna clase, sin más certificación que el testimonio de dos vecinos bien enterados de su larga vida en común, de sus peleas, sus golpes, y sus reconciliaciones al aire libre, con arrullos de palomos recién picoteados. Los alcaldes por orden del Gobierno empezaron a casar en masa, por grupos de veinte parejas, con las mismas fórmulas y el mismo discursito para todos. Hubo alcaldía de París donde en una mañana se efectuaron trescientos matrimonios. Muchas veces el obrero vestido de militar y llevando del brazo a su robusta comadre, iba precedido de unos cuantos chiquillos, que miraban a todos lados con la misma curiosidad y regocijo que si entrasen en un teatro.

—¡Papá y mamá que se van a casar!

La pareja ilegal avanzaba orgullosa de su vanguardia infantil, y el hombre parecía decir con sus guiños y sonrisas: «¡Eh! ¡Si todos los ricos hiciesen lo mismo...!»

A pesar de esta rapidez en la fabricación de matrimonios, un gran número de parejas han quedado sin la deseada legitimidad. La guerra no admite plazos: el regimiento no puede esperar. Muchos que aguardaban turno en la alcaldía para casarse, tuvieron que salir horas antes de la ceremonia, con dirección a la frontera, dejando a la novia (llamémosla así) sumida en lágrimas y rodeada de su prole.

En los primeros días el Gobierno solo concedió el socorro pecuniario a las familias legítimas. ¡Protesta general! Una parte de los defensores de la patria iban a pelear por ella valerosamente, bajo una lluvia de hierro, mientras sus mujeres y sus hijas morirían de hambre por falta de unos papeles. Este formulismo equivalente a una ingratitud patriótica fue suprimido. Hoy todas las mujeres que tienen un hombre bajo las banderas de la República cobran el franco cincuenta sin tener que exhibir para esto una acta matrimonial.

\*\*\*

Las pobres mujeres en sus largas esperas hablan de algo más importante que el socorro que van a recibir.

Se conocen de antiguo por ser vecinas o se presentan unas a otras. La conversación se entabla espontáneamente entre las que se encuentran por vez primera. Todas se tratan con la confianza que da el parentesco. Pertenecen a la misma familia: la de la inquietud y la tristeza. ¡Quién sabe si sus hombres pelean juntos, allá lejos! ¡Quién sabe si el uno lleva a cuestras al otro, recibiendo en la espalda su sangre y sus ronquidos de agonía! ¡Quién sabe si un obús los está destrozando en este instante, confundiendo sus huesos hechos astillas, sus tejidos rasgados en harapos, sus entrañas palpitantes, como purpúreas viscosidades!

Se abordan ansiando conocer nuevas noticias y todas ellas saben lo mismo. Han recibido unas cuantas postales de un laconismo optimista. «Sin novedad. Todo va bien. Ten confianza». Algunos con un buen humor a prueba de bomba añaden la promesa de traer a casa unos pelos del bigote de Guillermo. Otros anuncian el envío de un casco prusiano o un gorro de húsar de la muerte, ganados a punta de bayoneta.

Nadie fecha sus cartas consignando el lugar de donde escribe. La orden es general. Hay que mantener en secreto la situación de cada cuerpo para impedir de este modo las averiguaciones del enemigo. Solo por conjeturas y por vagos informes de dudosa veracidad, saben las pobres mujeres el destino de los ausentes.

—Mi hombre está en los Vosgos.

—Mi marido murió en Charleroi.

—Mi hijo va con el general Pau.

—El mío está en Lorena.

Un silencio penoso. Todas las comadres miran con respeto a la pobre mujer, vestida de negro, pálida, con los ojos húmedos. Los niños están junto a ella, las rubias cabezas al descubierto y con unas blusas de fute, cosidas recientemente. ¡Ah, pobre madama!, una atmósfera de ternura y de admiración se forma en torno de ellas. Las vecinas retroceden para dejar más espacio: algunas manos acarician la esfera dorada y pensativa de los pequeños. ¡Pobre madama!... La hacen avanzar para que no espere bajo el sol la hora de recibir un franco cincuenta a cambio de un cadáver.

Más allá una vieja también de luto habla con voz sorda y monótona, entornando los ojos, como si viviese en doloroso ensueño y hablara para ella misma.

—A mi mayor lo mataron en Alsacia. El otro cayó en Bélgica, en un pueblo que no puedo recordar. Mi tercer hijo está herido... Aún queda otro: el pequeño. ¿Qué me dirán en la oficina?

Y esta pregunta que se hace la



vieja esparce la incertidumbre entre las mujeres cercanas. Todas temen lo que les pueden decir los empleados de la alcaldía. ¿Qué noticias recibirán de los suyos?...

Cada día que transcurre son más en esta muchedumbre femenina las sayas del luto, las toquillas del mismo color y otras prendas de tonalidad lóbrega que indican la tristeza anterior.

Una mujer voluminosa, iracunda, de dientes de loba y greñas dramáticas, alza las manos con los dedos contraídos por la cólera. Le han matado un hijo; le han matado dos nietos; tres de sus hijas son viudas desde la semana anterior.

—El mundo va a desplomarse —grita—. ¡Solo quedaremos las mujeres!... ¡Y todo por dos hombres! ¡Por ese par de bandidos!

Su indignación los describe con breves y vigorosos trazos. El uno es un viejo de patillas blancas. El otro arbola unos mostachos todavía rojizos.

—Ochenta y seis años, señor —continúa la mujer—, y además devota hasta el fanatismo. Ese hombre no piensa en que va a morir como todos y que su muerte está próxima: antes de un año, tal vez dentro de meses o de semanas. Cuando se presente ante su dios, este le pedirá cuentas de los millones de hombres que han muerto y van a morir por su culpa; de los millones de madres, de esposas y de hijos que lloran por su causa. ¿Y qué podrá contestar ese viejo que cuando ve próxima su muerte la esparce por todo el mundo?

Luego habla del otro, que a pesar de su casca y sus arrogancias de paladín medioeval, oculta un brazo seco y necesita que un lacayo coloque una escalerita junta a su corcel para montar y desmontar.

—Y por esos dos hombres mueren las gentes de unos países y de otros —continúa la vieja parisién—. Sería caso de reír si no hubiese de por medio tanta sangre y tantas lágrimas. De ser unos simples particulares, el viejo tomaría sus tisanas junto al fuego, rezando su rosario, y el otro, el bravucón, habría sido declarado inservible para el servicio militar. Ninguno de los dos lograría ser admitido como simple soldado en el ejército de ningún país; ¡y, sin embargo, millones de hombres sanos y valientes se degüellan por culpa de ese par de inválidos que ven la guerra sobre el papel, o desde lejos, con anteojos de campaña.

¡Vieja desesperada e ignorante que pretendes juzgar las cosas con arreglo al vulgarísimo sentido común! Tú no sabes que existe en el mundo algo que se llama la gloria. Cada uno la conquista como puede, con arreglo a su ambiente y su mentalidad; el artista produciendo belleza, el sabio realizando descubrimientos benéficos para sus semejantes, el obrero humilde intentando perfeccionar la herramienta que usa todos los días..., y el emperador oprimiendo los pueblos que no son suyos, pasándolos a hierro y fuego para que le teman y no se resistan.

Algunas veces el poderoso, al sentir próxima la vejez quiere mantenerse en un quietismo soñoliento, cree haber llegado a la plenitud de su fama y anhela

descansar; pero tras de él están los hijos o los sobrinos, los aprendices, que «vienen empujando», los que ansían a su vez conquistar la misma gloria de sus mayores valiéndose de idénticos procedimientos.

Quieren repetir con soldados de carne y hueso, sobre los campos de Europa, los mismos juegos que aprendieron de niños, con soldados de plomo sobre una mesa del palacio. Hay que dar gusto a la familia. Un buen padre no puede permitir que se extingan por falta de medios los talentos de la prole. Su obligación es dar carrera al heredero. Además, este puede suplantarle, en nombre de las tradiciones de familia.

El hijo quiere hacer la guerra como la hizo el padre. Los motivos no son ninguna dificultad, pues se encuentran siempre. Cuando se mantienen ejércitos enormes, como jamás se vieron, es un crimen dejarlos sin empleo. Cuestan muy caros, y hay que buscar un alivio metiendo la mano en el bolillo más inmediato.

¡Adelante los ejércitos! ¡A la gloria!... Las aldeas flamean como antorchas; las muchedumbres escapan cargadas de fardos, apaleando sus bestias, cual si huyesen de un mundo en el que no hubiera Dios; los campos se cubren de cadáveres negruzcos sobre los cuales zumban las nubes de moscas; las fábricas se convierten en hogueras; los buques envejecen en los puertos; quiebran los bancos; se cierran los talleres, el hambre se sienta como un nuevo convidado a la mesa del pobre; el sadismo triunfante rebaña pechos de mujeres y abre vientres a bayonetazos; los ladrones cortan manos para arrebatar las sortijas con más rapidez; los uniformes se revuelcan en las bodegas donde se desangran a borbollones los toneles desfondados; las ciudades se ven sometidas a una contribución forzosa, revolver al pecho, como si hubiese penetrado en ellas una banda de secuestradores; los sacerdotes que intentan hablar en nombre de una divinidad que el conquistador tiene siempre en los labios mueren fusilados; caen bajo los obuses las maravillas de la construcción; los museos son robados a pleno saco; pobres vírgenes que se niegan a desnudarse ante la soldadesca ebria, quedan hechas pedazos; se desploman entre llamas las catedrales en cuya erección pusieron tres siglos su alma artística e ingenua; el artillero de un pueblo que intenta dominar a los otros en nombre de una cultura superior, ríe cuando apunta contra los rosetones, las vidrieras y las caladas agujas de esos poemas arquitectónicos en los cuales la idea creadora se remonta más allá de donde acaba la piedra.

¡Y pensar que de aquí a unos años habrá historiadores —como los ha habido siempre— para consignar en gruesos e inspirados volúmenes tanta hazaña..., tanta gloria!

## Las dos Francias<sup>19</sup>

POR PRIMERA VEZ, en la época moderna, ofrece la nación francesa el espectáculo de una asombrosa unanimidad. Toda ella forma ahora un cuerpo inmenso con una sola alma: y esta alma es la inquebrantable voluntad en el cumplimiento del deber, la fría resolución de morir antes que ser vencida en una guerra que no ha provocado.

Jamás en sus luchas de la edad presente, entró en línea la nación en masa. Siempre hubo minorías contrarias a la guerra, estados de opinión hostiles al gobierno, que entorpecieron sus operaciones militares y hasta algunas veces lo empujaron a la derrota.

Durante las campañas épicas de la primera República, mientras los ejércitos de la Marsellesa vencían descalzos y gloriosos en Bélgica, Alemania y los Alpes, otros franceses a sus espaldas peleaban contra su propio país en la Vendée y los departamentos del Sur. Napoleón, vencedor en Europa, se veía amenazado en la propia Francia por las conspiraciones republicanas y monárquicas. En la última guerra franco-prusiana las divergencias políticas aceleraron la caída de Napoleón III y el triunfo fulminante del enemigo. Retirándose sobre París con su ejército batido pero todavía fuerte, el emperador hubiera prolongado la resistencia nacional. Pero la nación era hostil al Imperio y aguardaba una derrota para caer sobre él. «Una retirada sobre París es la revolución», telegrafiaba la emperatriz a su esposo. Y este, para salvar el trono de su hijo, erraba con su ejército por el norte de Francia sin saber adónde ir, ni qué hacer, hasta que se metió en la ratonera de Sedán.

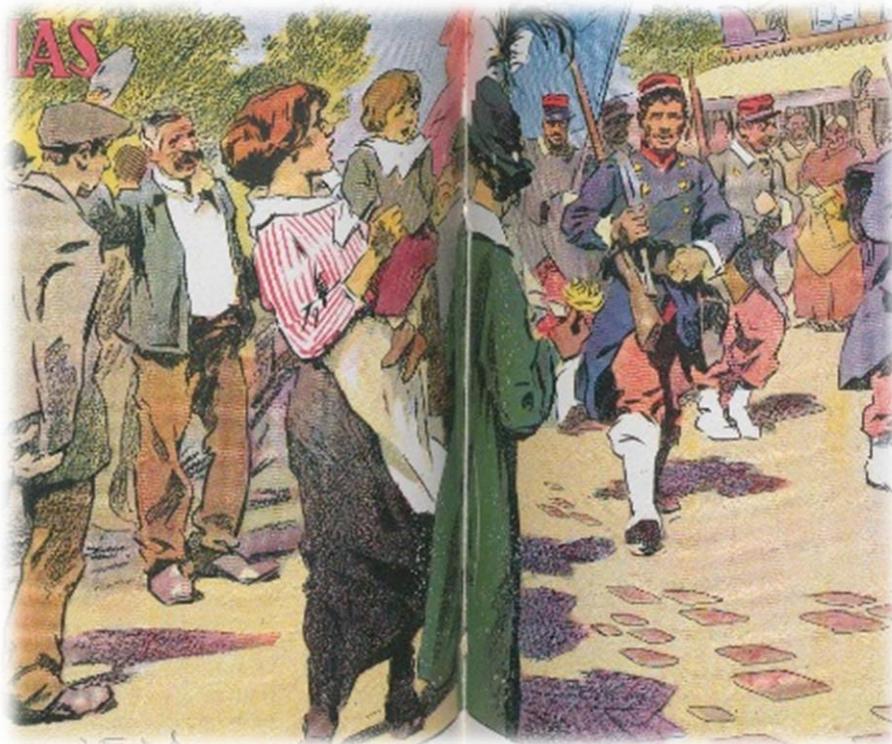
Nada de esto ocurre ni puede ocurrir en el momento presente. Por acuerdo instintivo de los franceses, sin que mediasen preparaciones ni discursos, se han agrupado todos en torno del gobierno. La República es Francia: ¡viva la República! Y los reaccionarios que soñaban con un rey o un dictador la sirven con entusiasmo y lo mismo hacen los católicos, que se mostraban dolidos por la ley de la separación. Hasta los religiosos expulsados de Francia han vuelto a ella para tomar las armas, dándose por comprendidos en los llamamientos de movilización.

Poincaré y sus ministros son obedecidos ciegamente como pueden serlo el káiser y sus consejeros. No hay más diferencia que el francés es libre y ha abdicado su libertad espontáneamente, por entusiasmo, en bien de la patria, mientras en los imperios se obedece por servilismo, por falta de voluntad, sin saber por qué se obedece, por miedo al castigo.

---

<sup>19</sup> *Fray Mocho*, 9-10-1914; *HGE*, I, pp. 110-116.

Yo llegué a París cuatro días antes de la declaración de guerra, en plena efervescencia de la opinión. Apenas se veía apuntar esta asombrosa unanimidad que ha agrupado a todos los franceses en un solo bloque. Coleaban aún los odios y antagonismos de opinión provocados por el asunto Caillaux. Empezaba a iniciarse una divergencia nacional semejante a la del proceso Dreyfus. Los *camelots du roi*<sup>20</sup> y los socialistas se daban de palos en el bulevar. Las masas obreras, con generoso idealismo, creían evitar la monstruosidad inhumana de un choque europeo celebrando mítines y organizando manifestaciones contra la guerra. Los reaccionarios cantaban *La Marsellesa* (un absurdo) y los revolucionarios contestaban con *La Internacional*, pidiendo que se abracen los hombres en toda la tierra (otro absurdo mientras existan emperadores ambiciosos y naciones armadas prontas a agredir sin importarles el motivo).



De repente, la orden de movilización y la declaración de guerra de Alemania. Un momento de estupor y de silencio, un momento nada más; y acto seguido todos los franceses abrazándose, diciendo lo mismo, olvidando lo pasado de un modo tan absoluto, que las palabras lanzadas el día anterior semejaron que se habían proferido a una distancia de cincuenta años. Y esta unanimidad instantánea, milagrosa, no fue obra de los conductores de masas, de los directores

---

<sup>20</sup> *camelots du roi*. vanguardia belicosa de los partidos reaccionarios.

de opinión. Los hombres prestigiosos no tuvieron tiempo para hablar. Fue el pueblo francés, la democracia inteligente, que, siguiendo los impulsos de su corazón, impuso su fraternidad a los de arriba.

Las masas revolucionarias dieron el ejemplo. Un loco, un iluminado, asesina a Jaurés en el momento más crítico. Los conservadores y todos los indiferentes tiemblan en París. ¿Qué harán las enormes muchedumbres obreras al enterarse de que ha sido muerto el buen gigante del socialismo, el tribuno bondadoso y grandilocuente? Pero antes de que el pánico se extienda por toda la ciudad y las familias se encierren en sus casas creyendo ver llegar las hordas vengadoras de los arrabales, los revolucionarios, ante el cadáver todavía caliente del maestro, lanzan la palabra de paz. Grande era Jaurés, pero más grande la nación que está en peligro. «Si Jaurés pudiera hablarnos —afirman— seguramente que nos diría: “No os ocupéis de mí, pensad en la defensa de nuestro país”»

Y el gran orador, el artista brillante del socialismo, marcha a la tumba, entre las cabezas descubiertas y los ojos llorosos de todos los franceses, hasta de aquellos que en su vida se mostraron irreductibles enemigos. Y su muerte, justificadora de una revolución, sirve de motivo para que la patria se estreche y se una bajo las inmensas alas de su recuerdo.

La «Francia roja», la de los ideales cosmopolitas y antimilitaristas, fue la primera en dar el ejemplo de generosidad al verse ante una guerra, no de conquista, sino de defensa. Esta guerra no ha sido provocada, como otras, por la ambición militar o la vanidad del país. Es una guerra forzada, una calamidad inevitable a la que hay que hacer frente por instinto de conservación. Y los antimilitaristas más feroces, anarquistas, socialistas y otros enemigos del patriotismo estrecho, fueron los primeros en ofrecerse como soldados y correr a las filas. Ni uno de ellos, al vestir el capote de soldado, abdicó de sus ideas.

—Hemos pasado el tiempo proclamando la verdad —dijeron algunos amargamente—; pero los hombres quieren vivir apartados de ella y hay que amoldarse a las exigencias del momento. Pelearemos y mataremos, ya que después de tanta civilización hay que reñir y matar, como las fieras, para mantener una familia libre y un hogar tranquilo... Buscábamos la verdad creyendo estar entre hombres, y de pronto un mazazo en la espalda nos avisa que aún vivimos entre bestias prehistóricas.

¡Ay la verdad!... Nada tan hermoso, pero tiene alas y va siempre por las alturas. Su enemiga la realidad se arrastra por el suelo. Nada importa que la verdad sea lo justo, lo indiscutible. La realidad, casi siempre ilógica, absurda y criminal, vive entre los hombres y es lo único que estos ven de cerca.

Todos en el mundo conocen Gustavo Hervé, el terrible profesor que pidió que enterrasen en estiércol la bandera de los tres colores por haber servido de

signo de guerra contra muchos pueblos y el arrasamiento de todos los monumentos que recuerdan la epopeya napoleónica. Por las campañas ferozmente antimilitaristas de su periódico *La Guerra Social*, ha pasado Hervé mucho tiempo en la cárcel. Su nombre producía un escalofrío de horror en las tertulias distinguidas y un movimiento de cólera en los círculos militares y patrióticos.

Pues bien, el socialista Hervé, apenas proclamada la guerra, pidió al Gobierno que lo enviase como soldado a la frontera, y al ver desechada esta petición a causa de su extremada miopía, dedicó la pluma a excitar el entusiasmo belicoso del país. Su periódico semanal lo ha convertido en diario, y como para esto necesitaba dinero ha abierto una suscripción que puede llamarse prodigiosa más que por sus resultados pecuniarios por las personas que figuran en sus listas. Devotas señoras de conciencia timorata, oficialidades enteras de regimientos antes de partir a la frontera, hombres de gran mundo, esgrimidores célebres que despreciaban a este revolucionario enemigo de las armas, envían su cotización a *La Guerra Social* para que siga publicándose todas las mañanas.

Burgueses que hace unas cuantas semanas palidecían de indignación o de inquietud al hablar de los socialistas, exclaman ahora:

—¡Qué desgracia la muerte de Jaurés! ¡Qué duelo para la nación! En estos momentos habría dicho cosas muy buenas para entusiasmar al pueblo. Hemos perdido al Gambetta de esta guerra.

La Francia conservadora y religiosa es igualmente digna de admiración por su patriotismo y su desinterés. Obedeciendo a hombres políticos que son sus enemigos, guiadas por generales contrarios a sus ideas, marcha a batirse unida con las masas populares que hace pocos meses le inspiraban miedo o repulsión.

Ni una sola resistencia se ha notado en esa Francia hostil a la República y que tanto ha hecho inútilmente por entorpecer su vida. Al movilizarse el ejército, curas y seminaristas han abandonado la sotana para ceñirse el capote y cubrirse la tonsura con el quepis. Es más: todos los frailes expulsados de Francia y que están en edad para tomar las armas han llegado del extranjero, puntualmente, para incorporarse a sus regimientos. Capuchinos, franciscanos y hasta jesuitas están hoy en las fronteras de Francia, con el fusil en la mano, luchando y viviendo entre los «compañeros» que hace poco cantaban la *Internacional* y gritaban «¡Abajo el solideo!»

—La República nos echó —dicen sencillamente—, pero la República es Francia, y volvemos al verla en peligro.

*La Croix*, diario católico que se ha distinguido por su ferocidad contra los gobiernos republicanos, rivaliza en entusiasmo patriótico con *La Guerra Social*. Ella cuenta cómo los frailes franceses residentes en Jerusalén, al enterarse de la guerra emprendieron la marcha a pie desde la ciudad santa al puerto de Jaffa, por

miedo a que el ferrocarril que está en manos de los alemanes no los llevase a tiempo al lugar del embarque.

En algunas estaciones cerca de París muchos viajeros han tenido un encuentro que les ha hecho prorrumper en exclamaciones de simpatía. Las vías férreas están guardadas por «territoriales» de los más viejos, o sea, movilizados de cuarenta y cinco años, que por su edad no van a las fronteras y hacen aquel servicio en sus respectivas localidades. A estos soldados que por el momento son sedentarios, pero que acabarán batiéndose como los otros, solo les ha dado el Gobierno sus armas. Los uniformes son para los movilizados que van a las fronteras. Y los territoriales guardan las estaciones y vías, unos puestos de blusa, otros con traje de caza y hasta algunos de chaqué ó levita. Un quepis rojo que han podido comprar de desecho es su única prenda militar. Algunas veces, entre esta tropa multicolor y abigarrada se ve un soldado negro. Junto a la vía, guardando su integridad, está de centinela el cura del inmediato pueblo. Su sotana está cruzada por el cinturón cargado de cartuchos; sus manos blancas se apoyan en la boca del fusil; la fina bayoneta del Lebel corta con una línea puntiaguda y firme el borde de su sombrero de teja. Ha acudido, como sus convecinos, al llamamiento nacional, y mientras no le dan el uniforme azul y rojo conserva sus vestiduras de clase. Monta la guardia como todos, y cuando termina esta va a descansar en la estación leyendo el breviario entre los «camaradas» que entonan canciones patrióticas.

En París las grandes iglesias han perdido su ambiente silencioso de recogimiento. Lloran en las capillas las pobres mujeres ante las ofrendas de cirios encendidos. Su pensamiento va lejos, a los campos de batalla donde están los padres, los hijos, los hermanos. ¡Ay, qué será de ellos! Algunas ni siquiera tienen el consuelo de la esperanza y la duda. Ya saben lo que ansiaban saber y ojalá no lo hubieran sabido nunca. Todo terminado... ¡Muertos!...

Y mientras tanto, en la nave central se agolpa la muchedumbre escuchando al orador sagrado que habla de Dios y de la patria y pide al cielo la victoria por los ejércitos de la República.

Monseñor Amette, el cardenal de París, ha predicado en los primeros días de la guerra en Notre Dame des Victoires, en la Magdalena, en el Sacre Coeur de Montmartre. Este Danton católico ha hecho pasar por el púlpito el huracán tribunicio que pone en pie a todo un pueblo. Algunos de sus sermones fueron interrumpidos por el entusiasmo de la muchedumbre devota que rompió a aplaudir en plena iglesia sin hacer caso de los llamamientos al orden.

Rugen los órganos bajo las sagradas bóvedas y guiadas por su ritmo cantan las masas creyentes sus cóleras ante la injustificada agresión y sus esperanzas de triunfo. Las voces trémulas, cargadas de lágrimas de la madre, la hija y la hermana, se confunden con los acentos graves del joven que va a partir a la

mañana siguiente, abandonando las comodidades de una casa rica; del viejo que revuelve en su pensamiento resoluciones heroicas, no sabiendo si le traicionarán sus fuerzas; del hombre siempre tranquilo y pacífico que siente despertar y revolverse en su interior, con el sedimento de pasadas edades, un deseo de exterminio:

*Rends l'Alsace á sa gloire,  
comble ses voeux nouveaux,  
fais qu'un vent de victoire  
souffle dans nos drapeaux.*

## Tolerancia y buena educación<sup>21</sup>

LA GUERRA HA HECHO renacer en Francia la buena educación. Esta parecía algo olvidada a consecuencia de los grandes disentimientos que separaban a unos ciudadanos de otros. La buena educación consiste en saber tolerarnos, en sobrellevar con amable sonrisa aquello que nos extraña en el vecino o nos hiere; y Francia, dividida como todas las democracias en avanzados y reaccionarios, no estaba dispuesta a tolerar ni disculpar nada en su vida interior. Además conspiraba contra la cortesía tradicional el mal ejemplo de ciertos pueblos rudos y poderosos. Una parte de Francia ha pretendido imitar, hasta hace poco los modales del rudo inglés o el despreocupado yanqui, creyendo que de este modo se apropiaba algo de su carácter.

El más leve incidente político, un crimen célebre, o un simple estreno teatral, bastaban para que la nación se dividiese en dos bandos, injuriándose en los diarios y en las calles. No podía ocurrir nada malo en Francia sin que una minoría que suple el decrecimiento del número con una ruidosa actividad, echase la culpa a la masonería, especie de ogro traganíños cuyo poder oculto adivinaba en todas partes. Desde el campo de enfrente, la masa enorme de los incrédulos, achacaba a manejos de jesuitas y frailes los obstáculos con que ha tropezado el gobierno de la República, semejantes a los que perturban la vida de todos los gobiernos.

Cuando yo desembarqué en Francia, pocos días antes de declararse la guerra, el asunto Caillaux era una preocupación nacional. Pocos se fijaban en la tormenta europea que se nos venía encima. La culpabilidad o la inocencia de madame Caillaux traía tan locos a los franceses como en los mejores tiempos del asunto Dreyfus. Gritos en la calle, insultos, palos; todos rivalizaban por encontrar la suprema palabra injuriosa, la acción hostil y contundente, incapaz de réplica.

La cortesía, la amabilidad, la graciosa tolerancia que constituyen el verdadero cimiento del carácter francés, han reaparecido con la guerra, luego de haber sido eclipsadas momentáneamente por los apasionamientos políticos y la falsa imitación extranjera.

El dolor y la inquietud nos hacen buenos y tolerantes. El peligro es un gran maestro de buena crianza.

Los primeros en notar este cambio radical han sido los diarios de París. Hace dos meses nadie se molestaba por nadie en tranvías y ferrocarriles; hombres robustos continuaban sentados, mientras mujeres y enfermos permanecían de pie; en las aceras reinaba triunfador el empujón brutal; se realizaban viajes de muchas

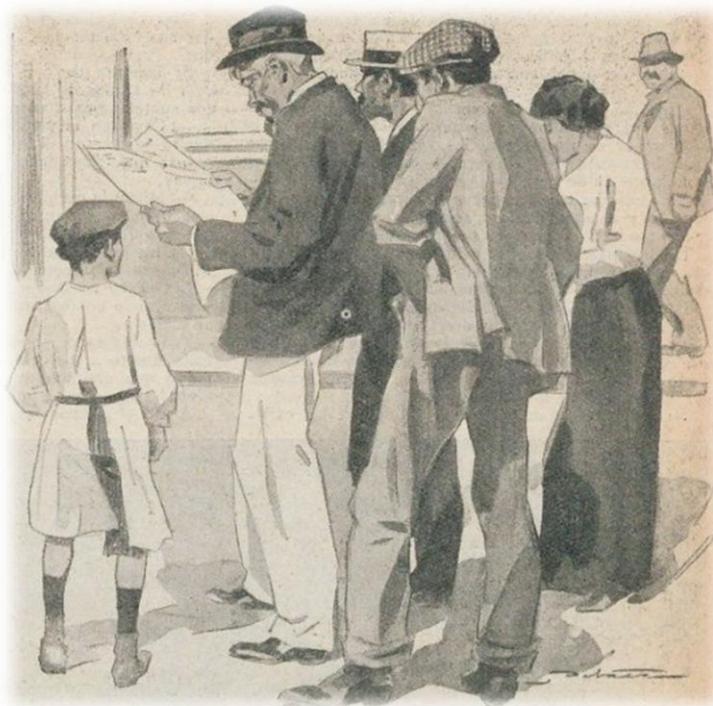
---

<sup>21</sup> *El Pueblo*, 17-10-1914; *La Publicidad*, 19-10-1914; *El País*, 20-10-1914; *El Noroeste*, 26-10-1914; *La Rioja*, 27-10-1914; *Fray Mocho*, 6-11-1914; *HGE*, II, pp. 401-408.

horas sin cruzar la palabra con el vecino; cada uno se encerraba en un mutismo hostil, mitad por orgullo, mitad por miedo a tropezarse con un señor que pensase todo lo contrario que nosotros, en los diversos temas de conversación.

Hoy las gentes se abordan y se tratan como amigos de toda la vida; casi como parientes. En realidad, lo son. Tienen un enfermo común que está en peligro: la patria. La muerte, la gran igualitaria, «la demoledora de palacios y constructora de tumbas» —como decían los poetas árabes de *Las mil noches y una noche*— los une y nivela a todos, borrando las asperezas y angulosidades de las creencias antagónicas y la diversidad de casta social. Unos lloran en silencio a sus muertos y otros a los que pueden morir: todos conocen la desgracia o la sienten rondar por cerca de ellos. Las gentes se saludan, cambian noticias, se hacen mutuos ofrecimientos, pueden hablar horas enteras sin miedo a la agria discusión, pues por adelantado están de acuerdo en todo, ya que de un extremo a otro del país solo existe un pensamiento único: la patria.

Antes el que leía un periódico lo dejaba caer en el suelo, una vez terminada su lectura, sin ocurrírsele jamás ofrecerlo a nadie. Ahora desplegáis un diario en mitad de la calle, y al momento sentís un pecho contra vuestra espalda, otro junto a un brazo, un mentón que se apoya en vuestro hombro, varias respiraciones en el cuello. Fraternalmente los transeúntes más próximos leen por encima de vuestra cabeza, comentan las noticias, muchas veces sin reparar en el que sostiene el periódico, como si este fuese una columna de las que sirven para fijar anuncios.



El papel, ala inteligente, portadora de tristezas y esperanzas, es de todos y para todos, como el sol, como el aire. Y los que no pueden adquirir el periódico se aproximan a él y lo acaparan en nombre de su legítimo anhelo de noticias, temblando ante la posibilidad de encontrar en caracteres impresos un nombre amado que llevan a todas horas en su pensamiento.

\*\*\*

Jamás se ha vendido tanto papel en las calles de París. En los primeros días de la guerra hubo periódico que publicó un extraordinario cada tres horas. Todos los diarios decían lo mismo y sin embargo pocos curiosos se libraban de la tentación de comprarlos. De cinco en cinco céntimos el habitante de París gastaba más de un franco todos los días. Muchos transeúntes, a la caída de la tarde, llevaban los bolsillos repletos como alforjas. Las compras de papel abultaban considerablemente sus caderas.

Hoy, por orden del Gobierno, todo periódico solo puede aparecer una vez al día. Además, está prohibido gritar su título, pues los vecinos se alarmaban frecuentemente con el vocerío de los vendedores, semejante al de una revolución.

Así como ha cambiado, por la escasez de papel, el tamaño y aspecto de los periódicos, se ha transformado también el exterior de sus vendedores.

Ha desaparecido el camelot<sup>22</sup> talludo, de voz ronca, que pregonaba en la vía pública. Ahora es soldado y tal vez se ha convertido en héroe. Tampoco existe el apache y el caballero andante de gorra de seda y mechones sobre las orejas que amparaba a la desvalida doncella nocturna, a cambio de una parte de sus ganancias. El servicio obligatorio los ha llevado al campo de batalla y ¡quién sabe si alcanzan en este momento la gloria militar!

Nunca fueron tan seguras y tranquilas las calles de París como lo son ahora. Además vivimos en estado de sitio, funcionan los Consejos de guerra y la policía no tiene que preocuparse en sus operaciones de las garantías que ofrecen las leyes comunes.

Muchachos que aún no tenían la edad para tomar las armas, enfermos y sobre todo mujeres, se encargan de vender los periódicos por París.

A veces, llama la atención la hermosura de la vendedora. Falta de trabajo en el taller, se lanza a despachar papel impreso buscando un jornal supletorio. Viste un traje muy usado, pero que llama la atención por la gracia de su corte. Sobre los rubios cabellos se ha puesto una montera de papel, fabricada por ella misma, con adornos de cintas tricolores. Y ríe suavemente de ella misma, de su nuevo oficio, del tocado grotesco que añade un nuevo encanto a su situación. Otras veces os ofrece el periódico con hidalga dignidad un caballero de bigote

---

<sup>22</sup> *camelot*: vendedor de periódicos.

cano, lentes y chaquet; un empleado que ha perdido la colocación a causa de la crisis y necesita llevar a su casa dos o tres francos, sea como sea.

En la calle del Croissant, donde están las redacciones de muchos diarios, se agolpa la muchedumbre de vendedores esperando la aparición de una nueva hoja.

Gravoche, el eterno pilluelo, apenas acaba de vender sus «existencias», vuelve en busca de «novedades».

Se lamenta de que la autoridad no permita vocear los títulos de los diarios y procura con maliciosos subterfugios atraer le atención del público.

—¡Compren el periódico cuyo título no puedo decir! —grita, en el bulevar, frente a los agentes de policía que falsamente impasibles sonríen bajo del bigote.

—¡Mirad lo que llevo en la gorra —aúlla más allá.

Y lo que lleva en la frente de su gorra es el título del periódico que no puede vocear.

En las horas que no vende papel, Gravoche corre París buscando noticias y sensaciones.

Los aeroplanos alemanes volando sobre la ciudad y arrojando bombas fueron para él una diversión inolvidable.

Toda una tarde siguió a uno de ellos, de calle en calle, atento a sus evoluciones, esperando el momento en que arrojase su mortífero cargamento. ¡Las cinco!..., ¡las seis!..., ¡las siete!

Al fin el pilluelo se impacientó, dándose por engañado. ¡Hasta cuándo iba a hacerle esperar el aviador alemán!

—¡Taube! —gritó irritado—. Escupe tu bomba y vámonos a comer.

\*\*\*

En las filas del ejército es donde más se nota la tolerancia y la buena educación. Hombres que van juntos a arrostrar la muerte deben sentirse más hermanos que si los uniesen los vínculos de la sangre. La expresión «hermano de armas» es de una exactitud conmovedora.

El peligro en común hace amarse con el más noble y generoso de los afectos a gentes que jamás se hubiesen encontrado en la vida o que se miraban de lejos con una cólera implacable.

Sacerdotes católicos, pastores evangélicos, rabinos, musulmanes, republicanos avanzados, monárquicos, francmasones, socialistas, anarquistas, viven juntos, se tutean, se sostienen, parten su pan y mueren muchas veces por salvar al compañero, cubriéndolo con su cuerpo.

Quince mil sacerdotes católicos existen en este momento en los ejércitos de la República, como tenientes, sargentos o simples soldados.

Algunas veces, en las pesadas marchas, un cabo que camina junto a su escuadra, alegremente, como si no sintiera el agobio de la mochila, interrumpe el canto de *La Marsellesa* para decir a los compañeros:

—Os advierto que soy cura y si ocurre una desgracia puedo dar la absolución al que la desea.

Algunos soldados contestan moviendo la cabeza:

—¡Tal vez! Nadie puede decir que no rotundamente. De todos modos es en ofrecimiento digno de ser agradecido...

Piensan en la madre, en la pobre vieja a la que seguramente causará esto cierto placer cuando reciba la noticia de su muerte.

Otros, por antiguas preocupaciones súbitamente despertadas, miran al cabo con cierta desconfianza.

—¡Viva la República! —gritan como si con esto quisieran ponerle a prueba.

Y el cura de pantalón rojo, encorva la espalda para remontar un poco la pesada mochila, y contesta simplemente:

—¡Viva la República!

Un diario de París acaba de publicar una fotografía interesante de la batalla del Marne: el sacerdote de infantería de línea diciendo adiós a sus compañeros muertos.

Ante la fosa están varios soldados con la cabeza descubierta, y en primer término otro que conserva puesto el quepis. Este quepis suple la falta de un bonete. Sobre el pecho del capote caen los dos extremos de una estola negra con cruces blancas. La estola fúnebre y el libro de plegarias para los muertos es todo lo que el cura-soldado guarda en la mochila de los antiguos ornamentos de su ministerio. Reza ante los cadáveres de los amigos que cayeron para siempre. Murmura sus latines sobre unos cuerpos destrozados y sanguinolentos que horas antes vivían junto a él, le hablaban y tal vez bromeaban ligeramente acerca de su sagrada profesión.

Muchos de ellos no eran creyentes, pero no importa; el «hermano de armas» los comprende a todos en sus oraciones. Partió con ellos cuanto tuvo mientras vivían: el pan duro, el trago de aguardiente por la mañana, el haz de paja por la noche, el tabaco y los cartuchos; y ahora que se van para siempre, les ofrece como último testimonio de amistad el único regalo que puede hacerles: la plegaria con voz trémula por la más noble de las tristezas, las lágrimas ennegrecidas al rodar por un rostro ennegrecido de pólvora; el fraternal deseo de que más allá de la muerte exista una voluntad bondadosa y justa para que acoja a estos inocentes, víctimas de una guerra que ellos no provocaron, y que solo deseaban vivir trabajando en paz, gozando de las bellezas de la existencia y las dulzuras de la familia; como vivieron sus padres, como ellos ansiaban ver vivir a sus hijos...

En el fondo brumoso del horizonte sigue tronando el cañón del 75. Se reanuda la batalla; el regimiento va a entrar de nuevo en acción. El sacerdote oculta en su mochila la estola y el libro de oraciones, recobra su fusil y la compañía reanuda el avance, dejando atrás a sus muertos.

\*\*\*

Escena de los primeros días de la guerra.

Unos movilizados esperan en una sala del cuartel que les entreguen sus uniformes y sus armas. Se ven todos ellos por primera vez. Son obreros de ancho pantalón de pana, rojos bigotes de galo y aire resuelto de «compañeros conscientes» que tratan a los diputados del partido y han figurado en ruidosas huelgas. El más verboso y comunicativo facilita las presentaciones.

—Yo trabajo en el pavimento de París —dice uno.

—Yo soy albañil —contesta otro.

—Yo trabajo en el metropolitano.

Cuando ya se han presentado casi todos, las miradas van hacia un camarada joven, de buen aspecto, vestido de negro y con una gorra inglesa. Le adivinan, lo «huelen». Hay en él ese algo imborrable del sacerdote, que persiste a través de todos los cambios de situación y de traje.

Hace unos meses, el grupo de obreros parisiense hubiera prorrumpido en burlas. Al ver a un cura corrían en busca de un objeto de hierro para tocarlo, o hacían otros ademanes de imposible mención. ¡Pero ahora que todos ellos son compañeros de armas y van a exponer su vida por la República...!

El orador del grupo hace un esfuerzo para mostrarse cortés y suave en su curiosidad. No quiere preguntarle rudamente si es cura. Teme que esto parezca en su boca un principio de insulto.

Y encontrando, al fin, el deseado eufemismo, dice con una sonrisa bonachona:

—Yo trabajo en una fundición de Saint Denis... ¿Y usted, compañero? ¿Usted trabaja en las iglesias?

## Mujeres

I<sup>23</sup>

DECÍA BISMARCK, después de la guerra de 1870, que lo que él envidiaba a Francia y hubiera deseado llevarse a su país, no era el dinero, las riquezas artísticas de sus museos, ni las obras intelectuales de una civilización antigua y refinada, sino las mujeres francesas.

Los pueblos se conocen mal, por la persistencia de ciertos errores tradicionales. Todavía en esta época de rápidas y múltiples comunicaciones, perdura la misma «geografía pintoresca» de hace dos siglos, cuando las naciones vivían apartadas, sin otros informes que los de algunos viajeros predispuestos al embuste colorido e interesante.

Para una gran parte de la humanidad, la española es una morena con mantilla blanca, falda de madroños y puñal en la liga, que baila el bolero, reza el rosario y se enamora del primer don José que se presenta; la criolla de América, un hermoso fardo de perfumes, languideces y ojeadas de fuego que se columpia día y noche tendida en una hamaca; la inglesa, un esqueleto esbelto, de dientes caballunos, coronado de rubias crenchas y sostenido por enormes pies... Y así, con la misma exactitud y verdad, van desfilando las demás mujeres de la tierra.

En cuanto a la francesa bien conocido es el tipo imaginario que evoca en muchos su recuerdo: gran sombrero, gran escote, boca pintada de impúdica sonrisa, bajos recogidos y susurrantes de rizadas blondas, pierna en el aire, danza, *champagne*... Una cuarta parte de la humanidad civilizada que ha pasado en París diez o quince días de su existencia, se encarga de propagar de buena fe que la mercenaria de los cafés cantantes y los restaurants nocturnos es la francesa. Una literatura escrita para casa, cuyos autores no piensan nunca que pueden ser leídos por gentes de fuera, ha hecho creer que en este país solo hay adulterios y que toda muchacha sueña con una vida libre, más allá de la moral.

Muchos extranjeros que llevan realizados un sinnúmero de viajes a París, no han salido jamás del radio de los bulevares centrales, donde los franceses casi están en minoría. ¡Que nadie se atreva a discutir con ellos acerca de la vida parisiense!... Cuando sienten el ansia del descubridor realizan una excursión a los establecimientos nocturnos de las alturas de Montmartre. ¡Y que les digan a ellos que en París no se encuentran el desorden y la inmoralidad allí donde se dirigen los pasos del virtuoso extranjero!... Alguna vez, cambiando de rumbo, llegaron al barrio Latino: estudiantes... señores melenudos con muchos libros bajo del brazo...

---

<sup>23</sup> *El Pueblo*, 22-10-1914; *La Publicidad*, 24-10-1914; *El País*, 25-10-1914; *Fray Mocho*, 13-11-1914; *HGE*, III, pp. 122-124.

muchachas de poca salud y pobremente vestidas; ¡un aburrimiento! En otras ocasiones, ocupando un automóvil, han corrido calles y calles, barrios y barrios de un París provinciano, con las casas silenciosas, con las aceras solitarias, solo animados a la caída de la tarde, cuando oficinas y talleres abren sus puertas a los rebaños del trabajo para que se esparzan y descansen hasta la mañana siguiente.

Estos grandes conocedores de la ciudad mundial mueren algún día, después de haber estado en ella numerosas veces, sin enterarse de que cuatro quintas partes de la población de París se levantan habitualmente a las seis de la mañana (casi a la hora en que el puro extranjero vuelve a su casa después de sus exploraciones); que las más de las noches esos parisienses se meten en la cama a las diez, luego de una tertulia casera a estilo de provincia que solo de tarde en tarde van al teatro y que la mayor parte de las muchachas se crían al lado de sus madres, vestidas con una parsimonia únicamente alterada por el buen gusto instintivo en toda francesa. Esto en lo que se refiere a París, pues en provincias aún es más rígida la vida y sujeta a preocupaciones. Las mujeres de muchas capitales de departamento se asustarían seguramente al ver de cerca las costumbres y diversiones de ciertas ciudades extranjeras que hablan contra Francia en nombre de la moralidad.

París engaña al visitante de observación superficial, con la alegría tarifada de sus establecimientos de placer. Todo lo que encuentra en este núcleo escandaloso, mantenido especialmente por la presencia y el dinero de los forasteros, lo cree francés. Las aberraciones que aparecen en novelas y comedias, como casos especiales de humana bestialidad, las generaliza atribuyéndolas a todos los habitantes del país.

Al iniciarse la presente guerra y ser expulsados de Francia los alemanes y austríacos, huyeron, solamente de la capital, unas cuarenta mil mujeres de las indicadas nacionalidades que se exhibían en los cafés y aceras del París nocturno, considerado por muchos como el verdadero y único París.

La virtuosa tierra germánica feudo de los emperadores que hablan en nombre del viejo Dios y organizan el saqueo y la destrucción de la corrompida Francia, como representantes indiscutibles de la moral, enviaba aquí, al mismo tiempo que la *choucroute*<sup>24</sup> y la cerveza a la cortesana patuda, peliblanca, tragona y sumisa, que es algo así como la contrafigura femenina del soldado del káiser.

Bien es verdad que este producto de Alemania invade toda Europa y especialmente América, lo mismo que las remesas de sus fábricas. Género abundante, malo y barato. «Made in Germany.»

\*\*\*

---

<sup>24</sup> *choucroute*: plato típicamente alemán, con la col como ingrediente principal.

Los observadores extranjeros que admiran a la mujer francesa, alaban especialmente sus condiciones de esposa y de madre. Estas mismas condiciones eran las que excitaban la envidia de Bismarck, haciéndoselas desear para las hembras de su país.

La alemana tradicional es una mujer de hogar, una excelente dueña de casa al uso antiguo, que sacrifica el aseo de su persona para que el domicilio conyugal resplandezca bajo un fregado y un barrido minuciosos. Si alguna vez huele a sebo nativo, es porque no tiene tiempo para ocuparse de ella, ocupada en sacudir el polvo de los muebles, fregotear los pisos, sacar brillo a las piezas metálicas y lustre a las botas, apilar en los armarios el lienzo fuerte de rígido planchado, y sobre todo cuidar de la cocina para que el marido, el jefe de la casa, «el Herr» no proteste. Su amor toma las formas de la servidumbre como en los tiempos de la vida de tribu, cuando el guerrero no tenía otra ocupación que cuidar de su lanza y traer la caza para el diario alimento, mientras la hembra cargaba con los fardos pesados, partía la leña, iba por agua, soplabla el fuego y recibía, al menor descuido, dos garrotazos amorosos que sacaban sangre.

Cada pueblo es como quisieron que fuese sus ascendientes.

*Herman y Dorotea*, la novela idílica de Goethe, admirada por todos los alemanes, consiste simplemente en las pruebas y las humillaciones que un hombre hace sufrir a su amada antes de que se digne aceptarla en su gracia. El ensueño de amor del germano, su poético ideal es encontrar una mujer que se levante de la cama dos horas antes que él. ¡Oír adormecido, entre las calientes sábanas los gritos de la esposa a la sirvienta y el roce de plumeros y escobas en las piezas inmediatas, donde penetra el frío de la mañana! ¡Qué placer de voluptuoso egoísmo!... Luego, la buena compañera, a la que se declaró en una noche de luna tras de un *lied* de Schubert, y que aceptó su amor dejando caer la cabeza en uno de sus hombros para darle un beso poético de respuesta, le expresa una vez más su pasión ideal llevándole el chocolate o el café a la cama; contemplando con sus ojos de myosotis<sup>25</sup> húmedos por la gratitud, el buen apetito con que traga el guerrero doméstico... Y en un raptó de pasión le pone los calcetines y las zapatillas.

La limpieza de la casa ocupa su espíritu mientras permanece a solas. No hace cocina más que una vez al día. El fuego se alumbra únicamente para la alimentación del dueño del hogar, venerado demiurgo que recibe en ofrenda el sagrado biftec. La mujer y la chiquillería peliblanca se nutren económicamente con los productos de la tocinería nacional, sinfonía gastronómica en la que el *leitmotif* del cerdo toma las más baratas y diversas variaciones. La prole contempla con una devoción algo envidiosa el crujido molar de dios padre. La mujer acoge con una

---

<sup>25</sup> *myosotis*: planta tradicionalmente conocida como «nomeolvides».

sonrisa de inmensa dicha el elogio a sus talentos de cocinera o tiembla ante un fruncimiento de cejas de la marital autoridad. En la cervecería, el hombre amontona platillo sobre platillo mientras la esposa le admira resignada. Las dulzuras inefables de este mundo, las *delikatessen* dignas de los dioses, la cerveza negra, la col en vinagre y las salchichas sazonadas con productos de droguería son para los hombres que ganan el dinero y sostienen las familias numerosas, base de la grandeza imperial.

Esta mujer trabajadora y disciplinada tiene sus alegrías. Habla durante horas enteras del servicio de las criadas y del precio de los artículos comestibles con las «Frau» y «Fraulein» de su amistad; se afana por adquirir un talle de un metro cincuenta, medida patriótica que, según el emperador, debe tener la cintura de la buena alemana; coloca como suprema coquetería un cuellecito de blonda sobre sus vestidos cada vez más amplios y vela por la salud del Imperio, aprovechando los regresos conyugales en las noches faustas que la espesa cerveza no se agría tomando la forma de querellas testarudas y, por el contrario, se muestra galante y emprendedora cual si fuese vino francés.

Los sabios de Ultra-Rhin, que apoyan con demostraciones de confusa ciencia todo lo que conviene a su nación, han decretado que la mujer alemana debe producir un *mínimum* de cinco hijos para que la patria sea grande y triunfadora. Desde este número en adelante, todos los que ella quiera. Y la «Frau» patriota limpia la casa, sirve humildemente a su hombre, vive en un nirvana de virtudes soñolientas y expele nuevos alemanes como una ametralladora vital... «Deutschland über alles», canta con entusiasmo, húmedos los ojos. «Alemania sobre todos». Y como para que el pueblo alemán se monte sobre los demás pueblos de la tierra, es necesario que mueran alemanes a centenares de miles en gloriosos avances de carnicería, la plácida y virtuosa germana sigue haciendo funcionar patrióticamente su maternidad de repetición.

Sería injusto no reconocer las condiciones pasivas de esta hembra disciplinada y humildemente amorosa. Para el que se contente con una cuidadora metódica del hogar, obediente y sin voluntad, una buena madre prolífica, conservando intactos sus derechos omnipotentes de esposo a estilo primitivo, ella es la mujer deseada. Recibe el dinero y ajusta a la cantidad su modo de vivir, haciendo recaer las escaseces sobre su persona, cargando con todas las miserias, para que el marido, el ser superior, no sufra. ¡Muy hermoso para el hombre egoísta, para el autoritario, que desea ser temido antes que amado!... Pero falta saber qué opinión tienen las mujeres sobre esto, si es que alguna vez piensan en ello.

Tal modo de entender el matrimonio tiene sus inconvenientes en momentos difíciles, cuando el hombre se ve fuera de su casa en una situación

penosa, y al volver a aquella solo puede encontrar como apoyo, lamentaciones y lágrimas. El ser pasivo habituado a la disciplina, al miedo obediente, no puede de pronto discurrir con éxito, tener iniciativas, dar consejos.

Muchas alemanas se van saliendo del molde tradicional y envidian a las mujeres de otros países. Piensan en su juventud, en los *lieder* de amor, los claros de luna, el ramillete de florecillas azules, el paseo nocturno entre los tilos, apoyada la cabeza en el hombro amado, mientras contempla el avance de las dos sombras juntas, todo el aparato poético y dulzón del sentimentalismo germánico, y al comparar este pasado con la prosa servil y monótona de un hogar, semejante al de las antiguas hordas guerreras, protestan... de la única manera que sabe protestar una mujer, descontenta de su suerte y ansiosa de novedades.

Sienten la irresistible atracción de lo desconocido al verse en contacto con gentes de otros países. Se presentan como pobres víctimas del exagerado consumo de cerveza, filtro de olvidos y fracasos.

## II<sup>26</sup>

LA MUJER FRANCESA, esposa o madre, es una compañera en el sentido más noble y elevado. Casi siempre su capacidad mental está al nivel de la del hombre que vive junto a ella, y algunas veces la sobrepuja.

En la historia íntima de todo francés se encuentra la influencia de una mujer. Son contados los hombres que han hecho su carrera completamente solos. Aun tratándose de célibes si se ahonda en su vida secreta, se tropieza con una mujer que le ha aconsejado y enardecido en los minutos de desaliento, para que siguiese adelante.

La francesa, inteligente y animosa, habla poco con el hombre de asuntos de economía doméstica. Sus diálogos conyugales, por vulgar que sea el tema, adquieren siempre cierta elevación. Esposa, ayuda en sus asuntos al marido, aconsejándole con la seguridad que le dan su instrucción y un instinto de raza, afinado por continuas y hábiles observaciones. Madre, no se preocupa únicamente de la salud del hijo y de su educación durante la niñez. Es su amigo, su consejera; en plena edad viril recibe sus confesiones, le da oportunos y sonrientes consejos; prolonga su influencia más allá del matrimonio del hijo, cuando la mujer que la

---

<sup>26</sup> *El Pueblo*, 23-10-1914; *La Publicidad*, 26-10-1914; *El País*, 26-10-1914; *HGE*, III, pp.124-129.

reemplaza al lado de este no posee sus dotes de entendimiento y de agrado, lo que raramente ocurre.

Desde los políticos célebres hasta los empleados modestos, todos llevan al lado una mujer, como infatigable colaboradora de su gloria y su bienestar. Los escritores, los artistas, los sabios hacen una gran parte de su camino triunfal por los propios méritos, y otra parte (la más difícil, la de los momentos penosos) gracias al apoyo de la esposa, que no duda nunca de ellos y es una especie de ángel custodio en los rudos conflictos de la labor mental.

¿Cuántas colaboradoras de grandes hombres quedan ignoradas en la sombra? ¿Cuántas esposas sonrén graciosamente ante los triunfos del marido, sin que nadie llegue a adivinar que ellas son las verdaderas triunfadoras?... Nada hace retroceder a la francesa: ni la fatiga ni el fracaso.

La obra de su marido es su obra. Si se une a un hombre de estudio, aprende la ciencia para ser su colaboradora y tenga con quien hablar dignamente en las horas de descanso; si vive con un escritor, es su secretario, copia, toma notas, consulta libros, se encarga de todos los pequeños servicios de la vida literaria; si es la esposa de un hombre de negocios, acaba por penetrar en los más complicados engranajes de la vida financiera; si lo es de un pequeño comerciante, engrandece su ánimo, sugiriéndole ingeniosas combinaciones, empujándole para que tenga audacia y sacuda las timideces de la rutina.

Se sacrifica en Francia la mujer por el hombre, pero voluntariamente, por afecto, por la prosperidad del hogar, sin que esto signifique humillación, miedo, ni inconsciencia, pues la esposa es igual en todo al marido, si es que no se muestra superior en autoridad por las cariñosas abdicaciones que el amor y el agradecimiento aconsejan a aquel.

La francesa es una mujer que puede hablar horas y horas con un hombre sin aburrirlo, sin hacerle sentir la necesidad de fugarse en busca de los amigos del café o del club. Es un camarada al que se pueden consultar dudas y planes. Por complicados que sean, encuentra siempre una solución de buen sentido, aun en materias que conoce por primera vez. No se amilana ante los conflictos de la vida, por difíciles que parezcan, y sabe salir de ellos con una arrogancia sonriente.

Esta hábil predisposición para intervenir en los asuntos serios, manteniéndose discretamente en la sombra con el propósito de que no sufra el hombre en su prestigio y parezcan obras suyas el provecho y la gloria del triunfo, no significa carencia de facultades para la organización y sostenimiento del hogar.

Las mujeres germánicas son unas excelentes criadas. La francesa es la señora que sabe hacer lo mismo que las otras, y lo hace sin ruido, sin dar a esto importancia alguna, convencida de que las mujeres deben servir para algo más.

La buena alemana está orgullosa de su talle de tonel, sus manos endurecidas por el trabajo, sus pies enormes incapaces de disciplina. Ve en estos detalles hombrunos algo así como los blasones de la virtud. Solo las mujeres «malas» que viven en el pecado, se acicalan y lavan con frecuencia. Limpia a golpes, con una furia guerrera, para que sean bien patentes sus virtudes de valquiria de la escoba. La casa brilla deslumbrante bajo su mano, mientras sus enaguas y medias son de una blancura dudosa. Solo una vez por semana cambia de envoltura interior, siguiendo el rito tradicional de las gentes de bien. Los almacenes de ropa blanca alemanes exhiben en sus escaparates sugestivas camisas con puntillas y lazos, torpe imitación de la maldad parisiense, para uso de las virtuosas matronas germánicas; y al pie un anuncio misterioso: «Camisas para el sábado»... El sábado es la víspera del domingo, día de asueto dedicado a la glorificación del Señor y en el cual un pueblo metódico y bien disciplinado puede levantarse tarde. Los cuerpos de ejército que actualmente avanzan y repliegan sus masas de cascos puntiagudos, en los confines de la Francia del Norte, empezaron su primera formación entre un sábado y un domingo. Y otros regimientos para el ejército del porvenir se están formando actualmente en las mismas horas de la semana, como a toque de corneta... Luego, en los días restantes, la virtud alemana sacude el polvo a muebles y alfombras, hace la cocina, cuida a los niños y teclea en el piano algo sentimental, sonrío al patrón y desea el exterminio de los «velches» impuros que habitan la Babilonia de junto al Sena.

La francesa es económica y la necesidad de mantener los gastos domésticos en un límite prudente la obliga a intervenir en todas las funciones caseras, pero sin que por esto sufra detrimento el buen aspecto de su persona. Es asunto de habilidad, de ligereza natural para arrostrar las vulgaridades de la vida doméstica. Cumple las mismas funciones de las otras mujeres sin más ayuda —cuando es de la clase media— que la de una sola criada. Hace la cocina, limpia, lo tiene todo en orden, pero con la pericia del soldado experto que sabe batirse, poniendo a cubierto su persona; y sale de estas pruebas, casi siempre mortíferas para la belleza y la gracia, conservando la finura de sus manos, la suavidad de su cutis, la esbeltez de su talle.

En ella la maternidad vence muy pocas veces a la elegancia natural. Económica y ahorradora, su lujo parece un milagro. Cuando es rica, este lujo es de verdad; pero las más de las veces resulta simplemente una ilusión mantenida por el buen porte de la persona y de la gracia con que sabe llevarlo todo.

Si las más de las parisienses se despojan de sus *toilettes*<sup>27</sup>, resultan estas de escaso valor. En otras mujeres quedarían inadvertidas o tal vez pareciesen

---

<sup>27</sup> *toilette*: vestuario.

grotescas. La francesa tiene la habilidad de ser elegante con cuatro trapos. Un buen gusto instintivo la hace herosear cuanto toca. Que los azares de la fortuna la lleven a habitar con los suyos un lugar desierto o una habitación mísera, ella colocará flores en los rincones, improvisará graciosos adornos con los desechos de su ropero, procurará alegrar la vida doméstica con graciosas iniciativas, dándole un ambiente de arte y de buen gusto.

Todo ello va unido a una economía algo feroz, a un deseo de atesorar para la familia sin que esta lo sepa, de tener ahorros y colocarlos en valores seguros, para sorprender al esposo o al hijo en un momento de dificultad pecuniaria.

La riqueza inagotable de Francia consiste en la capacidad ahorrativa de sus habitantes. Y como hormiga previsora la mujer supera en mucho al hombre. Mientras exista esa francesa que a primera vista parece frívola, gastadora, incapaz de previsión, Francia será el almacén de oro, la prestamista universal, el mercado de los empréstitos.

\*\*\*

<sup>28</sup>¡El patriotismo de la francesa! ¡Su intervención espontánea y generosa en la vía pública cuando el país está en peligro! Este patriotismo no data de ayer, o sea de los tiempos heroicos de la Revolución. Hace seis siglos cuando el buen condestable Duguesclin cayó prisionero de los ingleses, todas las mujeres de Francia hilaron la rueca para ayudar al rescate del caudillo, con el producto de su trabajo.

Hoy, la francesa deja de pensar especialmente en los individuos de su familia que están en la guerra, para comprender en su amor y en sus cuidados a todos sus compatriotas que se baten. La Cruz Roja y otras asociaciones benéficas han tenido que limitar la admisión de enfermeras. De no oponer obstáculos, habría tantas mujeres en los hospitales como soldados heridos. El uniforme blanco y la capita azul de las «Damas de Francia» aparecen en todos los campos de batalla al alcance de los cañones. Hasta hace poco, solo la monja, la hermana de la caridad, se mostraba en los lugares de combate. Es cierto que entonces el soldado lo



---

<sup>28</sup> A partir de aquí en *La Prensa*, 8-II-1916.

era por vocación o por el injusto sistema de las quintas. Ahora, con la milicia obligatoria y la nación armada en masa, las mujeres acuden en masa también, y prestan modestamente los mismos servicios de la religiosa, admirando antes, como algo extraordinario de que solo ella fuera capaz.

Las que no pueden dedicarse directamente al cuidado de los heridos, se asocian y se organizan para trabajos particulares. El quepis rojo de la infantería de línea es una prenda militar consagrada por la tradición, pero que ofrece terribles inconvenientes en la guerra moderna, al facilitar con su vistoso color la buena puntería del tiro enemigo. Era preciso borrar esta nota chillona en las líneas de batalla: oscurecer las masas de infantería. Y todas las jóvenes de Francia forman talleres, se reúnen en viejos caserones o en jardines, según el clima de la región que habitan, para coser capacetes azules destinados a cubrir el quepis rojo. Hoy, gracias a la aguja infatigable de la mujer francesa, todos los regimientos en campaña presentan una masa oscura. El quepis es azul lo mismo que el capote; los pantalones rojos quedan casi invisibles bajo las polainas y los faldones de dicho abrigo.

Espontáneamente las señoras de las capitales de provincias prestan otros servicios. Cuando se forma un nuevo regimiento o llegan tropas de paso para la guerra, niñas y señoras mayores corren al cuartel con sus bolsas de costura. Sacan al patio o al campo de maniobras los bancos y mesas que sirven a los soldados para sus comidas, extienden los útiles de coser, enhebran las agujas y llaman a los defensores de la patria. ¡Los hombres, cuando viven entre ellos, son tan inhábiles y descuidados! ... Aquí están las que van a suplir a sus madres y esposas.

Los soldados, ennegrecidos por el sol, sucios por el polvo de las marchas, se acercan y se quitan el capote, quedando con la sudosa camisa al aire, frente a las distinguidas matronas y las niñas elegantes que cosen y cosen con la vista baja. En una tarde no queda en el regimiento botón a medio desprender, rasguño sin zurcir ni costura que no esté bien afirmada.

Las buenas damas piensan ahora en el invierno. Los soldados van a sentir frío. En las plazas públicas, paseos, terrazas de café y casinos, las señoras, gancho en mano y un ovillo de lana sobre las rodillas, trabajan tenazmente. Lo mismo hacen, a idéntica hora las criadas en la cocina, la doncella en la antesala de la casa y la sirvienta de hotel en un pasillo. Fabrican gorros para que los soldados los lleven debajo del quepis, chalecos de punto, bufandas y calcetines fuertes. Damas extranjeras, muchas de ellas americanas, que viven en las estaciones elegantes del sur: Biarritz, San Juan de Luz, Pau, etc., colaboran en este trabajo patriótico. Llamaría la atención en el presente momento ver a una mujer con las manos desocupadas. Las labores de punto grosero son ahora lo más chic. Señoras que hace dos meses solo hablaban de los grandes modistos de París discurren sobre la

calidad de lanas, complicaciones de punto y rapideces de mano. Algunas que no habían trabajado nunca son aplicadas discípulas de sus doncellas de servicio.

Además de continuo trabajo, tienen las señoras una diversión: adquirir mantas de cama en las tiendas cuando se encuentran, y comprarlas con muchos ruegos al dueño del hotel, para que el municipio de la localidad las remita a los soldados. Todos sirven a los que luchan en el desierto inclemente de unos campos arrasados por la guerra.

\*\*\*

Lo más asombroso en el sentimentalismo de la mujer francesa, es que no solo se acuerda de los suyos.

Abominan de las representantes de esa «kultur» que destruye obras de arte seculares, fusila campesinos indefensos, asesina mujeres y niños, incendia ciudades; pero pronto se acuerdan de que son hombres y que tienen una madre, que mueren en grandes masas por la monstruosa táctica de un emperador que tiene el buen cuidado de mantenerse a cubierto y su pensamiento generoso va en busca de las mujeres germánicas.

—De todos modos, ¡pobres madres! ¡Cómo llorarán! ¡Cuánto muerto!

No sé lo que estará ocurriendo al otro lado del Rhin, pero casi afirmaré que las rubias matronas alemanas, a pesar de su sensibilidad de romanza, no se les ocurren estos pensamientos. Es cuestión de raza, de generosidad, de cultura de alma.

Lo único que hemos sabido de algunas mujeres alemanas, desde que se inició la guerra, son sus actos de excelentes dueñas de casa, relatados por los diarios de Bélgica.

Al enterarse de que en algunas ciudades casi arruinadas de dicho país hay una relativa tranquilidad, «Frau Kapitán» y «Frau Mayor», han corrido amorosamente a reunirse con sus heroicos esposos, que forman parte de la guarnición. ¡Los hombres saben tan poco en trinchera de adquisiciones para la familia!...

Uno de los progresos más recientes de la cultura alemana, es haber modificado la guerra, que aún se venía haciendo como en la época de las cavernas. El soldado se atrevía, cuando más, a robar al enemigo o prisionero, y a saquear las poblaciones tomadas por asalto. ¡Torpeza propia de los tiempos bárbaros...! Ahora, el guerrero culto que tal vez es el «dokter» y que lleva, según un dramaturgo del país, a Schopenhauer y Nietzsche en la mochila, entra sin resistencia en una ciudad, se aloja en casa de un burgués, come en su mesa, acaricia a los niños acordándose de los suyos, lo admira todo infantilmente: «Kolossal... Kolossal», y a la hora de irse le echa el ojo a los objetos que más le gustan: cuadros, alhajas, antigüedades. Piensa que estarán mejor colocados en su

domicilio que es el de un héroe, los empaqueta y se los lleva. Si el despojado protesta aplasta esta ignorancia propia de las razas inferiores, evocando un recuerdo de sus estudios clásicos: «Vea victis».

No hay en esto peligro alguno. El ejemplo viene de arriba. El Kronprinz, que acampó unos días en el artístico castillo de la baronesa de Baye, ha dejado limpias las vitrinas y paredes. Desde los cuadros más grandes hasta las miniaturas y otros recuerdos de familia y de exploraciones históricas, todo se lo ha llevado. La guerra no se hace solo por la gloria.

Y las «Frau» germánicas van en busca de sus maridos para que estos no sufran engaños al hacer adquisiciones. Los malvados podrían abusar de ellos dándoles gato por liebre. Bélgica es el país de los encajes, y Elisa, Isolda y Brunilda, rubias y soñadoras, van de casa en casa apropiándose de lo que les gusta, examinando las colecciones privadas, llevándose entre las poéticas manos los más ricos tesoros de la aguja, mientras tiemblan de emoción sus almas de caseras virtuosas.

¡Adorables mujeres que viajan y se sacrifican por la prosperidad de la familia! Gracias a sus consejos, un soldado del káiser puede fácilmente amueblar su casa con riqueza y baratura.

## Los alegres aliados<sup>29</sup>

ESTE NOMBRE LO DAN los franceses a las tropas inglesas que hacen la guerra en su territorio, al lado de los ejércitos de la República.

Los soldados del general French son alegres, sanos, de una malicia risueña e inocente. Parecen colegiales en armas o jugadores de *football* que al terminar una partida se han enganchado para la guerra. Estos muchachos membrudos, de orejas salientes y mandíbula fuerte, tienen unos ojos cándidos, separados por el vigoroso entrecejo que delata un carácter tenaz. Su piel se muestra blanca y sonrosada allí donde no está expuesta al dorado oscuro de los rayas del sol. Algunos, los más viejos, tienen sombreado el labio superior por unos bigotes breves, duros y recortados. Los más llevan la cara completamente rasurada, lo que les da una expresión de heroísmo pueril, de infantilidad valerosa y testaruda.

Una gran parte de los soldados ingleses son altos secos y rubios, de largas y enjutas piernas. Sus esqueletos duros, con vigorosos resortes conservados en actividad por los juegos violentos solo toleran como envoltura, músculos y tendones, sin el más leve bullón de grasa. Otros son pequeños, morenos y vivarachos, de pelo recio y negro lo mismo que reclutas españoles. La diferencia étnica, entre ingleses y escoceses de un lado, e irlandeses de otro, salta a la vista.

Una alegría de escolares revoltosos hormiguea en las filas de este ejército, procedente de una nación considerada por muchos como la más seria y triste de la tierra. El inglés canta, el inglés silba y ríe apenas se coloca un francés bajo sus ojos. Al desembarcar, la canción ha bajado del buque tras de sus pasos. Con decir que es más cantor que los hijos de Francia, está dicho todo. Y cuando no canta silba a coro *La Marsellesa* con una habilidad de clown musical, acompañando de ese modo el ritmo de su marcha.

«Si al enemigo se le pudiese matar con canciones —dice un soldado inglés en una carta publicada por los diarios de Londres—, hace semanas que no quedaría ni un solo alemán.»

De pronto se eleva sobre las filas una voz preguntona y cesa el canto.

—Are we down-hearted?

—No...o...o! —ruge todo el batallón.

—Shall we kin?

—Ye...e...e...s...s...!

Lo que quiere decir: «¿Tenemos el corazón oprimido?... ¡No!» «¿Seremos vencedores?... ¡Sí!».

---

<sup>29</sup> *El Pueblo*, 28-10-1914; *La Publicidad*, 30-10-1914; *El País*, 1-11-1914; *Fray Mocho*, 1-1-1915; *HGE*, II, pp. 500-507.

Y los pechos británicos repiten horas y horas estas palabras, «el estribillo de moda», con un vigor que delata la tenacidad incansable del carácter nacional.

Serán vencedores: «Yes». Acabarán con la Germania militarista y soberbia, que hace años insulta al mundo cantando: «Deutschland über alles» (Alemania sobre todo). Lo importante para un buen inglés es tomar una resolución. Luego, el tiempo y los esfuerzos necesarios para realizarlo, significan muy poco. Alemania perecerá por la guerra y esta guerra durará lo que sea necesario para el triunfo: un año, diez años, quince años (como para vencer a Napoleón), veinte si es preciso. Inglaterra, con sus colonias y estados autónomos, representa cuatrocientos millones de seres. Y doscientos millones de Rusia. Francia y las pequeñas naciones aliadas dan un total de seiscientos. Alemania y Austria no pasan juntas de ciento cincuenta, mal contados. «All right!»

Además, Inglaterra y Francia son ricas y la victoria se inclinará, según un estadista británico, en favor del pueblo que pueda gastar el último millón.

La República tiene por emblema su gallo arrogante; los enemigos sus águilas negras y bicéfalas que van a ser en breve pajarracos de museo, con las plumas cargadas de arsénico contra la polilla y el vientre repleto de paja. John Bull tiene su *bouledogue*, su perro chato, de grotesca y pesada majestad, que sabrá — según la imagen de un gobernante de Londres— sacar de su madriguera a las ratas alemanas.

—¿Seremos vencedores? —vuelve a preguntar una voz en las filas.

—Ye...e...e...s...s!

Y los soldados enormes, con cara de niño, rubios y sonrosados, marchan a grandes zancadas al encuentro de la gloria, al encuentro de la muerte, aspirando como suprema recompensa a que digan sobre sus tumbas lo que Nelson sobre el puente de su navío: «Inglaterra está satisfecha de sus hijos, que cumplieron su deber».

El viejo mariscal Bugeaud, conquistador de Argelia, que podía apreciar con justicia el valor ajeno, pues fue un verdadero valiente, decía así: «El soldado inglés es el primer soldado del mundo. Afortunadamente para las demás naciones, hay muy pocos».

Este defecto numérico lo está remediando Inglaterra como nunca. En el próximo enero tendrá un millón de soldados en el continente. Al año siguiente, dos millones; al otro, cuatro... Y así en progresión hasta que la Gran Bretaña desaparezca o Alemania reciba una sangría de la que depende la tranquilidad del mundo.

\*\*\*

Para los que han visto en Londres las tropas inglesas, algo teatrales, con sus casacas roja y sus enormes gorros de pelo, es una sorpresa volver a encontrarlas en el continente, con el aspecto de una partida de burgueses que van de caza.

Jefes y oficiales llevan un uniforme igual, de tela de algodón de color de mostaza, fuerte, blanda y flexible. Los zapatos son de cuero rojizo y las piernas las resguardan con unas blandas polainas de la misma tela, sobre las cuales se hinchan ligeramente los calzones. Todos llevan una blusa de cazador con cuatro bolsillos: dos en el pecho y dos en los costados. Una canana en bandolera de cuero rojo cruza su busto, con cinco estuches que guardan cincuenta cartuchos. Igual número de cartuchos encierra su cinturón, en otros tantos bolsillos. Su cabeza la cubre una gorra de las llamadas de plato, forrada de la misma tela del uniforme, pero completamente, hasta la visera. Oficiales y soldados ofrecen igual aspecto. Aquellos solo se diferencian por unas estrellas casi imperceptibles y unos galones, cuyo oro está tan mezclado con hilos de algodón, que solo pueden distinguirse a pocos pasos.

Los escoceses, apegados a su vestidura tradicional y que se batirían con desgana si no llevasen las faldas cortas y las piernas al aire como sus belicosos abuelos, también han suprimido los colorines del uniforme. Conservan el faldelini a cuadros, el famoso *kill*, pero han colocado sobre este otro de color caquis. Las casacas rojas de la guardia, el uniforme pintoresco de los caballos ligeros, todo ha sido borrado e igualado por la blusa de bolsillos, color de mostaza. La gorra partida, con cintas pendientes y galón cuadriculado, es lo único que distingue a las tropas escocesas del resto del ejército británico, en el cual, infantes, jinetes y artilleros todos defienden su cabeza con el casquete en forma de plato.

Los ingleses se asombran de la extensión de Francia al caminar días y días siguiendo las hábiles evoluciones de



French y de Joffre. «¡Qué grande!» Ellos en su archipiélago no habían podido imaginarse tan enormes a las naciones del continente.

Los franceses, por su parte, se asombran de las costumbres de sus aliados y comentan alegremente, con una punta de envidia, su rica impedimenta, sus cocinas, sus almacenes, las filas de automóviles cerrados semejantes a navíos, que les siguen a todas partes, con el vientre repleto de cuanto necesita un ciudadano británico para comer, beber, dormir y entretenerse antes de que la muerte le libre repentinamente de sus múltiples necesidades. ¡Famosos ingleses! Los soldaditos de Francia, mal vestidos y heroicos, ríen con ellos, bromean y les dan amistosas palmadas más abajo del pecho. El aforismo de Wellington en la guerra de España vuelve ahora a la memoria: «Allí donde el soldado francés encuentra lo necesario, el español vive en escandalosa abundancia, y el inglés se muere de hambre».

La limpieza tradicional y casi supersticiosa del soldado británico da motivo a las bromas del compañero francés, que no cree necesario, para matar o morir, lavarse antes la cara.

Por las mañanas pueden los alemanes saludar la aparición del día enviando una lluvia de obuses sobre las trincheras ocupadas por los ingleses. Este incidente es de poca importancia y no puede cambiar las costumbres y la rutina higiénica de un *gentleman* que se respeta. Los soldados libres de servicio sacan a luz sus estuches de aseo, limpian el espejo y se afeitan tranquilamente bajo el vuelo de los proyectiles. Solo pierden su flema para lanzar un juramento, cuando un estallido inmediato ensucia con barro la espuma del jabón o hace volar, hechos añicos, sus útiles higiénicos. Si hay cerca un curso de agua, el inglés toma su baño al amanecer alabando la providencia del Señor que ha puesto los ríos cerca de los campamentos británicos.

En uno de los últimos combates, un avance alemán iniciado al amanecer, sorprendió a un batallón de ingleses tomando el baño en un riachuelo. Llamados a toda prisa por las trompetas, corrieron en busca de sus fusiles, y ocuparon las trincheras con la anatomía al aire (¡llamémosla así!), lo mismo que los guerreros de los frisos del Partenon. Solo algunos pudieron guardar las conveniencias del pudor británico, colocándose en la cabeza la primera gorra que encontraron al alcance de la mano.

El respeto a su persona los acompaña a través de los peligros hasta los mismos linderos de la muerte. Caen en el campo de batalla a centenares, a miles. Una cólera sorda, fría, implacable, incapaz de manifestarse con palabras y que únicamente se delata en el fulgor amarillo de los ojos, impulsa al inglés contra el alemán y a este contra aquel. Los choques entre ellos son silenciosos, tenaces, como una pelea de mastines mudos. El alemán, en su inmenso orgullo, apenas se ocupa del ruso por creerle inferior como soldado. Al francés lo odia con una cólera

tradicional que viene persistiendo a través de los siglos. Hasta hace poco lo tenía igualmente por un enemigo de poca monta. Ahora su animosidad contra Francia se ha aumentado con algo que es al mismo tiempo despecho y principio de consideración. Al inglés lo detesta, viendo en él un concurrente, un rival cuyo exterminio considera necesario para su propia grandeza.

El inglés, por su parte, lo desprecia y desea aplastarlo bajo el pie, como despreciamos en la vida a los subordinados de ayer que, ebrios de orgullo por un súbito crecimiento, pretenden subírsenos a las barbas. El encuentro de un inglés y de un alemán en la guerra termina siempre con la muerte de uno de los dos; si es que no mueren ambos a la vez. Pelean encarnizadamente por la supremacía sobre el resto de la tierra.

Cuando el alemán entra herido en un hospital, se porta casi siempre humildemente. Es algo semejante al globo vistoso que se remonta soberbio y al recibir un punzamiento, se desinfla y queda convertido en un harapo. Lloro, se acuerda de la mujer y de los hijos que no verá más, afirma que esta guerra es solo de oficiales, y que por obedecer a los suyos ha quemado pueblos, robado casas y fusilado campesinos; besa las manos de la francesa que lo cuida, habla mal del káiser para que le den golosinas y cigarrillos. Los que desean morir como bravos son simplemente unas bestias repugnantes; rugen amenazas, muerden, escupen a la dama que los cuida, se lamentan de no haber hecho mayores daños, fanfarronean entre dos hipos agónicos, afirmando que sanarían si les diesen a beber una taza de sangre francesa. Son las dos manifestaciones de un pueblo de castas, en el que solo hay opresores y oprimidos, y que, obsesionado por la soberbia aspiración de dominar el mundo, no piensa antes en su propia libertad.

El inglés entra en el hospital con la resignación fría y silenciosa de un señor bien educado, al que le acaba de ocurrir un accidente doloroso en una calle de Londres. Es un hombre sólido, vigorizado por los fuegos y que hace unos meses hubiera sonreído al anunciarle alguien que iba a ser militar. El entusiasmo patriótico le ha llevado a las filas. Dos semanas de ejercicios bastaron para convertirle en un buen soldado. ¡La guerra!... Para él es un *sport* más, una partida de *football* en la que la pelota es un obús, una cacería de fieras semejante a las que se emprenden por placer en las posesiones inglesas de África. La caza del hombre es difícil; el tigre imperial se defiende con un encono y una habilidad que hacen penosa la partida; pero todo consiste en tener perseverancia.

Su accidente mortal lo considera como algo incoherente y absurdo. Lo verosímil es que perezca la fiera y no el cazador. ¡Una equivocación del destino ciego!... Pero otros quedan con vida para encauzar los hechos de un modo lógico. Al final caerá quien debe caer.

Y tranquilizado por estas reflexiones, sonrío levemente, con cierta ironía para sí mismo, mientras las enfermeras colocan en el lecho su pobre individualidad acribillada por las balas, convertida en harapos por el estallido de los obuses.

Sus órdenes son breves.

—Que venga el pastor... Pero antes que me traigan un barbero.

Un *gentleman* debe recibir sus visitas dignamente. El barbero lo afeita, lo lava, lo peina y solo entonces se acerca el pastor con su Biblia abierta. El agonizante escucha con un aire cortés, inclinando la cabeza lustrosa por el reciente peinado, mordiéndose disimuladamente los labios descoloridos para contener algo que quiere surgir de sus entrañas: el rugido de un dolor que por ser británico debe extinguirse en discreto silencio; y al fin se duerme, se duerme para siempre, con el aire decoroso de un lord que escucha a altas horas de la noche una historia de viajes remotos, sumido en el profundo sillón de un club elegante de Londres.

## Los voluntarios<sup>30</sup>

UN POETA FRANCÉS, en un exceso de lirismo patriótico, dijo así: «Todo hombre tiene dos patrias, la suya y después Francia.»

Esto no es exacto (como ocurre con casi todas las afirmaciones de los poetas) pero no por esto deja de ser verdad.

Hay muchos que no se acuerdan para nada, en tiempos normales, de que Francia existe; hay otros que la detestan, viendo en ella la patria de la más terrible de las revoluciones: pero una gran parte de la humanidad justifica las palabras del poeta, interesándose por todo lo que ocurre a orillas del Sena.

Desde hace dos siglos, muchos hombres de pensamiento ven algo semejante a una segunda patria en esa nación que engendra nuevas aspiraciones de la humanidad o las estampilla y propaga por el mundo, aunque no hayan surgido de su seno. Una idea, nazca donde nazca, no adquiere valor mundial hasta que pasa por París y este se encarga de difundirla. Un libro solo puede saltar de nación en nación cuando lo vierten al francés, lengua a la que acuden todas las lenguas, idioma de innumerables avenidas en el que se encuentran los diversos traductores, como en una encrucijada.

La moda intelectual varía con iguales caprichos, inexplicables y nerviosos, que las modas femeninas. Hay que cambiar de hechura para que los modistos del pensamiento no permanezcan inactivos sobre sus patrones triunfantes. El mundo se fatiga de pensar mucho tiempo del mismo modo; y la supremacía de Francia sufre oscilaciones y eclipses. Una temporada el modo de pensar dominante es inglés; otra es alemán; luego es ruso; y a todas las naciones importantes les llega su cuarto de hora de universalidad. El péndulo incansable continúa su vaivén pasando de izquierda a derecha, siempre por el punto medio y si alguna vez queda inmóvil es sobre esto. Digamos que el punto medio es Francia.

Sean cuales sean nuestros entusiasmos o nuestros odios, París es el centro de la atención universal. Desde principios del siglo XVIII todos hablan de él para admirarlo o maldecirlo. Los alemanes, sus enemigos seculares, no han pensado en otra cosa, a partir de los tiempos de Federico el Grande. El káiser actual, que se cree omnipotente como sobrino de Dios, solo desea entrar algún día como triunfador en las calles de París. Si le diesen a escoger entre la conquista del inmenso Londres o de la ciudad del Sena, que es más modesta, el César germánico no dudaría. La posesión de la metrópoli británica es más fructuosa, más «positiva»... ¡pero el éxito literario (llamémoslo así) de una entrada por los

---

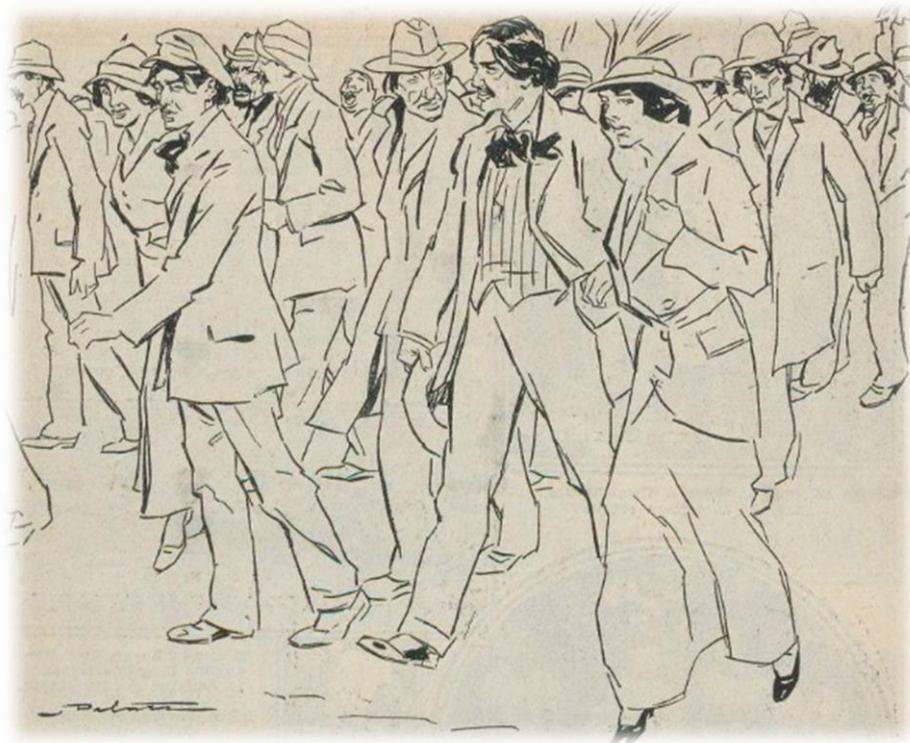
<sup>30</sup> *El Pueblo*, 31-10-1914; *La Publicidad*, 8-11-1914; *Fray Mocho*, 20-11-1914; *HGE*, I, pp. 119-127.

bulevares! ¡La hermosa cinta cinematográfica que podría sacarse de este suceso y que él enviaría a todos los teatros del mundo, para que le admirase la humanidad entera, a caballo, coronado de laurel, ante la torre Eiffel o la columna de Vendome!

El ensueño de los caudillos bárbaros en las noches boreales, bajo sus tiendas de pieles, fue poder trotar alguna vez por la Vía Apia, camino del Foro.

\*\*\*

La presente guerra ha demostrado que aún quedan en el mundo muchos hombres que tienen dos patrias, como dijo el poeta: «la suya y después Francia». Este entusiasmo internacional se reveló en las primeras noches de agosto, cuando los bulevares estaban cubiertos de numeroso gentío en espera de noticias. Las tintas de la bandera tricolor aleteaban bajo los faros eléctricos. Los cafés desbordantes de muchedumbre lanzaban por las bocas inflamadas de sus puertas y ventanales el rugido armónico de las canciones patrióticas... De pronto abríase la muchedumbre en el centro del bulevar, entre aplausos y vivas.



—Es Europa que pasa —decían muchos, quitándose el sombrero.

Toda Europa (menos Alemania y Austria) se mostró en aquellas noches representada por una juventud entusiasta, saludando con gritos de adhesión a París en peligro. Los escolares extranjeros que viven en el barrio Latino, los trabajadores de diversas nacionalidades que aquí se perfeccionan, los ancianos que

se refugiaron en la playa hospitalaria de Francia como náufragos de guerras y revoluciones, las mujeres que estudian en los libros o en los talleres de costura para volver luego a su tierra, todos los huéspedes de la ciudad mundial, desfilaron por sus principales arterias en patriótica y fraccionada procesión.

Ondean las banderas blancas y amarillas, con águilas negras en el centro, sobre un grupo de bonetes de astracán y largas levitas cubiertas de cartucheras en los pechos. Y tras estos uniformes de cosaco, una muchedumbre de hombres y mujeres del Norte, rojizos, de nariz achatada; ellas con el pelo cortado; ellos con luengas melenas. En sus ojos hay una expresión de iluminamiento, de ensueño humanitario; en sus puños contracciones enérgicas que hacen recordar a los apóstoles del nihilismo arrojando la bomba. «Nuestros amigos los rusos»... A estos los miran los franceses como gentes de casa. Son los aliados. Todos cantan *La Marsellesa* y algunos aclaman al zar, odiado hasta hace poco.

Una nueva bandera pasa bajo los focos de luz como una mancha de sangre. Tras de ella un grupo juvenil que no grita, que camina silencioso, con la cabeza descubierta. ¡Los ingleses! Son muchachos altos, desgarrados: algunos de ellos se elevan sobre los camaradas con un cuello semejante al de la jirafa. No se fijan en la muchedumbre que les abre paso, alineándose en las aceras. Miran a lo alto o clavan sus ojos en el pabellón nacional como si en su fondo escarlata columbrasen algo que solo es visible para ellos. Su mutismo impresiona a los curiosos. Las muchachas revoltosas del bulevar que aclaman a los otros manifestantes y les envían besos, parecen intimidadas por estos jóvenes graves e infantiles; dependientes de tienda, mecánicos, comisionistas, a los que da el entusiasmo patriótico un aire de pastores evangélicos. Su silencio se rompe, y entonan un canto austero y pausado, un canto de iglesia que pocos días antes había hecho reír en pleno bulevar, pero que ahora esparce un escalofrío de emoción.

Es la fuerza que pasa; la fuerza reflexiva y tenaz de un gran pueblo. Inglaterra aún no ha abierto la boca. No se sabe en aquel momento cuál va a ser su actitud con Francia: Muchos temen que no vaya más allá de una neutralidad amable. Pero los muchachos cantan, con los místicos ojos perdidos en lejanas visiones, mientras sus pies, unos pies británicos, enérgicos y dominadores, incapaces de retroceder cuando se afirman con resolución, golpean marcialmente el asfalto. Entre estos pobres dependientes que ganan unas docenas de francos semanalmente, marchan varios gentlemen con el *macferland* sobre el traje de ceremonia y el *clac* de seda mate, en la cabeza. Salen de los teatros, de los restaurants de lujo: viven en hoteles de los Campos Elíseos, donde pagan tres o cuatro libras por día. Han encontrado la manifestación de sus modestos compatriotas, y se unen a ella, graves, correctos, con la serenidad del inglés que en

los momentos supremos olvida toda diferencia de clase y no conoce el gran tormento que nos martiriza e intimida a los latinos: el ridículo.



Luego avanza un porta-estandarte con gorro rojo y almidonado faldellín de bailarina, seguido de muchos hombres que tienen ojos de brasa y la tez aceitunada. ¡Viva Grecia! Corre la gente para contemplar de cerca unas banderas francesas, bajo las cuales tiemblan como mariposas negras los grandes lazos de seda del peinado de Alsacia. Todos saludan a los hermanos de las provincias esclavizadas. Suena un redoble continuo de tambores. Viejos que llevan sobre el pecho la medalla de 1870, golpean con los palillos el antiguo parche de los combates heroicos e inútiles; la caja que durante cuarenta y cinco años ha permanecido muda. Junto a ellos redoblan en cajas nuevas algunos muchachos resueltos como los tamborcillos de la Revolución. Los abuelos los miran con ojos de maestro. ¡Fuerza, pequeños! ¡Dichosos los que perezcan y puedan ver el gran día!... Ellos redoblaron a muerte: sus nietos redoblarán a gloria.

Y tras de este grupo de «extranjeros» que es un pedazo de Francia, van pasando otros y otros. Brilla la blanca constelación de la bandera norteamericana sobre un septagrama rojo y blanco. Desfilan grupos semejantes a los de los ingleses pero más ruidosos, más vivaces, interrumpiendo sus cánticos con ruidosos «¡hurra!»), llevando del brazo mujeres altas, de esbeltez gimnástica, con grandes sombreros y vistosos trajes; rubias fuertes que enseñan los dientes, en incansable sonrisa, y elevan sobre su cabeza la mano ensortijada; tremolando dos banderitas: la de su país y la de Francia.



Grupo de voluntarios norteamericanos, pasando por la plaza de la Opera

Pasan los manifestantes de diversos estados balcánicos, hombres de nariz aquilina y ojos inquietos de ave de combate; los escandinavos, blancos y rojos, de una carnosa limpieza que parece oler a agua corriente; los suizos, que son pocos, y revelan en su aspecto reservado la prudencia helvética, ganosa, a la vez, de hacer constar su simpática demostración y de mantenerse en cuerda neutralidad.

Un grupo numeroso avanza sin bandera. Dos bastones sostienen un lienzo escrito que suple la falta de pabellón. «Los hebreos amigos de Francia». Y desfilan patriarcas de barba cana y largo gabán negro, que tienen en su entrecejo algo de los antiguos profetas; obesos tenderos, cuyo pacífico exterior parece conmovido por una ráfaga de cólera; jóvenes de pelo rizado en apretados bucles, nariz pesada y color enfermizo, que gritan y manotean con el entusiasmo de un pueblo eternamente perseguido, ante una tierra de libertad. Para llevar al frente una enseña nacional, tendrían que reunir los colores de todos los pueblos de Europa y América. Su bandera es la tradición religiosa y étnica que los mantiene agrupados. Es también, para muchos de ellos, la lengua y los apellidos de una patria de persecuciones, que abandonaron hace centenares de años y perdura en su memoria, lo mismo que un cuento maravilloso, escuchado en la niñez. Álvarez, nacido en Constantinopla, da el brazo a Flores, natural de Ámsterdam. Pinto de Salónica fraterniza con Carrión de Sarajevo. Y todos, impulsados por el soplo de la guerra, a escoger un país de simpatía, una patria de amor, aclaman a Francia, cuna de revoluciones igualitarias, legisladora de la dignidad humana. Un furor belicoso, semejante al de los antiguos Macabeos galvaniza a esta raza encorvada luengos

siglos por la timidez. El gobierno ruso ha suprimido las leyes que prohibían a los hebreos ser oficiales del ejército. Sus soldados más heroicos en la lucha actual pertenecen a esta raza. En Francia, donde rivalizan sobre los campos de batalla sacerdotes católicos, protestantes e israelitas, el primero en morir gloriosamente bajo el fuego de los invasores fue el gran rabino de Lyon.

El verde acuático de la bandera italiana se riza con la brisa nocturna, bajo las lunas eléctricas del alumbrado. ¡Cantos, gritos! Una alegría musical y heroica que recuerda los concertantes finales de las óperas, llena el bulevar. Ancianos hermosos de barba fluvial, que tal vez son modelos de pintor, avanzan con orgullo de triunfadores, luciendo sus blusas rojas desteñidas por los años, sus quepis mugrientos del mismo color, recuerdos haraposos de la postrera y generosa aventura garibaldina, en 1870. «¡Giuseppe! ¡Giuseppe!...» La imagen del más portentoso de los guerreros modernos, cuyas hazañas, inverosímiles por lo audaces, recuerdan las del Cid, pasa por todas las memorias. Todos ven la barba blanca y el pecho purpúreo del «gran patriarca armado del latinismo», su acartonada y sonriente ancianidad, dejándose llevar a lo alto de un caballo, para infligir a los prusianos la única derrota que sufrieron.



Peppino Garibaldi

Italianos concurrendo al lugar del enrolamiento

Se aleja el ordenado coro de tenores heroico y un formidable empujón conmueve al público del bulevar, lo mismo que si avanzase en la sombra una carga de jinetes, barriéndolo todo... Alegría arrolladora, entusiasmo acompañado de codazos y pisotones, palabras gruesas que infunden entusiasmo y provocan el rubor, desorden exuberante y fraternal. Una bandera roja y amarilla ondea sobre esta avalancha que hace retroceder a los curiosos hasta las paredes. Son los

españoles y los hispano-americanos. La manifestación se ha formado en los alegres establecimientos de Montmartre. Bohemios franceses y de todas las naciones, melencólicos, que hacen versos o proyectan eternamente cuadros y estatuas en los cafés, a altas horas de la noche, se agregan por instintiva comunidad de gusto a esta muchedumbre, en la que figuran tantas mujeres como hombres. Las muchachas del bulevar que han presenciado inmóviles el paso de las otras manifestaciones, corren ahora a introducirse en las filas, buscando un brazo en que apoyarse.

Y la desordenada procesión se aleja, conmoviéndolo todo con un escandaloso entusiasmo. De su seno surgen voces castellanas de un léxico incomprensible, saludando al Káiser, reclamando sus cosas más íntimas.

\*\*\*

Los extranjeros han tenido que esperar mucho para conseguir que el gobierno de la República los admitiese como voluntarios. Más de cien mil se presentaron, pero Francia tiene hombres de sobra y los consejos de revisión se han mostrado muy escrupulosos al examinar a los extranjeros. Solo aceptan a los jóvenes de vigorosa salud. Por la Explanada de los Inválidos han desfilado durante un mes nombres de diversos países, ansiosos de dar su sangre a la república Francesa. Los de alguna edad y los enfermizos protestaban, con los ojos húmedos de cólera, al verse rechazados. Unos cuarenta mil hombres de Europa y América han sido admitidos únicamente.

Los ingleses y norteamericanos llamaron la atención por su aspecto físico y su disciplina en el acto del alistamiento. La larga espera impuesta por el Gobierno la aprovecharon aprendiendo los ejercicios militares bajo la dirección de antiguos jefes de mar y tierra, retirados en París, o de los agregados de sus embajadas. Se presentaron a inscribirse en correcta formación. No hubo más que darles el fusil y cambiar por un uniforme sus trajes de corte elegante.

Los italianos triunfaron por el número. Veinticinco mil se ofrecieron en toda Francia, y actualmente prestan servicio en los ejércitos de la República unos doce mil.

Como personajes sensacionales que se presentan en el momento más culminante de un drama, aparecieron en París los nietos de Garibaldi. Estos descendientes del héroe han peleado por la libertad de varios pueblos. El mayor, José Garibaldi, es general de brigada del ejército griego. Los hermanos menores ganaron también sus grados de capitán en la guerra de los helenos con los turcos.

Esta aparición ante los voluntarios y sus familias fue emocionante. Algunas italianas, arrugadas y octogenarias, se arrodillaron junto a los jóvenes guerreros, besándoles las manos con un fervor religioso. ¡Los nietos de Garibaldi! ¡Los descendientes del Mesías libertador, que atravesó su aldea cuando ellas eran niñas

y al que la devoción patriótica de los simples campesinos designaba con el nombre de «San Giuseppe». Los viejos garibaldinos emigrados en París hace muchos años, hicieron esfuerzos por contener sus lágrimas al ver convertidos en vigorosos soldados a los chiquitines que en otro tiempo rodeaban a su general.

El mayor de los nietos, arrancándose del uniforme la Legión de Honor, la agitó como una enseña de gloria.

—Italianos, que cada uno de vosotros llegue a merecer esta recompensa. Acordaos de vuestros padres que vencieron en Dijon siguiendo la blusa roja de Garibaldi.

La inscripción de los voluntarios españoles e hispano-americanos no ha tenido brillantez. Antes bien ha quedado ignorada, en una obscuridad deplorable. Dos batallones se han formado con gentes de nuestro idioma, que actualmente completan su instrucción militar en una ciudad del sur de Francia. Pero no fue posible conseguir que toda esta gente se ofreciese en masa, dirigida por un comité o por jefes instructores, espontáneamente designados.

Los voluntarios se presentaron sueltos o en pequeños grupos. Un joven argentino que goza de una regular fortuna, fue a inscribirse como soldado en su lujoso automóvil. Él y el *chauffeur* se alistaron juntos, después de entregar al Gobierno el valioso vehículo. Un grupo de españoles proporcionó a Francia un voluntario de mérito: un notable aviador catalán llamado Foyé, de 24 años, el único extranjero que figura en el ejército aéreo de la República.

Pero fue imposible presentar en grupo ni un centenar de voluntarios. Se habían formado varios comités organizadores y ninguno quiso sacrificarse. Los españoles se pelearon por cuestiones de supremacía, siguiendo con esto las venerables tradiciones. Los sudamericanos, gente de mejor posición social, no quisieron ir en compañía de los peninsulares, jornaleros o empleados en su mayor parte. Tampoco pudieron entenderse entre ellos, pues cada cual, como testimonio de superioridad, alegó la importancia de su respectiva república.

¡El individualismo de nuestra raza, glorioso y fatal!... Glorioso, cuando no existían fáciles comunicaciones, ni grandes masas y trescientos valientes puestos de acuerdo, a duras penas, por unos meses, podían lanzarse a la conquista de un imperio. Fatal en esta época de inmensas muchedumbres armadas, en la que los pueblos triunfantes son pueblos de carneros, pueblos rebaños, con un solo pastor que piensa y dirige.

## Ruinas y cadáveres<sup>31</sup>

ACABO DE REGRESAR A París después de una excursión de algunos días por las inmediaciones del vasto campo de batalla.

Con lo que he visto y he oído, con ayuda de mis habilidades de novelista, podría confeccionar una descripción interesante y falsa del enorme combate que dura meses, ofreciéndome a la admiración de los lectores como testigo presencial de la caída de los obuses, de las cargas de la bayoneta, del galope aplastante de miles de caballos. Otros han dicho más habiendo visto menos, pues no se aproximaron al teatro de la guerra.

Lo que he podido presenciar no tiene «brillantez», pero resulta interesante, con el interés sano de lo verdadero. Después de un viaje algo penoso para ir al encuentro de la guerra, no he podido ver la guerra. No me han dejado pasar adelante. Pero he visto sus espaldas como si dijéramos los departamentos del lado del corral, donde tienen su asiento los bajos menesteres de la vida. No pude admirar la grandiosa e imponente fachada del edificio. Tuve que contentarme con que me dejasen ver les cuadras, las cocinas y otras dependencias de la parte de atrás.

¡El viaje lento y salpicado de peligrosos incidentes, a lo largo de la línea de batalla, apartados de ella algunos kilómetros, oyendo el remoto y continuo tronar de una tempestad invisible!... ¡El avance por un país en ruinas, que hace semanas fue del invasor y ahora no tiene otros franceses que los que visten uniforme!

Los caminos están destrozados, con profundos relajes abiertos por la pesadez rodante de las piezas de artillería; pateados, deformados, desmenuzados, bajo el incesante roce de millones de suelas y millones de herraduras. A trechos un embudo abierto en el suelo que corta el camino, rompiendo y desmoronando sus bordes. Es la huella del estallido de un obús, semejantes a un cráter negro y apagado. En el fondo de este agujero en declive, que a veces tiene dos metros de profundidad por cuatro o cinco de anchura, duerme el férreo demonio, con las entrañas todavía repletas de explosivo. Una casualidad fatal podría despertarlo. Otras veces su envoltura de acero se ha esparcido hecha trizas en un radio de centenares de metros. Aquí un caballo muerto; más allá fusiles rotos: fornituras militares abandonadas y ennegrecidas por la lluvia; hierros que empiezan a oxidarse: correas que se encorvan como serpientes.

---

<sup>31</sup> *El Pueblo*, 20-11-1914; *La Publicidad*, 21-11-1914; *El País*, 21-11-1914; *Galicia Nueva*, 24-11-1914; *El Popular*, 25-11-1914; «Tragedia en Reims», *Fray Mocho*, 4-12-1914; *La Prensa*, 19-7-1915; *HGE*, II, pp. 535-543; versión reducida *Hispano América*, 29-4-1917.

Al pie de un árbol o junto a un seto vivo, pequeños montículos de tierra oscura que delatan la fresca remoción; unos anónimos, con solo dos ramas en forma de cruz; otros con ciertos vestigios de adornos silvestre, hojarasca que ya están secas, y sobre las cuales se alza el símbolo cristiano, rematado por un quepis. Son las tumbas de los franceses muertos. Como única lápida que servirá para la identidad de los cadáveres cuando la piedad de las familias pueda ir en busca suya, los enterrados han dejado sobre la cruz el quepis, el casco o el fez rojo del muerto. Además, la mochila que guarda escrito su nombre está al pie de una tumba, como en los enterramientos medioevales descansa el escudo de batalla junto a la estatua yacente del caballero de mármol.

Algunas veces los quepis y las mochilas forman círculos en torno de la rústica cruz. Son doce, son veinte. Varias capas de muertos superpuestas están debajo de la delgada sábana de tierra. Sopla el viento haciendo temblar los quepis afirmados con un pedrusco y las mochilas que poco a poco se acuestan, como si muriesen también. Cae la lluvia día y noche, con la persistencia melancólica del otoño, royendo con sus húmedos dientes el paño, el hule, el cuero, y arrastrando la tierra de la altura a la oquedad. Se adelgazan y agrietan las láminas de barro y musgos, y aquí asoma la punta rota de un zapato viejo; allá un pecho abombado por la fúnebre dilatación de los gases y los líquidos interiores. Del fondo de la tierra surgen cabezas espantosamente trágicas; frentes negruzcas, cabellos aplastados, ojos amarillentos de una fijeza espeluznante... Hasta que la piedad del transeúnte, con una cuantas paletadas, vuelve a hacer entrar en el misterio del suelo estas visiones.

Un hedor de sebo, de animalidad grasienta en descomposición, flota en el ambiente, cual si fuese el perfume natural de la tierra. Los álamos que bordean los canales (muchos de ellos cortados como con hacha por el cañón moderno), los pequeños bosques de hayas y pinos, las cercas en las que se destacan las últimas florecencias del otoño, las viñas rojizas, los surcos recién abiertos, las praderas verdes, todo exhala este olor, semejante al de una fábrica de bujías.

Por el campo desierto rondan un sinnúmero de animales, ariscos e inquietantes, que parecen haber saltado con violenta regresión de la plácida domesticidad a un salvajismo hostil.

Los perros sin dueño, hirsutos, famélicos, con la mirada amarillenta y el hocico baboso, aúllan al automóvil, y lo siguen a lo largo del camino, como los lobos de la estepa helada galopan detrás del trineo. De pronto saltan fuera de la ruta y persiguen algo invisible, con el impulso arrollador del hambre. Han olisqueado la gallina fugitiva como ellos. Las aves de corral que escaparon de la aldea al caer el primer obús, se han instalado en los matorrales, como en los

tiempos primitivos del planeta, cuando el hombre no había sometido aún a su imperio las especies animales destinadas a la paz.

Caballos abandonados, unos en pelo, otros conservando sobre el lomo la silla torcida con sus estribos sueltos y tintineantes, mastican la hierba pisoteada, levantando la cabeza a cada momento para volver a todos los lados sus narices abiertas, las bolas de cristal de sus ojos que parecen hinchados por la inquietud. Unos cojean al moverse lentamente, en busca de la hierba menos marchita; otros tienen sangre en los flancos o tremendos desgarrones en la piel, como los caballos de las plazas de toros. Algunos que están intactos parecen temblar, mal seguras sus piernas, cual si aún persistiese en sus nervios una impresión de miedo y de protesta. Nubes de moscas aletean en torno de ellos tenaces y pegajosas, a cada sacudida de la cola. Son moscas azules, ventrudas, repugnantes, que parecen surgir del suelo y se agarran glotonamente a todos los rasguños de la envoltura animal, hinchándose de sangre y jugos descompuestos, pasando indiferentes de la frialdad acartonada de lo muerto a la mórbida tibieza de lo vivo.

Estos caballos rumian con relativa tranquilidad entre los animales errantes que pueblan los bosques y los cadáveres de otras bestias despanzurradas sobre las cuales apoyan sus herraduras, con egoísta indiferencia. Nada temen. Pero apenas oyen en el camino inmediato el ruido de un carruaje o el paso de un caminante, huyen todos al tropel, heridos y sanos, unos a galope, otros cojeando, con los estribos serpenteantes junto al vientre, o llevando a rastras las correas rotas que sirvieron para tirar de carromatos y cañones.

¡El monstruo se acerca! ¡El ser demoniaco que marcha sobre dos patas!... Nunca volverán por su voluntad a pactar con este dueño, al que admiraron en otro tiempo, considerándolo superior y que los arrastró a una tempestad más horrenda que las del cielo, con truenos y rayos mortales; a un choque en el que cayeron los de su especie, por miles y miles, como las espigas en la siega. Este recuerdo estremece aún su rudo sistema nervioso: hace temblar de pavor su pensamiento rudimentario. El caballo se considera desde hace unas semanas por encima del hombre, y huye de él como las personas honestas huyen de una mala compañía.

\*\*\*

Todavía es más triste el encuentro con seres humanos en este campo vasto donde hace poco se desarrollaron grandes batallas y que aún hoy está a breves kilómetros del lugar del combate.

Entra el automóvil por la calle central de un pueblo. Las ruedas saltan sobre montones de escombros. Son ladrillos chamuscados, grandes láminas de yeso que conservan la pintura o el empapelado de las habitaciones, botellas rotas, andrajos, astillas de mesas, camas y asientos. A los dos lados, casas destruidas, casas quemadas, o más bien dicho, esqueletos de algo que fueron viviendas. El

obús las ha despanzurrado dejando al descubierto sus entrañas. Por los desgarrones de las paredes medio caídas, se ven piezas abandonadas con los muebles en desorden o medio ocultos bajo la avalancha de escombros. Los tejados no existen. Todas las casas están descaperuzadas y al borde de sus muros, así como las puertas y los balcones, tienen una aureola negra de hollín de incendio.



¡Los alemanes han pasado por aquí! Y lo que no hicieron los invasores por falta de tiempo, tuvo que hacerlo después y forzosamente, la artillería francesa para despojarlos.

Pocos seres vivientes en el pueblo abandonado. Entre las ruinas asoman varios gatos; unos gatos enloquecidos por la soledad y el hambre, que miran y se arquean lo mismo que tigres, y dan prodigioso saltos para cazar a los pájaros inconscientes que cantan y se alisan las plumas sobre esa desolación.

Quedan en pie fragmentos de muro estrechos, altos, chamuscados en su cúspide, como si fuesen cirios. Otros edificios son un vertedero de escombros de

tierra, para indicar un antiguo emplazamiento. Hay fachadas que parecen intactas y detrás de ellas existe la nada, sobre un pedestal de ruinas. Las persianas se sostienen y balancean en un solo gozne; algunos huecos de puertas guardan los herrajes como recuerdo de las hojas de madera desaparecidas. Las tiendas que son agujeros oscuros, cuevas de hollín y tizones apagados, conservan algunas veces, por una ironía del azar, sus rótulos brillantes y pomposos. En las esquinas se mantienen los carteles multicolores anunciando un licor de moda o cualquier neumático acreditado.

Apenas sopla el viento, la aldea sacude sus tristes harapos. Aquí cae un resto de alero, más allá una ventana: todo un lienzo de pared se desmorona con estrépito de cañonazo. El edificio moribundo esparce sus escamas en los estertores de la agonía.

Como trogloditas hambrientos van surgiendo de las oquedades algunos habitantes que no han querido o no han podido huir.



Una vieja octogenaria está sentada en un quicio de su casa arruinada. Por el automatismo de la costumbre guarda en una mano su calceta, con las agujas inmóviles, tal como estaban los puntos en el momento en que sonó la voz de alarma anunciando la proximidad de los alemanes. Ella no quiso huir y dejó que los suyos se escapasen, sin ningún deseo de seguirlos; ochenta años de vida sobre el mismo suelo y bajo el mismo cielo como una roca, como un árbol, no toleran los desplazamientos tardíos.

—¡Para lo que me queda que vivir! —dice la vieja como única explicación de su heroica inmovilidad.

Y no dice más. Ella lo ha visto todo: el saqueo de las casas; el incendio; la soldadesca ebria; el cura fusilado al protestar en nombre del Dios de que habla a todas horas el káiser como si fuese un oficial de su Estado Mayor; los hombres pasados por las armas junto a un muro calcinado; las muchachas volteadas y torturadas luego, a impulso de la cruel hartura del sadismo; días tristes con el sol casi invisible por el humo de las viviendas ardientes; noches iluminadas por la inmensa hoguera del pueblo, entre risas y alaridos de dolor; noches de pesadilla, que parecían no acabar nunca.

La vieja no habla, no quiere recordar, y si recuerda no se conmueve. El horror ha pasado por su rostro de arrugas, inmovilizándolo cual si fuese una cara de palo.

—¡He visto tanto! —murmura—. ¡He visto tanto en mi vida...!

Jamás salió de su pueblo, pero la proximidad de la muerte le proporciona una noción exacta del hombre y sus pasiones. Nada puede extrañarla. Conoce al ser humano y lo que este vale.

Otros supervivientes de la catástrofe van saliendo a la luz, atraídos por la trompa del vehículo y las voces humanas. Todos ellos creen que acaba de llegar el envío diario de víveres.

Son mujeres macilentas y con los ojos enrojecidos, llevando criaturas en los brazos; viejos que casi se arrastran al caminar y murmuran con una tristeza filosófica: «¡Los hombres! ¡Los hombres...! ¡Tan fácil que sería entenderse y vivir en paz!»; niños que reflejan en sus ojos y sus dientes la avidez de un hambre atrasada que aún hacen mayores las excitaciones del peligro. Han pasado del peligro. Han pasado las horas del bombardeo y del incendio escondidos en cuevas. Tiemblan cuando se les hace recordar lo ocurrido. Muchos de ellos tienen individuos de su familia debajo de los escombros. Otros ignoran la suerte de sus parientes.

—A mi marido, señor, lo fusilaron los hulanos.

—Mi hermana ha desaparecido.

—Mi madre fue destrozada por un obús mientras daba de mamar al pequeño.

Y el olor de grasa hervida, ese perfume de putrefacción que impregna el campo, flota también sobre la aldea.

¡Ay, esta hediondez que penetra hasta lo más profundo de las fosas nasales y se agarra tenazmente, con la persistencia de una pesadilla olfativa...! En el curso del viaje se hace a veces más intenso, se concreta, viene en ráfagas nauseabundas de un barranco invisible, de un bosquecillo, de las alambradas y estrechas frondosidades de una viña, denunciando varios cuerpos en putrefacción.

Los exploradores de la sanidad han enterrado los cadáveres de los caminos y de los campos. ¡Pero el escenario de la muerte es tan enorme, con tantas sinuosidades, obstáculos y repliegues! Además, para enterrar veinte o treinta mil cuerpos, se necesita tiempo; no es empresa fácil. Y como el trabajo requiere muchos días hay cadáver que espera un mes en el escondrijo hasta el cual se arrastró moribundo, por el instinto de ponerse a cubierto. La mosca chupa; la hormiga entra y sale por las negras aberturas del fúnebre pelele tendido en el suelo; el pajarraco voraz desprecia al hombre como un manjar inferior y musca la noble carroña caballar; los insectos de caparazón, rojo y dorado, desfilan alegremente entre las ropas tiesas por el frío trasudamiento y las carnes violáceas.

El que huye no piensa en sus muertos. El que ataca, sigue pegando, sin preocuparse de lo que deja a sus espaldas.

Todo el cuerpo de bomberos de París ha tenido que trasladarse a las orillas del Marne, donde se dio la gran batalla. Los alemanes, al retirarse, quemaron a sus muertos. Los ponían en montón sobre grandes troncos rociados con petróleo y aplicaban luego la llama. Pero esto solo pudieron hacerlo con los cadáveres que tenían a mano.

Cinco mil alemanes quedaron olvidados en los escondrijos del campo, en las depresiones de los bosques, en las frondosidades de las viñas donde cada dos metros de terreno se hallan limitados por una pared de sarmientos y alambres. Y los cinco mil cadáveres, esparcidos e invisibles, han estado pudriéndose a la intemperie durante un mes. Ahora los bomberos proceden a su enterramiento con gran derroche de cal. Pero antes de circular entre los pámpanos rojizos y las uvas productoras del vino de champaña (conservadas cuidadosamente por los alemanes, porque ya las creían suyas) los bomberos han tenido que enfundarse en las mismas escafandras que les sirven para los incendios. El hálito de la muerte al por mayor, una exhalación de cinco mil cadáveres reunidos, es más temible que el fuego.

\*\*\*

Y los caballos siguen corriendo por la llanura desolada, contentos de su libertad salvaje, temerosos de que alguien pretenda curar sus heridas.

¡El hombre! ¡El demonio que viene en su busca para obligarlos a intervenir de nuevo en sus maldades! No; ya saben bastante. Han visto mucho y guardan el recuerdo, se sienten orgullosos de ser caballos. No quieren más relaciones con seres brutales de una animalidad inferior.

## El rastrillo<sup>32</sup>

DETRÁS DEL EJÉRCITO DE los aliados, que ocupa una línea de quinientos kilómetros (el frente de batalla más grande que se conoce en la historia), existe una segunda línea de tropas sueltas, conocida con el nombre de «el rastrillo».

Este ejército-rastrillo avanza lentamente a espaldas del verdadero ejército, examinando, removiendo, desmenuzando todo lo que este deja detrás. Regimientos y baterías ocupados en repeler al enemigo y deseosos de avanzar sin pérdida de tiempo, no pueden detenerse en la exploración del terreno que ganan. Su trabajo es ir adelante.

A continuación pasa el «rastrillo» sobre la tierra reconquistada, y saliéndose de los caminos registra los campos y los bosques; penetra en las cuevas, no deja un repliegue sin examen.

Este segundo ejército está compuesto de gentes que curan y gentes que juzgan y fusilan si es necesario; de ambulancias y hospitales de la Cruz Roja y gendarmes acostumbrados a husmear el campo- para el descubrimiento del enemigo. Destacamentos de tropas exóticas, tiradores argelinos, spahis, jinetes marroquíes, soldados acostumbrados a la vida de emboscadas y al descubrimiento de pistas, como los héroes de las novelas de aventuras ayudan en su tarea a los viejos guerreros de la ley y a los pelotones de territoriales.

Cuando el «rastrillo» avanza sobre un nuevo terreno, los que llevan en la manga la purpúrea cruz, se esparcen por todo el horizonte como benéficas hormigas, inclinándose ante los surcos, explorando los barrancos, descendiendo a los embudos abiertos por los obuses, arrastrando la camilla o el camión automóvil a través de los setos, los arroyos y las rocas. Van en busca de los heridos olvidados por el gran ejército en su avance. Son los tristes recolectores de la paja y los residuos de la victoria. El fruto de la cosecha gloriosa es para los que se baten.

Estos peones humildes de la ciencia van avanzando, como una esperanza de posible salvación, por el inmenso campo lúgubre. Se estremecen lejanos montones de tierra, que luego resultan cuerpos humanos. De las entrañas del suelo surgen gritos de angustia, que parecen venir de otro mundo, llamamientos de muerto resucitado. Los enormes proyectiles de la artillería moderna hieren y entierran al mismo tiempo. La masa explosiva, al deshacer una trinchera, hunde a sus defensores, sanos y heridos, un par de metros debajo del suelo.

No son únicamente hombres los que van en busca del herido y el moribundo por la llanura roída y desfigurada por el pateo de las bestias y el férreo

---

<sup>32</sup> *El Pueblo*, 5-12-1914; *El País*, 7-12-1914; *El Cantábrico*, 7-12-1914; *La Publicidad*, 9-12-1914; *El Popular*, 11-12-1914; *Fray Mocho*, 18-12-1914; *HGE*, III, pp. 176-183.

mordisco de los proyectiles. El ejército-rastrillo tiene numerosas mujeres, diferenciándose en esto del ejército de primera línea, donde imperan tiránicamente Joffre y French en nombre de la moral militar, prohibiendo que se acerque ninguna. Las más, parecen mariposas blancas al correr el campo con las albas tocas flotantes, inclinándose para hundir las antenas de sus brazos, desnudos y frescos, en el barro sangriento, abarcando la carne destrozada. Otras van vestidas como los hombres, con pantalones, altas botas, capote y un casco blanco. Son inglesas cuya esbeltez, avara de curvas, hace posible este uniforme. Abriendo con libertad sus piernas gimnásticas, llegan hasta la línea de fuego, a través de los peligros.

Algunas han sido heridas por el estallido de un obús. Estas damas errantes y valerosas piden al operador el fragmento de acero extraído de su herida y lo contemplan. «¡Muy curioso!... ¡Original!» Luego lo hacen montar en un marco de oro para exhibirlo sobre el pecho como una condecoración.

Las reservas armadas del «rastrillo» exploran los escondrijos del paisaje en busca de enemigos extraviados y ocultos. Toda retirada, por ordenada y serena que sea, deja fragmentos del ejército que retrocede enredados y fijos en las sinuosidades del campo de batalla.

Gendarmes, tiradores convalecientes, soldados indígenas, jinetes cobrizos, avanzan sueltos o en pequeños grupos, con el fusil preparado, por bosques y cañadas, sacudiendo los matorrales, examinando los cadáveres, rodeando las colinas, hundiendo la bayoneta en las parvas de heno que no ha incendiado el enemigo.

Entre las mallas de su red van quedando prendidos los rezagados alemanes. Surgen de todas partes como apariciones de teatro: del fondo de la tierra, de los grupos de árboles, de los huecos de las rocas.

Se presentan con las manos en alto; sin armas, gritando lo único que saben de un francés pintoresco, aprendido previsoramente para el caso de una rendición:

—¡Kamarades! ¡Kamarades!... ¡Non caput!

Al principio de la guerra les contaron que los franceses sacaban los ojos a los prisioneros, con otros horribles martirios. Luego han sabido que todo era mentira, y aprovechan las ocasiones de libertarse del frío de las trincheras y la escasez de comida.

El alemán, formando rebaño bajo la vigilancia del noble oficial que con el revólver cuida del valor de sus hombres, sabe batirse como un buey rabioso y tozudo. Pero apenas queda solo o en pequeño grupo, se le ocurre que no sería malo descansar como prisionero en un campo de concentración. Los franceses son bondadosos y dan bien a comer. «¡Kamarades, non caput!» Y sale del escondrijo en que se refugió, al quedar aislado de los suyos.

A veces, cuando sabe algo más de francés, apela al supremo argumento, para que respeten su vida y no caigan en la tentación de darle «caput».

—¡Kamarades!... ¡Mujer y cinco hijos!

Y lo dice como si exhibiese un título supremo; cual si los franceses que le prenden no se hallasen muchos de ellos en el mismo caso.

El marido de su mujer, el padre de sus cinco hijos, una hora antes ha estado matando con la mayor tranquilidad a otros que también eran esposos y padres...

\*\*\*

Hay en esta guerra episodios sueltos que, por su novedad, hacen palidecer el interés de las más estupendas novelas de aventuras.

Hazañas de valor personal se han visto y se verán en todas las guerras. Lo que resulta más extraordinario es el heroísmo y la tenacidad de un puñado de hombres que queda aislado de su ejército, rodeado de enemigos por todas partes, y, sin embargo, no quiere rendirse y sigue luchando con la esperanza de volver a incorporarse a los suyos.

Cuando el ejército francés se retiró a principios de septiembre de la frontera de Bélgica a las orillas del Mame, una compañía de infantería quedó separada del grueso de las tropas por un error de marcha. Al intentar volver sobre sus pasos era tarde. Los alemanes, en su avance continuo, se habían interpuesto entre ella y el ejército francés.

Lo lógico era rendirse, pero nadie, desde el capitán al último soldado, pensó en esto. Creyeron todos en la posibilidad de abrirse paso; esperaron que una contra-ofensiva de los franceses los pusiera en contacto con estos. Y la compañía, unos doscientos hombres, vagó como una tropa fantasma por las espaldas del ejército invasor, ocultándose de día y atacando de noche, con la heroica y absurda ilusión de romper el cerco.

Más de dos meses vivió este grupo de locos tenaces en el seno de la masa invasora, intentando sorpresas que consideraba el enemigo estupefacto como obra de los habitantes del país. Su temerario valor fue gastándose en estos ataques inverosímiles, como las uñas de un hombre que pretendiese perforar una montaña. El capitán y más de la mitad de los hombres murieron en los ataques nocturnos. El teniente, con los restos de la compañía, heridos, enfermos y hambrientos, acampó en las inmediaciones de una granja francesa. Los dueños de esta, exponiéndose a ser fusilados, guardaron el secreto. Vivieron ocultos en unas rocas, lo mismo que naufragos refugiados en un islote o caminantes perdidos en el desierto. De noche salían a rastras para alimentarse con patatas crudas o remolachas de los campos inmediatos. No podían encender fuego por miedo a llamar la atención de los enemigos que estaban cerca.

Sobrevino el invierno. Los fríos remataron a los débiles. En el corazón de Francia, estos franceses que habían partido a la guerra en pleno verano, fueron muriendo lo mismo que mueren los exploradores perdidos en las soledades del Polo. Las lluvias incesantes y el viento glacial los persiguieron en su retiro inclemente. Algunos cerraban los ojos como si quisieran dormir y no despertaban más.

Podían haber salido de esta mísera situación con solo dirigirse a cualquiera de los campamentos enemigos, cuyos humos veían desde su escondrijo. La supeditación del prisionero era preferible a esta vida salvaje, sin los medios de que disponen los salvajes. Pero nadie quería rendirse.

Después de dos meses y medio solo quedaban válidos el teniente y un soldado. Heroicamente testarudos quisieron realizar lo que la compañía no había podido hacer, y después de muchas aventuras atravesaron las líneas enemigas, uniéndose a los suyos.

Joffre acaba de dar la Legión de Honor a este oficial y a su compañero.

\*\*\*

El ejército-rastrillo es todo lo se puede ver cuando se intenta visitar el campo de batalla.

Los destacamentos de territoriales, y los gendarmes, cumplen sus deberes con gran escrupulosidad y salen al paso de todo el que llega, como perros viejos y desconfiados. Inútil querer conmovérselos. El soldado joven que se bate en primera línea, es tolerante y generoso, pues no conoce otro peligro que el que ve enfrente. Los que vigilan a su espalda viven en perpetuo y justo recelo. Tienen que combatir a un enemigo que no da la cara, que carece de uniforme y está en todas partes, adoptando las formas más diversas.

Este enemigo es el espionaje alemán: el más grande y múltiple que se conoció nunca.

Un tratadista de Alemania ha dicho con orgullo: «Lo mejor que tenemos es la artillería y el espionaje».

Hablaré en otro artículo de esta tendencia natural de los alemanes a ser espías, que tanto contrasta con las nobles y caballerescas preocupaciones de los latinos.

Las tropas del «rastrillo» trabajan continuamente contra el espionaje. Mientras el ejército de primera fila está luchando, ellas guardan sus espaldas para evitar los informes al enemigo. Los espías viven confundidos con la población del país, y adoptan novelescos disfraces: hombres que van vestidos de mujer; mujeres que disimulan sus idas y venidas con un hábito de monja o de enfermera, oficiales alemanes que se fingen pastores o carreteros... Hasta perros espías existen que son portadores de misivas al campo enemigo.

Más de una vez, los gendarmes hacen bajar de un carretón a una robusta aldeana de exuberantes formas. Le tiran suavemente del pelo para ver si es natural. El pelo resiste al tirón. Es una mujer. Pero el excesivo desarrollo del pecho y de otros salientes de su cuerpo inspira sospechas. Y cuando un registro por mano femenil permite apreciar el secreto de las exageradas morbideces, salen a la luz dos o tres palomas mensajeras hábilmente disimuladas para transmitir los informes del espionaje.

Todos los detenidos van a parar a los «prebostazgos» que funcionan a retaguardia del ejército, Consejos de guerra sumarísimos, tribunales de fallo instantáneo encargados de decidir la suerte de los espías, merodeadores y ladrones de cadáveres que pululan a espaldas del ejército.

Al iniciarse la guerra, las autoridades francesas se mostraron algo débiles, por el deseo de no salirse de la legalidad. Los primeros espías presos en París fueron juzgados con arreglo a los procedimientos normales, y sus penas no pasaron de algunos años de presidio

Aquí, en el radio de acción del ejército-rastrillo, los jueces de bigote cano y uniforme de campaña no se preocupan de que Francia es una democracia respetuosa de las leyes, como dicen los magistrados de París. Se fusila con frecuencia y con razón. Y sin embargo, por mucho que fusilen los jueces marciales, no conseguirán desarraigar completamente el espionaje enemigo que desde hace años está esparcido por esta tierra. Muchos alemanes viven en Francia como ciudadanos naturalizados. Otros exhiben documentos para demostrar que son de los Estados Unidos o de cualquiera otra república de América. Pero todos trabajan igualmente por el aportamiento de noticias a su verdadera patria.

Los soldados que hicieron la guerra en África, y están habituados a castigar al enemigo, duramente y sin escrúpulos, han instaurado una moda de ejemplaridad para aterrar a los espías. Cuando fusilan a uno de estos, lo dejan expuesto veinticuatro horas.

El viajero curioso que transita los campos de batalla de ayer, a espaldas del ejército que se bate, recuerda a los mercenarios de *Salambó*, que encontraban filas de crucificados al avanzar por los caminos.

Amarrado a un poste aparece un cadáver, puesto de rodillas, inclinado por el último estremecimiento agónico, buscando el suelo con la cabeza y los brazos, sostenido únicamente por las vueltas de cuerda que se hunden en su tronco, como un odre hinchado. En lo alto del poste un papel manuscrito: «Pour espion».

Otras veces los encuentros son menos terroríficos.

Un grupo de territoriales rodea a unos prisioneros con sonriente curiosidad. Son alemanes de pequeño cráneo, grandes orejas de abanico y poderosa

mandíbula; campesinos o trabajadores que la guerra ha querido convertir en héroes.

Los alemanes de clase superior, al caer prisioneros, muestran una altivez orgullosa o un silencio digno. Estos otros, al verse en poder del enemigo, solo tienen una preocupación: comer. Con la mirada lacrimosa y la sonrisa humilde, parecen acariciar el pan, el café, la carne, todo lo que los franceses reciben para su manutención.

Los territoriales se divierten dando de comer a sus prisioneros. ¡Qué estómago cavernoso! ¡Qué mandíbula incansable! Parece que no hubiesen probado alimento desde que se pusieron en campaña a principios de agosto.

Le dan a uno de ellos un pan de dos libras y con unas cuantas dentelladas, la mandíbula molino, lo tritura, lo devora, lo hace desaparecer casi instantáneamente.

Los franceses, siempre amigos de diversión, ríen bonachonamente, encontrando muy interesante el espectáculo. El alemán ríe también con una humildad de animal marrullero.

Le largan el segundo pan y se lo traga igualmente, sin visible esfuerzo.

Al ver que no le dan más, se pone melancólico.

—Yo familia —dice para enternecer a sus guardianes—. El padre de mis hijos tiene hambre.

El juego ha mermado considerablemente los víveres del destacamento, y un francés contesta:

—Aguántate «boche». Si el padre de tus hijos tiene hambre, los maridos de nuestras mujeres también necesitan comer.

## Los espías<sup>33</sup>

FEDERICO II EL GRANDE (glorioso ascendiente del actual emperador de Alemania, que le imita en todo lo que puede), se burlaba con su cruel escepticismo de la caballerosidad y confianza de los mariscales franceses, grandes señores empolvados, perfumados y heroicos que llevaban a los campamentos las maneras de Versalles.

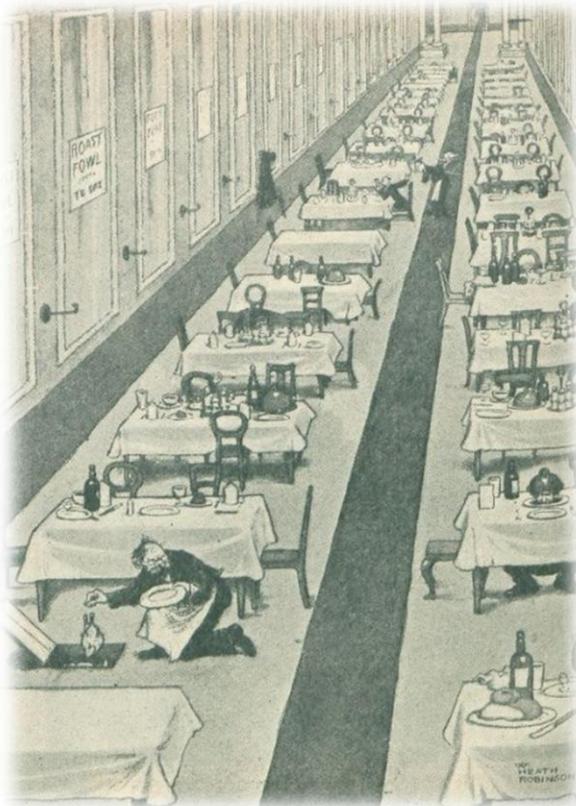
El mariscal de Soubise, protegido de la Pompadour, le hizo reír muchas veces en el curso de la guerra de los Siete Años.

—¡Ese Soubise valeroso e imprevisor! tiene veinte cocineros y un solo espía. Yo tengo doscientos espías y un solo cocinero.

Desde los tiempos del gran capitán prusiano, el espionaje de los alemanes ha progresado tanto o más que las piezas de artillería. Hoy el káiser no tiene doscientos espías, ni doscientos mil; son millones, son toda Alemania, pues no hay en ella un solo individuo que no esté dispuesto, por impulso natural, a cumplir esta triste función. Repitiendo la conocida frase sobre el ruso, que lleva un cosaco dentro de él, puede decirse del buen germano:

—Rascad al alemán y encontraréis el espía.

Es indiscutible que muchos no lo son. Un país no puede ni necesita dedicar todos sus habitantes al espionaje. Además, no siempre se ofrece la oportunidad de averiguar secretos para ir a comunicarlos a las autoridades de su país. Pero que una casualidad haga saber a un alemán, en tierra extranjera, algo que considera importante para su patria, y continuará las averiguaciones hasta poder entregar el secreto completamente.



<sup>33</sup> *El Pueblo*, 19-12-1914; *La Publicidad*, 20-12-1914; *El País*, 22-10-1914; *Fray Mocho*, 23-4-1915; *HGE*, I, pp. 374-378 y 391-393.

Todos los alemanes no son espías; pero en cada alemán hay un espía que duerme, y solo necesita la ocasión para despertar y ponerse al trabajo.

Es algo que está en su carácter, fundamentalmente; una tendencia que surge en él apenas tiene uso de razón, y perdura a través de las diferencias educativas y de estado social.

Hay que decir en su honor que el espionaje no lo considera como una función deshonrosa. Le inculcaron hace siglos que este es un modo de servir a la patria, tan noble y digno como empuñar las armas, y se lanza a ser espía con igual entusiasmo que si emprendiese el camino de la gloria.

Cada agrupación étnica tiene su moral, su alma, sus escrúpulos. Nosotros, los llamados latinos, llevamos el fardo de una porción de preocupaciones y delicadezas espirituales que no conocen los buenos germanos, y si tropiezan tan alguna vez con ellas, provocan su risa como algo arcaico e inútil.

Nosotros creemos en el honor sin interés alguno, en el honor generoso que impone sacrificios; creemos en el carácter sagrado de la palabra empeñada, en el derecho a la libertad y a la independencia que tiene el débil lo mismo que el fuerte; en la necesidad de que subsistan debajo del sol los pequeños pueblos, así como los grandes, del mismo modo que en la vida humana respiran por igual los iletrados y los inteligentes, los feos y los hermosos, los ricos y los pobres. Tenemos el sentimiento de la medida, de la armonía, del equilibrio, facultad que aún no poseen ciertos países recién salidos de la barbarie, que todo lo ven con retinas de brutal exageración: «Kolossal; Kolossal». Sabemos que hasta las ideas más santas deben estar limitadas por las exigencias del honor y de nuestra dignidad.

Amamos la patria, estamos dispuestos a dar por ella «vida y hacienda», como el pundonoroso alcalde del drama de Calderón, pero nos reservamos la integridad y pureza del honor;

Que es patrimonio del alma;  
Y el alma solo es de Dios.

Tomaríamos un fusil para defender nuestra tierra aunque la lucha anunciase un seguro fracaso; pero nos indignaríamos si alguien nos propusiera servirla como espías, oficio bajo y degradante.

Alemania piensa de distinto modo. Su psicología es otra, y satisfecha de ella quiere imponerla a los demás pueblos que considera corrompidos por los refinamientos de una vieja civilización. La moral alemana (no la de la Alemania de Kant, sino la del imperio de Guillermo II), considera que las cosas más respetables para nosotros no son más que «palabras», que un tratado es un «pedazo de papel», un juramento empeñado, una obligación momentánea que puede dejar de cumplirse si así conviene, y el ejercicio del espionaje una de las ocupaciones más nobles a que puede dedicarse el hombre.

Príncipes de casas reinantes alemanas se han alabado de haber hecho viajes a los países vecinos, abusando de su hospitalidad, solo por averiguar sus secretos. Damas germánicas de alta posición aprovechan todos los medios, hasta el del amor, para adquirir noticias que interesan a su país.

El ejemplo viene de arriba en ese pueblo regimentado con arreglo a una férrea gradación de cartas.

¿Qué no harán, si se presenta ocasión, el tendero enriquecido, la burguesa ansiosa de distinciones, el pequeño comerciante, el comisionista, todos los que desean imitar a las clases superiores y ven un medio de ennoblecimiento en la labor del espía?

\*\*\*

Existe un espionaje obligatorio del que nada puede decirse mientras perdure la guerra con sus astucias y emboscadas. Es el de los militares. Un soldado debe obediencia a sus superiores, y si estos le ordenan una averiguación en país enemigo, la cumplirá inmediatamente por honor profesional. Todos los ejércitos del mundo imponen este servicio.

Todos los pueblos en guerra tienen igualmente espías civiles, pero son individuos de la más baja especie moral, que no hacen gala de sus trabajos, antes bien lo disimulan como algo vergonzoso.

Alemania es el único país del mundo donde el espionaje se aprecia como una gloria, como un servicio patriótico semejante al servicio militar obligatorio, pero más extremo, pues comprende a mujeres y niños.

Antes de que el imperio atropellase Bélgica con su injusta invasión, todos los alemanes residentes en el reino belga, que eran más de cien mil, recibieron de sus cónsules un cuestionario secreto para que lo llenasen revelando las particularidades de los pueblos en que vivían.

Los espías obligatorios dicen lo que saben y lo que pueden ver, que muchas veces no es gran cosa. Los espías «de carrera», los ilustrados que se mueven en un plano superior, reciben la ayuda de la industria y el comercio de su país establecidos en el extranjero.

La guerra actual ha revelado, con las inesperadas sorpresas experimentadas por el vecindario de muchos pueblos de Bélgica y Francia, la solidez y arraigo de este espionaje.

Al entrar las columnas alemanas en una población, sus jefes estaban, tan enterados como la autoridad municipal de todos sus recursos. Era inútil negar la existencia de caballos, víveres y dinero. El invasor sabía dónde estaba cada cosa, como si tuviese un inventario en la mano. Luego los notables del pueblo, al recibir el cariñoso saludo de un alemán uniformado, lo reconocían con asombro. Era *monsieur* Fritz o *monsieur* Franz, un ingeniero que había vivido años enteros en la

población trabajando en una fábrica, un tendero de bisutería barata, o un simple rentista establecido en tierra extranjera porque el clima le era más grato que el de su país; todos buenas personas, que hacían reír con la simplicidad de sus cuentos y chistes, mientras inocentemente se enteraban de las particularidades de la región.

En otros sitios, Franz y Fritz habían acabado por ser de la tierra, casándose en el pueblo y cambiando de nacionalidad. Hasta se ha dado el caso de que algunos llegaron a concejales en su segunda patria, aspirando al primer puesto municipal. Desaparecidos poco antes de la invasión han vuelto ahora al frente de ella, «ilustrando» con sus conocimientos a los jefes de las tropas, y procediendo con una bondad felinesca contra sus antiguos convecinos.

Uno de ellos, al regresar al pueblo en que había vivido varios años, acompañando a las tropas alemanas, dijo al vecindario:

—No me quisisteis hacer alcalde, y ahora, cuando triunfe Alemania, me tendréis de burgomaestre.

Los industriales alemanes que, ocultos bajo el misterio de la sociedad anónima, establecieron muchas industrias en Bélgica y Francia, cuidaron siempre de instalar sus fábricas en puntos estratégicos, indicados de antemano por el Estado Mayor de Berlín, del cual eran servidores. Las plataformas de cemento construidas para sus máquinas han servido luego para los cañones de sitio.

Otros espías levantaban hoteles particulares en las inmediaciones de las plazas fuertes. Nada indicaba exteriormente la solidez de baluarte de estas construcciones lujosas y en apariencia frágiles. Muchas han sido derribadas por la autoridad militar que adivinó su verdadera finalidad. Para destruir algunos de estos hoteles se necesitaron varios cartuchos de dinamita y aun así se mantuvieron en pie las torres que parecían simples miradores.

En el campo de la guerra el espionaje alemán se vale de los más arriesgados disfraces. La cercanía de las líneas de combate y su inmovilidad en una batalla que dura meses, permiten a los habitantes del país, más o menos escasos, hacer vida común con los que pelean.

Una batería francesa dirige sus disparos contra las posiciones enemigas, hábilmente disimulada. Los cañones alemanes, por más que cambien su puntería, no pueden encontrarla. De pronto los artilleros ven aproximarse un pastor con un rebaño de ovejas o un labriego que guía dos caballos enganchados al arado.

¡Bucólica aparición que conmueve a los hombres endurecidos por la tarea de matar...! Es la vida que recobra su ritmo, a pesar de la guerra; el trabajo que renace arrojando los peligros. La aparición de este valeroso soldado de la agricultura casi hace asomar lágrimas. Los que tienen algunas letras recuerdan el campesino de *La débacle*, descrito por Zola, que sigue arando indiferente su campo, en medio de la batalla de Sedán.

El pastor o el labriego se detiene unos instantes enfrente mismo de la batería. Los cañones enemigos callan como si les emocionase igualmente esta aparición respetable del trabajo. La figura del héroe, con su acompañamiento de bestias, se destaca visiblemente sobre el horizonte. Luego se aleja con la soñolienta lentitud de los hombres del campo, y apenas desaparece, una lluvia de obuses cae certeramente sobre la batería. Los enemigos saben ahora a dónde apuntan. La noble aparición les sirvió para descubrir la batería enmascarada.

Franceses e ingleses han acabado por enterarse de lo que significan tales apariciones, y a estas horas llevan fusilados varios pastores y labriegos. Al pasar estos ante el Consejo de guerra, quedó aprobado que eran alemanes, de los muchos que rondan a espaldas de los aliados, esperando una oportunidad para entrar en funciones.

La policía inglesa hace tres meses que está dando la batalla en pleno Londres al espionaje alemán, y después de tanto tiempo aún no se considera vencedora.

Todos los viajeros que salen de Inglaterra ven sus equipajes escrupulosamente registrados. Además tienen que desnudarse en la estación y luego de este examen los acompaña la policía hasta el momento en que parte el tren. Aun con todo esto, es posible que escape alguien para llevar noticias a Berlín de las fuerzas inglesas.

En un navío de transporte anclado en Marsella, acaba de ser ahorcado un espía alemán. Había subido a bordo en Calcuta acompañando las tropas indostánicas del cuerpo expedicionario.

\*\*\*

Alemania no ejerce su espionaje únicamente en las naciones que le son hostiles. Su policía voluntaria se extiende por todo el planeta. Los pangermanistas titulan a Guillermo II «emperador del mundo». De haber salido bien de esta peligrosa aventura contra toda Europa, su plan era atacar a los Estados Unidos y someter a América entera. Esto parecerá absurdo a muchos, pero lo absurdo por su grandeza, tienta a un pueblo cuya expresión favorita es «Kolossal, kolossal».

La prueba más convincente de que Alemania sueña con el dominio del mundo y utiliza para ello el espionaje voluntario de sus naturales, esparcidos en los diversos continentes, la dieron los legisladores de Berlín hace pocos años, al votar una ley que no tiene ningún otro país.

El alemán puede renegar de su nacionalidad y adoptar la de la tierra en que vive, sin que por esto se ofenda Alemania. A la hora que el renegado le convenga puede hacer valer su primera condición de germano, pues esta no la pierde aunque abrace otra bandera.

Y el súbdito del káiser, con el disfraz de la nacionalidad que escoge, puede ocupar cargos públicos en su país de adopción, puede intervenir en su vida política y preparar, el advenimiento de «la más grande Alemania» con que sueñan todos los de su raza: «Deutschland über alles» (Alemania sobre todo el mundo), como cantan en sus momentos de entusiasmo.

El espía ve ante él un camino sin obstáculos. Puede jurar fidelidad a mil cosas diversas, puede cambiar de patria cada año. No importa; su país no se enfadará por esto.

En muchas repúblicas de América hacen elogios de la facilidad de adaptación de los alemanes residentes en ellas.

—Son distintos a los de Europa —dicen las buenas gentes—. Ni orgullo patriótico ni altivez de raza. Al poco tiempo de estar entre nosotros toman nuestra nacionalidad. Piensan quedarse en la tierra para siempre. Son los más asimilables de todos los extranjeros.

No ven el futuro peligro. No saben que es el único europeo que está autorizado por su patria para abandonarla. Todo cuanto hace y dice es de pura apariencia. Aunque viva años y años exhibiendo una nacionalidad distinta, siempre es alemán, y el imperio, convencido de que trabaja por él, le guarda su sitio.

EL HOMBRE NO ES bueno ni malo. Coexisten en él, a un mismo tiempo, los perversos instintos de una herencia de primitiva animalidad y los sentimientos humanos de consideración y mutua ayuda desarrollados por la vida social. El ángel y la bestia de que hablaba el filósofo, viven encerrados en la cárcel de nuestro cuerpo.

Son las circunstancias, la influencia del ambiente exterior, lo que determina la aparición de la maldad infernal o de la virtud sublime. El triunfo nos hace malos y duros como si fuésemos dioses inmortales; la desgracia nos ablanda, dando expansión a la olvidada piedad.

Suenan las músicas, ondean los estandartes, da rugidos la muchedumbre que se queda en casa, pero desea victorias y sangre, lanzan los oradores su florida retórica para recomendar en nombre de la patria el exterminio de la otra patria que está enfrente, y la inundación de hombres armados se pone en movimiento como una ola mortal. El soldado camina trémulo de cólera, lo mismo que una mala bestia que sale de casa. La resistencia del enemigo, con las penalidades que esta le proporciona, sirve para aumentar aún más su furor. Todos los residuos de la animalidad ancestral que dormían en el vaso del alma, se revuelven y suben a la superficie agitados por las sublimes palabras de «patria», «bandera», «honor», etc. Los remotísimos abuelos de brazos largos y cráneo pequeño, peludos como orangutanes, que se durmieron para siempre en el rincón de la caverna, junto al hacha de sílex, sonreirían con toda su dentadura de presa si pudieran contemplar cómo mantienen su herencia y sus costumbres los descendientes pelados y débiles, que suplen su fragilidad con la ayuda de un sinnúmero de máquinas diabólicas, que han captado el rayo y el trueno, y además disponen de los libros para justificar científicamente todos los crímenes que los hombres primitivos cometieron sin pedantería, porque sí, por el derecho de la fuerza.

El soldado siente una voluptuosidad salvaje al poder entregarse a todos los atentados prohibidos por las leyes, sin castigo alguno, antes bien, encontrando al final de ellos el santo esplendor de la gloria. Mata, incendia, roba. En tiempos normales estas hazañas le conducirían a presidio; ahora lo elevan a la sublime cumbre del heroísmo y le proporcionan coronas de laurel. Si hace seis meses nada más hubiese disparado un simple petardo en la callejuela solitaria de una capital, habría sido un anarquista, enemigo del orden y de la sociedad, viéndose conducido a la cárcel entre los puñetazos y paraguazos de la muchedumbre enfurecida. Ahora

---

<sup>34</sup> *El Pueblo*, 9-1-1915; *La Publicidad*, 11-1-1915; *El Liberal* [Bilbao], 12-1-1915; *El País*, 13-1-1915; *El Cantábrico*, 13-1-1915; *El Popular*, 17-1-1915; *La Prensa*, 20-1-1915; *Fray Mocho*, 22-1-1915; *HGE*, III, pp. 140-145.

puede montar en un aeroplano y volar sobre una ciudad que vive descuidada, arrojando sin peligro alguno, a dos mil metros de altura, media docena de granadas, haciendo pedazos a la pobre niña que vuelve tranquilamente de la panadería, al pacífico burgués que va del despacho a su casa, donde le esperan la mujer y los hijos en torno de la mesa del comedor. Es un héroe; los periódicos publican un retrato y las hembras patrióticas lo encuentran distinguido y genial, enamorándose de él con histérico romanticismo. Toda la humanidad, ansiosa de gloria, corre tras de los nobles estandartes, siguiendo la misma carrera de los criminales famosos.

Por fortuna existe la desgracia que nos vuelve cuerdos; existe la muerte que corta en flor la brutalidad más gloriosa; existe el miedo que conocen en determinados momentos hasta los más valerosos e inconscientes. El obús que parte una pierna, la bala que fractura las costillas, el bayonetazo perforador de la carne, son excelentes medicamentos para desvanecer la borrachera de gloria y de muerte. El héroe, rayo de la guerra, al despertar de su épico delirio en una cama del hospital, siente nuevas ideas que se inician y van creciendo lo mismo que una música que se aproxima; ve en torno de él otros hombres igualmente destrozados, a los que combatía poco antes y que son tan infelices como él; empieza a recordar que varios legisladores de la conciencia, en diversos pueblos del planeta, han dicho la gran verdad, la única que puede sostener eternamente la disciplina social y la dignidad humana: «no hagas a los otros lo que no quieras para ti».

\*\*\*

No solo al dolor propio nos impulsa a ser buenos; con una virtud egoísta. El simple espectáculo de las desgracias ajenas nos hace sentir honda lástima, despertando la ternura que afortunadamente existe en nosotros. Si no poseyésemos esta bondad, gracias a la cual reaccionamos después de los delitos colectivos, hace siglos que los hombres se habrían exterminado y el planeta estaría desierto. En la presente guerra de trincheras, los combatientes acaban por entenderse y apreciarse. Por encima de las prohibiciones de los jefes y de los cantos y discursos que sostienen sus odios se aproximan y entablan relaciones. Los más brutos, los que llevan sobre su alma mayores crímenes, son los que experimentan confusamente, pero con mayor intensidad, estos impulsos de la conciencia. El soldado alemán apenas sale de sus filas ya no siente el miedo al látigo del oficial o a su revólver que le apunta por la espalda: llora, abraza al enemigo, manifiesta sus deseos de paz, ve en aquel a un hombre digno de las mismas consideraciones que desea para sí mismo.

En un hospital de Francia han permanecido durante meses, con las camas casi juntas, un cazador alpino y un soldado alemán. El francés, un jovencito, tenía un balazo en el pecho y estuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte. El germánico tenía una pierna deshecha por el estallido de un obús. El uno vivía en

continuo delirio, había que darle cada media hora un medicamento que era su única salvación; el otro no podía moverse sin que el dolor le arrancase horribles quejidos.

Muchas veces, especialmente por la noche, el excesivo trabajo del personal sanitario hacía que el pobre alpino quedase olvidado y nadie se acercase a darle la medicina. Su vecino de cama, el rudo alemán, había acabado por preocuparse de la suerte de este compañero. Se levantó trabajosamente, ahogando sus rugidos de dolor; se arrastraba hasta la cama inmediata, como una madre moribunda, hasta conseguir que el camarada tragase el medicamento. Luego ponía en orden las cubiertas de su lecho, lo acariciaba con palabras ininteligibles, y volvía gimiendo y vacilando a ocupar su sitio. Cada uno de estos viajes, retardaba su curación, haciéndole sufrir unos suplicios infernales. ¡Y este hombre, unas semanas antes, era tal vez de los que corrían las calles de los pueblos belgas con una cajita sobre el pecho cargada de materias incendiarias; de los que fusilaron a centenares, viejos y mujeres, y se divertían para gloria «de la más grande Alemania» en cortarles los pechos a las muchachas, clavándolos luego en una puerta!

En las trincheras, los combatientes de ambos lados se cansan de tirarse a matar y tácitamente establecen sus horas de calma y descanso. En esas treguas que nadie ha consignado, pero que se respetan escrupulosamente, los enemigos se hablan, se insultan y vuelven otra vez a hablarse, como gente bien educada que cumple un servicio penoso. A veces, un emisario va de una trinchera a otra para cambiar periódicos. Los franceses envían sus diarios a las «boches» inmediatos para que aligeren un poco su pesada digestión, después de comulgar con tantas ruedas de molino, y se enteren de que en el mundo ocurre algo más que lo que cuentan las noticias de la agencia Wolff. Cuando los alemanes no tienen lumbre para sus cigarros van a pedirla en «la casa de enfrente». Un día los franceses entregaron un encendedor automático a un «boche» de la trinchera vecina, que había venido a pedirte. Pasaron las horas sin que lo devolviesen.

—¡«Boches», el encendedor! —reclamaron varias veces de la trinchera francesa.

—¡Nein!, inein! —contestaron los alemanes riendo desde el fondo de su zanjón.

Gran cólera de los chasqueados. ¡No; eso no! Era impasible tolerar una broma tan pesada.

—¿Si fuésemos por él en corporación? —propuso uno.

Armaron bayoneta y sin orden de los jefes, arrastrando a estos en su entusiasmo, cayeron sobre la trinchera enemiga, inesperadamente, conquistándola, haciendo una gran carnicería y rebuscando entre los cadáveres el famoso encendedor que recobraron al fin, cual si fuese una bandera gloriosa.

A ciertas horas del día, cesa el fuego en las dos líneas para que gentes de ambas partes vayan a una fuente cercana a llenar los cántaros. Y mientras canta el agua en la panza de las vasijas, los enemigos se hablan por señas, sonríen y hacen cambios de cigarros. Cuando llega el furgón de los víveres a una de las dos trincheras, los de enfrente suspenden el fuego, sabiendo que cuando venga el suyo los enemigos observarán igual conducta.

Bueno es matarse; pero para, seguir matándose hay que comer.

\*\*\*

Nadie sabe hasta dónde puede llegar el alma humana en sus extravíos criminales o sus impulsos de bondad. El heroísmo de la dulzura es tan infinito como las variedades de la arrogancia homicida.

De estos tropeles de hombres hirsutos, sucios, con la mirada amarillenta de la fiera rabiosa, que en su regresión a la animalidad prehistórica, viven hundidos y armados en las entrañas de la tierra y duermen entre cadáveres, sobre barro y sangre, surgen a veces héroes iguales por su piedad a los dulces personajes que fundaron religiones.

Los ingleses defensores de una trinchera repelen un ataque de los enemigos, obligándolos a regresar derrotados a su refugio. Un alemán, después de ponerse a cubierto en su trinchera, vuelve a salir exponiéndose al nutrido fuego. Un camarada, tal vez un hermano, ha quedado tendido en mitad del campo y él va en su busca para recogerlo y arrastrarlo hasta los suyos. Empeño inútil. Una bala le alcanza y cae. Todos ven cómo intenta levantarse, cómo mueve los brazos y las piernas, lo mismo que un ebrio que busca en vano recobrar su posición horizontal. Va a morir. El fuego de ambas trincheras pasa sobre él. De un momento a otro lo alcanzarán nuevos proyectiles.

Un teniente inglés, joven y tímido, que acaba de llegar al ejército y no ha hecho nada todavía digno de mención, da a sus soldados la orden de cesar el fuego y sale del abrigo de la trinchera.

Los alemanes siguen disparando y concentran su fuego en este hombre que avanza solo y sin armas. No comprenden su loca temeridad. El teniente vacila, se lleva las manos a diversas partes del cuerpo; su uniforme se cubre de manchas oscuras, pero sigue avanzando. Llega hasta donde está el herido, lo ayuda a levantarse, carga con él haciendo un esfuerzo supremo y titubeando cual si fuese a caer.

Llega a la trinchera de los enemigos. Estos han cesado el fuego. Una fila de cascos puntiagudos asoma sobre los montones de tierra removida. Tras ellos una hilera de rostros pálidos de emoción, de ojos agrandados por el asombro.

El oficial inglés entrega al herido manchado con su propia sangre, saluda mudamente y va a alejarse, convencido de que apenas lo queda vida para volver hacia los suyos.

Un capitán alemán lo abraza. Luego, en un arranque de admiración, se quita la Cruz de Hierro que lleva en su pecho y la aplica en el del inglés. ¡Este es el único héroe!

Cuando el oficial vuelve a su trinchera, en medio de un silencio solemne, en la que parecen sonar las respiraciones angustiadas de mil pechas, cae en los brazos de sus soldados.

Los jefes le dieron una segunda cruz, la «Victoria Cross», que únicamente se concede por hechos famosos.

Veinticuatro horas después aún obtuvo una tercera cruz: una cruz de madera que se yergue sobre un montículo en medio del campo inmenso arado por los proyectiles, agujereado por las explosiones, minado por el brazo humano: escenario gris de la locura y de la muerte, donde los hombres se muestran al mismo tiempo con los bajos instintos de la bestia, y con la piedad suprema de los dioses.

## Cántico de Navidad<sup>35</sup>

LA NAVIDAD DE 1913 tuvo en París un carácter excepcional. Nunca se mostraron los franceses tan alegres y ruidosos.

Los pueblos sienten con intermitencias la necesidad de divertirse en común, siguiendo las fiestas tradicionales. El ansia de placer llega a ellos, como una ráfaga caprichosa. Hay años en que, preocupados con otros deseos o entorpecidos por una pereza inexplicable, dejan pasar las Pascuas, el Carnaval y otras fiestas, sin la más leve emoción, despreciando la alegría popular. De pronto se entregan a estas diversiones con toda el alma, mostrando un entusiasmo infantil, como si reconociesen el valor de cada minuto y quisieran aprovecharlo antes de la llegada de la muerte.

Todos recuerdan en París la Nochebuena del año anterior. Las circunstancias no tenían nada de extraordinario. Los negocios no eran mejores ni peores que los de otros años. La vida había seguido su curso vulgar y monótono. Y, sin embargo, un deseo ingenuo de placer y de ruido, una ansia inexplicable de diversión, conmovió a la gran ciudad desde los lujosos caserones inmediatos al Arco de Triunfo, hasta las chozas de planchas y basuras donde se albergan los traperos detrás de la colina de Montmartre. Los periódicos hicieron constar esta alegría inexplicable y nunca vista. Los restaurants tuvieron que negarse a recibir más gente; las mesas eran tomadas por asalto; los teatros no tenían un palmo de suelo libre; las calles estuvieron iluminadas y llenas de gentío hasta la salida del sol. Todos experimentaron la necesidad de divertirse, comiendo, bebiendo y gritando. Una fuerza misteriosa echó a la calle hasta los viejos y los enfermos. Sentían el deseo de saludar con una copa de champán en la mano al 1914 que se aproximaba, como si fuese un año distinto de los otros. La vida se permite algunas veces estas ironías oscuras.

Y la juventud gozó con el extraño placer del condenado a muerte que ve aumentada de pronto su alimentación, mejorado su trato, y encuentra que la vida es buena, sin adivinar que esta felicidad extraordinaria la debe a la muerte que aguarda al otro lado de la puerta, el primer parpadeo del día. ¿Cuántos de los alegres parroquianos que cantaron e hicieron sus farsas en los restaurants, durante la Nochebuena de 1913, existen a estas horas? ¿Cuántos son los que se disgregan en las entrañas del suelo bajo una sábana de tierra empapada de lluvia, y una cruz de palo sobre la que se pudre el quepis ennegrecido por la humedad y resquebrajado por el sol? ¿Cuántos los niños que fueron a la última misa de

---

<sup>35</sup> *El Pueblo*, 23-1-1915; *La Publicidad*, 25-1-1915; *El Popular*, 26-1-1915; *Fray Mocho*, 5-2-1915.

«Noel», agarrados a la fuerte mano paternal, con la alegría del que se considera al amparo de una cálida protección, y ahora siguen el mismo camino hacia la puerta de la iglesia, arco de luz en la que se destacan las estrellas rojas de los cirios, pero marchando sin apoyo alguno, con blusas negras, cabizbajos, delante de una mujer que suspira vestida de luto?...

\*\*\*

Los mercados de París han ofrecido igual aspecto que en otros años. Emilio Zola habría visto las famosas *halles*<sup>36</sup> lo mismo que cuando los estudió para escribir *El vientre de París*. Pirámides de quesos y bloques de manteca; barricadas de volátiles sin plumas y cuadrúpedos deshollados; montones de crustáceos y peces; oleadas inmóviles de frutas de todos los países. Y la gente se empuja en torno de esta cantidad inverosímil de comestibles, como el vecindario de una ciudad sitiada. Regatean, disputan, compran. Sale el dinero en flamantes billetes, con alegre facilidad, de los portamonedas y carteras elegantes, o va surgiendo penosamente, con una pesadez metálica, pieza tras pieza, de entre los bullones de la saya arremangada, de las dobles hojas de los zagalejos y de otros escondrijos interiores.

La muchedumbre compra, tal vez más que en otros años, pero compra sin alegría, con la cara fosca y preocupada, con la boca muda, apenas termina la discusión sobre el precio.

Es que son muy pocos los que adquieren para ellos. La Nochebuena es triste en París. Muchas de estas mujeres que invierten en la compra hasta la última pieza de cobre no cenarán esta noche. Los niños miran las adquisiciones de la madre con ojos admirativos, pero se callan. Contemplan estos comestibles como manjares de dioses, reservados para unos seres lejanos, de clase superior. Reconocen en su cordura infantil, aguzada por la desgracia, que no tienen derecho a ellos. En otros años lo mejor era para los niños pequeños e inocentes que juegan con el cañón de madera, la escoba convertida en fusil, el quepis de cartón y la coraza de hojalata. Este año la Navidad es para los niños grandes y heroicos que sobre la inmensa llanura yerma, en la profundidad de las trincheras llenas de nieve o bajo los pinos erizados de agujas de hielo, juegan como pastorcitos de la muerte, con el cañón de acero que vomita el exterminio a diez kilómetros de distancia, con la bomba de mano, con la ametralladora de seca carcajada, con la amiga «Rosalía», nombre que los soldados franceses dan a la bayoneta por el color rosado de que gusta vestirse.

En las *halles* enormes, los comestibles son empaquetados cuidadosamente y la muchedumbre va desde allí al asalto de las oficinas postales, donde se amontonan los fardos con destino a la línea de combate. ¡Que el muerto de mañana pueda gozar por última vez el placer de una buena cena, recordando a los

---

<sup>36</sup> *halles*. mercados.

suyos! ¡Que en las escaseces de la guerra, esta abundancia momentánea evoque en su memoria la imagen de lo que era la existencia cuando había paz!...

Yo, que quiero ser hombre antes que patriota y repelo el patriotismo cuando se pone en pugna con la humanidad; yo, que siento más consideración por las zonas de la Tierra del Fuego o los indios bravos del Pilcomayo que por el profesor Treitschke, el general Bernhardt y demás eminencias de la «barbarie sabia», representada por la más reciente filosofía germánica, filosofía de la Fuerza que declara la guerra de origen divino, la guerra estado perfecto y en nombre de una pretendida superioridad de raza desea someter todos los pueblos del mundo al gobierno de un solo pueblo; yo, que creo firmemente que por encima de todos los intereses de las naciones está el interés de la humanidad, que por encima de la fuerza está el derecho, y que las ciencias y las artes son despreciables y malditas cuando solo sirven para hacernos peores que somos, pienso en todos los seres humanos que en estos momentos se preparan comiendo y bebiendo para morir; pienso en los embutidos ahumados, en los gansos de blanca y abultada pechuga, en los paquetes de *choucroute*, en los toneles de cerveza que compran las madres en los mercados alemanes, ocultando su emoción tras de un gesto duro, mientras las «Gretchen» rubias introducen una florecilla azul en sus cartas para que esparza la poesía del recuerdo por el ambiente de la trinchera que huele a suciedad y muerte.

Dos hombres, dos reyes, por su ambición y su soberbia, han bastado para que millones y millones de seres se maten como fieras a la misma hora en que cantaban y reían el año anterior. Los hogares están fríos. Bajo la pálida lámpara del comedor, la mesa triste, guarda varios lugares sin ocupar. En las paredes hay retratos con adornos de crespón. Detrás de las puertas suenan sollozos. En estos mercados que acabo de recorrer, entre los puestos de frutas, carnes y pescado, hay una sección de vendedores lúgubres que ofrecen coronas mortuorias a precios baratos.

Dos hombres, por ser reyes, han bastado para que la tierra olvide su carcajada, para que el sol luzca sin alegría, para que los niños estén tristes, con una gravedad impropia de sus años, para que las madres lloren, para que los abuelos miren al cielo con sus ojos turbios, como si implorasen en desesperado llamamiento: «¡Señor!, ¡llevadme!... Para lo que me queda que ver»...

Y encontrando en mis palabras un sentido de verdad nunca adivinado hasta ahora, paso a través de este pueblo en duelo y pienso en los otros pueblos, repitiendo mentalmente: «¡Viva la República!».

\*\*\*

Otros desgraciados existen en el mundo tan dignos de lástima y socorro como los hombres que luchan en las trincheras. Son los refugiados belgas. Su suerte es peor

que la de los antiguos judíos, que vagaran por el mundo sin patria. Estos, al menos, podían vivir juntos, formando grupos que se prestaban mutua ayuda. Los belgas se han esparcido por los países inmediatos, al azar de su fuga, disgregándose la familia con los caprichos del éxodo, sin más esperanzas ni otros medios de subsistencia, que el socorro público.

Inglaterra, que cuando quiere favorecer a alguien, lo hace con largueza principesca, trata a los refugiados belgas con una generosidad que llega hasta el lujo. Una mayoría de estos belgas viven en Londres y sus alrededores, como jamás vivieron en su país.

Francia no puede permitirse tales prodigalidades. Tiene que atender a la miseria de sus ciudadanos sin hogar; a los habitantes de los departamentos invadidos que son tan numerosos como los belgas. La guerra se desarrolla en su territorio y su situación no es tan desahogada y tranquila como la de las islas británicas.

Pero a pesar de esto, la generosidad francesa ha pensado en la mísera situación de este pequeño y heroico pueblo, martirizado y disgregado, en defensa del honor. Un movimiento de socorro popular se ha desarrollado a la misma hora en toda Francia, en favor de los belgas. Los pobres niños flamencos, las mujeres sin hogar refugiadas en los locales preparados por el Gobierno, los hombres sin trabajo, todas las poblaciones descuajadas del suelo natal, debían conocer una hora de gozo con motivo de la Navidad. El «Padre Noel» de la tradición, al aproximarse entre la nieve de la noche a muchos pueblos belgas, no podía encontrar más que tumbas y ruinas deshabitadas. Los franceses han organizado las cosas para que el viejo pródigo, de barbas de hielo con su saco a la espalda lleno de regalos, desande su camino viniendo a buscar en Francia a los tristes emigrados.

El domingo anterior a Navidad ha sido en toda la República algo semejante a una fiesta nacional: «el día de la bandera belga». En todas las poblaciones francesas, desde París a la última aldea, las señoritas más distinguidas, las obreras, las campesinas, han salido a la calle con una alcancía y un acerico erizado de pequeñas banderas belgas. Las manos femeniles detenían al transeúnte para colocarle sobre el pecho la banderita del pueblo heroico. Luego movían la alcancía como si fuese una campanilla, sonando en su interior las piezas metálicas: «Para nuestros hermanos los belgas». Y este pueblo tan maltratado por la guerra, pero de un entusiasmo invencible, ha dado millones.

\*\*\*

El «Padre Noel», de maravillosa ubicuidad, que en la misma noche se presenta en todas partes y llama a todas las puertas, ha caminado también por la tierra removida del campo de batalla, entre los embudos abiertos por los obuses; ha

descendido a las trincheras; se ha deslizado en los hormigueros donde se ocultan las fuerzas exterminadoras.

El recuerdo del hogar convierte a los hombres en niños. Muchos habrán llorado acordándose de su infancia, del árbol de Navidad, de la sala caliente y luminosa, de la mesa en cuyo centro humeaban el pavo o el ganso tradicionales. Otros habrán sentido húmedos los ojos pensando en los niños que están lejos y que, más infelices que ellos, ven pasar una nochebuena en la soledad, sin oír la voz del padre, sin ver la sonrisa bondadosa que acompaña a los regalos.

La poesía tierna ha corrido como un estremecimiento de luz por el paisaje helado y oscuro donde los hombres se buscan y se matan como bestias. Suenan los «noeles», cánticos pastoriles, saliendo de las entrañas de la tierra, en las pausas abiertas por el trueno de los cañones. Los soldados han cantado la poesía ingenua de los juglares medioevales, en medio de los estragos de la muerte. Una rama de pino, rota por un obús, ha servido de árbol de Navidad a estos guerreros que se batían como los hombres de las cavernas en los tiempos prehistóricos.

El alemán se acuerda de las nochebuenas de su infancia; de las calles de nieve por donde caminan los grupos de muchachos cantando ante las puertas; de las ventanas que se abren cayendo de ellas una moneda envuelta en un papel ardiente, como una estrella ígnea que va a apagarse en el suelo blanco.

¡Noel!... ¿Cuándo vendrá la paz que prometió el emperador «para la caída de las hojas» y cada vez está más lejos?...

De las trincheras francesas sale una voz de tenor varonil, una voz que improvisa, adaptando a la música inocente y simple de otros siglos las angustias y los deseos presentes.

*Noel, que vidant ta vesace  
T'en vas de chaumiére en château;  
La delivrance de l'Alsace  
L'apportes-tu sous ton manteau...  
Noel?*

## Truenos y sol<sup>37</sup>

HACE DOS MESES QUE todas las mañanas tiembla el último piso de mi casa, donde yo escribo. En los planos inclinados de la pieza abuhardillada, palpitan las máscaras de yeso, se mueven perceptiblemente cuadros y dibujos, crujen con visible inquietud los estantes cargados de libros.

El sol del invierno que brilla con el discreto y elegante oro de un mueble antiguo, extiende su esplendor sobre un inmenso telón de seda azul con bullones de vapor que parecen blondas. Los árboles del jardín tienen en sus yemas, endurecidas por el frío, una gota que parpadea. Las estatuas y las hojas perennes están moteadas aún de lágrimas de la noche. París toma un aire de jardín versallesco en estos días serenos de invierno, bajo el cielo azul, y el sol de leve color continúa el incesante tronar.



Vivo cerca del bosque de Bolonia, en su parte menos cuidada y más interesante; en las inmediaciones de la Muette, donde las avenidas tienen una alfombra crujiente de hojas secas, donde las estatuas se cubren de manchas negruzcas, donde una funda verdosa envuelve los troncos negros y las plantas

---

<sup>37</sup> *El Pueblo*, 6-2-1915; *La Publicidad*, 7-2-1915; *El País*, 10-2-1915; *El Popular*, 11-2-1915; *Fray Mocho*, 19-2-1915; *HGE*, III, pp. 159-164.

trepadoras saltan y se balancean de árbol en árbol, lo mismo que en una selva. Por encima de los jardines y tejados inmediatos se ve el famoso bosque; por encima del bosque las colinas que flanquean el Sena, y sobre estas colinas unas casitas que parecen insignificantes con una bandera siempre izada que marcan el emplazamiento de inmensas construcciones subterráneas, los fuertes de París.

De estos fuertes, o mejor dicho, de otros más lejanos que no se ven, procede el trueno que se repite en la mañana pueril, cada cinco minutos. El trueno se llama Rimalho. Dentro de París apenas se le oye. El temblor de las calles, agitadas en su interior por el paso subterráneo de los trenes del metro, y conmovidas superficialmente por el rodar de tranvías y automóviles, amortigua como un acolchado este rugido metálico. Rimalho habla todas las mañanas para el auditorio de Passy. Únicamente escuchan su brutal y acerada elocuencia los vecinos de este barrio, escritores, pintores, bailarinas de arte como la Loie Fuller y la Duncan; barrio tranquilo, propicio a la meditación, en el cual los jardines son tan numerosos como los edificios, y cada vez que pasa extemporáneamente un automóvil hace huir en tropel a los pájaros congregados sobre el pavimento, en asamblea aleteante.

¡Ah franceses, franceses! El que desee vencerlos, debe procurar que no marre su primer golpe. Si después del golpe seguís de pie, el agresor puede dar por fallada la partida.

La imprevisión de este pueblo es grande; pero aún es más grande su facilidad para adaptarse a las necesidades del momento, la rapidez con que inventa y se procura todo lo que la cruel experiencia le ha demostrado que es necesario.

—Estos franceses son verdaderos diablos —decía Guillermo I, el abuelo del káiser actual—. Si no se les domina con el primer empujón, hay que temerlo todo de ellos.

El primer golpe fue rápido, certero, absoluto en 1870. No dio tiempo a la nación para reponerse y emplear su gran facilidad inventiva. A pesar de la ligereza con que los prusianos les ganaron la mano, tuvieron que luchar mucho ante los muros de París y al sur de la capital, para vencer las nuevas fuerzas sacadas de la nada, después de las catástrofes de Sedan y Metz, por los milagrosos improvisadores que se llamaron Gambetta, Fraycinet y el general Chanzy. Aún hay muchos que creen que la Asamblea reunida en Burdeos tuvo demasiada prisa en hacer la paz, y que de haber dejado trabajar libremente a aquellos organizadores, tal vez fuese otro el final de la lucha.

Ahora el invasor ha marrado completamente el primer golpe. El puñetazo certero y decisivo anunciado por el káiser y glorificado por Maximiliano Harden, el famoso periodista de Berlín, se ha perdido en el vacío rozando apenas al

adversario. Y este, advertido, se halla despierto y en guardia. Sus errores los ratifica; sus imprevisiones las remedia; lo que no sabía lo ha aprendido con la facilidad propia de los diversos pueblos de nuestro grupo étnico; pues el latino lo sabe todo si le dejan tiempo para enterarse.

De poder resucitar ahora el viejo rey de Prusia, diría con una sonrisa melancólica entre sus patillas de nieve:

—Mal... mal. Estos diablos aún están de pie. Les han dado tiempo, y hay que esperarlo todo de ellos.

Un error de la alta dirección del ejército francés al iniciarse la guerra, fue creer que esta iba a consistir como siempre en movimientos tácticos seguidos de grandes batallas. Por esto se había preocupado especialmente de la artillería de campaña, produciendo el 75, cañón que no tiene rival por su ligereza y seguridad.

Pero la guerra, después de la victoria del Marne y de los errores tácticos del Estado Mayor alemán, se convirtió en una lucha de topos. Los enemigos se metieron debajo de tierra, abriendo galerías y salas, formando verdaderas ciudades subterráneas. El alemán demostró ser un maestro en el arte de construir hormigueros.

—Muy bien —dijo el francés que hasta entonces no había tomado la palabra—. Eso también lo sé hacer yo.

Y a los pocos días las trincheras francesas fueron tan «artísticas» y seguras como las de los enemigos.

En esta batalla invisible, la única que día hablar elocuentemente, a una distancia de 12 o 14 kilómetros, era la artillería gruesa, y los franceses tenían muy poca. Solo habían previsto las batallas en campo raso y para esto contaban con el 75, en gran abundancia.

Los milagros del 450 alemán ante las fortalezas belgas y la plaza francesa de Maubeuge produjeron estupefacción en el primer momento. Hasta se exageraron sus méritos de un modo inverosímil, con esa facilidad de amplificación que tiene el asombro humano cuando algo le sorprende. Los grandes obuseros alemanes y los tan mentados zeppelines han entrado en plena leyenda. Cada uno añade algo de su invención al relatar o suponer sus hazañas, hasta convertirlos en artefactos mágicos de los que aparecen en *Las mil noches y una noche*. La realidad se encarga de rebajar un poco estas famas agrandadas por el asombro imaginativo. De los zeppelines no se sabe otra cosa, después de cinco meses de guerra, que su aparición, una noche sobre Amberes, adonde podían llegar con facilidad por estar cerca el campo alemán. Se sabe también que han sido tumbados a cañonazos algunos ejemplares y que los aviadores ingleses y franceses van a buscarlos en la madriguera de sus depósitos, para enviarles bombas. Es una bestia terrible y voluminosa que ha causado algunos daños y aún causará más. Pero la gente

calumnia a este elefante del aire, más imponente por su pesadez que por su maldad, atribuyéndole, considerablemente exageradas, las mismas picaduras venenosas de la avispa-aeroplano.

La artillería gruesa fue más temible desde el primer momento; pero el francés encuentra siempre una pronta solución en sus apuros. El modo de inutilizar a la bestia aplastante del 450 era impedir que se acercase a las fortificaciones para morderlas; negarle el terreno para que descansase sobre las patas recogidas antes de lanzar su ladrido.

Verdún es una plaza cuya conquista desean los alemanes desde hace cuatro meses. Apoderarse de ella representaría un buen apoyo para sus fuerzas. Si su artillería enorme pudiera emplazarse ante Verdún, es seguro que en más o menos tiempo demolería las fortificaciones. Pero los franceses dan continuamente «aire a la plaza» —como se dice en términos militares— para que respire a sus anchas. O lo que es lo mismo: tienen un ejército en torno de Verdún que se remueve, bate al enemigo y lo conserva a muchos kilómetros de distancia. Y como el famoso mortero no encuentra espacio donde colocarse tranquilamente para empezar su obra, tiene que permanecer mudo e inmóvil.

La falta de artillería gruesa —una imprevisión del primer momento— fue remediada prontamente por los franceses. Tenían el Rimalho, pieza francesa de gran calibre; pero tenían pocos.

—Que fabriquen más —dijo Joffre, que de poseer un sobrenombre como los héroes de Homero, sería apodado «el de los pocas palabras».

Los grandes talleres de Crausot, que son hoy los que fabrican la mejor artillería del mundo, han trabajado día y noche lanzando una nueva edición de Rimalhos. Sus numerosos ejemplares se reparten todas las semanas desde Flandes a Verdún para que los artilleros hagan su lectura en alta y ruidosa voz. Esta lectura obtiene gran éxito desde hace algunas semanas. Los cañones pesados alemanes tienen que cambiar de sitio o son aplastados por la certera argumentación de Rimalho. Francia ha sido siempre un pueblo de artilleros. Que les den buenos textos, que ellos se encargarán de confundir al adversario. Este es el país que arregló sus contiendas con bombardas y culebrinas desde la Edad Media. Además el maestro Napoleón comenzó de teniente de artillería.

Los fuertes de París hacen el oficio de correctores de pruebas en esta nueva edición ruidosa. Repasan el texto de los ejemplares antes de enviarlos al frente, para corregir las erratas, si es que encuentran alguna. Envían a catorce kilómetros como un ensayo, el argumento certero y aplastante de todo un pueblo que deseaba vivir en paz y tiene que vivir en guerra; de una República con ministros socialistas que soñaba la fraternidad universal y la mayor libertad posible, y ha tenido que

retroceder a los tiempos duros de la barbarie guerrera, modificando temporalmente su idealismo para defender su vida.

Por esto truena en pleno sol. Por esto los gorriones del jardín inmediato cesan su piido en la rama seca y miran indecisos en torno de ellos sin poder explicarse este fenómeno. Por esto las alumnas de Loie Fuller, impúberes británicas de cara de ensueño y miembros de muchacho, al dar su lección matinal, se quedan con la enjuta pata en alto sobre el suelo que tiembla. Por esto unos cuantos vecinos de Passy —yo entre ellos—, que ennegrecen hojas de papel o cubren lienzos con colores, gentes inútiles y despreciables en estos momentos, que no sirven para la guerra por viejos o por extranjeros, ven interrumpida su labor extemporánea cada cinco minutos, por un trueno que infunde una vacilación de borrachera al pincel y a la pluma, haciéndoles trazar garabatos incoherentes.

No importa. Continúe usted, respetable señor Rimalho.

Ceso al escribir y veo con la imaginación la pieza blanca de una escuela abandonada, convertida en despacho, luego el interior de un automóvil que corre a toda velocidad, y en ambos lugares un hombre con bigote blanco, vestido de simple soldado, sin adornos, sin condecoraciones. Es Joffre, el catalán Joffre, sencillo, taciturno y firme, como un cónsul romano de la austera República. Él lo dirige todo; lo que no existe, lo crea; lo que falta a última hora, lo improvisa. Tiene detrás a toda Francia con sus enormes riquezas, y vive lo mismo que un cabo, sin más equipaje que su capote, sin otro tren que el automóvil y un cesto de comida para él y los ayudantes, debajo del asiento.

Su sencillez de soldado republicano contrasta con el boato imperial de enfrente: el hotel desmontable y la cocina rodante con frigorífico, que acompañan al káiser en todas las evoluciones militares; las libreas con peluca blanca de los príncipes y generales germánicos en sus equipajes para disfrazar de lacayos a los asistentes cuando pueden darse un banquete en los castillos champañescos, de bodega repleta.

Joffre desespera a las esposas de los subprefectos y las dueñas de hoteles que preparan una comida extraordinaria cuando esperan al general en uno de sus incesantes viajes por el frente de 500 kilómetros.

El héroe, grande, bondadoso y grave, aparta los platos para colocar sobre la mesa los papeles y planos que saca de los bolsillos. Su pensamiento, en silenciosa gestación, siempre tiene algo que examinar.

—Gracias, buena señora —dice con sonriente laconismo—. Yo necesito poco.

Este «poco» lo conocen sus oficiales. Una tortilla y un vaso de agua. El general no necesita más.

Y luego, cuando alguien le habla de que los alemanes van a retirar gran parte de sus fuerzas para atender a su campaña de Rusia, dice con sencillez:

—No deseo que se retiren. Cuantos más sean, mejor: así los rusos podrán trabajar con mayor desahogo. Y de los enemigos que están enfrente de mí, de esos... yo me encargo.

### El nuevo estilo francés<sup>38</sup>

EN LA TERCERA PARTE DEL *Tartarín*, de Alfonso Daudet, los vecinos de Tarascón, convencidos de las dolorosas decepciones y grandes males que proporciona el ver la vida con vidrios de aumento dejándose arrastrar por un ansia de amplificación, deciden ser en adelante medidos y prudentes.

Cuando eran exageradores e imaginativos, decían con la mayor naturalidad: «Ayer, en la plaza, escuchando la música, había lo menos cien mil personas». Y solo eran quinientas.

Luego de su conversión, estos buenos meridionales creen necesario decir con gesto sobrio al hablar de un público igualmente numeroso: «Ayer, en la plaza, escuchando la música, no había ni cuatro gatos: no había nadie».

Los exageradores de antaño, queriendo ser prudentes y ridículos por el escarmiento de sus fracasos, incurrieron en el mismo defecto, negativamente.

La Francia heroica y entusiasta de los momentos presentes recuerda a los vecinos de Tarascón. ¡Pueblo impresionable, artista y simpático, que en sus generosos y vehementes sentimientos va con la mayor facilidad de un extremo a otro! Le enseñaron en la escuela la tragedia de 1870, le recordaron mil veces en las veladas de familia el absurdo entusiasmo de las masas del bulevar que en aquella fecha gritaron «¡A Berlín!», cuando su emperador las llevaba a Sedán, y decidió repeler en adelante todas las manifestaciones de un entusiasmo exagerado.

El francés es ahora frío, reflexivo, parco en palabras, de una prudencia rebelde al caldeamiento. Cuando recibe una buena noticia no se entusiasma. Una leve sonrisa nada más y añade gravemente: «No hay que exagerar ni sentir demasiada confianza. Debemos mantenernos en guardia». El ciudadano de la República francesa es ahora el tipo inglés flemático, impasible y tenaz que tantas veces hemos visto figurar en comedias y novelas.

En cambio el inglés, grita, ríe y se pavonea, como un niño con zapatos nuevos, al verse convertido en guerrero, siguiendo entusiasmado las operaciones de su ejército en el continente y los bloqueos de sus escuadras en los mares. Los periódicos de Londres han abandonado su antigua concisión para publicar artículos, novelescos y heroicos, que parecen fragmento de Alejandro Dumas. Las muchedumbres británicas gritan entusiásticas y belicosas como las masas del bulevar en tiempos de Napoleón III.

Este cambio de caracteres es uno de los espectáculos más curiosos de la presente guerra.

---

<sup>38</sup> *El Pueblo*, 13-2-1915; *La Publicidad*, 14-2-1915; *El País*, 16-2-1915; *La Última Hora*, 17-2-1915; *Heraldo de Alicante*, 23-2-1915; *Fray Mocho*, 5-3-1915; *HGE*, III, pp. 152-158.

El francés imita el silencio y la parquedad del héroe modesto y simple al que llama «nuestro Joffre». Sigue en todo las lecciones de este maestro que es un meridional y por lo mismo parece un vecino de Tarascón, después que la famosa ciudad decidió ser cuerda, no incurriendo en nuevas exageraciones.

Cuando los ejércitos de Francia eran de 30.000 o 50.000 hombres, los generales de la primera República o del Imperio, escribían extensos partes en sus combates que llenaban páginas enteras de periódicos y libros. Este catalán sabio y heroico manda tres millones de hombres y da cuenta diariamente de sus operaciones con media docena de líneas. El comunicado que lanza dos veces al día el Estado Mayor francés ocupa menos espacio en los periódicos que el boletín de las variaciones de la temperatura, la sección de espectáculos (que ahora es muy breve) o un anuncio cualquiera de artículos impermeables para soldados.

¡Qué estilo seco, conciso y antifrancés! «Hemos avanzado tantos kilómetros... Hemos tomado tantos metros de trincheras» ¡Y qué escrupulosa verdad, expuesta con una franqueza que llega a la exageración, colocando en segundo término los éxitos y en primer lugar los fracasos para que el público no se deje dominar extremadamente por las ilusiones! «Hemos retrocedido en tal punto.» Y al día siguiente tres palabras nada más para indicar modestamente que todo lo perdido se ha recobrado.

Maximiliano Harden, el feroz e ingenioso periodista alemán, especie de jabalí literario que salta de la cima de la verdad al foso de la mentira, y vuelve sus pasos caprichosamente para ocupar otra vez el terreno firme, sin dejar de repartir colmillazos a los amigos y los enemigos, no ha podido ocultar su admiración ante este héroe sencillo y verídico que para no incurrir en exageraciones gloriosas, presenta sus hechos de guerra como una fórmula algebraica, como un esqueleto mondado de la cama y los nervios del heroísmo.

El soldado republicano, sereno y calmoso, es el único que en los presentes momentos dice la verdad. Así lo declara el célebre periodista de Berlín, amigo del káiser, más amigo aún del kronprinz, y portaespada de los grandes personajes del comercio y de la industria alemanes, que lo tienen a sueldo para sus ejecuciones y venganzas. Harden ofrece el verídico Joffre, como ejemplo digno imitación, a los feldsmariscasles y demás «rayos de guerra» de su país, que tratan a la verdad como si fuese una aldea de Bélgica, hablan continuamente de victorias, no sufren nunca una derrota, y sin embargo, no avanzan. Esto sume en honda tristeza a los vecinos de Berlín que empiezan a dudar cuando ven empavesados los edificios oficiales por un nuevo triunfo y sienten que la cerveza se les agria en el estómago al leer las partes de las operaciones.

Toda una literatura gloriosa y hueca —que sonaba a través de los siglos como un alarido de clarín y era la delicia de las mujeres y los niños que la

aprendían de memoria, así como del pacífico y rabioso burgués que gusta de leer relatos de pelea y de muerte junto a la taza de café, con los pies en las pantuflas expuestas al calor de la chimenea—, acababa de venirse abajo por culpa de este catalán del Rosellón, artista a sus horas, que ama la música, la literatura y gusta de contemplar las cumbres rosadas de los Pirineos natales con sus solideos de nieve, pero que al escribir los hechos de la guerra solo emplea sus facultades de alumno de la Escuela Politécnica, fuerte en matemáticas, su estilo de antiguo capitán de ingenieros, constructor de fortalezas en Asia y en África.

¡Adiós las frases hechas que aprendimos en las historias de Thiers y luego hemos repetido en artículos y discursos! Se fueron para siempre los adjetivos bélicos, las imágenes poéticas aplicadas a la matanza. Estamos en «el ocaso de los dioses». Joffre ha expulsado del campo francés a Marte y a Belona como si fuesen una pareja de espías prusianos. Estos solo pueden soplar ahora su inspiración en las orejas sustentadoras de antiparras, de algún escritor pangermanista y sabio que emplea el viejo y poético estilo para anunciar el aplastamiento de los impuros «velches» y de todos los seres inferiores que tenemos la audacia de ocupar una parte de Europa y América, como descendientes del «*homus mediterraneus*», seres despreciables, de tez morena y pies pequeños, que nos oponemos al definitivo triunfo mundial del germano de ojos azules y patas grandiosas, que como todos saben es el representante de la aristocracia humana, al que tiene reservado el viejo Dios de Prusia el dominio del planeta.

Hoy, en este París que dio a la literatura y las artes la importancia de negocios de Estado, haría reír un general que hablase de «las alas de la Victoria» o del águila y otros volátiles gloriosos. Antes todos los que morían en la guerra caían «en el campo del honor». El estilo joffresco ha llegado en su concisión a una parquedad exagerada. Un día se publica un parte hablando de los generales «fallecidos» en el frente de combate. Así, «fallecidos», como si hubiesen muerto de una pulmonía. Y la gente tuvo que decir ante tal sencillez: «¡No tanto! Unos hombres que han muerto por su país, merecen un poco más de literatura sobre su tumba.»

El heroísmo francés es sobrio y anónimo. La República ha sostenido cinco meses de guerra sin conocer los nombres de sus generales. Ahora empiezan a enterarse de ellos, oyendo muchos apellidos por primera vez, que indudablemente merecen mayor gloria. Se ha publicado el relato de las operaciones sin decir nunca quiénes las realizaban. Y nadie se queja; nadie se considera defraudado. Es Francia quien gana las victorias. Los ciudadanos de la República van juntos en avance gregario, contestan, como los vecinos de Fuente Ovejuna en el clásico drama castellano, cuando el rey les exige responsabilidad por su acto de venganza:

—¿Quién mató al Comendador?

—Fuente Ovejuna, señor.

—¿Y quién es Fuente Ovejuna?

—¡Todos a una!

Esta es la voluntad de los franceses: «¡Todos a una!» ¿Qué importa la gloria personal?...

Cada línea de un parte de Joffre representa diez volúmenes repletos de poesía épica. «La situación continúa lo mismo». Esto significa veinticuatro horas de combate en un frente de quinientos kilómetros, miles y miles de cañonazos, toneladas de acero rasgando el aire como aerolitos, millones de balas cruzadas, furiosas cargas a la bayoneta, centenares de heroísmos oscuros que se enfrían bajo un montón de tierra, o rugen de dolor al pie de un árbol, llevándose las manos a los rojos desgarrones de la carne.

«Hemos repelido los furiosos ataques del enemigo». Estas palabras representan doce horas de lucha con agua a la cintura en los pantanos de Bélgica, racimos de hombres que al perder sus armas, se agarran, se empujan, se muerden, sumergiéndose para siempre en el barro enrojecido; ráfagas de muerte ruidosas, que pasan como un hachazo invisible sobre la superficie acuática de la que emergen techos, árboles y cadáveres.

La simplicidad literaria de Joffre, su laconismo de cónsul de la República romana, se ha transmitido a todos sus hombres. ¡Qué de heroísmos relatados con sencillez, casi con indiferencia, como si se tratase de un acto vulgar, de un pequeño incidente de la vida ordinaria!...

Yo tengo un amigo, joven ingeniero de París, que por su estilo científico es oficial de reserva en la artillería. Al estallar la guerra vistió el uniforme, abrazó a su mujer, dio un beso a su único hijo, un niño de tres años, y se fue como todos sus compatriotas al encuentro de la muerte.

Hizo funcionar sus cañones en numerosos combates; alcanzó el honor que lo citasen con pocas y apreciables palabras en «la orden del día», lo hirieron; ahora está convaleciente y relata con nostalgia las hazañas del 75, buena persona a la que adora tanto como a la mujer y al hijo, y con la que desea reunirse cuanto antes.

El hecho más memorable de su vida militar fue el ataque de una fábrica de azúcar en las Ardenas, enorme edificio que los invasores habían convenida en fortaleza. El ingeniero apuntaba por sí mismo los cañones. ¡Hermoso 75! Ni un disparo perdido. Se dejaba manejar como una pistola de salón. Ante los tiros iban cayendo las altas chimeneas, se derrumbaban los muros, se agrietaban las techumbres, desplomándose como cascarones vacíos. Los artilleros aplaudían el hábil y certero tiro del teniente... Luego el incendio, la carga a la bayoneta, los «boches» que salen de entre las ruinas y huyen.

—Al ver este resultado conseguido en tan poco tiempo —continúa el ingeniero—, grité de entusiasmo lo mismo que mis soldados. Luego, al acercarme a la fábrica, lloré.

Su mujer también llora oyendo, esto. Nos miramos los oyentes con una duda repentina. Recordamos que el ingeniero tiene empleada toda su fortuna en una azucarería de provincias, dirigida por él en tiempos de paz. Y el teniente herido dice con sencillez, adivinando nuestros pensamientos:

—Era la mía.

## Los peludos<sup>39</sup>

LA GUERRA HA PUESTO de moda palabras de creación reciente. Todos las repiten con natural espontaneidad, como si datasen de los primeros tiempos del idioma, y sin embargo, hace seis meses no existían.

El vulgo llamaba desde hace algunos años «aboches» a los alemanes. La guerra, con un sablazo verbal, ha rebanado una sílaba a este mote. Los que pelean necesitan hablar poco y con brevedad. Ahora los alemanes son llamados «boches», y esta palabra, repetida por todos los franceses, acabará por encontrar sagrado alojamiento en el sagrado mamotreto cuya guarda está confiada a la Academia.

Otra palabra más reciente, pues data como quien dice de ayer, consigue en este momento los honores de la aceptación popular.

Cada país simboliza el valor en la abundancia o el peso de una parte de nuestro organismo. Los de raza española, con una libertad desenfrenada de lenguaje, hablamos de casas que cuelgan, voluminosas y soberbias para encarecer la bizarría de un héroe, o cuando necesitamos emplear expresiones más cultas, hacemos alusión a las agallas del pescado. Los franceses ven el símbolo del valor en los pelos, empleando estos en aumentativo o diminutivo.

Hasta hace poco, el francés, cuando quería ponderar el heroísmo de un valiente, decía con admiración: «Es un bravo de tres pelos». Ahora esta mediocridad capilar ha sido rechazada, y el héroe, para serlo, debe tener lanas como los guerreros de la prehistoria. «Es un *poilu*», un «peludo», resulta el mayor elogio que puede dirigirse a un combatiente.

Todos en Francia aspiran a este título. El rudo obrero convertido en soldado; el hijo de familia que se sorbía el chocolate en la cama bajo los ojos tiernos y admirativos de la cuidadosa mamá, y ahora duerme en el barro, envuelto en un capote lleno de remiendos, sin quitarse las botas durante semanas enteras; el millonario, que iba a todas partes en automóvil y hace actualmente sus veinte kilómetros a pie, bajo el peso de una mochila abrumadora; todos los que fueron hombres aburridos y neurasténicos y hoy exhiben el valor de la vida y la dedican a un ideal, aspiran al honor de ser «peludos», y exhiben este apodo como si fuese un título honorífico. Y realmente lo son. Hay que verlos surgir de las trincheras como esos diablos de resorte que se escapan de su caja para alegría de los niños; hay que verlos correr con la bayoneta por delante, sucios, velludos y fieros. Una barba de semanas, una cabellera de meses con adornos de paja y barro, entenebrece sus rostros. Los rasgos fisonómicos, sonrientes y dulces, que les daban un aspecto de

---

<sup>39</sup> *El Pueblo*, 20-2-1915; *La Publicidad*, 21-2-1915; *El País*, 22-2-1915; *El Cantábrico* [fragmentos] 24-2-1915; *Fray Mocho*, 26-2-1915; *La Prensa*, 3-3-1915; *HGE*, III, pp. 164-169.

buenos muchachos, están ocultos bajo la creciente inundación de pelos. Sus gestos desfigurados por la revuelta capilaridad parecen bostezos de un hombre de las cavernas.

Una compañía de soldados heroicos tomó el título de compañía de los «poilus» por sus continuas hazañas; luego hubo regimientos enteros y divisiones de «peludos»: ahora todos los ejércitos de Francia aspiran a esta gloria.



El soldado aplica ingenuamente tal apodo a los generales para expresar su admiración.

Joffre es el primer «peludo» de Francia. Los soldados le saludan con este nombre: «Joffre el peludo». Creyendo haber inventado un título, realizan simplemente una resurrección histórica. Hubo otro del mismo nombre y no menos cabelludo, allá en los primeros siglos de la Edad Media: el conde soberano de Barcelona «Joffre el *pelut*» (Wifredo el Velloso), brillante antecesor de este catalán francés, hijo de un tonelero de Rivesalets, que como «peludo» mayor, dirige las valerosas tropas de la República.

En el ejército francés, los soldados de infantería de línea se apodan «pisa guijarros»; los cazadores a pie, «pequeños vidrieros», y así los demás grupos. Pero

estos nombres que datan de algunos años se pierden ahora en el apelativo común, inventado no se sabe por quién, pero admitido por todos.

Los soldados gloriosos de la primera República fueron los «sin calzones». Los granaderos de Napoleón se llamaron los «gruñones». Ahora los combatientes de la democracia en armas, de todo un pueblo en pie de guerra, de la tercera República que defienden su vida y con ella la libertad y la civilización tal como la entendemos los latinos, son los «peludos».

Los «peludos» cierran el paso a los «boches», que al partir para la guerra, escribieron en sus vagones: «Viva Guillermo II, emperador de la tierra».

\*\*\*

Y muchos preguntan con ansiedad en todas las naciones civilizadas:

—¿Cuándo terminará esta guerra? ¿Cuándo volveremos a la existencia normal?

Paciencia, señores míos; vayan pensando en organizar su vida con arreglo a las circunstancias. Hay que instalarse como los náufragos en una isla desierta, empleando todo lo utilizable que encuentran a mano, con la certeza de que transcurrirá mucho tiempo, ¡mucho!, antes de que en el horizonte se vea la débil silueta del buque que pueda salvarlos.

Al iniciarse la guerra, yo fui de los que sonreían oyendo hablar de meses como plazo para la paz. Serán años, y la humanidad podrá darse por contenta si en lo futuro llama la historia a esta guerra, «la guerra de los tres años» o de «los cuatro años». Peores disparates ha hecho la humanidad que tiene en sus crónicas la «guerra de siete años», la «guerra de treinta años» y la «guerra de los cien años».

—¡Pero el mundo no puede aguantar eso! —exclaman muchos—. No hay fuerzas ni medios económicos capaces de resistir tal calamidad.

Otra vez paciencia, señores míos; se puede dudar de la capacidad y de la paciencia de las naciones cuando se trata de empresas encaminadas al bien de los humanos, de los trabajos acometidos libremente al amparo de la paz. Para el mal, esta pobre humanidad tiene siempre una reserva de fuerzas ignoradas, de tenacidades ocultas, que desmienten todos los cálculos de la estadística y las precisiones de la observación. Teóricamente, Alemania debía estar hambrienta a estas horas por el bloqueo de las flotas inglesas, y sin embargo, vive y vivirá. Con arreglo a las profecías de los técnicos militares, admiradores de Prusia (buenas gentes autorizadas y ridículas que se equivocan en todos sus cálculos lo mismo que un sabio de comedia), hace tiempo que los rivales del militarismo alemán debían estar aplastadas por este; y; sin embargo, gozan cada día de mejor salud, y van a invertir el valor de los papeles en la horrorosa tragedia.

Hay que vivir en un pueblo de los que intervienen en la presente guerra, para convencerse de su posible duración. La guerra es costosa cuando se prepara o

cuando hay que pagar las consecuencias al llegar a su término. Mientras dura se siente menos. Lloran las familias vestidas de luto, pero es en el interior del hogar y sus lamentos no se oyen. En cambio los batallones cantan, los diarios gritan, los patrioterros lanzan discursos, y la excitación nerviosa solo permite una percepción vaga y agrandada de lo que nos rodea. Únicamente cuando sobreviene la calma de la paz, la inercia del desastre final, se dan cuenta exacta las gentes de «lo que ha sido» y ya no tiene remedio.

Alemania cuenta a estas horas dos millones de hombres fuera de combate, y, sin embargo, según los relatos de ciertos periodistas neutros que pasaron la Nochebuena en Berlín, la gente comió, bebió y gritó siempre.

A los pueblos los engañan sus directores, en estas crisis terribles, lo mismo que si fuesen niños enfermos. Les dan a tragar el amargo medicamento en



pequeñas cucharadas, asegurando que cada una de ellas es la última. Cuanto mayor es el sacrificio que reclaman, más estupenda y audaz debe ser la mentira, sugeridora de ilusiones y esperanzas.

El káiser, con su elocuencia cesárea, afirmó en agosto a sus soldados que estarían de vuelta en sus hogares «a la caída de las hojas», o sea, en otoño.

Pero no dijo qué hojas serían estas, ni en qué otoño iban a caer: ¡Pobres hojas! Ya se perdieron desmenuzadas en la tierra y las que aguardan ahora el momento de aparecer, ocultas en los secos botones de las ramas invernales, creyéndose aludidas por la elocuencia imperial, no son tampoco las llamadas a este honor. Y tampoco lo serán tal vez las que en forma de savia congelada duermen su letargo en las más profundas arterias del tronco, y solo ascenderán a expenderse en el aire de aquí a dos otoños. ¡Quién sabe si las hojas que han de caer como aleluyas de paz están aún en lo más hondo de las raíces!...

El Gobierno francés, menos poético, no ha hablado de hojas, ni de otoños. «Resistir» fue su única palabra, sin poner un término a la resistencia. Ahora se muestra menos lacónico y anuncia que la guerra será larga, muy larga.

Lord Kitchener fue el único que vio claro

desde el primer momento y habló con no menos claridad. El enganche de los voluntarios lo hizo por «cuatro años». Las casas que alquila en el continente la administración inglesa para establecer sus hospitales de sangre, las toma igualmente... por cuatro años. Y añade previsoramente una cláusula que le permita renovar el contrato.

Los «peludos» «están en el secreto», y levantan los hombros cuando alguien pregunta con ansiedad cuándo terminará la guerra.

Durará lo que sea necesario. Ellos, que viven en el peligro, de cara a la muerte, con las familias y los negocios abandonados a su espalda, no sienten impaciencia alguna. Cuanto más larga sea la lucha, más seguridades de triunfo para la buena causa. ¿Por qué se muestran nerviosos los que no exponen su existencia y permanecen tranquilos en sus casas? ¿Escasez de dinero? ¿Malos negocios? Los «peludos», que arriesgan algo más importante, o sea la vida, hablan ahora del dinero con desprecio y acogen con una sonrisa de superioridad bondadosa el recuerdo de los trabajos y empresas que constituían su ilusión en tiempos de paz. Les parecen cosas y preocupaciones de otro planeta; de un mundo en el que vivieron y al que tal vez vuelvan algún día, después de la paz; pero que contemplan ahora indiferentemente como si fuese un planeta lejano. ¡Y muchos de estos hombres, cuando no vestían el capote de soldado, y llevaban el pelo corto y la cara afeitada, eran directores de fábricas y de bancos, dueños de grandes tiendas, encargados de talleres!

En un escrito anterior hablé de cierto ingeniero francés, que cañoneó con heroica serenidad su propia fábrica, que representaba toda su fortuna.

Ayer, en una tertulia, a la hora del té, una señora cuenta su viaje a Soissons, donde su marido manda una batería. También es ingeniero y dueño de una fábrica; pero esta fábrica se halla en los alrededores de París, y la animosa señora, después que principió la guerra y marchó su marido, dirige su funcionamiento, luchando con la propia inexperiencia y con la escasez de brazos.

Hace pocos días consiguió un permiso para visitar al capitán en su batería, y con los dos hijos por delante, emprendió el viaje en ferrocarril, luego en automóvil y después a pie, hasta encontrarlo entre sus hombres y sus cañones.

Tuvo que oír su voz y fijarse en sus ojos para reconocerlo. Un verdadero «peludo». El ingeniero de hace meses, rasurado, correcto, de una elegancia inglesa, parecía un facineroso heroico, con su barba dura, sus ojos de fiebre, sus ropas sucias y rotas. La buen señora casi experimentó un movimiento de repulsión y extrañeza al sentirse abrazada por este hombre desconocido, el mismo en el que piensa a todas horas.

La entrevista había de ser breve. La esposa, una vez pasadas las primeras expansiones de afecto, quiso hablar de negocios, con ese admirable sentido, dulce

y práctico, de la mujer francesa. Creyó deber suyo dar cuenta de la marcha de la fábrica; pero el esposo la interrumpió:

—Yo no tengo fábrica; no sé nada de eso ni me importa. Ahora soy capitán de artillería. Hablemos de ti y de nuestros hijos. Hablemos de mis cañones y mis hombres.

La mirada vigilante de la mujer, excelente dueña de casa, fue recorriendo con creciente desolación los detalles lamentables del uniforme. El galón de los pantalones medio arrancado; la blusa con desgarrones, y por sus extremidades ni asomos de ropa blanca; el grueso tejido de una elástica de lana.

Del equipaje arreglado con amor por la esposa antes de su partida, no quedaba ni una hilacha. Unas prendas perdidas, otras regaladas a los soldados menesterosos. Los «peludos» viven como hermanos.

—Te enviaré camisas; te enviaré un uniforme nuevo.

El artillero sonríe como si le propusiesen algo pueril; luego reflexiona y dice con agradecimiento:

—¡Vaya por el uniforme! Lo acepto... Me lo pondré cuando entremos en Alemania.

## La fiesta del 75<sup>40</sup>

PARÍS SOBRELLEVA, con toda clase de fiestas patrióticas y ardorosos cantos, el aburrimiento de una guerra larga y monótona.

Coristas femeninas y músicos viejos que están sin empleo por la clausura de muchos teatros, forman orquestas con coros que se trasladan de barrio en barrio. Los himnos de los países aliados, *La Brabanzona*, que evoca la imagen del pueblo heroico y mártir; *La Marsellesa* y el *Canto de partida* vibran en las encrucijadas o en los patios interiores de los grandes inmuebles, poblando de cabezas los marcos de las ventanas. A veces este público, atraído desde las piezas más interiores, une sus voces al patriótico coro.

Los organizadores de fiestas nacionales inventan una cada mes, para socorrer con el producto de la colecta a los amigos de Francia y a sus combatientes.

Enero vio la fiesta de «la bandera belga», que produjo millones para el socorro de los fugitivos del valeroso país. Febrero ha sido el mes «del cañón de 75», organizándose en su honor una colecta pública.

Durante el pasado domingo, las señoritas de París y de todas las poblaciones francesas recorrieron las calles con el cepillo receptor de ofrendas en una mano y adornando con la otra los pechos de los transeúntes. Una medalla imitando bronce, con la «vera efigie» del respetable instrumento destructivo, apareció sobre el busto de todos los paseantes. En nombre del simpático «75» los habitantes de Francia sacaron una vez más la mano del bolsillo y socorrieron a los heridos con un óbolo arrancado por la sonrisa femenil.



Señorita obsequiando con la medalla del 75 a un soldado.

<sup>40</sup> Fray Mocho, 19-3-1915.

¡Famoso 75! Como todos los instrumentos de destrucción, goza de una fama contradictoria. Lo admiran o lo detestan según es el idioma de los comentaristas y la tierra que pisan. En Francia recibe adoraciones de ídolo; es el héroe de la presente guerra, su popularidad resulta inmensa, como la de Joffre; una popularidad sólida, tranquila, basada en la confianza. Al otro lado de la línea de combate, el alemán, que apellida «teuffel» a todo lo que le infunde cuidado,

llama «cañón del diablo» a esta arma, ligera, y casi elegante. Los médicos germánicos, que lo conocen bien, afirman que es «un arma de carnicería».

Yo no he podido acostumbrarme a la idea de la horrenda maldad del 75. Es cierto que no he visto de cerca el estallido de uno de sus proyectiles, ni deseo verlo. Solo lo he escuchado a alguna distancia, y al aproximarme a él, unos segundos después, estaba mudo, inmóvil sobre su cureña, como un niño que acaba de hacer una diablura y, para mostrarse cuerdo, se sienta con las manos cruzadas. Pintado de gris, con sus mamparas elegantes, sus engranajes, y su aire de agilidad, ligereza y soltura, tiene más de instrumento astronómico que de herramienta de muerte. Parece hecho para destacar su fina silueta sobre la explanada de un observatorio.



La bandera y la medalla del "Día del 75"

Con motivo de su glorificación, los periódicos discuten acerca de su paternidad. La disputa secular de las siete ciudades griegas que pretendían ser cuna de Homero, las discusiones más recientes sobre la nacionalidad de Colón, no fueron tan empeñadas y tenaces como las polémicas de ciertos periódicos de París para establecer quién es el verdadero autor del 75.

Varios oficiales y generales de artillería se disputan esta paternidad por haber tomado parte en la creación de la famosa pieza. El lector, después de enterarse de las diversas opiniones, saca una consecuencia. El único y verdadero autor es el genio francés. El 75 resulta la obra de todo un pueblo, ansioso de respeto, que aplica sus facultades a una obra común, bajo la imperativa necesidad de la defensa. Un oficial concibió el proyecto con las imperfecciones del boceto; otro emprendió la revisión de los detalles; otros añadieron nuevas perfecciones, y

de este trabajo colectivo salió el 75. Su creador es Francia. Cuarenta y cuatro años de angustias que toman el desquite, de humillaciones que se vengan, de entusiasmos despiertos que truenan por su boca.

\*\*\*

Han circulado muchas leyendas sobre el poder de este cañón. Los pueblos sienten una irresistible tendencia a rodear de misterio todo lo nuevo y extraordinario. Sobre el zeppelin, mastodonte del aire, se ha fantaseado mucho. Sobre el 75 se han hecho no menos invenciones. Hay, sin embargo, una diferencia. La leyenda del zeppelin está basada en la hipótesis. Supone lo que podrá hacer en lo futuro, pues hasta la fecha no ha hecho nada que sea extraordinario. En cambio, la leyenda del 75 se basa en la realidad. La ha inventado la admiración patriótica al ver cómo siembra la muerte en un radio de cien metros.

Muchos, al contemplar los cadáveres intactos, filas de hombres tendidos en el suelo, con aspecto natural, lo mismo que si durmiesen, caballos caídos pero sin heridas aparentes, han lanzado la idea de que el proyectil del 75 posee una potencia misteriosa que mata por asfixia, envenenando la atmósfera.

Esto no es cierto. El célebre cañón no desarrolla otros gases que los que proceden de la inflamación de la pólvora. El secreto de su valía reside únicamente en el montaje de la pieza y en el modo cómo estalla el proyectil.

El 75 se deja manejar con la misma soltura y facilidad que una pistola de salón, sin sufrir retroceso alguno, a pesar de la violencia de sus explosiones. Yo he visto hacer fuego a una de estas piezas. Una detonación sin eco que parece agrietar la piel y perforar los tímpanos del que escucha. Y si colocáis un franco en una de sus ruedas, la moneda no cae ni se mueve con el tremendo estampido. El cañón hace su retroceso sobre el montaje lo mismo que una pistola browning, sin que sufra la cureña el menor estremecimiento, como si perteneciese a otra pieza de artillería. De aquí que, una vez encontrada la puntería exacta, el 75 empieza a disparar de igual modo que los fusiles de repetición, sin que haya necesidad de rectificar su tiro, que no se altera.

Otro secreto es el proyectil. En él reside el poder demoníaco de esta arma destructiva. El cono acerado, al estallar, es semejante a un pastel de hojaldre que cayese al suelo. Se parte en fragmentos del tamaño de un cigarrillo y del grueso de una tarjeta de visita: una explosión de láminas de acero, iguales a las hojas de una maquinilla de afeitar. Este torbellino de pequeñas navajas ocupa un amplio radio, cortando cuanto encuentra. Además el proyectil lleva en su interior 300 balas de 12 gramos.

Las hojas pasan a través de cueros y ropas, penetrando en las carnes con mortal sutileza, cortando venas, músculos y tendones. Mueren los enemigos sin que a la simple vista pueda encontrarse en ellos una herida perceptible. A veces la

muerte es tan instantánea que el cadáver sigue de pie, apoyado en un árbol o en el lomo de una trinchera, contraído el rostro por la sonrisa o la gesticulación verbal en que le sorprendió la muerte. La acerada y minúscula navaja ha penetrado en él como las apariciones fantásticas a través de un muro. Dentro del cuerpo, que parece intacto, la hoja volante ha causado los mayores estragos.

Los invasores germánicos que son de algunas letras tienen la costumbre de consignar sus impresiones de campaña en un cuaderno. Escriben sus memorias al azar de los altos en la marcha y de las operaciones. Se han publicado muchos de estos cuadernos encontrados en las mochilas o los bolsillos de los muertos. Encierran frases cortas, escritas con lápiz, y que revelan muchas veces una franqueza cínica. Los alemanes escriben para los suyos sin pensar que pueden ser leídos por los enemigos.

Estas memorias de campaña revelan la psicología de sus autores. Los glotones lloran cuando pasan los días sin reparto de víveres o no encuentran aldeas que saquear. De pronto una explosión de anacreontismo feroz: «Hemos entrado en una bodega. Gran fiesta de bebida. El estómago repleto. Todo va bien». Otros escriben con un sadismo sombrío: «Fusilado el cura. Fusilado el alcalde. Hemos hecho marchar los vecinos al frente de nuestra columna para que los enemigos tirasen sobre ella».

A veces se encuentra el cuaderno de un hombre de bien: un tranquilo burgués, un maestro de escuela, un estudiante, que la guerra ha convertido en soldados, cubriendo sus cabezas con el casco puntiagudo. «Guerra horrible. Los oficiales ordenan que matemos e incendiemos. Mujeres con el vientre abierto y los pechos cortados. Otras ahorcadas o empaladas. Niños mutilados, que me recuerdan a los míos. Inútil la protesta. Orden superior. ¡Dios mío!: cuándo terminarán estos horrores.»

Y todos, malvados y buenos, sádicos y honestos, coinciden en la misma opinión: «"Teuffel"; artillería del diablo: 75 infernal».

El cañón vengador escupe la indignación de la cultura latina sobre las tribus del norte.

Hace muchos siglos París envió a santa Genoveva al encuentro de Atila. Ahora ha enviado el 75.

## ¡Guerra a la guerra!<sup>41</sup>

LLAMO A UN CARPINTERO de la vecindad para que me arregle unos estantes de libros.

Ha estado en la guerra, lo hirieron. Ahora vive en su pequeño taller esperando que los vecinos le encarguen algún trabajo y esperando igualmente que la República lo llame otra vez a las filas, lo que no es probable. Lo hirieron en el pecho; los rayos X revelaron el lugar donde el proyectil fue a alojarse, pero los médicos no se atreven a extraerlo.

—Es un excelente compañero —dice el herido—. No me estorba en nada. Nos entendemos perfectamente.

Pero cuando tiene que doblarse para recoger un pedazo de madera palidece, tose y se ahoga.

Excelente mocetón. Lo conozco desde mucho antes de la guerra. Una mujer, «la socia», que cuida de la casa; un niño que crece agarrado a sus faldas; una pieza casi subterránea, antigua portería, donde vive y tiene su taller.

En los primeros días de agosto le vi partir con su bolsa de lienzo al costado, la gorra ladeada sobre una oreja, anchos pantalones de pana a la mameluca, zapatones con clavos y un sinnúmero de banderitas y escarapelas tricolores en las solapas del chaquetón. Formaba grupo con varios trabajadores de igual aspecto, y este grupo se juntó con otros y otros que eran como una representación de todas las clases sociales de Francia. Burgueses de aspecto opulento, señoritos finos y exangües, licenciados de raído chaqué, faz pálida y gruesos lentes, curas jóvenes que sonreían con el gozo pueril del niño que va a comprometerse en una calaverada. Al frente de este rebaño humano un sargento, y a retaguardia varios soldados con el fusil al hombro. «¡Adelante!... ¡Marchen!»

Y un bramido musical, una melopea grave, amenazante y monótona, surgió de esta masa de bocas redondas, brazos en péndulo y piernas que se abrían y cerraban lo mismo que compases.

*C'est l'Alsace et la Lorraine*

*C'est l'Alsace qui nous faut*

*Oh, oh, oh, oh.*

El carpintero entonaba con entusiasmo el bélico estribillo. Le temblaban los ojos y caídos bigotes de galo. A pesar de su traje de pana y de su bolsa repleta por la mano previsor de «la compañera», tenía el aire grandioso y heroico de las figuras griegas de Rude que simbolizan *La Marsellesa*, en los relieves del Arco de Triunfo.

---

<sup>41</sup> *El Pueblo*, 3-4-1915; *La Publicidad*, 4-4-1915; *Fray Mocho*, 9-4-1915; *La Voz de Menorca*, 14-4-1915; *HGE*, III, pp. 145-152.

Antes de agosto su canto favorito era *La Internacional*. «Levantaos, compañeros, de la tierra. Todos somos hermanos.» Y cuando estaba de buen humor, otras canciones contra el burgués, contra el cura, contra todos los enemigos del proletariado.

Al partir para la guerra, el azar de una rápida formación lo colocó junto a una sotana. Mi carpintero es socialista avanzado y anticlerical. Odia a los *flics*, los policías de París, con los que ha cambiado puñetazos y palos en todas las manifestaciones y mitins revolucionarios, a partir del proceso Dreyfus. A los curas los desprecia y los teme «porque dan mala suerte». Antes, cuando veía uno, tocaba hierro o se llevaba las manos a ciertas partes de su cuerpo. El día que partió para la guerra, seguida hasta la estación por la «socio» y el chiquillo, apartó muchas veces los ojos de esta pareja que trotaba en las aceras, para fijarlos en su compañero do fila. ¡Qué diablo! Las «ideas» no están reñidas con la buena educación. ¡Entre hombres que van hacia la muerte!...



—Yo no estoy por la *calotte*, compañero; hace tiempo que reñí con el buen Dios. Pero en todos lados hay buenas personas, y las buenas personas deben entenderse. Yo soy un excelente camarada. ¿No te parece que debemos hablarnos de tú?...

\*\*\*

Mientras el carpintero ajusta las tablas, encuentro en él algo nuevo; una gravedad y una regularidad en los movimientos que no tenía antes. Sus ojos rumian en pensativo reposo las muchas cosas que han visto. Su vida parece nutrirse con nuevas ideas.

—Es el regimiento — dice—, la vida con los camaradas, teniendo la muerte a cuatro pasos. La guerra enseña mucho, señor. Creo en la libertad lo mismo que antes: pero la libertad debe ir acompañada de orden y de mando. Es preciso que alguien dirija y que los demás sigan: por voluntad, por consentimiento... pero que sigan. En la guerra se aprende a obedecer y esto es algo. Se ven las cosas de otro modo que cuando uno vive en su casa haciendo lo que quiere. Acuérdense de los ejércitos de la primera República. Todos eran ciudadanos. Los generales

ostentaban este título lo mismo que los soldados. Pero Hoche, Kleber y los otros eran unos rudos compadres que sabían mandar y hacerse obedecer.

Mi carpintero tiene sus «letras». Aparte de los periódicos y folletos de «la idea», ha leído en cuadernos sueltos a Michelet y otros artistas de la historia.

Erkman y Chatrian contaron la gran epopeya de la revolución poniendo el relato en boca de un campesino. Este trabajador de mi vecindad cuenta la gran tragedia de 1914, en la que ha sido obscuro corista, como tal vez no sabrán hacerlo los grandes historiadores del porvenir.

Mientras prepara y afina una tabla, describe las primeras semanas de la guerra, con sus errores inevitables y los inesperados avances de un enemigo traidor.

—Nosotros estábamos en el Este, donde debíamos estar, guardando nuestra frontera con Alemania. Muchos acusan de imprevisión a los gobiernos de la República. Verdaderamente, faltaban muchas cosas (no tantas como en tiempos de Napoleón III), pero la frontera estaba bien guardada. Esto nadie puede discutirlo. Una cadena de fuertes cerraba el paso al enemigo. Por esto los «boches», sabiendo que no podían entrar por el mismo sitio que la otra vez, dieron un rodeo y entraron por Bélgica atropellándolo todo y rompiendo con los ingleses. ¡Qué carrera loca para ir del Este al Norte, y salirles al encuentro!

El carpintero hace alto en su trabajo, tose y respira con cierta dificultad.

—¡Una lástima, señor!... Yo estuve en Charleroi. Y Charleroi es una batalla que debió ganarse. El «abuelo» había dado órdenes para que todos marchasen hacia el enemigo, para que los generales acudiesen a donde oyeran sonar el cañón, sin necesidad de indicaciones especiales. Tropezamos con el enemigo en Charleroi. Un combate de fieras. Se lo digo yo que estuve en él y no sé cómo salí entero. Nos batíamos sin artillería frente a los cañones del enemigo que eran muchos. Los regimientos caían enteros. ¡Y nuestra artillería estaba a pocas horas de distancia, sin hacer nada... esperando órdenes! Cuando nos retirábamos derrotados, la encontramos en los caminos. ¡Si hubiese llegado seis horas antes!... Completamente desamparados, tuvimos que replegarnos bajo una lluvia de hierro. ¡Cómo caía nuestra gente! Y locos de rabia, con el entusiasmo perdido, nos dejábamos influenciar por los malos recuerdos. Todos decíamos lo mismo: «¡Nombre de Dios! ¡Igual que en 1870!».

Calla el veterano de siete meses, se lleva una mano a la boca para contener su tos y prosigue.

—El «abuelo» estaba furioso e hizo un limpión de generales sin reparos de amistad. Algunos compañeros aseguran que vieron generales entre gendarmes y sin espada. No lo creo. Pero lo cierto es que todos los jefes flojos, desobedientes y pedantes fueron puestos de lado. Los soldados aplaudíamos. Era necesario que

alguien mandase y cuanto más dura tuviera la mano, mejor. Nos retiramos dando siempre la cara, pero nos retiramos hasta llegar cerca de París. Ahora la artillería venía siempre con nosotros. Todo funcionaba perfectamente. Las mil riendas iban a parar a una sola mano. Además la experiencia nos había enseñado mucho. Nada de lanzarse como unos ciegos cantando *La Marsellesa*, y con la bayoneta por delante apenas veíamos al enemigo. Los cañones eran los primeros que debían hablar: y solo cuando ellos dijeran: «Hay bastante», avanzaríamos nosotros en el terreno preparado. Nada de valentías inútiles y heroísmos vanos. Esto sola sirve en las guerras coloniales... Llegamos a las orillas del Marne y «nuestro viejo» habló. «Hasta aquí y ni un paso más. Ahora todos contra el enemigo y el regimiento que no pueda avanzar que muera sobre el terreno...» Y fue la batalla del Marne. ¡Siete días de combate día y noche, señor! No pudimos perseguir más al enemigo derrotado porque las fuerzas humanas tienen un límite; porque estábamos abrumados por el cansancio, lo mismo que los «boches». Nos desplomamos de fatiga; el enemigo se dejó caer unos kilómetros más allá, anonadado igualmente, y unos y otros nos dedicamos a arañar la tierra para conservar nuestras respectivas posiciones, empezando con esto la guerra de trincheras... Luego este frente subterráneo se ha extendido desde Suiza hasta el mar, se han dado grandes batallas, los «boches» han intentado romper nuestro muro de hombres, siendo repelidos y derrotados en todas sus intentonas... En una de ellas recibí este balazo.

El carpintero se tienta el pecho como si buscase bajo de la carne el relieve del escondido proyectil.

—Ya estoy sano del todo y tan fuerte como antes. Toso per el mal tiempo, porque todos andamos con este frío algo resfriados. Pero apenas me llamen otra vez y viva en «el frente» con los compañeros, no toseré más. ¡Aquello es vivir! Se conoce que «el viejo» tiene gente de sobra y por esto no me reclaman.

¡Infeliz! Nadie le llamará; es un inútil. Pero la esperanza de volver a la guerra le hace despreciar como una dolencia insignificante la sofocación que le ahoga apenas se inclina sobre sus tablas.

El recuerdo de un pasado remoto, que solo cuenta siete meses, le hace sonreír.

—¡Y pensar que yo era antimilitarista el año anterior por este tiempo! ¡Qué lejos se ven ahora ciertas cosas!... Realmente, señor, yo sigo siendo antimilitarista. Amo la paz, odio la guerra y como yo, piensa la mayor parte de los que se baten en el frente.

Se detiene un instante como para concretar su pensamiento en pocas palabras y luego añade:

—Hacemos la guerra a la guerra. Nos batimos para que esta guerra sea la última.

No le parece bastante tal afirmación y prosigue:

—Nos batimos por el porvenir. Los padres mueren en la guerra para evitar que sus hijos y sus nietos conozcan las calamidades de la guerra.



¡Admirable instinto del pueblo! Este obrero y centenares de miles de camaradas iguales a él, han encontrado desde el primer momento una fórmula hermosa y clara que explica la lucha y las aspiraciones de la Francia actual. «Guerra a la guerra. Nos batimos para que nuestros hijos y los hijos de los demás no conozcan las calamidades de la guerra.»

—El mundo —prosigue el carpintero— debe mirarnos con simpatía y confianza. Luchamos y morimos por su porvenir. Si triunfasen los «boches» (lo que no es posible), triunfarían la divinización de la fuerza, la continuación de la guerra, la conquista como único medio de engrandecimiento. Primero se apoderarían Europa, luego de América, después del mundo entero. Los despojados se revolverían con el curso del tiempo. ¡Nuevas guerras! Nosotros no queremos conquistar nada. Después que recuperaremos Alsacia y Lorena, que fueron nuestras y cuyos habitantes verdaderos quieren seguir siendo franceses, no desearemos nada más. Nos batimos para que las pequeñas nacionalidades sean libres y respetadas, para que cada cual se constituya con arreglo a su derecho, para que no existan más Alsacias en el porvenir, borrando de este modo todo pretexto de lucha... No hay miedo de que después de nuestro triunfo imitemos a los

alemanes, incurriendo en los mismos errores nocivos para la tranquilidad del mundo. Ya tuvimos bastante con Napoleón. No repetiremos la aventura. Además, nuestra República ofrece garantías. Más de un millón de obreros revolucionarios estamos en el ejército. Nos batimos y morimos por la seguridad y la defensa de nuestro suelo; porque esta es una guerra por la libertad del mundo y el derecho de los débiles. Por esto obedecemos a los jefes y deseamos que nos manden con dureza. Pero si el día de mañana se tratase de una guerra de agresión, de una guerra de vanidades, de una empresa de conquista... nadie vería la unanimidad presente.

Y mientras el carpintero cepilla y ajusta las últimas tablas, yo reflexiono sobre las afirmaciones generosas de este hombre sencillo que ha dado su salud por algo más que su patria, por librar a la humanidad futura de los abusos de la fuerza, de los peligros de la guerra y la conquista.

El padre trabaja y ahorra por dejar a sus hijos a cubierto de la miseria; pero en su noble esfuerzo hay algo de egoísmo. Solo se afana por los suyos.

Este pobre trabajador y muchos como él, se batan generosamente para que sus hijos y todos nuestros hijos solo conozcan la guerra como una calamidad que fue, como una pesadilla del pasado.

OCUPO UN AMPLIO Y mullido sillón. Frente a mis ojos, un rico tapiz de los Gobelinos extiende sus figuras sonrosadas y sus verdes boscajes, cubriendo la pared. Debajo del tapiz una larga biblioteca con rutilantes volúmenes, y delante de ella una mesa antigua cargada de papeles. Entre la librería y la mesa un hombre sentado, un hombre nervioso, de ojos penetrantes, que se mueve en su sillón, y acompaña sus palabras con gestos naturales y amplios, reveladores de una elegante facilidad oratoria.

Este hombre de barbilla entrecana tiene en el rostro, en los gestos, en la voz y hasta en la estatura, algo que me recuerda a mi amigo el gran pintor Sorolla. Su nombre es Raimundo Poincaré. Estamos en una habitación de su casa, el palacio del Elíseo, residencia del presidente de la República.

Sobre su mesa tiene unos cuadernos de mi *Historia de la Guerra Europea de 1914*. Poincaré lee perfectamente el español, como todos los idiomas de origen latino. Mientras habla vuelve las hojas de los cuadernos, señalando los pasajes que son de su gusto. Después hace memoria del ilustre Hérelle, traductor francés de mis novelas y antiguo amigo suyo. Para darme a entender que me conoce de larga fecha, recuerda escenas de *Terres maudites (La barraca)* o de *Arènes sanglantes (Sangre y arena)*.

—Yo soy el amigo de todos los escritores —dice con sencillez el presidente, gran artista de la palabra y miembro de la Academia Francesa desde hace muchos años, cuando nadie podía presentir su futura elevación política.

Lo sé. En sus tiempos de abogado célebre ha sido el defensor voluntario y gratuito de todos los escritores, de todos los actores, de todos los que dedicados al cultivo de las artes tuvieron algo que ventilar ante los tribunales. Este literato fino y penetrante, al ascender a las más altas posiciones de su país, no ha sentido la necesidad de romper con su pasado. Los escritores amigos del Poincaré abogado y académico, continúan siendo los familiares del ilustre presidente de la República.

El personaje sonrío al enterarse de mis desventuras cada vez que he intentado ir «al frente» para ver la guerra de cerca. Detenciones en los caminos por considerar incompleta mi documentación; tolerancias de la autoridad militar que únicamente me permitieron ver lo que ocurría a espaldas de las fuerzas combatientes; órdenes enérgicas de volver atrás apenas llegaba a un lugar interesante. La férrea consigna de Joffre, que no admite curiosos, es cumplida

---

<sup>42</sup> *El Pueblo*, 3-5-1915; *La Publicidad*, 5-5-1915; *HGE*, III, pp. 170-175.

fielmente por todos sus subalternos, desde los generales de cuerpo de ejército hasta el último guardabarrera.

—Esta vez irá usted al frente y lo verá todo, se lo prometo —dice el presidente—. Conozco lo que usted necesita. Usted no es un periodista que busca noticias sensacionales. Usted desea ver la guerra de cerca, vivir la vida de la guerra, llevar igual existencia que los combatientes, «documentarse» lo mismo que cuando usted prepara una novela... Escribe usted la historia del más heroico de nuestros esfuerzos y debemos darle facilidades para que vea bien las cosas. Voy a escribir a Joffre.

Se detiene el presidente unos instantes y luego sonrío.

—El generalísimo —añade— no gusta de visitas. Es un soldado que concentra todas sus brillantes facultades en la tarea de batir al enemigo y no quiere que le estorben o le distraigan... Repito que le escribiré. Voy a enviarle su obra. Indudablemente lo conoce a usted: es muy aficionado a las lecturas literarias...

Esta entrevista fue a fines de diciembre. Transcurrió el tiempo. Joffre contestó a mi pretensión con amable laconismo. Aceptaba mi viaje... pero para más adelante. Por el momento le estorbaban las visitas. Yo celebré este retraso. Un frío glacial: los campos cubiertos de nieve. Luego caí enfermo con una dolencia de los bronquios, propia de la estación, y tuve que meterme en cama.

Como era de esperar, la orden de viaje llegó en estos días, con una deplorable oportunidad. ¡Todos los preparativos perdidos! Al restablecerme reanudé mis gestiones, y el cuartel general —que tiene que ocuparse de tantas cosas— se dignó, con una bondad lisonjera, volver a ocuparse de mí, ordenando por segunda vez todo lo necesario para mi viaje al frente de la guerra.

\*\*\*

Tuve un compañero de excursión, al que he conocido en París hace algunos meses, y que es un amigo excelente: el célebre arquitecto de Nueva York Whitney Warren, miembro del Instituto de Francia.

Este artista ilustre vino a Europa al declararse la guerra, y ha corrido las poblaciones de Bélgica y de Francia maltratadas por los alemanes para levantar acta, en nombre de la civilización y de la belleza estética, de todos los atentados contra los edificios históricos. Sus relatos sobre lo ocurrido en Yprés, Arras y otros lugares que guardaban maravillas arquitectónicas ahora destruidas, han causado sensación en el mundo.

Whitney Warren es un yanqui sonrosado, de tez fresca y cabellos rojizos, a pesar de la edad. Lleva a todas horas un chaquet abrochado con presilla, gran chaleco blanco y una corbata de tul de igual color arrollada en forma de hinchado plastrón. Su estatura le hace sobresalir por encima de todos los amigos, mostrando

la sonrisa bondadosa de su faz rubicunda. El arquitecto es de la expedición, y con nosotros vienen dos guías, el capitán De Chassey, de Estado Mayor, del ministerio de la Guerra, y un catedrático de la Escuela Superior de Marina, Victor Bérard, sabio helenista que se dedica en el retiro de su biblioteca a comentar geográficamente los viajes de Ulises y en la vida real estudia la política de los pueblos, escribiendo para revistas y diarios importantes. El capitán De Chassey nos explicará la parte militar de lo que veamos. El profesor Bérard podrá ilustrarnos sobre la geografía, la geología, la historia y toda cuanto pueda ocurrírse nos acerca de los países que vamos a visitar.

Mi secretario, José Franch viene conmigo, llevando una máquina fotográfica, que es lo más comprometedor de nuestro equipaje. ¡Las gestiones que han sido necesarias para que la autoridad militar tolerase este artefacto! El Estado Mayor no permite que los fotógrafos operen en las primeras líneas de combate, y tiene sus razones para mantener tal prohibición. En otro artículo diré la causa de este miedo a los fotógrafos.

\*\*\*

Poco después de amanecer, en una fresca mañana de marzo, nos reunimos frente al ministerio de Negocio Extranjeros. El muelle de Orsay está solitario a esta hora. El Sena es una lámina de color gris que parece inmóvil, como si se hubiese solidificado en torno de las barcasas y los vapores amarrados a los muelles. Los árboles, con una costra de verde mohoso, lloran lágrimas de rocío por todas las puntas de su negro ramaje. Encima de ellos el cielo, también gris, parece descender con la gravitación de una pesadez nebulosa. Al otro lado del río la ciudad monumental —la plaza de la Concordia, el Louvre—, va surgiendo, recién lavada por la noche, de los desgarrados telones de bruma.

Junto a la verja del ministerio hay una fila de automóviles, y en torno de ellos muchos hombres con abrigos de pieles, semejantes a los exploradores árticos, pero con el quepis francés en la cabeza.

Nos vamos reconociendo los de la expedición a la lívida luz del amanecer. Bérard lleva un gabán y un gorro de pieles, como un boyardo ruso. Whitney Warren conserva su chaquet, su chaleco blanco, su corbata ampulosa, ocultando en parte estas exquisiteces de indumentaria bajo un macferlán. Como única concesión al viaje, ha ceñido sus largas pantorrillas con unas bandas de paño negro. Cuando se quita el abrigo parece un abate versallesco, con medias negras, faldones del mismo color y una guirindola blanca sobre el pecho. Yo he sacado a luz las polainas, el grueso gabán, el amplio sombrero, todo el uniforme de mis andanzas por los campos de la Argentina. Nos vamos distribuyendo en los carruajes de la expedición. Cinco automóviles. El Gobierno lo ha dispuesto todo con largueza. Los vehículos abundan después de la gran requisa nacional de

principios de agosto. En los jardines de Versalles hay miles de automóviles aglomerados, en espera de servicio.

Al frente marcha un carruaje descubierto, con varios soldados y un comandante de cazadores del ejército de París, que se batió como capitán en las batallas del Marne, conquistando un nuevo galón y la Legión de Honor. Es un joven de luenga barba y fresca tez, del que solo se ve la cabeza con el quepis azul y el extremo de las botas; contemplado de espaldas parece un oso blanco por el gabán de luengas lanas en que va envuelto. Luego ocupamos una limosina de lujo, bien calafateada y confortable, el capitán De Chassey y yo. Este oficial ilustrado, que es de grandes estudios profesionales, lleva con él varios mapas y una cartera repleta de documentos explicativos. Otro automóvil lo ocupan Whitney Warren y Bérard. En un tercero se instala mi secretario con un periodista de California llamado Hoppe, amigo de Whitney Warren, que a última hora se agrega a la expedición. Cierra la marcha un quinto vehículo; con un sargento del parque automovilista de Versalles, jefe de los conductores que dirigen las cinco unidades de este pequeño ejército volante. Con él van tres individuos del mismo cuerpo y un abundante material para reparar las roturas y los incidentes que puedan ocurrirnos en el camino.

«¡En marcha!» Un chófer, al oírnos hablar en valenciano a Franch y a mí — Franch es catalán—, sonríe con expresión inteligente. Es un argelino que conoce nuestra lengua. Otro automovilista algo maduro, al enterarse de mi nombre, me saluda en español, con un acento que me hace conocer inmediatamente su procedencia. Es un francés nacido... en Mendoza. Salió de la República Argentina a los doce años, pero tiene muchos parientes en la tierra natal. Todos estos conductores son comerciantes o señoritos, gentes de cierta posición social, que a causa de su habilidad en el manejo del volante fueron destinados por la movilización al servicio de automóviles.

Salimos de París a gran velocidad por las calles que empiezan a despertarse. Las tiendas abren sus puertas. Retruena el pavimento bajo el pesado rodar de los primeros carromatos. Los hortelanos de los alrededores llegan en sus carricoches, con cántaros de leche y montones de verduras. La gran ciudad sale de su sueño con el mismo aspecto de siempre. ¿Quién diría que estamos en guerra? ¿Qué recién llegado podría adivinar que un enemigo temible está agazapado a cien kilómetros de distancia?...

Se desliza nuestro rosario de automóviles por caminos tranquilos, limpios y recompuestos, flanqueados de árboles en los que empiezan a apuntar los botones de la primera erupción primaveral. Las casas, de techos rojos, parecen sonreír con las bocas de sus puertas y guiñar alegremente los ojos de sus ventanas.

Cantan los mirlos en el ramaje o saltan de surco en surco, sobre la tierra removida y refrescada por el arado. El paisaje está intacto. No hay una sola pared caída ni un puente roto. Las gentes que pasan en bicicleta o desfilan a pie por los bordes del camino, tienen el mismo aspecto que las de todas partes.

Transcurre otra media hora. De pronto nuestros vehículos aminoran la marcha para pasar lentamente sobre un puente de madera. Debajo de él y cortando las aguas como promontorios, están los escombros del primitivo puente en ruinas. A partir de aquí, granjas quemadas que solo mantienen en pie el enorme triángulo de ladrillo de uno de sus frentes; máquinas agrícolas chamuscadas y retorcidas por el incendio, arzones de artillería que hicieron explosión en medio de los campos, y de los que únicamente queda el herraje; aldeas solitarias donde se ve poca gente y los gatos y los perros ofrecen el mismo aspecto inquieto y receloso, los mismos ojos alarmados que las personas; bandas de cuervos en el aire, torres de iglesia con la caperuza torcida y un doble ventanal de irregular contorno abierto por los obuses, que permite ver el cielo a través de su masa de ladrillo.

Se detienen los automóviles en una altura. Los osos blancos saltan de sus pescantes para formar un grupo junto a los vehículos.

El comandante de cazadores nos hace subir a un ribazo. Salen a luz los diversos mapas. Ante nosotros se extiende una llanura infinita.

Soplamos en nuestras manos ateridas de frío, encendemos cigarros, y el comandante, después de señalar el horizonte, dice con el aire de un profesor que empieza su lección:

—Voy a explicar a ustedes la verdadera batalla del Marne.

## La batalla del Marne

I<sup>43</sup>

TODAVÍA EXISTEN EN el mundo buenas gentes que no creen en la victoria del Marne. No me refiero a los vecinos de Berlín y otras ciudades de Alemania, que todas las mañanas comulgan con una rueda de molino, administrada por la Agencia Wolff o por el Estado Mayor. Tampoco aludo a los germanófilos, que por fanatismo político o por testarudez se imaginan que el alemán es de otra substancia que los demás mortales, y no puede conocer nunca el error ni la derrota.

Hablo de las personas de buena fe que, acostumbradas a creer ciegamente en la superioridad prusiana, se resisten a aceptar todo lo que amengüe su prestigio.

Al pensar en ellas recuerdo a cierto sujeto que en su pueblo gozaba fama de hábil jinete. Nadie le había visto montar, pero todos se hacían lenguas de su maestría caballística. Un día la pública admiración le obligó a domar un potro inquieto y cerril. Apenas estuvo sobre el lomo, fue despedido por las orejas y cayó al suelo con un batacazo mortal. La mayoría gritó, pero los admiradores más firmes guiñaron un ojo maliciosamente:

—No hagan ustedes caso. Eso lo hace por malicia; intencionadamente. ¡Es por disimular!

Por «disimular» e «intencionadamente», los alemanes que marchaban victoriosos y arrogantes sobre París a principios de septiembre, tuvieron que retroceder a toda prisa muchas docenas de kilómetros, abandonando cañones, banderas y millares de prisioneros. Todavía el burgués de Berlín no puede explicarse con claridad esta operación que le presentan como victoriosa.

—¿No marchábamos a la conquista de París?...

Recuerda los gritos de los primeros días de la movilización en Alemania, los cascos con guirnaldas de flores, las inscripciones en las portezuelas de los trenes: «¡A París!» «¡A París!». Y al ver que sus tropas que llegaron cerca de la capital francesa están cada vez más lejanas, en continuo retroceso, y que esto ha ocurrido sin ninguna derrota— pues lo del Marne no existe para él—, contempla pensativamente la espuma de su bock, los anillos de humo que surgen de su pipa, y acaba por reconocer su ignorancia.

Son misterios de la alta estrategia. Los alemanes, siempre victoriosos, se retiraron por «malicia», por «disimular». No les convenía París. Jamás pensaron

---

<sup>43</sup> *El Pueblo*, 11-5-1915; *La Publicidad*, 14-5-1915; *El País*, 14-5-1915; *El Popular*, 14-5-1915; *Fray Mocho*, 28-5-1915; *HGE*, II, pp. 367-371.

seriamente en apoderarse de París. El clima de esta ciudad es pernicioso. Hasta se ha dicho que reina en ella el cólera. Llegaron cerca solo para hacer ver que podían entrar en ella si les daba la gana. Luego se retiraron modestamente, a ciento y más kilómetros de distancia, por comodidad, porque se está mucho mejor en el fondo de una trinchera, con barro a las rodillas, comiendo mal y dejándose comer por los parásitos, que entregado a la molición desmoralizadora de un alojamiento en los Campos Elíseos o el bulevar de los Italianos.

Tampoco pensaron nunca en apoderarse de Calais. Son mentiras de los ingleses. Por astucia, por pasar el rato, estuvieron un mes peleando en el Yser, dándose el gusto de que les matasen unos 40 000 camaradas y les hiriesen más de 100 000. Pero inada de Calais! Si hubiesen pensado seriamente en conquistarlo, hace tiempo que lo tendrían en su poder, lo mismo que París... Sus planes son otros. «¿Cuáles?», pregunta el curioso burgués. «Otros...». Y el profano debe contentarse con esto y con la seguridad absoluta de que no ha existido la victoria del Marne más que en la imaginación de los franceses.

Hay que alabar tanta modestia, pues los entusiastas de la infalibilidad alemana aún podían hacer algo más. Al restaurarse el trono de los Borbones franceses en 1815, sus partidarios publicaron un libro para demostrar que Napoleón no había existido nunca. Y esto se explicaba en las escuelas cuando el ex emperador tenía aún varios años de vida por delante en su destierro de Santa Elena.

Los que niegan la victoria del Marne podrían demostrar con la misma argumentación que Joffre no ha existido jamás, que es un invento mitológico de los franceses para disimular su inferioridad ante la invencible Alemania, cuyos guerreros no fueron derrotados ni podrán serlo nunca.

\*\*\*

En la guerra, como en las horas más difíciles de nuestra existencia, hay algo que sobrepasa a toda previsión, que es obra del azar, o si se quiere de la fatalidad. Los grandes capitanes, los grandes navegantes, todos los que afrontan el peligro y exponen su vida, son fatalistas.

Para una victoria son siempre necesarios uno que gane la batalla y otro que la pierda. Y el que la pierde lo había preparado todo para ganarla, pero a última hora se atraviesa el error, surge la casualidad inesperada o el obstáculo fatal de las fuerzas naturales.

Nunca mostró Napoleón tantas imprevisiones como en su época de continuas victorias. Las más locas audacias le resultaron bien. Nunca apareció tan sabio y experto como en la llamada «campana de Francia», en vísperas de su primera caída. Ninguno de sus planes fue tan genial como el de Waterloo. ¡Victoria segura! Pero llovió toda la noche; en vez de empezar la batalla al amanecer, hubo

que esperar hasta las once para que los caminos quedasen secos y pudiese avanzar por ellos la artillería. Y este retraso de cinco horas dio tiempo para que llegase Blucher y con él la derrota. Después de haber visto que el mismo aguacero que salva el trigo o las patatas del pobre agricultor puede echar abajo todos los planes elaborados por un genio de la matanza, solo los irreflexivos entusiastas pueden creer en la eterna infalibilidad de la estrategia.

Los vencedores de hoy fueron los vencidos de ayer. Por su parte todos los derrotados encuentran cierto consuelo pensando en las victorias de otras épocas, en lo que fueron y ya no son.

A los pueblos les ocurre lo que al individuo jactancioso e impulsivo. Da golpes, pero los recibe al mismo tiempo, y si se empeña en mantenerse en primera línea, los vecinos del pueblo se coligan contra él para darle la gran pateadura final. Toda nación victoriosa que molesta al mundo con el peso de una insufrible soberbia, debe preparar en su historia varias páginas en blanco para inscribir las palizas futuras. Los españoles pasamos siglo y medio repartiendo golpes en todos los campos de Europa, y después otro tanto poniendo las espaldas para recibirlos. Francia guarda en sus crónicas las victorias más estupendas y los fracasos más inverosímiles. Inglaterra, señora actual de los mares, se verá algún día en la precisión de pedir permiso a la gran potencia marítima del porvenir —que tal vez residirá en América u Oceanía— para que permita navegar a sus barcas de pesca... Y Alemania, nación que cuenta en su historia más fracasos que triunfos, ¿iba a librarse de esta ley histórica?

Una gran parte de la humanidad presente es víctima de «la superstición prusiana». Adoradora irracional del éxito, oyó desde la niñez, agrandadas legendariamente, las victorias de 1870, y cree que se han de repetir eternamente en una historia simplificada y siempre igual: los alemanes dominadores y todos los demás pueblos siervos y víctimas. Creen a los hombres del Norte de diferente pasta militar que los pueblos del Sur que produjeron a Aníbal y Napoleón. Consideran el casco puntiagudo como una especie de amuleto, que comunica a los que lo llevan un valor sin límites y un profundo conocimiento de los misterios estratégicos. Por esto, sin duda, los pueblos jóvenes que buscan su adelanto siguiendo las modas, sustituyeron el quepis de origen francés con el casco en punta. Por esto se encuentran en América soldados mestizos que llevan sobre la tez cobriza y los ojos oblicuos el capacete de Roon y Manteuffel, y levantan a compás la pierna a la altura del ombligo, imitando la grotesca «marcha del ganso», inventada por el rey sargento.

La historia de Prusia es muy diferente de como se la imaginan los adoradores del éxito prusiano. Solo ha tenido un genio militar: Federico II; gran capitán en una época que no conoció un solo capitán mediano. Tuvo que vencer a

los mariscales de peluca blanca, protegidos de la Pompadour, que iban a la guerra con puntillas y oliendo a almizcle. Aun así, de no surgir rivalidades entre los aliados, es indiscutible que hubiese perecido el naciente reino de Prusia con su guerrero monarca.

En su lucha con Napoleón, los prusianos fueron uno de tantos pueblos de la gran cruzada contra el imperialismo, Solos, recibieron la tremenda paliza de Jena. Acompañados, conocieron la derrota en la víspera de Waterloo, donde Blucher estuvo próximo a morir, remediando este fracaso con su oportuna y casual presencia al día siguiente en el momento decisivo.

La Alemania moderna solo tuvo dos guerras. Una contra Austria, la de Sadowa, empresa fácil, pues el imperio austríaco se halla en el período negro de su vida, y desde hace un siglo no tiene otra misión histórica que la de recibir golpes. Otra contra la Francia del descuido y de la bravata; la Francia de Napoleón III con sus mariscales valerosos e ignorantes, buenos para coroneles heroicos, y que al verse elevados a la mayor altura militar riñeron entre ellos, yendo a la guerra como a un desafío, sin prestarse ayuda mutua, contemplando cada cual con cierto regocijo los fracasos del camarada.

El éxito prusiano fue completo y fulminante. El alemán tuvo la ventaja del número, de la preparación y hasta da la simpatía universal, pues el mundo estaba fatigado del emperador francés absorbente, como ahora desea librarse del emperador alemán, inquieto, bullanguero y tocalotodo. Pero a pesar de la facilidad de este éxito, en el que puso más parte la torpeza del vencido que la pericia del vencedor, los estrategas alemanes —que muchos tienen por infalibles— cometieron una larga lista de graves faltas, como las pérdidas de contacto después de las jornadas de Spicheren y Woerth, los reconocimientos defectuosos en vísperas de Rezonville, Saint-Prival, etc.

La suerte de los prusianos fue que Francia no tenía en aquel momento un Joffre capaz de aprovechar tales descuidos. En la presente guerra se han repetido iguales faltas, producto del orgullo y de la excesiva confianza, pero como los alemanes tienen ahora enfrente un estratega de vista larga, de aquí la batalla del Marne, el fracaso y la retirada de los invasores.

El prusiano se equivoca lo mismo que todos los hombres. Además, sus planes de guerra nada tienen de genial. Carecen de la improvisación inspirada y fulgurante que caracteriza a los grandes capitanes. El viejo Moltke, su caudillo más eminente de los tiempos modernos, fue un obrero glorioso de la guerra; todo lo glorioso que quieran los alemanes, pero obrero nada más; un excelente ajustador de la máquina militar, minucioso, atento y prolijo, pero incapaz de novedades e invenciones. Su mérito de ejecutante consistió especialmente en practicar las

enseñanzas de Napoleón: envolver al enemigo. Y el enemigo, por su parte, le proporcionó casi hechos la mitad de sus triunfos.

Es indiscutible que ningún pueblo ha sabido prepararse como Alemania para la guerra, ni ha sometido al hombre a un automatismo mecánico tan absoluto. Los demás países no piensan en la guerra a todas horas, ni ven en la matanza de los hombres «una industria nacional», como decía Mirabeau de los monarcas prusianos.

Esta preparación es irresistible cuando la formidable máquina funciona perfectamente; cuando no hay tornillo que se quiebre, engranaje que se mueva con retardo, o un obstáculo insignificante no obstruye, con su inesperada presencia, el interno rodar del monstruo. Pero si la máquina se paraliza, los hombres de la obediencia automática tienen poca imaginación para recomponerla sobre el terreno; y en cambio los ligeros hombres del Sur, siempre imprevisores, y disciplinados únicamente por el peligro, se aprovechan del accidente para hacer en unas semanas lo que los otros hicieron en años, y hacerlos tal vez mejor con la vibración de la originalidad.

El avance alemán sobre París estaba calculado magistralmente. Pero hubo una pequeña interrupción en el funcionamiento de la máquina, una pausa en el aplastador avance, una desviación fuera del camino, rápidamente aprovechada por los contrarios. Y fue la batalla del Marne. Joffre el sereno, Foch el inquebrantable, y los valerosos Maunoury, Franchet d'Esperey, Sarrail y demás generales de este choque de dos millones de hombres en un espacio de centenares de kilómetros, conquistaron tres cuartas partes de la victoria. La otra parte, la primera y más decisiva, la proporcionó von Kluck con un error de apreciación y un falso movimiento.

¡La guerra!... ¡Las altas combinaciones de la estrategia! Ilusiones que triunfan durante algún tiempo, y luego caen de pronto, como las martingalas infalibles que creen haber descubierto los jugadores. En vano Napoleón en la víspera de Waterloo vela sobre el mapa elaborando un éxito irresistible. Mientras él abraza por adelantado a la victoria, empiezan a chocar las primeras gotas en las ventanucas de su rústico albergue. Lluve. Dios se ha cansado del emperador, y deshace su soberbio poder exprimiendo una nube.

Ahora llueve otra vez. El plan alemán era tan seguro como el concebido en la aurora de Waterloo. Invasión de Francia, no por la puerta, no por la frontera, sino por las espaldas, por Bélgica, o sea saltando las tapias del corral vecino. Sorpresa del país enemigo en plena movilización; derrota general y fácil: conquista. A los quince días la máquina destructora e irresistible, metida en piezas en los ferrocarriles, iría a ser armada otra vez en las fronteras de Rusia. Nueva sorpresa y nuevos triunfos fulminantes. Luego de esto vendría la oportunidad para

hacer lo mismo con Inglaterra. ¿Cómo dudar de este plan, sobre todo teniendo en cuenta los enormes medios de ejecución?

Pero... llueve: llueve inesperadamente. El invasor tiene que detenerse y perder un tiempo precioso hundido en el suelo de Bélgica, que se imaginaba seco. Llueve igualmente viniendo las nubes de la parte de Inglaterra. Y cuando al fin entra el invasor en los campos de Francia, encuentra despiertos a los que creía dormidos, firmemente disciplinados a los que se imaginaba en plena revolución.

Dios se ha cansado de ser alemán como en tiempo de Napoleón se fatigó de ser francés. No tolera que Guillermo II lo siga manoseando confianzudamente, y lo trate como a un simple consocio de media firma en manifiestos, discursos y sermones.

Y la primera muestra de su enfado fue la batalla del Marne.

## II<sup>44</sup>

ANTES DE DECIR CÓMO fue la batalla del Marne, «empecemos por el principio», explicando con claridad simplificadora de un lego en cuestiones militares el famoso hecho de armas.

Al iniciarse la guerra, Francia aglomeró sus ejércitos en la frontera franco-alemana, único punto por donde había que esperar el ataque de un enemigo leal y respetuoso de los compromisos internacionales. Pero Alemania desde el primer momento rehuyó el atacar la frontera francesa de los Vosgos, por miedo a la línea de fortificaciones que la cubre. La existencia de esta barrera de enormes defensas demuestra que la República Francesa no fue imprevisora y descuidada. Tenía su frontera a cubierto. ¿Quién podía prever la traición a los compromisos internacionales, el atropello incalificable de la neutralidad belga?...

Alemania, por temor a un combate en su verdadera frontera que no le hubiese permitido desarrollar todas sus fuerzas, faltas de espacio, y le habría costado además considerables pérdidas, prefirió realizar un gran movimiento envolvente, entrando en Francia por el Luxemburgo y por Bélgica. Para esto violó la neutralidad de los dos Estados garantizada por ella. «La necesidad no reconoce ley», dijo su canciller Bethmann-Hollweg, queriendo justificar el crimen.

Esta decisión cambió radicalmente el escenario y la marcha de la guerra. Francia había repartido sus tropas de primer choque ante la frontera alemana formando cinco ejércitos, en la siguiente disposición: 1º ejército (general Dubail), a

---

<sup>44</sup> *El Pueblo*, 12-5-1915; *La Publicidad*, 15-5-1915; *El País*, 16-5-1915; *El Popular*, 17-5-1915; *Fray Mocho*, 28-5-1915; *HGE*, II, pp. 358-366.

lo largo de los Vosgos, desde Suiza a Donon. 2º ejército (general Castelnau), de Donon a Metz. 3º ejército (general Ruffey), en Woevre, frente a la región fortificada Metz-Thionville. 4º y 5º ejércitos generales (Langle de Cary y Lanrezac), frente a la frontera belga lindante con Alemania. El ejército inglés, mandado por French, que en aquel momento solo se componía de dos cuerpos, prolongaba la extrema izquierda de esta línea.

Los alemanes no sólo habían aglomerado en su frontera de Bélgica sus cuerpos activos y de reserva, sino además los regimientos territoriales, formando una masa enorme de 44 cuerpos de ejército, repartidos en ocho ejércitos. Uno de estos, el menos fuerte, mandado por von Deimling, debía permanecer a la defensiva detrás de los Vosgos, haciendo frente a los franceses y entreteniéndolos. Todo el resto de las tropas alemanas se concentró entre Aix-la-Chapelle y Estrasburgo para entrar en Bélgica, atravesarla e invadir a Francia por la frontera Norte, que estaba bajo la protección de la neutralidad belga. Un ejército de vanguardia, mandado por von Emmich, atacó a Lieja, al mismo tiempo que los franceses penetraban en Alsacia hasta Mulhouse. Los belgas lucharon heroicamente por defender a su país de una invasión veinte veces superior a sus tropas. Al mismo tiempo solicitaron el socorro de Francia, y solo entonces los franceses se atrevieron a penetrar en Bélgica.

El 3º ejército, mandado por Ruffey, abandonó su posición frente a Metz para correrse al Nordeste. El 5º ejército (Lanrezac) se estableció entre el Mosa y el Sambre. El mariscal extendió las fuerzas inglesas entre el Sambre y el Escalda. Los primeros choques con el enemigo resultaron favorables a los aliados. La caballería francesa obtuvo un triunfo en Dinant. Pero las fuerzas germánicas en contacto con los aliados, eran simples avanzadas, mientras a sus espaldas se aglomeraban los enormes ejércitos para un ataque en masa. La invasión de Bélgica había trastornado los primitivos planes de defensa. El 2º ejército (Castelnau), atacado por el frente y los flancos, no pudo avanzar y el desfallecimiento momentáneo de uno de sus cuerpos le obligó a retroceder abandonando las conquistas de Alsacia. El 3º y 4º ejércitos tuvieron que seguir este movimiento de retroceso, dejando descubierto el flanco derecho del 5º, que valerosamente había avanzado en Bélgica más allá de Charleroi y Dinant, llegando casi a Mamur. Este ejército mordió bien en el enemigo —como dicen los militares—, llevándose por delante. El general Franchet d'Esperey, que era solamente jefe de cuerpo en aquel entonces, hizo que el 5º ejército avanzase sobre el enemigo considerablemente. Pero al quedar solo, sin apoyo en su derecha, tuvo que retroceder. Y como este cuerpo cubría a su vez al cuerpo expedicionario de los ingleses, estos tuvieron que seguir el movimiento general de retirada, cayendo sobre ellos todas las fuerzas de von Kluck. El mariscal French se vio en gran peligro el 26 de agosto, y solo con grandes esfuerzos

consiguió desasirse del enemigo, que le cortaba la retirada. Así fue en conjunto la llamada batalla de Charleroi, por su verdadero nombre batalla del Sambre, pues Charleroi solo representa un accidente.



Masco Ibáñez con el general Franchet d'Esperey, general en jefe del 5.º ejército. Detrás: el ayudante de órdenes del general.

¡Las sorpresas de la guerra! En la batalla moderna, compuesta de varias batallas a la vez, nadie sabe hasta última hora si es vencido o vencedor. El que avanza triunfante, viendo correr al enemigo ante su empuje, recibe de pronto la orden de retirada, y se entera con sorpresa de que está derrotado. Los que no han hecho más que defender el terreno retrocediendo paso a paso, con grandes pérdidas, reciben inesperadamente la noticia de que son vencedores.

Esta fue la suerte del 5º ejército y de los ingleses en el Sambre. Cuando con más empuje batían al enemigo, tuvieron que retroceder para no quedar envueltos.

\*\*\*

Todo cambió después de esta batalla. A las ventajas de los primeros días había sucedido una serie de reveses en todo el frente.

Joffre el sereno apreció la situación con su natural claridad. Otro jefe hubiese situado sus fuerzas en una línea inmediata, la del Mosa o la del Aisne, para librar una nueva batalla de resultado incierto. Esto era lo cómodo, lo que exigía menos esfuerzos y combinaciones. Pero Joffre adoptó la resolución más extremada y audaz. Quedándose cerca del enemigo, su posición sería únicamente de defensa. Alejándose hasta encontrar el terreno deseado, podría tomar la

ofensiva. Su retroceso iba a ser semejante al del gimnasta que da unos pasos atrás para saltar con más fuerza.

Retirada general, pero con lentitud, dando la cara al enemigo, asestándole un puñetazo en la frente cada vez que avanza demasiado y se coloca al alcance de un golpe. En Guisa el 5º ejército detiene su retroceso para infligir grandes pérdidas al 10º cuerpo prusiano y a las tropas escogidas de la guardia. Los ingleses tienen que sostener otro choque rudo en San Quintín. Como ocupan la extrema izquierda, hacen frente a todas las fuerzas de von Kluck que intentan envolverlos.

Durante esta retirada, Joffre reforma sus tropas, destituye generales y nombra otros que acaban de distinguirse. El 3º ejército pasa a ser mandado por Sarrail. El 5º ejército queda bajo las órdenes de Franchet d'Esperey, que en el Sambre y en Guisa ha triunfado como simple general de cuerpo.

La orden de retirada es hasta la línea del Sena. Aquí Joffre hará frente, teniendo a los dos extremos Verdún y París, dos apoyos que no permitirán al enemigo emplear su maniobra favorita: el envolvimiento. ¿Pero el enemigo será tan confiado que se meta como en un estrecho corredor entre las dos plazas fuertes?...

El ejército alemán sigue descendiendo hacia el Sur. Su ala derecha, mandada por von Kluck, ha de encontrar forzosamente a París en su camino.

Los invasores cometen varias faltas. Avanzan con una confianza ciega, sin guardan entre sus ejércitos el necesario contacto, creyendo que el enemigo no se retira, sino que huye completamente desmoralizado. Hay que alcanzarlo esté donde esté, para infligirle la derrota final. La doctrina de guerra alemana está basada en varios dogmas indiscutibles. Uno de ellos proclama el menosprecio a los objetivos geográficos, para fijarse únicamente en el ejército enemigo, pues su destrucción representa mucho más que la toma de una ciudad. Esto tal vez es cierto como regla general, pero tuvo para ellos una lamentable excepción en la campaña de 1914.

Además, el infalible Estado Mayor alemán demostró una ignorancia inaudita de los recursos de su enemigo. En París se había formado un nuevo ejército con los contingentes de los departamentos del Noroeste, tomando su mando el general Maunoury. Este ejército no existió nunca para las combinaciones y cálculos de los alemanes. Era nada más que un puñado de reclutas sin valor alguno. Los hombres de la disciplina y del método ignoraban el gran poder de iniciativa e improvisación de la República Francesa.

Siguieron avanzando los invasores, y su derecha casi llegó a las cercanías de París. ¿Qué iba a hacer von Kluck?... Joffre lo vigilaba con sus ojos escrutadores, frunciendo el cano entrecejo. ¿Caería en la trampa, o atacando a la capital haría necesario un nuevo plan?...

De pronto von Kluck, en vez de seguir en línea recta sobre París, torció hacia el Este. La conquista de la capital la dejaban los alemanes para más adelante. Consideraban esta empresa como segura. Lo primero era anonadar al ejército enemigo. Y al torcer su rumbo, se fue sobre las tropas inglesas, eterno objeto de su hostil predilección.

Joffre debió sonreír, como sonreía Bonaparte cuando después de empujarse sobre los estribos para examinar el campo de combate profería un gruñido de satisfacción, sacando de un bolsillo su tabaquera. Toda la enorme línea del ejército francés se inmovilizó instantáneamente. Orden general: terminó la retirada: todos contra el enemigo. «Y el regimiento que no pueda avanzar, que muera sobre el terreno conquistado.» Así habló Joffre. ¡Y aún hay bodoques que han negado la batalla del Marne, que han creído en una casualidad, en una retirada voluntaria de los alemanes, sin poder explicarla de modo alguno!...

Precisamente el Estado Mayor alemán había dado la siguiente orden a todos sus ejércitos: «Allí donde se encuentre al adversario, se le atacará vigorosamente». Pero los que atacaron no fueron ellos, sino los franceses. La invasión arrolladora, que esperaba aplastarlo todo, tuvo que defenderse.

El 5 de septiembre se inició la batalla. En vez de atacar a los alemanes en las orillas del Sena, Joffre aprovechó sus errores para tomar la ofensiva mucho antes, o sea en las riberas del Marne.



Los últimos días de la retirada habían sido aprovechados por el generalísimo para juntar numerosas fuerzas de reserva. Con ellas se formaron dos ejércitos: el de Maunoury, o sea el de París, que ya hemos mencionado, y otro que confió Joffre al general Foch.

Las nuevas fuerzas cubrieron los huecos existentes entre los diversos ejércitos. Todos ellos se juntaron y solidificaron formando una sola línea, una muralla que avanzó contra el enemigo. El ejército de Maunoury, cuya existencia no sospechaban los alemanes, salió de París, pillando de lado a von Kluck, atacando su flanco en el Oureq y obligándole a modificar su posición para no ser envuelto.

Batalla general. Prescindamos de interesantes detalles. Los invasores, desconcertados por un asalto que no esperaban, se reponen de esta sorpresa y luchan con furia, molestados en su orgullo de presuntos vencedores. ¡Los fugitivos osando la ofensiva! ¡Qué insolencia!...

Sus ataques principales van a concentrarse sobre el centro enemigo para romperlo, o sea sobre el ejército de Foch. Este general revela por primera vez a Francia su férreo carácter. Durante tres días la superioridad de las fuerzas alemanas cae sobre él con un peso aplastante. Tiene que retroceder abrumado por el número, pero apenas puede, vuelve sobre sus pasos, conquistando lo perdido. Para él no hay día ni noche. Sus tropas olvidan la necesidad del sueño, lo que se pierde a la luz del sol, se recobra a la bayoneta entre las tinieblas. Un general de división va en busca suya:

—General Foch, no podemos resistir más. Mis soldados retroceden.

—Ataque usted —contesta Foch—. Cuando no se puede resistir, lo mejor es atacar.

Una respuesta así sintetiza a un hombre,

En la derecha el ejército de Langle de Cary gana terreno; en la izquierda el mariscal French y el general Franchet d'Esperey empujan al enemigo más allá de los cursos del Gran Morin y del Marne; en las alas extremas los alemanes luchan con furor, pretendiendo envolver a los aliados: su maniobra predilecta. El ala derecha francesa, mandada por Sarrail, que se apoya en Verdún y Revigny, tiene que hacer frente a las fuerzas del Kronprinz, que son dobles en número; pero a pesar de esta superioridad las fija en el terreno, no permitiéndoles ningún avance. En el ala extrema de la izquierda se decide la batalla. Maunoury, con el ejército de París, casi envuelve a von Kluck, y este, para librarse de tal peligro, tiene al fin que retroceder.

El movimiento de retirada es seguido por todos los generales alemanes. El que se empeñe en mantenerse sobre el terreno, se verá cortado y envuelto. El 9 de septiembre empieza la retirada. El 11 todos los invasores huyen por los caminos, abandonando hombres y material.

Las tropas francesas están tan fatigadas, que no pueden insistir mucho tiempo en la persecución, convirtiendo la derrota en desastre. Llevan varias semanas de combates y marchas, de retiradas y avances. Los alemanes se aprovechan de este anonadamiento para detenerse y fortificarse en el Aisne. Va a comenzar la guerra de trincheras. Pero Francia está salvada y el enemigo acaba de recibir el golpe decisivo que a la larga debe producir su muerte.

Algún día reconocerá el mundo toda la importancia de este triunfo. La historia de la guerra debe dividirse en dos partes: antes del Marne y después del Marne.

¡Si esta batalla la hubiesen perdido los franceses!... Es indudable que el ejército vencido, agrupándose en torno de París, habría prolongado la defensa de la capital. ¡Pero cuán otra sería la suerte de Francia! ¡Qué de progresos realizados desde entonces, que aseguran el triunfo de los aliados!

Esta batalla de dos millones de hombres en un escenario de más de cien kilómetros es muy superior a la de los Campos Cataláunicos, que dio fin al poder de Atila, y ocurrió casi en el mismo sitio. Los Campos Cataláunicos forman un simple valle cerca de Chalons, y en él se ha desarrollado una pequeña parte de la batalla del Marne.

Pero el resultado histórico de las dos acciones de guerra resulta el mismo. Atila está herido de muerte.

Nadie juzgue como un insulto esta comparación del feroz rey de los hunos y el káiser. Atila es admirado por Guillermo II. Los alemanes se lo apropiaron hace tiempo como un héroe nacional.

Al partir las tropas prusianas en 1900 contra la China, el emperador Guillermo las arengó para que no dejaran un chino con vida, ofreciéndoles como ejemplo digno de imitación al noble Atila (Eitel).

Luego, por entusiasmo, ha puesto el nombre de Atila al más preferido de sus hijos.

## Campos de muerte<sup>45</sup>

EL SUELO PARECE temblar a lo lejos con blancas palpitaciones; algo semejante al aleteo de una banda de mariposas que se hubiese posado sobre los surcos. En unos campos, el enjambre es denso; en otros forma pequeños grupos. A lo largo de los caminos aparecen aislados muchos de estos insectos que mueven y mueven las alas, sin despegarse del suelo.

Nos acercamos. Las blancas mariposas van animándose con nuevos colores. Una ala es azul, otra es encarnada. Son pequeñas banderas, a cientos, a miles, que se estremecen día y noche, con la tibia brisa cargada de sol, con el huracán acuoso de las mañanas lívidas, con el frío mordiente de las noches interminables. La lluvia ha lavado y relavado sus colores, debilitándolos. El azul y el rojo casi se confunden con el blanco. Las telas inquietas tienen sus bordes roídos por la humedad, quemados por el sol, como mariposas que acabasen de rozar el fuego con sus alas.

Estas banderas dejan entrever en las palpitaciones de su temblor leños negros que son cruces. Tienen sobre ellas, como cabezas de libélulas, quepis azules, gorros rojos, cascos con cabelleras de crines que se pudren lentamente, llorando por todas sus puntas lágrimas atmosféricas.

¡Son tumbas!..., itumbas por todas partes! Las blancas langostas de la muerte han cubierto el paisaje. Imposible encontrar con los ojos un rincón donde no vibre su fúnebre y glorioso aleteo. La tierra gris, recién abierta por el arado, los caminos polvorientos, los bosques oscuros, todo palpita con una ondulación incansable. El suelo parece gritar. Sus palabras son los temblores de las inquietas banderas. Y los miles de voces, con una melopea que recomienza apenas terminada y se repite a través de los días y las noches, cuentan el choque monstruo que presenció esta tierra hace unos meses y del que guarda aún el escalofrío trágico.

Tumbas..., tumbas..., tumbas... El comandante que nos guía evoca el gran choque con la autoridad de un testigo presencial. Estamos en una meseta. Más allá de un bosque próximo el terreno desciende bruscamente al encuentro del Marne. La manga galoneada nos va señalando los diversos grupos que pudren debajo del suelo su carne rota por la bayoneta o deshilachada por el casco de obús. En esta alta llanura fue el choque supremo entre las tropas envolventes de Maunoury y el cuerpo de von Kluck, que al fin tuvo que retroceder, arrastrando en su retirada a todo el ejército alemán.

---

<sup>45</sup> *El Pueblo*, 28-5-1915; *La Publicidad*, 29-5-1915; *El País*, 30-5-1915; *Fray Mocho*, 11-6-1915; *HGE*, III, pp. 183-189.

Aquí se desarrolló la última hora de la batalla, la pelea a uso antiguo, el choque cuerpo a cuerpo, sin trincheras, sin protección de artillería, a la bayoneta, con la culata, con los puños, con los dientes. Una brigada marroquí hizo prodigios en esta meseta, marchando entre los regimientos salidos de París. Muchos de estos tiradores con traje de moro eran españoles de los que viven en Marruecos. Las tropas argelinas y marroquíes hablan más el castellano que el francés. Recientemente desembarcados, y con la costumbre de batirse a corta distancia en las peleas de África, estos soldados experimentaron cierta sorpresa bajo el estrépito y las ráfagas mortales de la artillería de largo alcance. Pero cuando llegó la hora de avanzar, corrieron al enemigo cual perros rabiosos, y el choque fue largo, pesado, exterminador, como lo revela el gran número de tumbas en el inmenso paisaje. El hombre civilizado de París resultó en esta hora suprema tan bárbaramente heroico como el aventurero de África o el oscuro marroquí. Mataron y murieron con la misma ferocidad que en las edades prehistóricas. Los invasores se resistieron hasta el último instante, adivinando que si echaban pie atrás, su retirada sería para siempre. Los franceses atacaron y atacaron resueltos a perder la vida antes que abandonar un palmo del terreno conquistado.

El comandante nos señala los diversos rincones de este paisaje solitario, en el que no existen otros seres vivientes que nosotros. Allí están los tiradores marroquíes. Más acá, los cazadores. Los grandes grupos de tumbas son de soldados de línea, de zuavos, de jinetes que cargaron en los caminos.

Cada sepultura guarda uno, dos o tres hombres. El número de muertos se cuenta por los quepis o gorros que se pudren, adheridos a los brazos de la cruz. Las hormigas corren por estos casquetes de paño descolorido, en los que se abren agujeros de putrefacción y que aún guardan el número del regimiento. Las coronas con que la piedad patriótica ha adornado los rústicos sepulcros se ennegrecen y deshojan. En unas cruces figuran los nombres de los muertos, todavía visibles. En otras empiezan a borrarse, y dentro de poco nadie podrá leerlos. ¡La muerte heroica! ¡La gloria! Ni el nombre siquiera sobrevivirá de la mayor parte de estos hombres vigorosos que desaparecieron en plena juventud. Solo queda de ellos en el mundo el recuerdo que, de vez en cuando, asalta a la vieja campesina que guía su vaca por un camino lejano del interior de Francia y que le hace murmurar entre suspiros: «¡Mi pequeño! ¿Dónde estará enterrado mi pequeño?». Solo vive su memoria en la mujer popular vestida de luto, que no sabe cómo resolver el problema de su vida; en los niños que al ir a la escuela dicen con orgullo: «Cuando yo sea grande iré a matar “boches” para vengar a mi padre».

Entre estos miles de tumbas, que tienen coronas o banderas, se alzan otras que parecen sombrías, por su carencia de adornos. Una simple cruz nada más. Algunas veces esta cruz tiene clavada una tabla con una inscripción.

Las tumbas anónimas son de alemanes y parecen formar página aparte en el gran libro de la muerte. A un lado las inscripciones de poca cuantía, las columnas de centenares de números simples; un muerto, dos muertos. Al otro lado, partidas escasas, pero fuertes, los guarismos abultados, las cifras de un laconismo aterrador.

Una cerca de palos, larga y estrecha, limita el espacio de un zanjón relleno. La tierra blanquea como si tuviese nieve o salitre. Es la cal mezclada con los terrones. En el centro se alza la cruz que lleva clavada en sus brazos una tablilla indicadora de que la tumba es alemana. A un lado una simple cifra: 300, 200, 400 y hasta 500. Estos números se dicen con facilidad, pero hay que acompañarlos con un esfuerzo de la imaginación. ¡Trescientos muertos juntos! ¡Trescientos envoltorios de carne humana, lívida y sangrienta con los correajes caídos, el casco roto, las botas terminadas en bolas de barro, oliendo a tejidos rígidos en los que se inicia la descomposición, con los ojos vidriosos y tenaces, con el rictus del supremo misterio, alineándose en capas lo mismo que los ladrillos de un cimiento, en el fondo de una zanja que va a cerrarse para siempre!... Y este fúnebre alineamiento se repite, kilómetros y kilómetros, a lo largo del Marne en los campos que después de haber recibido el abono de la guerra, vuelven a removerse bajo el arado para su anual producción; al borde de todos los caminos por donde pasa nuestra caravana de automóviles; junto a todas las granjas que guardan las paredes chamuscadas por el incendio y los techos sin tejas, con solo unos tirantes de madera que parecen de lejos el cañamazo de un bordado. ¡300 aquí! ¡400 más allá! Y luego continúa la suma, a través de las parras apiladas que se mantienen torcidas, como si aún durase en ellas el terror por lo que han visto; a través de los bosques, de los riachuelos y de las barrancas. Más 200. Más 500... ¡Qué espantosa carnicería!

\*\*\*

La naturaleza ciega, sorda, insensible, que ignora muestra existencia, que no sabe de números y lo mismo acoge en su seno el cadáver de un pobre animalillo humano, que un millón de cadáveres, empieza a sonreír bajo los últimos soles del invierno.

Las fuentes guardan aún sus barbas de hielo; la tierra se desmenuza bajo el pie con el crujido del cristal roto; las charcas tienen arrugas inmóviles; los árboles negros y dormidos conservan sobre el tronco la camisa invernal, de un verde metálico, con que lo vistieron las lluvias, las entrañas del suelo respiran un frío absoluto y feroz, igual al de los planetas, apagados y muertos... Pero el caballero Primavera se ha ceñido ya su armadura de flores en los palacios del trópico, y ensilla su verde corcel que relincha con impaciencia. Pronto correrá los campos, llevando ante su galope en desordenada fuga, a los negros trasgos del invierno, mientras a su espalda bota la suelta melena de oro, como una estela de perfumes.

Anuncian su llegada las yerbas del borde del camino que se cubren de minúsculos botones. Los pájaros se atreven a salir de sus refugios para aletear entre las bandas de cuervos que protestan con sus graznidos ante las tumbas cerradas. Todo el paisaje toma bajo el sol una sonrisa falsamente pueril, un gesto de niño maligno que mira con ojos cándidos, mientras sus bolsillos están repletos de cosas robadas.

El labriego tiene el bancal arado y relleno el surco de semilla. Pueden los hombres seguir matándose. La tierra nada tiene que ver con sus odios, y no por ellos va a interrumpirse el curso de la vida. La reja ha abierto sus renglones rectos e inflexibles, como todos los años, borrando las huellas del pateo de hombres y bestias, los profundos relejes del pasado rodar de la artillería. Nada puede torcer su testarudez rectilínea. Los embudos abiertos por el estallido de las bombas los ha rellenado. Algunas veces el acero triangular tropezaba con obstáculos subterráneos... Un muerto anónimo y sin tumba. El férreo araño seguía adelante, sin piedad para lo que no se ve. De tarde en tarde el arado se detenía ante obstáculos menos blandos. Eran proyectiles, hundidos en el suelo y sin estallar. El campesino desenterraba el aparato de muerte, que a veces, con tardía maldad, hacía explosión entre sus manos. En ciertas ocasiones no fue necesario buscarlo. El cilindro infernal, al ser despertado por el contacto de la reja, estalló sin abandonar su cama subterránea, envolviendo en una polvareda homicida al hombre, a los caballos y al arado. Muchos han muerto de este modo, como soldados del trabajo. Pero el campesino que no conoce el miedo cuando va en busca del pan, continúa su avance rectilíneo, y únicamente tuerce la marcha al llegar junto a una tumba. Los surcos se apartan piadosamente, rodeando con su pequeño oleaje, como si fuesen islas, los pedazos de suelo que sostienen una bandera o una cruz.

## Por los campos de la guerra<sup>46</sup>

LOS RASTROS DE LA GUERRA son como las huellas de las enfermedades de la piel, tanto más profundas y horribles cuanto es la hermosura de la superficie en que se desarrollan.

En los países pobres o a medio civilizar, la guerra transforma poco su aspecto. Los campos de ganadería, hollados por el pisoteo de las bestias, apenas si se modifican con el tránsito de un ejército. Las míseras aldeas incendiadas vuelven a surgir inmediatamente de sus cenizas. Una choza se reconstruye pronto.

¡Pero esta Francia, cultivada, peinada y acicalada por veinte siglos de civilización y de trabajo intensivo, que en vez de alambrados tiene muros de piedra limitando sus campos, que emplea todas las máquinas pequeñas y manuales para el cultivo de sus terruños, y cuyos caminos están mejor pavimentados que las vías de muchas capitales! ¡Qué destrozos deja en ella la guerra!

Sobre el suelo recién arado se ven unos esqueletos, negros, enormes, retorcidos, semejantes a las osamentas de monstruosos anfibios de la prehistoria, que una tempestad hubiese empujado al interior de la tierra firme. Son los costillajes de acero, las techumbres y pilares féreos de los edificios agrícolas, destinados a la conservación de las cosechas. Otros caparazones informes yacen a poca distancia, como si fuesen los cachorros de estas grandes bestias chamuscadas. Son máquinas de labranza, rotas, quemadas, contraídas, como si hubiese pasado por ellas el estremecimiento del rayo. Y mezclados con estos restos de un trabajo pacífico, sorprendido por la catástrofe, se encuentran abandonados en los campos otros artefactos, cuya identidad cuesta mucho restablecer: ruedas de acero sueltas, que pertenecieron a una pieza de artillería; ejes en espiral; planchas torturadas por el estallido, que fueron de una armón y revelan aún con su retorcimiento trágico, el momento de la voladura; haces esparcidos de cañas herrumbrosas y llenas de barro, que resultan cañones de fusil; maderas que se disgregan en láminas o en harina, y que formaron parte de instrumentos de muerte.

Las antiguas granjas, verdaderas fábricas agrícolas, ostentan aún sobre el grupo de paredones chamuscados, la alta chimenea de ladrillo, por la que se escapaba la respiración de la máquina de vapor en los días de paz. Estas chimeneas, todavía en pie, ofrecen las más extrañas formas. En unos sitios están truncadas y su extremo termina en punta, como si fuese la lengua de un clarinete en posición vertical. Otras chimeneas han recibido la granada en su parte alta, y el

---

<sup>46</sup> *El Pueblo*, 4/5-6-1915; «Por los campos de batalla», *La Publicidad*, 5/6-6-1915; *El País*, 6/7-6-1915; *Galicia Nueva*, 9-6-1915; *El Cantábrico*, 8/8-6-1915; *Fray Mocho*, 18-6-1915; *HGE*, III, pp. 194-201.

proyectil abrió un agujero redondo, de contornos limpios, sin derribar el resto de la obra, del mismo modo que la bala del fusil moderno abre un ojal elegante en las carnes, sin dejar rebordes ni grietas. Estas chimeneas parecen flautas con orificios luminosos que transparentan el azul del cielo.

En los pueblos saqueados e incendiados por los alemanes, las casas ofrecen un aspecto desolador. Eran casas hermosas y cómodas, con todo el bienestar de la vida francesa; edificios sin pretensiones, pero de ladrillo o de piedra, con cierto gusto artístico en su revoque exterior. Las fachadas casi arrasadas por las bombas o el incendio, conservan su zócalo fuera del suelo, medio metro de construcción en el que se distingue aun el rayado del cemento, imitando bloques biselados. En el montón de escombros que llena su interior y se desborda sobre la calle, se adivina la existencia de los que habitaron el edificio. El piso primero se ha desplomado sobre el bajo. Por esto a flor de los escombros aparecen camas de hierro o de madera, armarios de espejo rotos, todos los muebles brillantes y baratos que venden a plazos los grandes almacenes. Mucho más hondos en la segunda capa, están la cocina de hierro, con grifos dorados, la máquina de coser y la bicicleta.

No hay edificio entre cuyas ruinas no se encuentren una máquina de coser y una bicicleta. Estos dos hallazgos, y las pavesas de libros y periódicos, caracterizan el bienestar y el grado de cultura del pueblo de los campos. Ciento veinte años de civilización liberal han cambiado la vida de los descendientes de aquellos siervos de la gleba, anteriores a la Revolución, que tenían que apalear las charcas durante la noche para que las ranas no turbasen el sueño de los marqueses.

¡Muy dignos de admiración los milagros del progreso humano... si no existiese la guerra! La guerra es el contrapeso fatal de todos los movimientos que intenta la humanidad para perfeccionarse. En presencia de los bárbaros rastros de la guerra, se llega a dudar de la bondad y los beneficios del progreso. Es un dios de dos caras, un Jano que nos desorienta con su doble sonrisa, bondadosa y feroz. Produce a la vez el gran trasatlántico y el torpedo flotante; saca del mismo bloque de acero la máquina de coser y la ametralladora; hace que la fábrica que exporta el artefacto agrícola o la techumbre de acero, ofrezca al mismo tiempo el cañón que los destruye.

Progreso, que tejes y destejes. Penélope que a nadie aguardas... ¡Cómo te ríes de nosotros!

\*\*\*

El comandante de cazadores que nos ha guiado por una parte del campo de batalla del Marne, se separa de nosotros al llegar a Meaux. Va a incorporarse al cuartel general de Joffre.

Dos capitanes de Estado Mayor nos esperan en un hotel de Meaux para pilotearnos por la Champaña y la Argona. Son ayudantes del general Franchet d'Esperey, general en jefe del quinto ejército.



Una "panne" en el camino. Los grandes números del automóvil, son los de la inscripción al ser movlizado por el gobierno

Uno de ellos, el capitán Fagalde, es un oficial de carrera, simpático, de aire simple y resuelto, un hombre de combate, un vasco de Cambó, que por línea materna descende de españoles. Su abuela era valenciana. Su padre el vasco, se casó en Argel. Desde hace medio siglo se verifica en el África del Norte una fusión de sangres, francesa y española, un cruce étnico de estos dos pueblos, en sus elementos más enérgicos y activos, de que muy pocos se han dado cuenta. Los militares franceses que guarnecen las poblaciones del interior de Argelia, se casan con las hijas del país, que pertenecen en su mayor parte a familias españolas emigradas. La carrera militar de los hijos es de tradición en estos matrimonios. Por esto abundan tanto en el ejército francés los oficiales de origen español. Unos chapurrean el castellano. Otros no hablan ni una palabra por haber venido a Francia de muy niños; pero sienten una simpatía instintiva hacia el país de sus abuelos y recuerdan con emoción a la vieja que en sus primeros años los arrullaba con canciones extrañas e ininteligibles.

El otro capitán se llama Hilbronner. Es de figura elegante; tiene ese aire reposado y seguro que llaman comúnmente «distinguido». Su aspecto es de militar, pero de militar intelectual. Sus manos siempre enguantadas no abandonan un bastoncito de junco. El uniforme le sienta bien; pero se adivina que vestido de frac

o de toga en una ceremonia pública, estaría aún «más en carácter». A las pocas palabras revela sus vastos conocimientos históricos y literarios. Se delata como un hombre de estudios que la guerra ha convertido en soldado.

—¿Es usted escritor? —le pregunto sospechando que es un *confrére*.

—No —contesta sonriendo—. Pertenezco al Consejo de Estado.

Este capitán elegante, es *maître de requêtes*<sup>47</sup> en el más alto cuerpo consultivo de la nación, y cuando termine la campaña volverá a sus funciones de magistrado. La guerra moderna, con sus ejércitos, que son «la nación armada», ofrece de continuo estas sorpresas. Escritores, ingenieros, magistrados, etc., eran en tiempos de paz oficiales de la reserva. Nadie lo sabía; no hacían gala de su grado; lo callaban modestamente. Una vez cada dos años, desaparecían por unas semanas, como si estuviesen realizando un viaje de placer por el extranjero. Habían vestido el uniforme y actuaban en las maniobras,

Al estallar la guerra todos acudieron prontos a cumplir sus deberes. Yo experimenté en las calles de París las mayores sorpresas viéndome saludado por militares cuya identidad me costaba mucho reconocer. Un capitán de artillería resultaba ser un académico; un médico militar, un doctor célebre; un capitán de pelo blanco, un historiador del Instituto y así continuaban las sorpresas.

Luego, al viajar por el frente de combate, he tenido encuentros no menos extraordinarios. Un soldado sucio, robusto y animoso, oliendo a salud, que no es el más grato de los olores, me saludaba. «¿Me reconoce?»... ¡Cómo había de reconocerlo! Era un antiguo intelectual de los que ojean libros en las galerías del Odeón o en los puestos de la orilla izquierda del Sena, nervioso, disputador, buscando la quinta esencia de todas las cosas, el pro y el contra en todo para opinar cada día de un modo distinto. Otras veces era un poeta decadente y morfinómano, un «glauco» de los que derriban figuras de consagración universal para admirar a dioscecillos de su invención, un amargado por la indiferencia pública, cada vez más perdido en la rebusca de la *nuance*, de la sensación perversa y refinada, etc.

¡Adiós, galimatías intelectuales! ¡Adiós, enormes esfuerzos para partir un pelo en cuatro! Los bohemios, complicados y sensitivos de hace diez meses, son ahora bravos *poilus*, que tienen un concepto más exacto de la vida. Se han enterado de que en el mundo hay algo más serio que las bellas logomaquias de un arte retorcido y estéril; reconocen de pronto las novedades de muchas cosas viejas, creen en la libertad y el deber de defenderla, como cualquier burgués.

Algo van ganando por lo pronto. La cabeza la llevan rapada con la máquina cero. ¡Fuera las melenas aceitosas, bosque abrigador de los picantes recuerdos que

---

<sup>47</sup> *maître de requêtes*: alto cargo administrativo que, originalmente, se encargaba de recibir y juzgar las peticiones dirigidas al rey.

dejan los alemanes en sus trincheras! Sus mejillas tienen colores. Están alegres, con la alegría que sienten los naufragos después que han hecho media decena de comidas.

La literatura futura también va a ganar algo con esta guerra. Será más sana, más real. Volveremos atrás, si es que se puede volver atrás cuando se marcha al encuentro de la verdad. El arte estará mejor nutrido... como hoy lo están en las trincheras sus futuros sacerdotes. Los artistas, antes de ser artistas, habrán sido hombres.

\*\*\*

Pasamos la noche en Chateau-Thierry. Nuestra caravana se instala en el hotel del Elefante, un caserón situado en el mejor paseo de la ciudad, a orillas del Marne.

Este paseo, con sus viejos árboles, sus edificios no menos vetustos, sus malecones y su puente, ha sido el teatro de una de las fases más sangrientas de la batalla del Marne. La gente pasea al anochecer bajo los árboles, con la monótona placidez de la vida provinciana. Los grupos de rentistas viejos hablan de los sucesos recientes. La tragedia que presenció hace unos meses la tierra que pisan, la han olvidado.

Aquí los alemanes, al retirarse, acosados por el avance francés, murieron en gran número. No les bastaba el único puente para el tránsito de sus regimientos y su artillería; y lanzaron dos puentes de barcas. Las baterías francesas que estaban cerca destruyeron varias veces estos puentes. El río se llenó de hombres y de caballos. Las aguas se enrojecieron.

Muchas de las casas del paseo guardan en sus fachadas los destrozos causados por los proyectiles franceses, tanto al avanzar los alemanes como al retirarse, pues Chateau-Thierry fue teatro de dos terribles combates en ocho días.

El hotel del Elefante tiene sobre su puerta una ventana destrozada. Unas cuantas tablas cierran el boquete, consignándose en ellas, con letras negras, la fecha del suceso: «Noche del 8 al 3 de septiembre». El dueño «del Elefante» está orgulloso de su ventana destrozada y piensa conservarla en tal estado. Es sobre la puerta a modo de un escudo nobiliario. Yo ocupo la habitación inmediata a la que recibió el proyectil. Antes de acostarme, rendido por una jornada de incesante movimiento, el hotelero se empeña en que vea la pieza inmediata.

Todo roto: paredes, suelo, techo. Los muebles están hechos trizas en los rincones. De los muros cuelgan harapos de floreado papel. Por un agujero enorme se ven las estrellas y entra el frío de la noche. El destrozo de la ventana no da idea del estrago interior. El dueño, en vez de tomar un gesto compungido, sonrío con superioridad patriótica, guiña un ojo, protege mi insignificancia de extranjero:

—¡Eh!... ¿Qué le parece el 75? ¿Qué dice usted de esto?...

\*\*\*

Al reanudar la marcha en la mañana siguiente, el capitán Hilbronner quiere mostrarme un pueblo anonadado por el bombardeo de los alemanes. Con anticipación me describe su lamentable aspecto. Lo vio arder, durante la batalla del Marne; lo visitó meses después cuando no era más que un montón de negras ruinas. Me habla de una especie de granja castillo, construcción del siglo XVI, que me interesará seguramente. ¡Lástima que solo queden los muros!...

Llegamos al pueblo, una hora después. El capitán mira en torno de él con aire de duda. Luego mira el mapa, como si temiera haberse equivocado. Por todas partes techos rojos, paredes de fresca blancura; puertas y ventanas recién pintadas; las mujeres formando grupos en las esquinas; los niños jugando en las calles; los hombres con sus instrumentos de trabajo volviendo de los campos.

Dos o tres meses han bastado para esta mutación teatral. La vida respira idílicamente en el paisaje nuevo. De la guerra solo quedan algunas cruces en los campos, el quepis rojo de los labriegos que aran la tierra y el lejano zumbido del cañón hablando confusamente en el límite del horizonte.

¡Francia de fuerzas inagotables, de energías invencibles! Un pueblo que lleva dentro de él esta potencia de renovación no puede perecer, aunque se coligasen contra su existencia todas las fuerzas de la tierra. Su energía reflexiva y paciente es comparable a la tenacidad del rosario de hormigas que atraviesa los campos en busca de su recolección. En vano el paso atropellador las aplasta y las dispersa. Así que se aleja el peligro, la procesión del trabajo vuelve a formarse, y otra vez continúa el desfile, laborioso, rectilíneo, invencible.

Estos campesinos no muestran empeño en conservar las huellas de la guerra, como el hotelero «del Elefante». La vida se desliza para ellos sin necesidad de reclamos. No desean atraer la visita de viajeros. La única que ansían es la de la paz, pero una paz segura, honrosa. Y para recibirla dignamente, restablecen la normalidad de lo que les rodea, cuando los enemigos están aún en el horizonte, cuando el cañón truena y truena a lo lejos, como una tormenta bajo el sol.

Nos aproximamos a la granja-castillo. Los techos de negra pizarra han sido recompuestos. Las brechas de los muros quedaron cubiertas con pedruscos. ¡Como si no hubiese pasado nada!

Hablo con el capitán Hilbronner, de la guerra, de la República, del ejército de Francia, que es la democracia armada y disciplinada como en los tiempos heroicos de Grecia.

Y el capitán Fagalde, con su buen sentido de vasco, dice unas palabras admirables.

—Nosotros los oficiales de la República, somos militares; tan militares como puedan serlo los prusianos; pero no queremos ser militaristas.

## Los dos castillos<sup>48</sup>

ES UN CASTILLO BLANCO Y rosa, el castillo de Esternay. Pero estos dos colores, el rosa de sus muros de ladrillo y el blanco de la piedra de sus portadas, ventanales y ángulos, han tomado un tono apagado y suave, igual al de los muebles antiguos. Este castillo del tiempo de los Guisas, que fue testigo indudablemente de las degollinas de protestantes y católicos en las llamadas guerras de Religión creería haber visto cuantos horrores puede presenciar un edificio en el curso de los siglos. Solo le quedaba envejecer, remozarse artificialmente con revoques y restauraciones pseudo-artísticas, disgregarse, piedra tras piedra, teja sobre teja, como un viejo que muere de senectud, en medio de las venerables árboles de su parque. ¡Que le contasen a él de guerra y de crímenes! Todo lo había visto en los tiempos de hugonotes y papistas. Ahora los hombres son más civilizados; hay una cosa que se llama libertad, hay otra que se titula civilización; todos abominan de la guerra... ¿Cómo en pleno siglo XX podían repetirse los horrores del siglo XVI?



Y el confiado castillo de Esternay, que esperaba extinguirse en la dulce calma de sus bosques, sin ver otras muertes que la muerte anual de sus flores, sin presenciar otra caída de cadáveres que la de las secas hojas, ni escuchar más

---

<sup>48</sup> *Fray Mocho*, 25-6-1915; *El Pueblo*, 1-7-1915; *La Publicidad*, 2-7-1915; *El País*, 4-7-1915; *El Popular*, 4-7-1915; *HGE*, III, pp. 202-207.

estrépitos que los de las asambleas de pájaros parleros, presenció hace pocos meses el mayor combate de la humanidad en armas, el primer choque de la batalla del Marne.

¡Pobre castillo de Esternay! Sus propietarios le han puesto finas techumbres de zinc, en sustitución de las venerables pizarras que se llevaron los obuses; el rastrillo de los jardineros ha igualado los campos; la primavera naciente borra con su esponja verde todos los rastros de la matanza; solo quedan oquedades en sus muros y rasgones en sus esquinas, que delatan le reciente tragedia. La secular construcción debía mostrarse orgullosa de una aventura que acaba de remozar su celebridad. ¡La batalla de Esternay! El nombre del castillo, que es igualmente el de la población que está a sus pies, se ha hecho famoso. Pero a pesar de tanta gloria, el castillo parece triste bajo los rayos del sol, lo mismo que esos cementerios blancos que tienen rosas, pájaros, estatuas y que sonríen; pero con la sonrisa de una muchacha tísica, vestida con traje de baile y cubiertas las mejillas de colorete.

En torno del castillo extienden los antiguos fosos sus láminas acuáticas, tersas, verdes, unidas, que reflejan invertidos los techos del edificio. Estas aguas muertas, con su fondo misterioso, inspiran cierta inquietud. ¿Qué habrá en el fondo de su lecho de légamo, que cuenta varios siglos?... El guardián del parque, que sigue mi mirada, parece adivinar lo que pienso, y sonrío con una satisfacción cruel.

—Hay muchos en los fosos —dice con expresivo laconismo.

Y en el curso de nuestro paseo por el parque, repite igual indicación. Señala rincones de la huerta recién trabajados, donde pronto empezarán a surgir las primeras verduras, parterres de graciosa forma, avenidas de majestuosa lontananza, y repite invariablemente: «¡También hay aquí!... ¡Y aquí!... ¡Y más allá!...»

Por todas partes guarda la tierra estos ocultos habitantes que no la abandonarán nunca. El guardián estaba en el castillo cuando llegaron los invasores. La sonrisa de cruel voluptuosidad con que señala los pedazos de tierra, que son tumbas anónimas, revela los malos recuerdos de la invasión que aún perduran en su memoria. En Esternay estuvo la primera línea de los alemanes. Eran tropas de vanguardia, de las más bravas e insolentes, las que ocuparon el castillo. Saquearon bodegas y salones; se instalaron en el parque inmenso acampando en sus avenidas, anchas como carreteras. Aquí fue el primer choque. La artillería francesa envió de pronto una ráfaga mortal sobre los alemanes que estaban descuidados.

—En este camino, señor —dice el guardián— estaba comiendo una compañía entera, todos tendidos en el suelo. Eran unos 300. Llegó una rociada de obuses. Ni media docena alcanzaron a levantarse. De aquí los echamos a la fosa.

El paisaje tiene aún el aspecto de esta catástrofe. La ráfaga mortal parece haberse inmovilizado con toda la grandeza horripilante de su fuerza destructora. Unos árboles aparecen encorvados, cual si los torturase una tempestad invisible; otros están partidos como mondadientes, erizados de filamentos y esquiras. Entre los matorrales se ven brillar algunos cuerpos cilíndricos y negros. ¿Proyectiles?... No: son botellas; botellas por todas partes.

Cuando se viaja por el frente de batalla en Francia, no se ve otra cosa en los campos y las cunetas de los caminos. Ocho meses llevan los labriegos recogiendo vidrio en la Champaña y la Argona, y todavía encuentran botellas a diario. Parecen surgir de los surcos, derramarse del interior de los bosques, como se derraman los rosarios de hormigas. Se diría que los árboles producen botellas y las dejan caer de su ramaje. Las posiciones del ejército invasor se adivinan por los montones de vidrio roto. La campaña de los alemanes en Francia, durante agosto y septiembre, puede sintetizarse con este título: «La mayor borrachera que han conocido los siglos». Los invasores, no sabiendo qué hacer de tanta botella llena, se lavaban los pies con vino. Procedentes de un país en el que este líquido es caro y escaso, los obreros y campesinos del otro lado del Rhin, convertidos en guerreros, se dieron el placer de pelear heroicamente ebrios, y de morir en la dulce y paradisiaca inconsciencia de la bebida gratuita.

—Los dueños del castillo —dice el guardián— no piensan en volver por aquí. Va a pasar mucho tiempo antes de que los veamos.

Yo comprendo esta ausencia. En su situación, haría lo mismo. Si me regalasen este hermoso castillo, con su parque señorial de una media legua cuadrada, sus torres blancas y rosadas, sus fosas semejantes a un lago de ensueño, sus jardines y huertas, lo tomaría... para venderlo inmediatamente. Parece solo y abandonado; pero tiene demasiados habitantes. No puede uno moverse en él libremente.

¡Brutales intrusiones de la guerra!... La ilusión de todo habitante de ciudad es tener una vivienda en pleno campo; un castillo lujoso o una simple casita blanca. Todos llevamos en el fondo de nuestra alma un labrador que duerme. El asfalto de las calles nos hacer pensar con delicia en las verdes praderas; las árboles tísicos y aprisionados de las avenidas, en los grandes bosques; las pobres macetas alineadas en el balcón, evocan la imagen de un amplio jardín. Poseer un pedazo de tierra en pleno campo, en pleno aire, sin que un edificio situado enfrente enmascare la faz de la luna o impida el contacto del sol, es el más natural de los deseos de todo ciudadano. Hasta las mujeres más frívolas y amantes de los placeres se conmueven con una ternura idílica al pensar en un gallinero propio, en una huerta propia, en la satisfacción de saborear huevos y verduras que sean de la casa.

Los ricos pueden darse este placer en gran escala, poseyendo dominios extensos, comprando o heredando el *château* de parque enorme, que es como la reproducción modernizada del antiguo dominio feudal. En él, la vida de familia es más íntima, más afectuosa, durante unos meses del año. Los hijos están a todas horas junto a sus padres; estos, separados en la ciudad por las exigencias de la vida social, se aproximan como si reverdeciese en ellos el pasado. Muebles, paredes y árboles guardan un recuerdo, tienen algo de la personalidad de los dueños. Y de pronto... ¡la guerra! ¡El combate y la matanza invadiendo la casa! La necesidad de ocultar cuanto antes en el suelo los rastros de la destrucción, para que no emponzoñen el ambiente.

¡Pobres y opulentos dueños del castillo de Esternay! Comprendo que no vuelvan a sus dominios. ¿Para qué? Todos sus placeres quedaron amargados. La castellana no querrá ver nunca las verduras de su huerta: han crecido en una tierra con zumo de cadáveres. Imposible pasear a la caída de la tarde, por las avenidas. Debajo de cada árbol hay un prusiano. Sería difícil dormir por la noche con tranquilidad. Al pie de los ventanales, los fosos son tumbas: sus aguas ocultan los feroces misterios del combate.

Yo experimentaré una impresión de eterna inquietud: no por miedo supersticioso, sino por la molestia de sentirme rodeado a todas horas de una compañía poco grata, de ver allanada eternamente la propia vivienda por una invasión de intrusos ocultos. Imposible vivir en paz. ¡Sentir bajo los pies la presencia de centenares de desconocidos, que eran enemigos, que pertenecieron a otro pueblo y a otra raza, que murieron con el odio en las ojos, con la hidrofobia en la boca, más próximos en sus instintos a la fiera que al hombre. Y esto a todas horas, cuando se vive, cuando se duerme, cuando se come, cuando se respira una flor, cuando se lee en la soledad del parque. ¡Siempre en compañía de un millar de muertos que se han esparcido por toda la soledad! No: no me tienta el hermoso castillo.

\*\*\*

El guardián nos muestra una tumba en un campo de labranza fuera del parque. Una simple cruz de madera con una cerca de palos. En la cruz hay grabada una inscripción: «Aquí yacen el teniente von Moltke y otro oficial alemán desconocido». Este von Moltke es el hijo del jefe del Estado Mayor alemán, del íntimo amigo del káiser, y por consecuencia el sobrino-nieto del famoso mariscal del mismo nombre.

Tenía 22 años. Era el tipo perfecto del *juncker*<sup>49</sup>, del oficial noble; cortante y agresivo como una navaja, duro como un clavo. ¡Que fueran a decirle a él que la guerra no es un regalo de los dioses y el estado más perfecto del hombre!... La

---

<sup>49</sup> *juncker*. miembro de la antigua nobleza terrateniente prusiana.

humanidad se divide en dos grupos: a un lado los guerreros, al otro 109 demás mortales, nacidos para servirles y para agradecer los golpes con que se dignen honrarlo, de vez en cuando. Este teniente Moltke, durante su permanencia en Bélgica, estuvo alojado en la casa de un cura viejo, que vivía con una sobrina no menos anciana. El adorable y valeroso joven amenizó durante unos días la existencia monótona de este par de septuagenarios. Cuando deseaba algo, empleaba él revólver, a guisa de timbre eléctrico, llamando a tiros. Además, todas las noches alegraba la velada del pobre cura, hablándole de la posibilidad de que lo fusilasen a mañana siguiente, como a muchos de sus compatriotas. ¡Bromas de muchacho!

El ilustre teniente Moltke ya no puede dar expansión a su humor ingenioso. Duerme en el seno de una tierra de pan llevar al lado de un camarada desconocido, bajo una cruz de palo que labró un carpintero de Esternay, por encargo de los Moltke de Francia.

La parte más numerosa de la familia Moltke vive en París y nadie la molesta por la simple razón de que no es prusiana. El famoso mariscal tampoco lo era. Había nacido en Dinamarca y su hermana vivió toda su existencia en París, siendo gran amigo de los franceses. Sus hijos y nietos son verdaderos parisienses.

La primera hazaña militar del gran Moltke fue la invasión de Dinamarca, su patria: una guerra desigual de Prusia y Austria contra el pequeño reino, que solo duró unos días. Gracias al famoso estratega, su país natal perdió dos ducados que son, algo así, como la Alsacia y la Lorena del Baldeo.

\*\*\*

A la caída de la tarde visitamos otro castillo famoso, el de Mondement-Montgivoux.

De todos los edificios de Francia, este es el que hasta ahora goza de mayor celebridad, a causa de la guerra. Todos los periódicos ilustrados lo han reproducido en las informaciones gráficas de la batalla del Marne. Todos los dibujantes ingleses glorificaron con su lápiz estos muros flanqueados de chatos torreones con caperuzas de pizarra, al pie de los cuales pasaron un día y una noche, alemanes y franceses, batiéndose a la bayoneta.

No se sabe ciertamente cuántas veces, unos y otros, tomaron, perdieron y volvieron a tomar el famoso castillo. Mondement fue lo que los militares llaman «la llave» de un sector de la gran batalla. El ejército del general Foch necesitaba apoderarse de él para dominar la llanura. Los alemanes querían conservarlo a su disposición igualmente, para impedir el avance de los franceses.

Entramos en el castillo a la caída de la tarde. Nadie. Ni una mujer, ni un niño que lo guarden. Su verja está cerrada; pero se entra en él por todas partes; por las brechas de los muros, por el hueco de las puertas cuya madera consumió el

incendio. El edificio, blanco exteriormente, es negro por dentro como el tubo de una chimenea. Todos los pisos se han desplomado. Solo quedan en pie las paredes maestras. Una caperuza provisoria de zinc cubre el cuerpo central del castillo. Los pabellones inmediatos muestran la trama de maderos de sus techumbres, limpias de tejas.

En el jardín, un pequeño lago tiene los bordes de mampostería rotos por un obús. El agua se desborda formando charcas. En el fondo del enorme recipiente, siguen nadando los peces de colores. No parecen haberse enterado de la gran catástrofe que pasó junto a ellos.

Los jardines, arrasados, guardan aún los rastros de una lucha gigantesca, cuerpo a cuerpo. Las dependencias inmediatas son paredones negros de hollín. Los invernáculos conservan el esqueleto de acero de sus vidrieras, pero no queda en estas ni un cristal. Esparcidas por todo el jardín, cruces y más cruces. Unas ostentan quepis y gorros de zuavo. Otras aparecen escuetas, sin coronas de flores, sin inscripciones, con el encogimiento del vencido. Y junto a las tumbas, así como todas las avenidas del jardín que empieza a invadir la hierba, por los campos inmediatos y por los caminos que se alejan del castillo botellas, botellas... siempre botellas.

Nuestros automovilistas, a impulsos del instinto profesional, penetran en el incendiado garaje del castillo. Revuelven los restos de dos automóviles, admiran una soberbia máquina de 80 caballos, torturada y casi fundida por el fuego.

Una rica propietaria era la dueña del castillo de Montdement; una señora vieja y devota que vivía en sus dominios como una dama del feudalismo. El cura del pueblo inmediato formaba su única tertulia. La abundancia más generosa alegraba su soledad. Al llegar los alemanes, la dama apenas se fijó en ellos: «¡Que les den todo lo que pidan!». No hubo necesidad de darles nada, pues se lo tornaron todo sin esperar el permiso. La señora asistió impasible al saqueo de su cueva y su despensa. Tenía de sobra para reponer estas pérdidas.

En la mañana del 7 de septiembre estaba con su venerable contertulio el sacerdote, tomando el desayuno en un cenador del jardín. Los dos conversaban tranquilamente, como si no hubiese un alemán en las inmediaciones. ¿Quién podía osar un atentado contra la castellana de Montdement?

De pronto, por el cielo azul, del que parecían haber huido los pájaros, se deslizaron unas nubes amarillentas, pequeñas y veloces; unas bolas de lana, en cuyo interior parecía voltear algo semejante a una rueda desprendida de un vagón de ferrocarril.

El guardabosque del castillo se atrevió a comparecer ante la altiva señora para indicarle la conveniencia de una fuga inmediata.

—Yo conozco esto, madama; yo he sido soldado. La cosa se pone fea.

Pero la señora se indignó como si el guardabosque le faltase al respeto. ¿Es que tenía miedo?... Y el servidor, indignado por esta suposición, le faltó al respeto de verdad. En las horas de peligro es cuando se dice lo que se piensa; cuando surgen a la superficie las ideas ocultas durante muchos años... Cuadrándose y con humilde expresión, contestó el guardabosque:

—No: yo no tengo miedo. Lo que hay es que siempre he tenido más inteligencia que madama.

Y el primer obús del avance francés cayó inmediatamente en el jardín del castillo de Montdement.

## Un cuartel general<sup>50</sup>

A LA CAÍDA DE LA TARDE, entramos en un pequeño lugar de la Champaña donde se ha instalado el cuartel general del 5º ejército francés. La presencia de uno de estos organismos de la alta dirección militar transforma radicalmente la vida y el aspecto de un pueblo, así como el paisaje que lo rodea. La tranquila plaza de la Iglesia por donde correteaban antes las gallinas y pasaba de hora en hora un viejo de andar vacilante, una carreta perezosa o un arado de vuelta del surco, parece actualmente la arteria de una gran ciudad. El aire huele a petróleo. Docenas de automóviles formados en filas, dejan estrechas callejuelas para que pase el transeúnte. Suenan las trompas de los que llegan y de los que parten, en un continuo vaivén de febril actividad. Todos los oficiales llevan en una manga el brazal de seda rojo y blanco del Estado Mayor. Los vecinos del pueblo apenas se dejan ver. Permanecen metidos en sus casas, como asustados por el enorme movimiento que perturba su vida normal y soñolienta. Si salen a la calle pasan inadvertidos, desaparecen bajo la inundación de uniformes. La escuela es una oficina. La casa municipal otra. Los edificios con jardín, los «castillos» más o menos pretenciosos que existen en los alrededores de todo pueblo y cuyos dueños se refugiaron en París al principio de la guerra, sirven de vivienda a los hombres de quepis galoneado, ante cuyo paso se ponen rígidos los centinelas y presentan el fusil.

Un cuartel general ocupa siempre dos pueblos. En el más avanzado, o sea el más próximo al enemigo se instala el general en jefe con el personal técnico, papeles, mapas, aparatos de comunicación, etc., un organismo compuesto de varios centenares de hombres y todo el material que exige la guerra moderna. En el segundo pueblo, más alejado de la línea de combate, instala sus servicios la intendencia del ejército, el general en jefe administrativo, el Estado Mayor de la manutención, que cuida del estómago de los hombres, de sus ropas y de mantener las comunicaciones con el resto del país.

En el primer centro los hombres hacen números, y sus cifras representan choques, masas de hombres que avanzan impávidas al encuentro de la muerte. Manejan cantidades enormes de metales homicidas y de explosivos; trazan líneas y cálculos sobre el papel, y cada una de sus operaciones destila sangre. Atrás, las columnas de guarismos significan fabulosas aglomeraciones de panes. De no consumirse inmediatamente estos panes, amontonándose durante un par de meses, formarían una masa igual a la de la Gran Pirámide. Los oficinistas trabajan

---

<sup>50</sup> *Fray Mocho*, 2-7-1915; *El Pueblo*, 9/10-7-1915; *La Publicidad*, 11/12-7-1915; *El País*, 15/16-7-1915; *La Prensa*, 23-7-1915; *HGE*, III, pp. 207-214.

y reflexionan para la alimentación diaria de más de 100 000 hombres. Manejan la marcha estratégica de los rebaños y de los convoyes de automóviles para que la manutención llegue a tiempo, como los otros, que trabajan a pocos kilómetros de distancia, cuidan de que las masas de fusiles y los rosarios de cañones se presenten a tiempo en un lugar determinado, para escupir la muerte decisivamente. Llenan los oficiales de la intendencia papeles y papeles, y su plumeo vivificante y mágico hace avanzar desde la retaguardia a las primeras líneas de fuego las toneladas de carne, las montañas de pan, el oleaje de legumbres secas, las barricas de vino, esparciendo en las filas de los que pelean y mueren una abundancia y una satisfacción material que no conocieron tal vez en sus casas.

En el cuartel general los automóviles rápidos, con una bandera en el pescante, llevan las órdenes a través del fuego. Otras veces son carruajes blindados, iguales a una férrea caja rodante, pintados de verde y con un cañón asomado a las mamparas de su cúspide. En la intendencia los vehículos tienen el aspecto pesado y bonachón del burgués que solo acepta las funciones prácticas y útiles. Son viejos autobuses que prestaban sus servicios hace un año en las calles de París y ahora están convertidos en carnicerías ambulantes; automóviles nuevos, pesados, negros, como navíos de tierra firme, que llevan en su vientre comida sobrada para mantener a todo un pueblo durante veinticuatro horas.

Alrededor del cuartel general hay hospitales donde los heridos reciben la segunda cura, después de haber sido atendidos en el mismo frente de batalla. La carne sanguinolenta y rota empieza su cicatrización bajo el cuidado de las enfermeras que animan con sus trajes de poética blancura esta masa sombría de azules y polvorosos combatientes. En torno de la intendencia también corre sangre. Las praderas se manchan de rojo; cuelgan de los árboles innumerables víctimas; los arroyos arrastran entrañas palpitantes y sus aguas se tiñen de bermellón orgánico. Los matarifes del ejército, sin más uniforme que un pantalón de ordenanza, arremangados y despechugados, matan y matan, degüellan, rajan y abren vientres para proporcionar a los que combaten la combustión energética de la carne.

En el camino que une el pueblo de la intendencia con el pueblo del cuartel general, nuestra caravana se ve obligada a detenerse. Desfila un rosario de automóviles de la Cruz Roja, llenos de heridos. Han sido curados en las ambulancias y van a terminar su restablecimiento en los magníficos hospitales instalados en el interior del país, lejos del teatro de la guerra.

Este convoy de carne humana hace alto junto a los muros arruinados de una granja, y otro convoy avanza en sentido inverso. Es de la intendencia y va a avituallar una parte nada más, una pequeña parte de la línea de batalla, un simple cuerpo de ejército. Permanecemos mucho tiempo, ¡mucho! a un lado del camino.

Los vehículos anchos, enormes, pasan y pasan. Siempre creemos que el que asoma en la próxima revuelta es el último, y otro le sigue, y otro... y otro. Contamos más de cuarenta, todos cargados, sólidos, revelando la pesadez de su interior con el releje polvoriento y lleno de redondeles que dejan sus neumáticos claveteados en la dura carretera. Y esta procesión de carros monstruosos es para llevar la comida de solo un cuerpo de ejército. Y el 5º ejército consta de varios cuerpos. Y Francia tiene ocho ejércitos. Y esta distribución colosal de víveres se repite todos los días... todos los días!

\*\*\*

Al llegar al pueblo nos conducen a las oficinas del Estado Mayor. Están instaladas en una casa de aspecto señorial, con amplio jardín. Las diversas secciones han ocupado los tres pisos del edificio, derramándose por las dependencias anexas. El garaje, la casa del portero y hasta un invernáculo están obstruidos por mesas en las que escriben y dibujan hombres con uniforme bajo las ampollas eléctricas.

Es asombrosa la rapidez con que se instala un cuartel general, obligado a cambiar rápidamente de emplazamiento, según los avances o retrocesos de sus tropas. Como no puede escoger, aprovecha lo que encuentra, instalándose muchas veces en una aldea, en una granja. Todo su material llega en automóviles al lugar señalado, precediendo unas cuantas horas al Estado Mayor.

Los electricistas instalan el servicio de alumbrado rápidamente. Los pequeños globos luminosos invaden muchas piezas que no conocieron nunca este esplendor. Los automóviles se convierten en motores. Una correa los une a los dinamos portátiles y roncan toda la noche para crear el día artificial.

Mientras tanto, otros hombres extienden las mesas plegadizas, abren las sillas de campaña, buscan en los edificios inmediatos lo que puede servir a su instalación, apilan los legajos sobre las tablas de las bibliotecas desmontables, fijan los planos en las paredes. Seis horas después, las complicadas oficinas del cuartel general quedan instaladas. Los señores del Estado Mayor pueden llegar cuando quieran, reanudando los cálculos o los informes que empezaron cuarenta kilómetros más allá.

Al entrar en el edificio del Estado Mayor, nos ofrecen asiento en un salón largo del piso bajo, que se extiende de fachada a fachada, un antiguo comedor, con un decorado de paisajes inocentes que recuerda el candoroso romanticismo de la época de Luis Felipe. Esta pieza es el club de los oficiales. Los últimos libros de París, las revistas y diarios, llenan mesas y veladores. Algunos oficiales, con el uniforme ajado y las botas embarradas, leen hundidos en los sillones. Acaban de llegar del frente, adonde fueron para transmitir órdenes. Una hora antes el obús ha mugido sobre su automóvil, y las balas han zumbado como abejorros en torno de su cabeza. Ahora leen noticias de París, cuentos alegres, novelas sentimentales,

olvidados del peligro que acaba de pasar junto a ellos. La vida en continuo roce con la muerte les da un aire de estoica indiferencia, les hace paladear más intensamente las noticias y las alegrías del mundo lejano. Otros oficiales, con el uniforme limpio como si acabasen de pasar una revista, escriben en los pupitres del club, pliegos y pliegos. Terminados los trabajos de oficina emprenden la conversación epistolar con sus lejanas familias.

Un capitán de Estado Mayor es presentado a nosotros como «dueño de la casa». Realmente lo es. El caserón pertenece a su madre: es la vivienda solariega de la familia. Aquí nació él, y los azares de la guerra le han traído, de batalla en batalla, a instalarse en la casa donde transcurrió su infancia.

—¡Estas malas personas! —dice riendo y mostrando a sus compañeros— van a romperme todos los muebles... ¿Qué dirá mamá cuando termine la guerra y venga de París para veranear, como todos los años?

El coronel jefe de Estado Mayor dispone nuestro alojamiento. Aquí no hay hoteles. Estamos en un pueblecito de la Champaña, de casas oscuras y míseras, en torno de media docena de edificios señoriales, todos ocupados. Únicamente en las afueras existen algunos chalets modernos que representan el ahorro y el bienestar de los vecinos que emigraron para hacer fortuna en París o en Reims. Pero el coronel nos instala con prontitud. Todas las casas del pueblo están a su disposición. «En la guerra como en la guerra».

Un capitán de gendarmes nos sirve de guía. Empieza a anochecer. Caminamos hasta la salida del pueblo, deteniéndonos en una calle de chalets con pequeños jardines ante la fachada. El capitán golpea en una puerta.



En la plaza del cuartel general. Blasco Ibáñez con el ayudante de órdenes del general en jefe

—De parte del general en jefe, habitación para estos dos señores.

Y se marcha, sin esperar la respuesta, dejándonos solos a mi secretario y a mí.

Sale al vestíbulo un hombro joven, de voz dulce y aspecto enfermizo, con un quinqué en la mano. Detrás de él aparece una mujer, joven, delgada y

enfermiza igualmente, de una blancura anémica, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si se hubiese fijado en ellos, para siempre, una expresión de espanto.

¡Pobres gentes! ¡Pobres ojos! Lo que llevan visto en unos cuantos meses... Son un matrimonio de burguesillos de Reims, que tenían allí tienda abierta, zapatería o quincallería, no recuerdo bien. Los negocios marchaban perfectamente. El marido, que nació en el pueblo, pudo realizar poco antes de la guerra su gran ilusión, construyendo este chalet que no está mal, con su huerta y sus árboles frutales. El paraíso para los años de vejez. La guerra les sorprendió cuando estaban veraneando en su «propiedad». (Hay que oír cómo estos pequeños burgueses dicen tal palabra.) Y en la nueva propiedad que iba a ser el encanto de los «viejos días», han pasado los momentos peores de su existencia. Desde estas piezas empapeladas recientemente, y cuyas puertas huelen aún a barniz, vieron la retirada de los quepis rojos y la inundación de los cascos puntiagudos. Oleada sobre oleada de alemanes. El río de invasores crecía y crecía. La pobre mujer pasó terribles angustias. ¿Si le quemarían la casa? ¿Si destruirían sus árboles que estaban echando fuera sus primeras frutas?... Los prusianos no tuvieron tiempo para hacer de las suyas. Hubo grandes combates en los alrededores. Pasaron a miles los heridos con dirección a la segunda línea alemana. Por la noche ardían hogueras en el campo. El viento esparcía ráfagas hediondas de carne quemada. Cadáveres de hombres y de caballos se achicharraban entre los tizones. La inundación verdosa y puntiaguda empezó a retirarse. Los proyectiles del 75 cayeron en el suelo, destruyendo casas de franceses y cuerpos de alemanes. Las pobres gentes lloraban de miedo y se alegraban al mismo tiempo.

—La guerra, señor. ¡Qué cosa tan terrible y rara es la guerra!...

Al quedar libres, una nueva preocupación afligió a los dos esposos: la tienda de Reims. Los alemanes bombardeaban la ciudad después de abandonarla. ¿Qué sería del amado establecimiento?... Pronto tuvieron noticias de él. Había sido incendiado y anonadado por un obús. Igual suerte corrieron todas las casas de la misma calle. La pobre mujer, cuenta esto sin una lágrima, pero sus ojos parecen más grandes, como si reflejasen nuevos espantos.

—¡Qué va á ser de nosotros, señor!...

Se acostumbró a no llorar durante la permanencia de los alemanes en el pueblo. Nos mira a nosotros que somos unos extraños, lo mismo que debió mirar a sus huéspedes de puntiagudo casco. Adivino que le inspiramos miedo y curiosidad a un tiempo. ¿Quién serán estos dos huéspedes que le envía el general en jefe, dos extranjeros que además no visten uniforme? Circular vestido de paisano por el teatro de la guerra llama, mucho la atención y revela cierta importancia. Es algo

semejante a pasear con casaca dorada y bicornio de plumas por las calles de una ciudad, en tiempo normal.

La pobre mujer que nos cree personajes, formula una tímida consulta.

—¡Todo perdido! Estamos arruinados. ¿Quién nos indemnizará cuando venga la paz? El Gobierno no podrá atender a todos, y los alemanes son pobres. Cuando acabe la guerra no tendrán una pieza de cinco francos. Lo dice todo el mundo.

El marido que en la vida íntima debe sufrir pacientemente la dominación de esta mujercita nerviosa, interviene para hacernos creer en una fingida autoridad.

—¡Calla y no digas tonterías! Alemania es rica y pagará los perjuicios después que la vencamos. Las mujeres, cuando os juntáis, no decís más que disparates.

Los ojos de cierva espantada le miran con sorpresa, extrañando sin duda este exabrupto que es fruto de nuestra presencia.

Estamos en el primer piso; dos dormitorios limpios, con todos los muebles y adornos de un matrimonio francés de clase popular, que consigue crearse un «nido» a su gusto.

La mujer siente despertarse en ella los instintos de dueña de casa, hacendosa y limpia, al fijarse en mi aspecto. Voy salpicado de barro. Las botas de cuero rojo están blancas. La tierra caliza de las viñas de Champaña forma una costra semejante a la del revoque de un edificio. ¿Y con esta facha pienso ir a comer en el *château*, con el general Franchet d'Esperey?... La mujer, súbitamente poseída de su doméstica superioridad, me trata con un despotismo protector, casi igual al que hace sentir a su esposo. Sube un cubo de agua y con un trapo lava mis botas a chorros, como si formasen parte del piso. Luego me acaricia con el cepillo, lo mismo que el eslabón acaricia al pedernal. ¡Muy bien! Ya está un hombre adecentado y listo para ir a comer con el general en jefe del 5º ejército.

Me echo a la calle y avanzo casi a tientas. Obscuridad absoluta, como si en el mundo no se hubiese descubierto todavía el alumbrado artificial. En todo el pueblo no encuentro más que dos lucecitas tenues, dos vasos de vidrio rojo que marcan con su mortecino fulgor la entrada de un jardín en cuyo fondo está el hospital de sangre.

La proximidad del enemigo aconseja esta obscuridad absoluta. Los aviadores alemanes han intentado muchas veces un bombardeo nocturno del cuartel general.

Mi secretario va a comer en el club de los oficiales del Estado Mayor. Yo me dirijo al alojamiento del general Franchet d'Esperey.

Cerca de media noche vuelvo por las calles lóbregas hacia las afueras del pueblo. El ruido de los pasos es lo único que indica la presencia de los transeúntes. A veces la mano tendida por el instinto tropieza con la blandura de un vientre humano, con el costillaje de un pecho, y un gruñido de saludo subraya el encuentro. Cerca de la casa, un grito de «¿Quién vive?», un brillo de acero, un choque de armas. Me lo habían advertido. Hay que dar la «palabra de paso» al centinela, para no verse arrestado o recibir una bala.

—¡Tananarive!

Temo equivocarme por una preocupación nerviosa al gritar la palabra sagrada. El centinela se aparta y entro en mi alojamiento.

Me estremezco agradablemente, con una sensación de bienestar animal, al ver la cama majestuosa, preparada por la patrona. Es la mejor que he encontrado en el viaje. Unos leños encendidos crepitan alegremente en la chimenea. ¡Como si estuviese en París! Fuera de la casa sopla un viento frío. La noche es hermosa, abundante en estrellas, pero glacial.

A pesar de la serenidad del cielo, trueno y trueno. Desde el anochecer parece que una tempestad invisible desarrolla sus estrépitos más allá de la línea del horizonte.

Es el cañón. Estamos a ocho kilómetros de la línea de combate; vamos a dormir en el mismo umbral de la guerra.

Al meterme en la cama con el regodeo de un descanso agradable, me asalta un pensamiento. ¡Ocho kilómetros! ¿Y si el enemigo hiciese un avance durante la noche y despertásemos prisioneros?... Esta suposición me hizo reír muchas veces en los días sucesivos, cuando vi lo que eran las líneas francesas. Por el momento desecho igualmente esta idea. No es fácil que los alemanes avancen precisamente en esta noche, cuando llevan meses y meses intentándolo sin conseguirlo. ¡A dormir!

Bum... bum... bum...

El ruido se repite y se repite como un trueno, haciendo temblar ligeramente paredes, vidrios y maderas. Acaba por ser un arrullo, semejante al de las olas en la playa o al funcionamiento regular de una máquina.

En la penumbra del sueño que apunta y crece trastornando ideas y cosas, salto por encima del tiempo, retrocedo al pasado, suprimo veinte años de mi vida, creo estar en Valencia. Yo he vivido toda una época teniendo mi dormitorio sobre una imprenta. Me acostaba al amanecer, luego de haber terminado la confección de un diario, y cuando empezaba a adormecerme, la máquina, una máquina vieja y lenta, emprendía su trabajo para lanzar el número; bum..., bum..., bum..., lo mismo que el cañón que retruena en el silencio nocturno de la Champaña. Cuando la máquina suspendía su funcionamiento por un accidente cualquiera, yo me

despertaba con cierta angustia, como si me faltase de pronto el aire. Necesitaba para dormir la trepidación de la cama, estremecida por el invisible trabajo.

Bum... bum... bum... Aquí es igual el ruido. Caigo y caigo en una sima negra, acompañado por el trueno que se repite cadenciosamente. Si cesase de pronto, me despertaría asustado, como si el silencio fuese un peligro. Y me duermo imaginando con la fantástica incoherencia de un pensamiento medio paralizado, que cada uno de esos golpes lanza a través de la noche, un periódico; un periódico de acero rojo y letras de ceniza, escrito por la Muerte.

## Un general francés<sup>51</sup>

EN LA PUERTA DE un salón amueblado a la morisca, me recibe un militar.

No sé si es un jefe o un simple soldado. Lleva un pantalón rojo y una blusa con pliegues y bolsillos, de ese azul neutro y casi incoloro, que acaba de adoptar el ejército francés con el título de «color horizonte». Después de mirar mucho el extremo de sus mangas, alcanzo a distinguir tres pequeños botones de acero deslustrado, tres estrellas minúsculas que se confunden con el color vagoroso del paño. Es un general. Es el valeroso Franchet d'Esperey, general en jefe del 5º ejército.

Me tiende su diestra con franca cordialidad, como si nos conociésemos toda la vida. Ríe y bromea lo mismo que si recibiese la visita de un antiguo compañero de promoción. Yo le examino mientras habla.

Es el tipo perfecto del hombre de combate, tal como lo concebimos escritores y artistas. Si en el mundo no surgiesen guerras, este señor tendría que dedicarse a las exploraciones difíciles, a la persecución de los malvados, a todo lo que significa aventura, lucha y peligro. Lo que no se comprende en este hombre de pelea es la vida sedentaria, el descanso, la existencia burguesa. Su padre fue militar, su abuelo fue militar, todos sus ascendientes fueron militares. La espada forma parte de la familia y se renueva de generación en generación.

—Yo soy casi español —dice Franchet d'Esperey—. Nací en Argel, en Mostaganem. Mis abuelos sirvieron mucho tiempo a los reyes de España. Eran oficiales de la Guardia Walona.

Le contemplo mientras habla. Todos los hombres de marcada personalidad tienen en el rostro y en la expresión una lejana semejanza con un animal. Hay



D. Vicente Blasco Ibáñez con el general Franchet d'Esperey. En lo alto de la escalera de entrada, de izquierda a derecha, el capitán Fagalde, el coronel jefe de estado mayor del 5.º ejército, y el capitán Hilbrunner

<sup>51</sup> *Fray Mocho*, 9-7-1915; *El Pueblo*, 21-7-1915; *El País*, 24-7-1915; *La Prensa*, 4-8-1915; *HGE*, III, pp. 214-219.

hombres bueyes y hombres lobos. El general, de tez roja y encorvada nariz, es un hombre gallo. Tiene la cabeza pequeña y bien proporcionada, pero la nariz es un verdadero pico, corvo y agresivo. Los ojos, agudos y tenaces, miran siempre de frente. La amabilidad les hace ser atentos y acariciadores, pero su brillo recuerda el fulgor del acero.

Se adivina que al lado de este hombre hay que abdicar la propia voluntad. Solo es posible la vida al lado de él, obedeciéndole en todo. Ha nacido para jefe. Debe exigir de los que le siguen las cosas más audaces y estupendas, con el imperio irresistible del ejemplo. Allá donde él vaya irán la acción rápida, la decisión fulminante, la ofensiva alegre, pues este hombre de combate sonrío, bromea, no adopta gestos trágicos y acomete las empresas más difíciles como si fuesen cosas ordinarias.

Al iniciarse la guerra era general de división en el mismo 5º ejército que ahora está bajo su mando.

Los soldados, los oficiales y hasta los jefes, hablan de él con un respeto que tiene mucho de admiración fetichista. Es un guerrero de suerte. La fortuna le acompaña.

—¡Franchet d'Esperey! —exclaman—. Hay que ir con él. A ese no lo han derrotado nunca.



El general Franchet d'Esperey

Y así es. Este militar; que ha peleado en todas las guerras de su país desde antes de cumplir los veinte años, no conoce todavía el fracaso, personalmente. Ha pasado por los mayores peligros, saliendo de ellos incólume.

Hizo la guerra en Asia y en todos los territorios franceses de África. Cuando en 1900 las potencias de Europa enviaron a China un ejército internacional contra la insurrección de los *boxers*; el coronel Franchet d'Esperey fue jefe de Estado Mayor de la división francesa, y su cargo le puso en frecuente relación con el mariscal alemán Waldersée que mandaba todos los contingentes europeos. ¡Las finas observaciones de este soldado francés, acerca de la psicología teutónica!...

El 5º ejército de Francia estaba dirigido al iniciarse la presente guerra por un general ilustre, de reconocida capacidad y brillantes estudios. Pero la guerra es lo único que pone en evidencia el verdadero mérito de los soldados. Este general sabio fracasó —como otros muchos— sobre el campo de pelea. La vista de la sangre, los horrores y la carnicería que acompañan a una lucha moderna

paralizaron sus facultades de estrategia y no supo emplear los medios ofensivos que tenía en su mano. Sus tropas carecieron de «mordiente» en la batalla del Sambre, conocida con el título de batalla de Charleroi. El choque desgraciado aún pudo ser de peores consecuencias a no estar Franchet d'Esperey al frente de un cuerpo de dicho ejército. A él no lo derrotaron. Fue el único que «mordió», llevándose por delante a los enemigos que ocupaban su sector de acción. Tuvieron que ordenarle que se retirase, pero se retiró de espaldas, haciendo frente a los perseguidores, manteniéndolos siempre a respetuosa distancia, como un atleta que retrocede enviando puñetazos.

En Guisa, los alemanes que creían vencedores, avanzaron confiadamente sobre el cuerpo de Franchet d'Esperey, pretendiendo envolverle. Eran lo mejorcito del ejército invasor, los cuerpos más selectos y la guardia imperial. Franchet d'Esperey, en vez de seguir su retirada, hizo frente. Los alemanes sufrieron un descalabro. Los regimientos de la guardia, diezmados, tuvieron que paralizar momentáneamente su avance. El éxito de Guisa fue un prólogo de la victoria del Marne, conseguida pocos días después.

Joffre, que entiende de hombres, se fijó en este jefe de división. Acababa de destituir el general en jefe del 5º ejército y entregó espontáneamente el mando a Franchet d'Esperey. Luego fue la batalla del Marne. El nuevo general en jefe del 5º ejército tenía que operar en contacto con los ingleses. Franchet d'Esperey es un hombre de mundo, un diplomático de los que emplean como armas la franqueza y la amabilidad.

Hasta entonces, una de las causas del fracaso había sido la falta de relaciones cordiales y estrechas entre los Estados Mayores francés e inglés. Aunque parezca inverosímil, hay que confesar que en los primeros momentos de la guerra



Un batallón del 5.º ejército desfilando por una carretera. (Vista tomada desde el automóvil)

hubo diferencias protocolarias, disputas de grado entre unos y otros, aprovechándose el enemigo de esta falta de unidad. El nuevo general en jefe se avistó inmediatamente con el mariscal French. Se hablaron con la fraternidad de los soldados viejos, que han peleado en todas las latitudes de la tierra, se dieron las manos y avanzaron unidos contra el enemigo en las jornadas del Marne, batiéndolo completamente junto a las aguas ensangrentadas del Gran Morin y haciéndole retroceder hasta más allá de Reims.

Se comprende el entusiasmo que este caudillo, alegre y duro, amable e inflexible, conciliador y despótico, inspira a los suyos.

—¡Franchet d'Esperey! —repiten—. ¡A ese no hay quien lo derrote!

\*\*\*

Entramos en el comedor. El general excusa por adelantado las deficiencias de su alojamiento. Estamos en un *château* propiedad de una familia alemana. Los dueños huyeron al iniciarse la guerra. Esta región de la Champaña estaba llena de alemanes. Unos eran dueños de bodegas, y esparcían por el mundo sus vinos espumosos en competencia con las marcas francesas. Otros vivían aquí por gusto, porque les placía el paisaje y les sentaba bien el aire. En realidad, todos eran espías y preparaban sordamente la invasión alemana.

Examino las diversas piezas del piso bajo. Un salón es morisco-cursi, estilo árabe de Hamburgo, con cueros de Córdoba y alfombras marroquíes, «made in Germany». Otro ofrece las gracias charoladas, incoherentes y arlequinescas, del estilo modernista, «arte nuevo», inventado por los tapiceros de Múnich. Algunos grabados pendientes de las paredes y fotografías que adornan las chimeneas, me hacen sospechar que estos alemanes han vivido en la América del Sur, en el Brasil o en la Argentina.

Franchet d'Esperey ríe al recordar la nacionalidad de los dueños ausentes.

—Yo tengo una casa —dice— y la ocupa en este momento un general alemán. Mi casa está en Lille. En cambio yo vivo en otra casa que pertenece a unos alemanes. ¡Las cosas de la guerra!

El *château* es pequeño, pero el jardín que lo rodea es enorme, con grandes arboledas, un lago y esquife blanco amarrado a unos sauces. En toda la casa no hay una mujer. El servicio lo desempeñan hombres, hombres con uniforme, de grandes barbas y rostro curtido, verdaderos «peludos» que se han puesto sobre los pantalones rojos un delantal de cocina.

La mesa ofrece un buen golpe de vista. Las flores recién cortadas en el jardín, forman exuberantes adornos. La cristalería y objetos de plata de los dueños, brillan bajo las luces de una instalación eléctrica mantenida por la fuerza motriz de los automóviles.

La comida es un verdadero banquete, que resulta asombroso en este lugar, oyendo como truena a lo lejos el invisible cañón. Pocos vinos. Estos guerreros son sobrios. Algunos beben aguas medicinales. La palidez verdosa y las facciones enjutas de varios jefes, revelan un estómago maltratado por las campañas en las colonias. En cambio los platos son magníficos y merecen elogios, más aún por su confección que por sus sabrosos componentes. Cierta pescado nos hace recordar a un restaurant célebre de los bulevares. El recuerdo es oportuno. Resulta que el cocinero del general es el mismo del citado establecimiento.

El servicio obligatorio ha dado a los ejércitos una diversidad de medios de que carece actualmente la sociedad civil. A estas horas faltan muchas cosas en París y en todas las grandes capitales de Europa. Vuestros proveedores se han ido a la guerra. Encontráis tiendas cerradas y ausentes a muchos de los que os prestaban sus servicios profesionales.

En cambio pedid en un miserable pueblecito donde esté el núcleo de un ejército, y encontraréis todo lo que es posible concebir. Las filas de hombres barbudos y sucios por la vida de campaña ocultan nombres célebres y pasmosas habilidades. La más leve compostura de automóvil la realiza un ingeniero ex director de inmensos talleres; si se os ocurre una traducción aunque sea del sanscrito o del egipcio antiguo, saldrán de las filas doscientos doctores en Letras; el centinela que está a la puerta, con el fusil al hombro, es tal vez un tenor que ganaba miles de francos por noche.

El general en jefe pide un simple cocinero, un soldado que entienda de guisos medianamente «para quedar bien» cuando reciba visitas en su cuartel general, y acto seguido da dos pasos al frente un «peludo» que es una eminencia en su arte, un superhombre del fogón y de la cacerola, un genio admirado por todos los comilones del bulevar.

Somos varios los invitados del general. Además del jefe de Estado Mayor y de varios oficiales, se sienta a la mesa, con su ayudante, el inspector de ingenieros que ha venido desde el cuartel del generalísimo Joffre para examinar las minas y contraminas con que franceses y alemanes se envían por el aire en las trincheras de la Champaña.

Estoy sentado a la izquierda de Franchet d'Esperey. No sé si por amabilidad, pues conoce mis ideas políticas, o por entusiástica adhesión al Gobierno de su país, el general habla todo el tiempo de la República. Infunde alegría y confianza escuchar a este soldado heroico, convencido de las grandes dificultades que hay que vencer, pero seguro del triunfo final.

—Cuando entremos en Alemania —dice— habrá que evitar para siempre el peligro de un imperio militarista, implantando la República.

Algunos oyentes hacen un gesto de extrañeza. ¡La República en Alemania!

—¿Qué tiene esto de extraordinario? —pregunta el general. Luego añade con una gallardía de soldado—: La República no se ha hecho para los gatos; se ha hecho para los hombres, y no veo por qué los alemanes no la han de tener lo mismo que nosotros. Si no la quieren, se la impondremos, se la haremos tragar, lo mismo que un medicamento salvador.

Yo me aprovecho de su amabilidad para ir formulando la demanda que llevo preparada. «General: quiero verlo todo... itodo! Sé lo que son estos viajes al frente de personas recomendadas desde París. Se les enseña nada más que lo que no ofrece peligro, y por lo mismo carece de interés. El escenario de la guerra que contemplan está preparado. Yo quiero ver la verdad. Deseo vivir en las trincheras; pero en trincheras de primera línea, donde haya combate. Quiero ver funcionar la artillería bajo el fuego del enemigo. Quiero...»

Franchet d'Esperey sonrío, paternal y escéptico, como un maestro que escucha las esperanzas e ilusiones de un principiante. Me mira y luego dice:

—¿Tiene usted miedo?...

Yo sé lo que hay que contestar a este hombre. «Sí, general; tengo miedo, mucho miedo. Pero tengo vergüenza, y ayudado por ella y por la curiosidad, arreglaré las cosas de modo que el miedo no se me conozca.»

Parece que le gusta mi contestación. Este héroe sabe algo de peligros y conoce los desfallecimientos y las arrogancias humanas mejor que un gran psicólogo. Con él son ridículas las bravatas.

Consulta con la mirada a su jefe de Estado Mayor, y hablan citando varios nombres geográficos. El momento escogido para mi demanda no puede ser más inoportuno. Horas antes ha llegado la noticia de que el general Maunoury, jefe de otro ejército, y Villaret, uno de sus generales, acaban de ser heridos por la misma bala al visitar una trinchera. Franchet d'Esperey teme que la mala suerte se prolongue por algunos días. Además sería muy molesto para él que un «civil» sufriese un accidente en el territorio sometido a su mando. Pero sus dudas no se prolongan mucho.

—¿Ha hecho usted algún seguro de vida para su familia? —pregunta alegremente—. ¿Lo ha dispuesto todo para en caso de muerte?

Yo río lo mismo que él, y acaba por aprobar mi petición.

—Lo verá, usted todo. Haremos lo necesario para que asista a la función en buen sitio, con el menor riesgo posible.

¡Simpático general! Tres días fui su huésped, yendo a las trincheras y las baterías lo mismo que el que va a ver sus campos y vuelve a casa a las horas de comer y dormir.

Me complace la idea de que no debió quedar descontento de mí.

Cuando nos vimos por última vez, al estrecharnos las manos, me dijo con su amabilidad, franca y autoritaria, de hombre fuerte:

—Cuando repelamos al enemigo y entremos en Alemania, le avisaré para que venga. Quiero que vea usted el final de esta guerra, así como ha visto el principio. ¡Hasta la vista!

## La ciudad mártir<sup>52</sup>

MUCHO ANTES DE llegar a Reims vemos las dos torres robustas de su famosa catedral.

Así como las vemos nosotros, las distinguen los alemanes del lado opuesto, desde sus lejanas baterías, con la ayuda de poderosos gemelos de campaña. Generales aficionados a la literatura, artistas a sueldo, periodistas germánicos, gritan ante el mundo entero para justificar a su nación:

—Es falso que hayamos destruido la catedral de Reims.

El monumento se mantiene de pie como si no le hubiese ocurrido nada. Yo lo he visto con mis ojos.

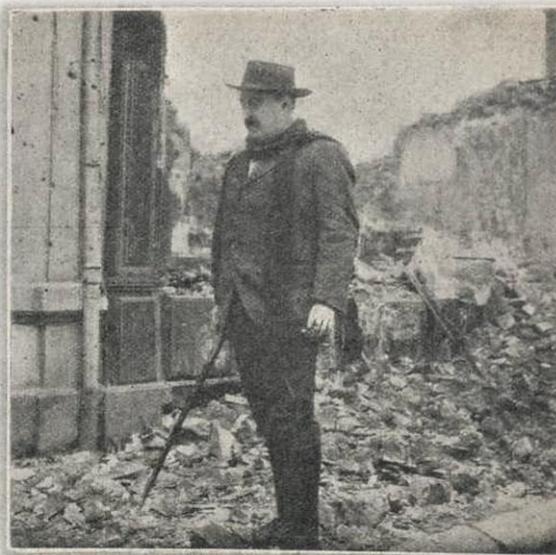
Y dicen verdad. Pero esta verdad es semejante a la del que hablase de un sujeto fallecido hace años, después de haber legado su esqueleto a un museo de Medicina.

—¿Quién dice que Fulano ha muerto?... Mentira; ayer lo vi, muy bien conservado y entero. Por cierto que estaba de pie.

La basílica de Juana de Arco destaca sobre el cielo sus torres gemelas algo roídas en su cúspide, pero todavía macizas. Sin embargo, de todo el monumento sólo queda el esqueleto. Sobrevive la albañilería. La parte artística hace meses que desapareció convertida en polvo.

La catedral no está destruida. Su suerte resulta peor, pues ha sido vitriolada.

Es semejante por su aspecto a una mujer hermosa que hubiese recibido en la cara, en las manos, en el pecho, un líquido corrosivo. En la epidermis, que en vuelve y suaviza la forma, reside la belleza. Nada importa que la víctima respire, camine y cumpla sus funciones naturales como en otros tiempos. Su rostro es un mascarón trágico; sus ojos están vacíos; una llaga cubre los antiguos encantos.



<sup>52</sup> *Fray Mocho*, 16-7-1915; *Pandemonium*, nº 139, 30-7-1915; *HGE*, III, pp. 224-234.

A la grande obra arquitectónica de Reims le han arrancado la piel. Siguen en su vertical inmovilidad la fachada de gruesos bloques, los muros laterales sostenidos por los arbotantes. Pero al pie del monumento, como si fuesen inmundos escombros, hay todo un pueblo de santos, vírgenes y reyes hechos pedazos. Los finos doseletes, las pétreas hojarascas, las esbeltas columnitas: todo pulverizado por el obús. Los arquitectos modernos pueden reconstruir el monumento si se viene abajo, dándole mayor ligereza y solidez que los maestros francmasones de la Edad Media que dirigieron la obra. ¿Pero quién logrará reproducir con toda su artística ingenuidad el mundo de pétreas estatuas que parecía vivir una existencia interna de piadosa unción, esparcido por las portadas, ventanales, hornacinas y cornisas?...

Este pueblo de piedra cantado por Víctor Hugo está ahora en informes escombros. La catedral donde se consagraban los reyes de Francia parece uno de esos edificios venerables que echan abajo los contratistas sin conciencia para abrir una nueva calle.

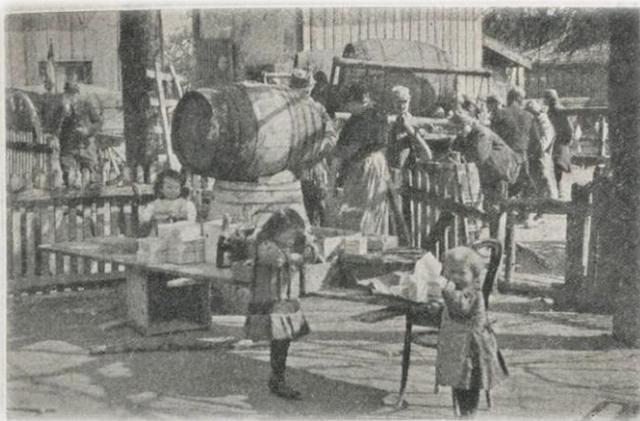
Y el cañón enemigo sigue tronando, invisible, en el límite del horizonte. Cada vez que las tropas alemanas sufren un descalabro, la artillería gruesa envía unos cuantos proyectiles a la catedral para completar su destrucción.

Este ensañamiento tiene algo de pueril. Recuerda la crueldad del niño colérico que, después de romper una estatua, se encarniza con ella, la desmenuza, para ver lo que tiene en su interior.

\*\*\*

Entramos en Reims por el arrabal del camino de París. Gente por todas partes. Parece imposible que esta ciudad venga sufriendo un bombardeo de seis meses.

Muchos vecinos de los barrios interiores se han trasladado a dicho arrabal. Según parece, las baterías alemanas, que tiran a algunos kilómetros de distancia, no llegan con sus disparos, o alcanzan con mucha dificultad, a este barrio. Las



casas rebosan habitantes por puertas y ventanas. Cada una parece un hormiguero. En las aceras se ha establecido un mercado, un interminable mercado que extiende su doble fila de puestos en un espacio de más de un kilómetro. Los campesinos de los alrededores vienen a ofrecer sus verduras. Los

vecinos del arrabal se improvisan comerciantes. Frente a las puertas, en los pequeños jardines, las dueñas de las casas hacen instalar unos toneles, y venden vino y comida a los pelotones de soldados y jinetes que pasan en continuo vaivén entre las líneas de combate y los acantonamientos.

Los vecinos de la ciudad llegan al arrabal para hacer sus provisiones. Viven hace meses en sus cuevas. Toda casa de la Champaña tiene su excelente y profunda bodega, que es ahora habitación común. Los curas dicen misa en los sombríos depósitos de champaña, convertidos en capillas. Los vecinos han bajado sus camas y sus cocinas al subterráneo, limpiándolo de telarañas y trastos viejos. Todos han acabado por acostumbrarse a esta vida de trogloditas.

El alemán, que es metódico y automático hasta en su cólera destructiva, bombardea siempre a determinadas horas. El vecindario ha acabado por amoldar su existencia al horario de la artillería enemiga. Por la mañana los alemanes descansan. Y las mujeres de Reims van con paso lento al arrabal para hacer sus compras.

Yo las vi marchar tranquilamente por las aceras, algunas con sombrero y guantes, otras ostentando un peinado lustroso, todas recién lavadas, sonrosadas y frescachonas, formando grupos, hablando, regateando con las vendedoras, sin prisa alguna, como si viviesen en el más tranquilo y pacífico de los villorrios.

—¡Adiós, madama! Nos veremos esta tarde, después del bombardeo.

Así se despiden, como en una pequeña ciudad de provincias se citan las gentes para después de la música en la plaza.

A las once, cuando las buenas madres empiezan a preparar la comida en las bodegas, caen los primeros obuses. Empieza la diaria y terrorífica representación que ya no infunde pavor al público. Está habituado a las emociones. ¡A qué no se acostumbra la humanidad cuando vive en contacto con el peligro!...

Las casas se derrumban en determinados barrios. Después de tantos meses de bombardeo, los proyectiles vuelven a estallar algunas veces en solares llenos de escombros, consumando la destrucción de edificios que ya cayeron. El horrendo estrépito no arranca gritos a las mujeres ni lloros a los niños. Son como los habitantes de ciertos países tropicales donde surge una tormenta todos los días. Sus oídos se han habituado al trueno... Y mientras arriba, sobre una capa de cuatro metros de terreno calcáreo, estalla el obús en las calles solitarias, la madre guisa, los niños repiten la lección que les enseña la hermana mayor, el padre fuma su pipa y lee los diarios recién llegados de París.

De vez en cuando el bombardeo hace víctimas. No se arrostra impunemente el peligro durante meses y meses. Algunos vecinos se obstinan en vivir a flor de tierra. El obús alcanza a más de una mujer de las que salen a la calle a hacer sus compras en horas extraordinarias. Ciertos días, los alemanes, para

vengarse de un fracaso, cambian el horario de su rabia y dan a la ciudad una representación «fuera de abono», cuando menos la espera el público.

¡Varias mujeres y niños destrozados por los proyectiles en plena calle!... Las gentes lamentan el suceso, pero no lloran y se resignan.

Hablan del bombardeo como de algo inevitable y fatal, semejante a las fuerzas ciegas de la naturaleza. Recuerdan a las víctimas como si las hubiese sorprendido una tormenta, cayendo destrozadas por el rayo.

\*\*\*

Yo estuve en Reims ha poco más de un año. Pasé por aquí con unos amigos. Íbamos en automóvil a la Exposición de Gante. Después corrimos todas las ciudades famosas de Bélgica y Holanda.

Fue un viaje de museos, de plazas románticas, de bellos paisajes, una embriaguez de arte, una orgía visual. ¡Quién iba a sospechar que poco después se exterminarían los hombres en un escenario tan seductor, y el maquinismo de la muerte, manejado por la barbarie conquistadora, suprimiría tantas cosas hermosas amontonadas por siglos y siglos de civilización! Muchas de las bellezas que admiramos entonces ya no existen. La humanidad del porvenir las conocerá únicamente por la reproducción gráfica o por la pluma de los escritores. Han tenido igual suerte que los tesoros artísticos de la antigüedad, que solo conocemos de oídas por haberlos suprimido el avance de los bárbaros.

En Reims vivimos solamente dos días, admirando la vieja catedral y sus tapices medioevales.

Al volver ahora a la ciudad, vamos inmediatamente a la plazoleta situada frente al templo, donde caen con preferencia los proyectiles alemanes. Los automóviles avanzan penosamente. Todo el pavimento está removido, descoyuntado, como a impulsos de un estallido interno. Recuerda el suelo de las calles de París cuando ocurre un hundimiento en las galerías del ferrocarril subterráneo. Estas profundas depresiones, estos embudos enormes que tienen la forma de un remolino petrificado, son las huellas del obús. A ambos lados de la calle las fachadas parecen haber sufrido una viruela arquitectónica. Todas están acribilladas y roídas. En algunas casas solo existe el frente, con los huecos de puertas y ventanas chamuscados por el incendio. En el interior un montón de escombros, vigas, muebles... y el cielo libre.

La ciudad sale a mi encuentro como un amigo al que no hemos visto en mucho tiempo y que acaba de sufrir una enfermedad cruel. Es el mismo Reims que conocí, pero ¡qué cambiado! Casi nadie en las calles. Solo hombres con uniforme. Unos señores respetables, enguantados y condecorados, se despiden ceremoniosamente. Deben ser funcionarios de la ciudad; tal vez magistrados. Se

retiran a sus casas como de costumbre. Después del bombardeo, a la caída de la tarde, volverán a reunirse para continuar el paseo y la charla.

En la plaza de la catedral vemos el cielo gris a través de los ventanales del monumento y las brechas abiertas en sus muros. Las bóvedas casi no existen. El sol y la lluvia entran a raudales en su interior. El palacio del Arzobispado es una ruina completa. Solo queda en pie los muros exteriores. Unas murallas de sacos de tierra defienden los restos de las portadas de la catedral. En cambio, los demás edificios de la plaza, hoteles, tiendas y habitaciones particulares, se mantienen relativamente bien. Las fachadas están roídas por los cascos de los proyectiles, pero las explosiones no han quebrantado su interior. Las ventanas están cubiertas con tablas. En todo Reims no queda un cristal. Los vecinos se han olvidado ya de que la vidriería existe en el mundo.

Juana de Arco, montada en su caballo de bronce, tremola en el centro de la plaza una banderita tricolor que la piedad patriótica puso en su diestra. La gloriosa doncella es lo único que se mantiene virgen en este lugar. Ni el más insignificante fragmento de obús ha arañado su monumento. Algunos ven en esto un prodigio. Pero el bombardeo parece haber respetado caprichosamente todas las estatuas públicas, reservando su furia para los edificios. Doscientos metros más allá, en otra plaza, está el monumento de Luis XV, personaje que en nada puede ser comparado con una doncella. Y el amigo de la Pompadour y de otras cien... Pompadoures se mantiene sobre su pedestal tan puro y tan entero como la virgen de Orleáns.

Busco en la plaza el hotel donde nos alojamos hace meses. Está cerrado, pero completo; el más completo de todos los edificios de esta parte de la ciudad. Las letras de oro de su rótulo se destacan sobre la monotonía de la fachada.

Retrocedo con la imaginación a la vida de hace dieciséis meses. No es grande el salto, y veo el hotel de entonces como si lo tuviese ante mis ojos. El gerente, amable y de sonrisa humilde, era alemán. Todos los criados y criadas, alemanes. Esto nada tenía de extraordinario. Reims estaba lleno de súbditos germánicos. Uno de los establecimientos más fuertes de la ciudad era la casa del champaña Mumm.

Y recuerdo igualmente nuestra confianza pueril, nuestra paradisíaca sencillez, al comentar entonces la invasión pacífica de los alemanes, haciéndola objeto de nuestros elogios: «Pueblo laborioso y emprendedor. ¿Quién puede esperar la guerra de ellos? Aman la paz y el trabajo como nadie. La guerra es imposible...»

Una desventaja irritante para la guarnición de Reims fue, desde los primeros instantes de la defensa, el exacto e inmediato conocimiento que tenía el enemigo de todas sus disposiciones. Si cambiaba la artillería de emplazamiento, poco después los alemanes la buscaban con un fuego certero en su nueva

situación. Si preparaban una salida, los enemigos estaban advertidos a los pocos minutos.

La policía militar, ayudada por el vecindario, sorprendió varias instalaciones de telégrafo sin hilo. Pero luego de quedar destruidas estas, continuaron lo mismo los secretos informes. Nuevas y más difíciles rebuscas. Al fin se descubrió el misterio. Existían varios teléfonos subterráneos tendidos desde las cuevas de los edificios ocupados por los industriales de origen germánico, hasta los pueblos donde los sitiadores tienen sus baterías. Un trabajo de tal clase exige grandes precauciones y muchísimo tiempo.

\*\*\*

Atravesamos a pie las calles de Reims. Vamos directamente a las trincheras. Tendremos que marchar horas y horas, abandonando la superficie de la tierra, siguiendo un camino de topas.



En el barrio de Ceres la destrucción es mayor que en el resto de la ciudad. Muchas casas solo mantienen en pie la fachada del piso bajo.

Reconozco una calle. Pasa por ella el camino que conduce a Bélgica. Me acuerdo de que una paralización momentánea del automóvil nos obligó a detenernos aquí por algunos minutos. Busco un pequeño café donde entramos hace más de un año. El rótulo subsiste en medio de la destrucción general: «Café de la Esperanza». ¡Pobre café! ¡Pobre esperanza! Solo se sostiene erguida la fachada del piso bajo con una parte de las ventanas superiores: lo suficiente para que siga luciendo el título su desesperada ironía.

En el interior, ruinas... hollín... inada!

Recuerdo el piso de madera y su alfombra de serrín, oliendo a resina; las mesitas con manteles a cuadros rojos y blancos; las cortinillas planchadas de la puerta; la dueña guapetona, luciendo detrás del mostrador su cadena de oro sobre el traje negro; los parroquianos que leían los periódicos, y por costumbre hablaban mal de los ministros; un gato lucio e hinchado de terrones de azúcar que se desperezaba sobre una mesa, bajo la voluptuosa caricia de los rayos del sol.

Un cuadro de paz. Una visión de la Francia pacífica y trabajadora, que entiende la vida como ningún otro pueblo, y esparce el bienestar hasta los últimos límites de sus campiñas.

¡Y todo desapareció! ¿Cuántos vivirán todavía de los parroquianos que vi hace un año en este café? ¿No habrán perecido todos, lo mismo que el establecimiento?...

Al pie de la fachada hay maderas chamuscadas, escombros cubiertos de ceniza. «Café de la Esperanza»... Las ventanas y puertas de la calle, negras de hollín, hacen recordar las órbitas vacías y las fosas nasales de los esqueletos que saltan grotescamente en la danza macabra. La muerte contesta con una risa cruel e interminable al noble deseo humano que brilla en el pobre rótulo.



Pero la muerte solo triunfa momentáneamente, y al final es ella la eterna derrotada. Lleva miles de millones de siglos matando

y matando, sin acabar nunca con la vida, que renace y renace.

Las letras blancas de este rótulo de un café en ruinas representan algo más fuerte que la destrucción, señora del mundo en los presentes momentos. Sin esperanza, la existencia no vale la pena de ser vivida. Cuando Prometeo, el primer revolucionario bienhechor, sublevó a los hombres contra los dioses crueles e injustos, les dio una fuerza única para resistir y marchar adelante: la esperanza.

## Los campamentos<sup>53</sup>

EL GENERAL FRANCHET D'ESPEREY nos invita a hacer todas nuestras comidas en su casa. Este pueblo no tiene restaurants. No hay en él ni una mala taberna para los viajeros. Consideren mi alojamiento como un hotel.

Poco después de amanecer, llegamos a la casa del general para tomar el desayuno. Franchet d'Esperey está en la plazoleta, ante la verja del *château*, entre los automóviles que esperan a todas horas en este lugar para transmitir órdenes. Varios oficiales le rodean. El general debe haber hecho ya una excursión por los alrededores. Sus botas están sucias de barro. Lleva un capotón con esclavina para defenderse del frío matinal. Sus mejillas rubicundas tienen varios cortes recientes. Se adivina que el general se ha afeitado de prisa y con poca luz.

Ha vuelto a su alojamiento para tomar el desayuno con nosotros, y en seguida regresa al frente de combate a inspeccionar las trincheras. Diariamente recorre kilómetros y kilómetros para avistarse con los generales que mandan los cuerpos de su ejército, con los coroneles, con los simples comandantes de batallón. Su automóvil está detrás de él, polvoriento, jadeante y glorioso como los antiguos corceles de guerra. La banderita tricolor con franjas de oro, símbolo del mando supremo, aparece atada a una columna del pescante. Este vehículo pasa todos los días bajo el obús y sabe cómo suenan las granizadas de balas. En sus guardarruedas y su caja quedan numerosos vestigios. Se diría que el carruaje ha sufrido una erupción de viruela. El heroísmo moderno adopta todos los progresos mecánicos de nuestra época. El escudero del paladín es hoy el chófer, y el caballo de batalla el automóvil. Si resucitasen el *Bucéfalo* de Alejandro o el *Babiaca* del Cid, olerían con un gesto de extrañeza e incompreensión a este rival voluminoso que en vez de comer cebada traga petróleo y galopa sobre herraduras de goma.

Tomamos el desayuno frente al jardín del *château*. Las arboledas del parque empiezan a repeler las sábanas de la bruma matinal. El lago brilla como un espejo entre vedijas de algodón. El blanco esquife sigue inmóvil al pie de los sauces, con su fondo lleno de agua y hojas secas.

—Parece la barca de Lohengrin —digo yo.

—¡Lohengrin! —exclama melancólicamente el inspector general de ingenieros, revelando sus entusiasmos artísticos—. ¡Cuándo volveremos a oír eso!

\*\*\*

Cada uno parte en distinta dirección. Franchet d'Esperey a examinar de cerca el sector donde es más vivo el ataque alemán; el general de ingenieros a inspeccionar

---

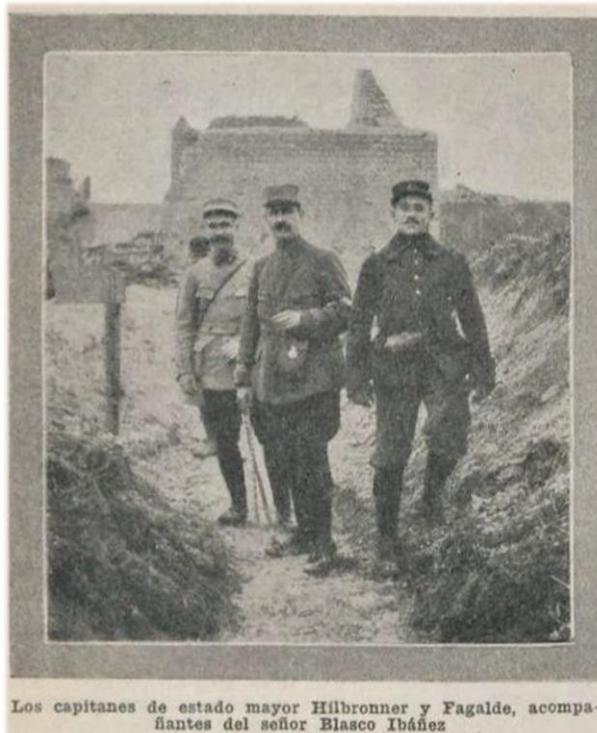
<sup>53</sup> *El Pueblo*, 24-7-1915; *La Publicidad*, 27-7-1915; *Fray Mocho*, 28-8-1915; *HGE*, III, pp. 219-223.

las minas, hornos, etcétera; todos los trabajos de topo con que los hombres se matan; nosotros a Reims, y luego más allá, a la línea de fuego, donde los soldados viven hace meses metidos en la tierra, batiéndose con un enemigo igualmente oculto.

Antes de salir, recibo una advertencia. Mi secretario puede tomar fotografías en las trincheras, pero muy de cerca. Prohibición absoluta de reproducir el fondo del paisaje. Las fotografías se publican luego en los periódicos, y el espionaje alemán, guiándose por los detalles del fondo, adivina muchas veces el emplazamiento exacto de los cañones y hace otros descubrimientos importantes. Al relatar mi visita a unas baterías, diré lo que representa el arte fotográfico en la guerra moderna y cómo lo explota la aviación para sus reconocimientos.

Ya no ocupamos varios automóviles. Nuestro convoy ha disminuido. Tres vehículos se quedan en el cuartel general, y todos nos acomodamos en dos, que deben marchar separadamente por una distancia de mil metros. Terminó el viaje descuidado y alegre como en los tiempos de paz. Entramos en la zona de la artillería enemiga. Los caminos tienen trozos recompuestos recientemente. En los campos se ven grandes embudos con altos bordes de tierra removida. Son los vestigios de los proyectiles alemanes. Los cañones enemigos no tiran aún, porque la mañana es oscura y brumosa, pero así que se aclare el horizonte tal vez caiga sobre esta tierra una rociada de obuses. Por esto evitamos llamar la atención, marchando con los automóviles próximos. Cada vez que los artilleros alemanes o los franceses distinguen con sus gemelos varios carruajes que marchan en fila, piensan lo mismo: «Visita...». Visita de personajes militares y políticos; visita de periodistas que van a hacer propaganda en favor de los de enfrente. El oficial calcula los kilómetros necesarios para alcanzar a la rodante caravana, y la saluda con una lluvia de proyectiles. Así hirieron los franceses a un hijo del káiser.

Yo voy en el primer automóvil, con los capitanes Hilbronner y Fagalde. El segundo vehículo queda muy atrás, a un



Los capitanes de estado mayor Hilbronner y Fagalde, acompañantes del señor Blasco Ibáñez

kilómetro de distancia. Se le ve algunas veces como una hormiga al final de la cinta blanca de la carretera. Después queda oculto mucho tiempo por las revueltas y las cuestas del camino. A ambos lados de este, vemos campamentos y campamentos. Atravesamos los parques de municiones..., la tercera línea de tropas... la segunda línea.

Miles y miles de hombres se han instalado en el campo, improvisando sus viviendas. No puede compararse este inmenso campamento al éxodo de un pueblo. Un pueblo en marcha lleva tras de él niños y mujeres. Aquí solo se ven hombres; hombres por todas partes. Más bien recuerda este hormiguelo varonil, con su variedad de uniformes y hasta de razas, las grandes invasiones armadas que consigna la historia.

Todos los géneros de vivienda, inventados o utilizados por la humanidad a partir del hombre de las cavernas, están representados en la inmensa aglomeración militar. Las cuevas y canteras de las colinas son cuarteles. Unas chozas recuerdan el rancho americano; otras, cónicas y prolongadas, imitan el «gurbi» de África. Muchos de los soldados han viajado. Unos han hecho la guerra en las colonias; otros han vivido como negociantes en países del opuesto hemisferio. Todos, al tener que improvisar una casa más sólida y estable que la tienda de lona, han apelado a sus recuerdos, imitando la arquitectura del hombre primitivo con el que estuvieron en contacto. Además, en esta aglomeración enorme de combatientes hay tiradores marroquíes, tiradores negros, tiradores asiáticos, y estos seres de ojos feroces y lenguaje pueril, que parecen crecer lejos de las ciudades, se convierten en maestros de los civilizados.

Junto a los arroyos, aletean ropas blancas puestas a secar. En otros puntos de sus orillas, filas de hombres despechugados arrostran el fresco de la mañana y se inclinan ante la lámina acuática para hacer ruidosas abluciones, secándose después con enérgicos restriegos.

En un puente un soldado escribe a su familia, empleando el parapeto como una mesa.

Los cocineros se mueven en torno de marmitas que humean y esparcen el tufillo grasoso de la sopa matinal en este ambiente que huele a tierra mojada y a resina.

Entre las chozas cónicas y puntiagudas de estilo negro y las rancherías americanas, hay largos barracones de madera y zinc donde la caballería y la artillería guardan su ganado y su material. Los soldados limpian o hierran al aire libre los caballos hielos y gordos. La guerra de trincheras los mantiene en una plácida obesidad. Al principio de la campaña se vieron condenados a las fatigas más extenuantes. Durante tres semanas tuvieron que realizar marchas abrumadoras. Algunos cuerpos de caballería, en un galope fantástico, llegaron

hasta las cercanías de Lieja. Las bestias eran esqueletos, anonadadas por un avance vertiginoso y una retirada cruel. Pero después de la batalla del Marne la caballada descansa. Los jinetes combaten a pie; hacen fuego en las trincheras lo mismo que los infantes. Las bestias engordan en los acantonamientos, con una tranquilidad conventual, y hay que sacarlas de paseo para que no enfermen ante el pesebre repleto.

Se destacan sobre la llanura, como libélulas grises, varios aeroplanos dispuestos a volar. En torno de ellos se agrupan muchos soldados. Los ven elevarse del suelo todos los días, están habituados a sus evoluciones y sin embargo la muchedumbre militar corre y se agrupa cada vez que parte uno, con la misma curiosidad instintiva de la muchedumbre de las ciudades. Los campesinos, convertidos en soldados, gentes sencillas que cubiertas con el kepis pelean y mueren como simples héroes, sienten profunda admiración mezclada de respeto por el camarada que maneja estas máquinas volantes. Ven en él algo de los brujos, venerados y temidos en los cuentos de la aldea.

No hay en los caminos más que hombres con uniforme. Todos los vehículos, hasta les agrícolas que van tirados por bueyes, marchan bajo la guía de un soldado. De tarde en tarde se ven algunos campesinos, gentes obstinadas que resisten a todas las órdenes de evacuación y se empeñan en continuar la existencia en el mismo campo que roturaron sus remotos abuelos, en la misma casa que restauraron sus padres. Desafían el obús, inconscientes como un árbol, impasibles como una piedra.

Los alemanes pasaron por aquí y ellos no se movieron. Ahora pasan los franceses, y ellos resisten con igual tenacidad, pasiva, las órdenes de las autoridades. Cuando el obús destruye una parte de su casa, se instalan en otra. A veces el edificio entero queda reducido a unos paredones chamuscados. Entonces se instalan en la bodega y salen como trogloditas rapaces a recolectar los desperdicios de la lucha. Amontonan los troncos de los árboles derribados por los proyectiles. Llevan hacia su vivienda una rueda caída en les campos, el armazón de un vehículo volado por el estallido de su carga, cápsulas vacías, hierro viejo. Todo puede servir cuando vuelva la paz.

Si cesa el bombardeo empiezan a remover la tierra y siembran. Si un casco de granada mata a uno de la familia le abren una fosa después de mirar a la línea del horizonte, amenazando con el puño las invisibles baterías del enemigo. «*i Ah, les cochons!*<sup>54</sup>» Hay que cumplir el deber; y el deber de ellos es quedarse donde nacieron. ¿Es que se van acaso el pedazo de tierra que compró abuelo, el árbol que plantó la abuela, el pozo que abrió el padre y el corral que cuidó la madre?...

---

<sup>54</sup> *les cochons*: los cerdos.

Lo que los hombres destruyan, ellos lo recompondrán. La tierra no muere nunca y hay que serle fiel.

\*\*\*

Unos hombres vestidos de negro pasan entre la muchedumbre uniformada. Algunos llevan faldas, pero muy cortas, asomando por debajo de ellas las botas de campaña blancas de barro.

Otros visten pantalones. Todos ellos, barbudos o rasurados, tienen un gesto común, cierto aire profesional, que los delata como pertenecientes a la misma familia. Al encontrarse se saludan gravemente, con una expresión que significa a la vez respeto y alejamiento. Se aprecian, se ayudan, pero no pueden fraternizar completamente. El estorbo de muchos siglos de animosidad les acompaña en esta vida de guerra, rozada a todas horas por la muerte.

Son sacerdotes. Los que usan pantalones, representan las diversas sectas del protestantismo. Los de faldas largas son clérigos católicos, rabinos israelitas y santones marroquíes. La República, respetuosa para las creencias de los que combaten por ella, da entrada en sus ejércitos a los representantes de todos los cultos.

A un lado del camino vemos una casilla de madera, semejante a la garita de un guardavía. En lo alto de un caballete una cruz tosca labrada a cuchillo. En el frontón un rótulo negro sobre una tabla cepillada: «Capilla de Juana de Arco». Ramas de pino y banderitas tricolores adornan esta iglesia, en la que solo cabe el oficiante. El altar es una simple mesa, con un lienzo blanco que tal vez fue una sábana. Detrás de una barandilla rústica está el sacerdote, un mocetón moreno y barbudo, un verdadero *poilu* que lleva sobre la corta sotana un capote militar. Cubre su cabeza con un gorro de cuartel y se apoya en un palo que casi es un arma. De los pies al pecho va embarrado por el barro blanco y calizo de la Champaña. Se ve que este cura, fuerte, cuando no dice su misa, corre mucho para visitar a sus feligreses de ocasión que están en la primera línea bajo el fuego.

Se acerca otro hombre vestido de negro, enjuto, con perfil aquilino y una marcha solemne, llena de dignidad. Este lleva bajo del gabán militar una chaqueta dorada. Es un sacerdote marroquí. Mendiga, pero lo hace con una nobleza de gran señor, y su mendicidad es desinteresada.

Habla español como lo hablan en Marruecos; con un acento infantil. A pesar de su gesto impasible, se adivina en él la alegría de poder hablar una lengua que considera propia. Nos saluda como si fuésemos compatriotas.

—Señor —dice—, moritos están tristes... Moritos no tienen tabaco.

Y nos describe la situación de estos guerreros de África, que después de contemplar los pueblos incendiados por los alemanes y oír a sus víctimas se han

sentido crecer moralmente, considerándose de una civilización igual a la de sus adversarios, o tal vez superior.

La comida es abundante. ¡Pero el tabaco...! El marroquí no bebe; su único placer es el fumar. Estos musulmanes no piensan en la muerte: su preocupación es la conquista del cigarro. Los franceses tienen a sus espaldas una familia, amigos, gentes que se acuerdan y les envían el paquete de la sagrada hierba, que al arder produce ilusiones y ensueños. «Moritos no tener nadie que envíe... Moritos no fumar y estar tristes...»

Yo comprendo la miseria de estos héroes morunos. Se pueden sufrir cuarenta y ocho horas de trinchera sin dormir y haciendo fuego... pero con tabaco a la mano. Se puede morir... pero con el cigarro en la boca. A todos los condenados a muerte, lo último que les ofrecen, como heroico excitante, es un cigarro. Tiene razón el sacerdote: «Moritos estar tristes.» Lo comprendo. Y le entregamos todo el tabaco que habíamos traído previsoramente con nosotros.

Un saludo grave se cruza entre el sacerdote católico y otro hombre barbudo de nariz encorvada y sotana negra. Es un rabino. Los dos parecen acariciarse respetuosamente con los ojos, como personas honradas que aprecian sus respectivos méritos.

Por encima del crimen del Gólgota y de veinte siglos de odios y persecuciones, el dolor humano y la necesidad de mitigarlo unen a estos dos enemigos. Son doctores de la medicina moral. Pertenecen a distintas escuelas pero se encuentran en la cabecera del mismo enfermo y tienen el buen gusto de no disputar, rivalizando solamente en sacrificio y abnegación.

Bien conocido es el heroico final del señor Bloch, rabino de Lyon. Agregado al ejército como voluntario para cumplir sus funciones sacerdotales, fue sorprendido por el cañoneo alemán en una granja al principio de la guerra. Cayeron muchos soldados franceses. El rabino se retiraba sano y salvo con los supervivientes, cuando se fijó en un moribundo que imploraba sus auxilios. Era un católico. «¡Confesión!» El soldado, viendo las negras vestiduras de Bloch, lo creía un sacerdote de su culto.

Se detuvo el rabino bajo el fuego para consolar al agonizante. Era una crueldad sacarle de su engaño. ¿Qué decir? ¿Qué hacer? Quiso darle a besar un crucifijo, pero él no lo tenía. Se acordó de que en la granja había visto uno, y desandando su camino, fue al encuentro de la muerte para endulzar los últimos minutos de un agonizante. Entró en la granja, encontró el crucifijo y cuando salía con él un obús cayó sobre el edificio consumando su ruina y haciendo desaparecer a Bloch entre los escombros.

Así pereció un sacerdote judío yendo en busca de un símbolo religioso que no era de su religión, para endulzar la agonía de un hombre ajeno a sus doctrinas.

El peligro y la muerte despiertan la religiosidad en muchos indiferentes. Es cierto... Pero no es menos cierto que al sentirse en contacto inmediato con el «más allá», los sacerdotes de las diversas creencias olvidan las preocupaciones seculares, se aproximan con noble fraternidad para un trabajo común, juntan sus manos oficiando en el culto sombrío del dolor, se inclinan por igual como abrumados por la pesadez del más pavoroso de los misterios.

## Marcha subterránea<sup>55</sup>

ANTES DE IR A las trincheras visitamos al hombre que desde hace siete meses defiende a Reims y sus alrededores.

No es empresa fácil y cómoda la suya. Vamos a buscarlo en una casita de los arrabales, entre varios garajes y cuadras, llenos de soldados. Es la casa número no sé cuántos que ocupa el general desde que se encargó del mando de esta parte del frente. Con frecuencia tiene que cambiar de domicilio. El bombardeo le obliga a tales mudanzas. Los proyectiles enemigos estallan en la vecindad de su vivienda o descienden a través de los diversos pisos, luego de haber hecho volar la techumbre. Se esparcen planos y papeles, quedan rotas mesas y sillas, algunas veces entre los muebles despedazados yace el cadáver de un oficial o un ordenanza. Y el defensor de la línea de Reims, sereno como si presenciase un simple incidente doméstico, dice a los suyos:

—Vamos a mudarnos de casa.

Los ordenanzas recogen papeles, reúnen los muebles indemnes, buscan otros para suplir a los perdidos, y la comandancia general se instala en distinto barrio.

Este militar, tranquilo y firme, que hace siete meses vive, come y duerme en contacto a todas horas con la muerte, pero sin recibir el más leve arañazo es el general Rouquerol.

Confieso que en Reims oí por primera vez su nombre. Tal ignorancia nada tiene de extraordinario en un extranjero. La inmensa mayoría fie los franceses son más ignorantes que yo, pues a la hora presente no conocen el nombre del defensor de Reims.

Esta es una guerra de anónimos. Muchos de sus héroes han permanecido hasta ahora en la modesta obscuridad de las guarniciones provincianas, dedicados al estudio. Otros vivían en las colonias y sus hazañas llegaban amortiguadas por la distancia, con algo de exótico que incitaba a la incredulidad. Su gloria, tenue, distraída, lejana, era semejante a la de los cómicos que realizan una *tournée* al otro lado del océano. Ahora, en la guerra, son tantos, ¡tantos!, los héroes que surgen a un mismo tiempo, que el público, abrumado por la avalancha de nombres, no tiene tiempo para fraccionar y seleccionar estos bloques de gloria.

Además, la guerra es ahora democrática. En otros tiempos, los laureles estaban reservados únicamente a los generales. Como excepción, artísticamente

---

<sup>55</sup> *Fray Mocho*, 30-7-1915; *El Pueblo*, 12-8-1915; *La Publicidad*, 14-8-1915; *El País*, 15-8-1915; *El Cantábrico* [fragmentos], 16-8-1915; *HGE*, III, pp. 235-240.

buscada para hacer más visible el contraste, era llamado de tarde en tarde algún soldado a participar de los honores de la gloria.

Es el ejército de la República francesa, democracia armada y disciplinada por la convicción, los simples combatientes forman al lado de los caudillos cuando llega la hora de la recompensa. Cada vez que Joffre dispone una formación de héroes para colocar sobre sus pechos la insignia roja de la Legión de Honor, entre los generales que, rígidos y sable en mano esperan con emoción la suprema recompensa, figuran simples «peludos» que presentan su fusil, soldados rasos con el capote viejo, los zapatos llenos de barro y un becoquino de lana cubierto por el quepis, semejante a la caperuza de malla que los guerreros medioevales llevaban debajo del casco, y por cuya abertura asoma su rostro barbudo. El generalísimo da su beso fraternal a esos hombres de tropa lo mismo que a sus camaradas del generalato. ¡Un héroe! Sus nombres suenan veinticuatro horas y son olvidados rápidamente. Otros y otros surgen, brillan y se extinguen en los días sucesivos; la memoria del público es estrecha para contener tantas acciones gloriosas. Por esto, nada tiene de extraordinario que un militar lleve siete meses dirigiendo la guerra en una ciudad famosa y su nombre sea casi desconocido. En otro país y en una guerra surgida en plena paz mundial, su apellido sería famoso a estas horas. Aquí es simplemente el general Rouquerol.

Lo vemos en su despacho, compuesto de una mesa de pino, dos sillas blancas y unos mapas clavados en las paredes. La pieza es fría y desnuda. El general acaba de llegar de su visita a las trincheras emprendida al amanecer. Lleva las piernas manchadas de barro hasta más arriba de las rodillas; el barro blanco, pegajoso y corrosivo de la Champaña. Marcha apoyado en un fuerte garrote, con punta de acero.

Se coloca un redondel de cristal en un ojo para examinarnos bien. Nosotros le contemplamos con igual curiosidad. Parece un hombre de carácter frío, parco en palabras. Es enjuto de formas, con una palidez morena y verdosa. Recuerda el tono oscuro de los bronce expuestos a la intemperie. Su delgadez y su color hacen pensar en un hombre cocido a fuego lento. Tal vez ha permanecido en las colonias gran parte de su existencia, haciendo la guerra bajo los rigores tropicales. Pero como aquí vive entre el fuego, fuego de los incendios, fuego de los cañones, nos imaginamos que su verdosa tostadura es un resultado de esta existencia de salamandra.

El general Rouquerol, después de oír a los ayudantes del general en jefe y enterarse de nuestro deseo de visitar las trincheras más avanzadas, mueve la cabeza.

—Está bien. Pero ¡cuidado! Esta guerra de trincheras es muy engañosa.

Da orden a uno de sus ayudantes para que nos acompañe. Sin él, que conoce todo el dédalo subterráneo y sabe las palabras y señas especiales de cada sector, ni nosotros, ni los ayudantes de Franchet d' Esperey, podríamos avanzar fuera de la ciudad.

Nos despedimos de Rouquerol. Al estrechar yo su diestra, el general me hace un regalo.

—La marcha por el fondo de las trincheras es algo pesada. Tome usted.

Y me entrega su garrote de punta de acero, un cayado tosco y duro que habrá costado dos o tres francos; pero ha sido durante siete meses de pelea el fiel compañero del general. ¡Las cosas que contaría este garrote si pensase y hablase! Es el bastón de mando del defensor de Reims. Además, con toda su gloria resulta un camarada sencillo, humilde y servicial. ¡Los tropezones y caídas que habría dado yo en las trincheras, al no contar con su apoyo! ¡Las veces que habría medido con mi cuerpo el fondo pegajoso de estas zanjas, donde las lluvias mantienen un arroyo blanco y denso!... Gracias, mi general.

Este hombre silencioso, que mira fríamente a través de su monóculo, sabe apoderarse de las gentes con una palabra, con un gesto. Los soldados lo adoran.

Al entrar en las trincheras, lo primero que vemos, clavado en el ángulo de una zanja, es una tabla con una inscripción en letras negras: «Calle del general Rouquerol».

\*\*\*

Salimos de Reims por la gran carretera que seguí hace meses para ir a Bélgica. La cinta blanca, con su doble fila de árboles y casas quemadas, desciende por una depresión del terreno y se remonta en el horizonte. Luego se pierde en el brumoso esfumamiento de la mañana lívida.

Como me imagino que vamos a seguir en esta dirección, marchó delante del grupo, con la ansiedad de ver cosas nuevas. El capitán Fagalde me agarra de un brazo para que camine junto a la línea de casas, bien pegado a sus muros.

—¡Atención! —exclama sonriendo—. Este camino es nocivo para la salud. Hay que librarse de las corrientes de aire.

Me explican que los enemigos están a la vista de nosotros. Tienen sus baterías al otro extremo de la recta cinta de la carretera. Por suerte, la mañana es brumosa. En un día claro ya habrían distinguido sus vigilantes a nuestro grupo, enviándonos unos cuantos obuses. Cuando brilla el sol, hay que pasar esta sección del camino pegado a las paredes; procurando que la silueta no se destaque sobre el suelo blanco.

Escucho estas explicaciones con cierta incredulidad. Me parece que soy objeto de una broma. Entramos en pleno escenario de la guerra: ¿pero dónde está la guerra? Nos hallamos a la vista de los enemigos: ¿dónde se ocultan esos

enemigos? El gesto grave de los militares que nos acompañan, hombres que llevan meses y meses arrostrando el peligro, no permite dudas.

Esta guerra es así. Se aproxima uno a la muerte sin verla. Por algo el general Rouquerol movía la cabeza. «¡Cuidado! La guerra de trincheras es engañosa.» Puede uno acometer en ella las acciones más audaces y disparatadas, no por heroísmo, sino por ignorancia.

Veo el inmenso campo, sin una persona, pero con el aspecto de siempre. Es el campo en domingo, cuando todos los trabajadores están en sus casas o en la taberna del lugar, y el suelo parece reconcentrarse en silenciosa meditación. Las tierras carecen de cultivo, pero aún estamos en invierno. Las arboledas tienen grandes agujeros en su ramaje y muchos troncos pelados, caídos o rotos como si hubiese pasado sobre ellas una tempestad. Se ven objetos informes, abandonados en la llanura como los instrumentos agrícolas durante el descanso dominical. Tal vez son automóviles rotos, arzones de artillería destrozados por la explosión de su carga.

—Pruebe usted a marchar por el camino a cuerpo descubierto —me dice riendo uno de los oficiales—. De seguro que no avanza medio kilómetro.

Entonces, ¿cómo llegaremos a las trincheras?

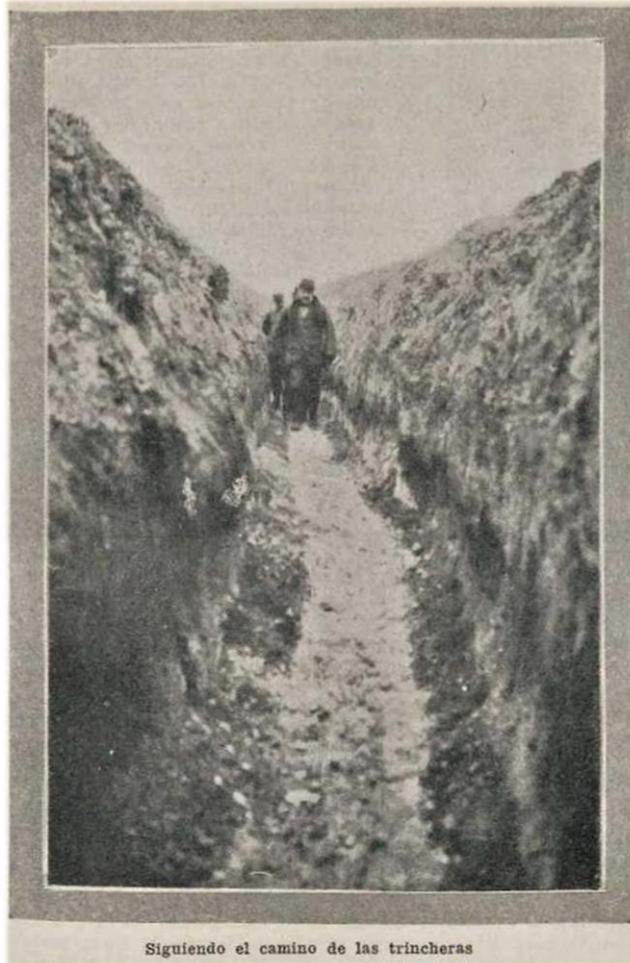
—Por aquí —dice el ayudante de Rouquerol, que se ha colocado al frente del grupo.

Estamos al abrigo de unas casas que tienen los ladrillos ennegrecidos por el incendio. A lo largo de sus paredes se inicia una especie de sendero que desciende y desciende, formando una revuelta al apartarse del grupo de edificios. Nos formamos, uno tras de otro, en fila india, y seguimos este camino. A los pocos pasos la superficie del suelo está a la altura de nuestras rodillas, más allá sube hasta nuestra cintura, luego hasta los hombros, y nos vamos hundiendo en la tierra como un naufrago se hunde en el agua. Cuando llegamos a la revuelta, el suelo está más alto que nuestras cabezas, y sube y sube, como si fuese a tragarnos, dejando visible únicamente una pequeña faja de cielo.

Avanzamos ahora en pleno campo, más afuera de la última manzana de casas que oculta la entrada del sendero. Caminamos de un modo absurdo, como si aborreciésemos la línea recta, en zigzag, en curvas, en ángulos, y otros senderos no menos complicados se hunden en la tierra partiendo del tortuoso zanjón. Este camino subterráneo que seguimos, es la avenida central, la carretera madre de una inmensa urbe de topos, en la que viven miles y miles de hombres.

Caminamos..., caminamos..., caminamos. Un cuarto de hora..., media hora..., una hora. Empiezo a pensar con nostalgia en los caminos flanqueados de árboles, en la marcha al aire libre, viendo el cielo, contemplando los campos, aunque en ellos se oculte el peligro. No damos veinte pasos seguidos en la misma

dirección. El compañero que marcha delante desaparece a cada momento en una revuelta. Los que vienen detrás, jadean y hablan invisibles, teniendo que apresurar el paso para no perderse. En ciertos lugares hacemos alto para reconcentrarnos y contarnos, por miedo a que alguien se extravíe en una galería transversal. Luego reanudamos la marcha y el que va detrás da prisa al de delante, lo mismo que si le acosase un peligro por la espalda. El suelo es resbaladizo en algunos puntos. En otros el barro está casi líquido, un líquido blanco, semejante al que chorrean los andamios de una casa en construcción; una verdadera lechada de cal.



Siguiendo el camino de las trincheras

A nuestro contacto o al ruido de nuestros pasos se desprenden terrones de los dos taludes. La composición geológica del suelo va pasando ante nuestros ojos, como las páginas de un libro cuando se sueltan veloces del dedo que las retiene. En una parte el camino es de paredes blancas, en otras se enrojece como si manase sangre; más allá ruedan los guijarros grises y negros que dan a los taludes un aspecto de pastel trufado. De tarde en tarde el zanjón sube; y nosotros subimos con él. Nuestras cabezas quedan casi al ras del suelo. Basta un pequeño esfuerzo y alcanzamos a ver por encima de los montones de tierra que orlan el camino.

Lo que vemos es poca cosa. Campos incultos y muchos alambrados, con los palos en cruz. El mismo aspecto de llanura que descansa, falta de habitantes.

No nos permiten los oficiales prolongar tal observación. Son hombres de experiencia y saben lo que cuesta algunas veces la curiosidad. «¡Adelante, adelante!»

Llevamos más de dos horas caminando. Empiezo a sentirme fatigado y desorientado por esta marcha en zigzag, en la que acaba uno por olvidar la dirección, no sabiendo si avanza o si retrocede. Además el suelo resbaladizo, las pendientes rudas, las revueltas de los taludes dan una sensación de vértigo.

—¿Todavía queda mucho? —preguntamos sonriendo para ocultar nuestro cansancio.

—¡Allí! —dice el ayudante de Rouquerol, señalando por encima de los montones de tierra.

Allí, es un campanario en ruinas y un grupo de casas quemadas que aparecen en el horizonte; un pueblo que ha sido tomado y retomado por alemanes y franceses y en cuyos alrededores van muertos desde el principio de la guerra miles de hombres.

En tiempo normal habríamos hecho esta caminata en menos de una hora, por las magníficas rutas de Francia, oyendo sobre nuestras cabezas el choque de las hojas, extasiando nuestros ojos en los prados verdes. La marcha fatigante por el interior de la corteza terrestre, con sus innumerables revueltas, resulta triple o cuádruple.

A los ángulos y desviaciones del camino subterráneo, preparadas cuidadosamente para dificultar un avance de los enemigos, hay que añadir los obstáculos de la fortificación de campaña. En algunos sitios la trinchera es verdaderamente subterránea, pues se convierte en un túnel. Dejamos de ver el cielo y avanzamos encorvados por la oscura galería. En otros lugares hay suspendidos unos jaulones de madera y alambres con púas. Estos jaulones, al caer, obstruyen el zanjón y los defensores pueden seguir haciendo fuego a través del enrejado.

Empezamos a encontrar soldados que pasan junto a nosotros con fardos, con cubos de agua, y se pierden en la tortuosidad de los caminos transversales. Uno de ellos, sentado sobre un montón de maderas, sonríe mientras lee un pequeño periódico. Es el órgano de las trincheras *Le Poilu*, con su subtítulo de «Diario humorístico, literario y artístico de la vida de los trogloditas, que aparecerá cuando pueda y donde pueda».

Vamos notando en el camino los mismos detalles que indican sobre la superficie de la tierra la cercanía de una población. Se apartan los soldados para dejarnos pasar, apelonándose en uno de los taludes. Asoman otros sus caras barbudas y curiosas en los callejones inmediatos.

Suena a lo lejos un estrépito de ruidos secos, como si nos aproximásemos a un polígono de tiro o a una reunión de cazadores de palomos.

Algo pasa por el aire, algo que va muy alto, y no se ve, porque rueda envuelto en un jirón de vapor amarillento, pero bate ruidosamente sus alas

invisibles. Suena como una rueda de vagón, que se hubiese soltado del eje, volteando en la atmósfera. Viene de la parte que dejamos a nuestras espaldas.



“El Poilu”, diario de las trincheras

—Las baterías francesas —dice el ayudante de Rouquerol, marchando delante de mí.

A los pocos minutos pasa otro pajarraco, ruidoso e invisible, en dirección opuesta.

—Los «boches» que contestan —añade el oficial.

Da silenciosamente algunos pasos y completa su pensamiento con estas palabras:

— ¡Lo de todos los días!

La mañana continúa gris y glacial.

A pesar del ambiente húmedo, un moscardón de zumbido estridente cruza dos o tres veces sobre nuestras cabezas. Tal vez vuela alto; tal vez pasa por encima, de los bordes de la trinchera. Instintivamente muevo yo la cabeza, como si huyese de su contacto pegajoso y agito una mano para espantarlo.

El ayudante que lo ha oído también, vuelve la vista y sonrío al ver mi gesto.

—Balas —dice lacónicamente.

Nuestros ojos se miran con fijeza, entablando un diálogo mudo.

—¿Cree usted aún que esto es una broma? —parece preguntarme el oficial —. ¿Quiere dar un paseíto por arriba, a cuerpo descubierto, para ver mejor las cosas?

Yo con la mirada le contesto:

—No, capitán. Estoy muy bien aquí... Y aunque el camino bajase un poquito más, no me molestaría. Ya no me canso.

## En las trincheras<sup>56</sup>

LAS TRINCHERAS que visitamos están guarnecidas por batallones de cazadores.

El «cazador a pie» es el aristócrata de la infantería francesa. Su orgullo de cuerpo resulta proverbial. Según los maldicientes, el cazador divide el ejército de su país en dos grupos: los cazadores a un lado y al otro los simples combatientes, entrando en esta denominación general todas las armas y todas las graduaciones. La gente los designa con el apodo de «petits vitriers». El mote tiene su historia. En una de las insurrecciones republicanas de París, antes de la caída de Luis Felipe, los cazadores de Vincennes, al dispersar a los revolucionarios rompieron a tiros los vidrios de muchas casas. La muchedumbre parisiense no necesitó más para infligirles un apodo burlesco: los «petits vitriers», y ellos lo han adoptado, exhibiéndolo con orgullo.

Estos cazadores forman familia aparte dentro del ejército, lo mismo que los alpinos. Los oficiales se sienten ligados por un compañerismo estrecho, que es casi una francmasonería. Los simples soldados, para distinguirse de los demás, usan una perilla ancha, la perilla tradicional y bicornuda del cazador francés, semejante a las barbas de un macho cabrío.

Sale a nuestro encuentro el jefe de batallón Fournier, defensor de estas trincheras, con el mismo aire de un comandante de acorazado, que avanza hasta la puerta de la escala para recibir a los visitantes.

Este jefe asombra por su pulcritud. Lleva meses y meses en las entrañas de la tierra viendo caer obuses, repeliendo asaltos, avanzando sus líneas con vigorosas contraofensivas; debía ir heroicamente sucio, con las ropas en desorden, la cabellera revuelta, las facciones ennegrecidas por la pólvora, lo mismo que los personajes culminantes que parecen tronar en el centro de los cuadros de batallas elaboradas por los pintores de historia. El comandante Fournier ofrece un aspecto de meticulosa limpieza y corrección, incompatible con el ambiente que le rodea. Su largo capote no tiene ni una mota; sus polainas pasan sobre el barro sin recibir una salpicadura; va hasta las líneas avanzadas llevando recogidos en una mano sus guantes de piel roja; revela en la perilla y en la cabeza un reciente tijereo, y las olorosas frotaciones del fígaro del batallón. Es un hombre pequeño, pero fuerte, elástico, vibrante, como una espada de buen temple.

Tiene en el rostro una expresión bondadosa y fina, de profesor, de intelectual inclinado a tolerancia por el profundo conocimiento de las cosas. Y, sin

---

<sup>56</sup> *Fray Mocho*, 6-8-1915; *El Pueblo*, 14-8-1915; *La Publicidad*, 17-8-1915; *El País*, 17-8-1915; *Galicia Nueva*, 21/24-8-1915; *El Popular*, 23-8-1915; *La Prensa* [Tenerife] 23-8-1915; *The Mexican Herald*, 10-10-1915; *HGE*, III, pp. 240-246.

embargo, no es más que un soldado, un combatiente de todas las guerras que ha sostenido su país desde que él llegó a los veinte años. El ejército francés es el único donde se encuentran estos jefes que tienen aspecto de hombres intelectuales, dulces y benévolos..., sin dejar por esto de ser excelentes hombres de guerra. El tipo del valiente profesional, matón, ignorante y mal educado, que abunda en otros países y fue en Francia durante mucho tiempo el representante del heroísmo, resulta ya escaso en este ejército, democracia armada a la que afluyen todas las fuerzas de la nación.

—Esto es como un buque —me dice el comandante Fournier.

Y se pone a la cabeza de la fila, precediéndonos en la lenta marcha, con los guantes en una mano, bien cepillado, los pelos de la cabeza y de la barbilla en olorosa regularidad. Avanza como un ingeniero que enseña sus talleres, como un oficial de guardia que hace ver las baterías y torres de su acorazado.

\*\*\*

Sí; es lo mismo que un buque. Pasamos de trinchera en trinchera, galerías oscuras, en las que solo entran hilos de luz a través de las aspilleras y de las ventanas estrechas y horizontales de las ametralladoras. Estas rasgaduras recuerdan el espacio abierto entre dos hojas de persiana.



La larga línea de defensa es un túnel, cortado por breves espacios al aire libre. Se pasa de la luz a la oscuridad, y de la oscuridad a la luz, fatigándose a los ojos con este rudo vaivén visual. En los espacios abiertos el suelo es más alto. Hay empotradas banquetas de tablas en los taludes, para que los observadores puedan sacar la cabeza por encima de los bordes, examinando el paisaje. Los espacios cerrados son a la vez baterías y dormitorios.

Al principio, estos acuartelamientos eran simples zanjas; trincheras descubiertas como las otras. Pero los combatientes llevan en ellas meses y meses. Ganan terreno las avanzadas conquistando los atrincheramientos del enemigo; pero como el grueso de las fuerzas tuvo que mantenerse en estas posiciones, pasando en ellas todo el invierno, busca instalarse con la mayor comodidad. Sobre las zanjas al aire libre, los soldados atravesaron vigas de las casas en ruinas; sobre las vigas pusieron puertas, ventanas, tablones, y encima de tal maderaje, sacos llenos de tierra. Estos sacos han quedado recubiertos por una capa de humus, del que surgen hierbas, dando al lomo de la trinchera una placidez verde y pastoril.

Total: los atrincheramientos con sus bóvedas de ocasión, resisten perfectamente a la caída de los obuses, que se entierran en ellos sin hacer daño. Cuando estalla alguno, los trogloditas salen de noche como hormigas en vela, y rápidamente componen el «tejado» de su vivienda.

El interior de los subterráneos está arreglado cuidadosamente con todo el arte y el confort de que son capaces los hombres cuando viven lejos de las mujeres y entregados a sus propios recursos. Estas bóvedas oscuras, con su olor varonil y sus ingenuos adornos, tienen algo de sala de monasterio, de cuadra de presidio, de entrepuente de acorazado.

Su piso es medio metro más bajo que el de los espacios descubiertos que unen a unas trincheras con otras. Para que los jefes que las recorren puedan marchar en línea recta, sin bajadas ni subidas, unos tablones formando andamio se extienden a espaldas de los soldados de una puerta a otra.

—¡A vuestras filas!... ¡Fijos! —grita un sargento que precede el comandante, cada vez que entramos en un reducto.

Y los soldados, que hablan en grupos o están sentados, se alinean instantáneamente, de espaldas a las aspilleras, frente a nosotros, quedando la fila de cabezas a la altura del talle de los que pasamos por el andamio. Nosotros tenemos que marchar encorvados, para no golpearnos con los maderos de la techumbre.

Muchos de los combatientes ofrecen un aspecto de hartura conventual. Están gordos, y su tez se ha aclarado al vivir a cubierto de la intemperie. Algunos sonrían con expresión regocijada y socarrona, encontrando, sin duda, que la guerra no es tan terrible como se dice. Mueren muchos, es cierto. Cuando menos se espera, entra una bala por la abertura y cae redondo el compañero que está al lado, hablando o comiendo. Pero las fatigas de la campaña, el hambre, el cansancio, la sed, los pies desollados, la espalda abrumada por el peso de la mochila, la opresión del correaje, no se conocen. Se hace la guerra en zapatillas, en traje de casa, como en otros siglos se hacía con blondas y plumas. El soldado pelea en su propio dormitorio, con el tabaco y el periódico a la mano. Y como la

comida es abundante, extraordinariamente abundante, mejor que la que muchos de ellos paladeaban en sus viviendas, de aquí que los soldados adquieran una placidez común, que les da cierto aire de familia, una uniformidad sonriente, decorosa y tranquila, igual a la de los canónigos de un mismo capítulo.

Los que proceden del campo quedan en una actitud rígida, al oír la voz del sargento, mirándonos sin pestañear. Otros revelan su origen ciudadano, su procedencia de los arrabales de París, por la expresión alegre y confianzuda de sus ojos. Están sometidos, por entusiasmo patriótico, a la disciplina militar; pero debajo del soldado continúa viviendo el «compañero» de los mítines y comités. Basta que nosotros iniciemos un «¡Buenos días!», para que contesten al momento con un visible deseo de entablar conversación. «¡Gentes sin uniforme y que vienen de París!...» Apenas se aleja el comandante, muchos de ellos empiezan a hablar con los de nuestro grupo, que desfilan los últimos.

Son iguales los reductos en su construcción; pero el gusto de sus habitantes los modifica, dándoles una fisonomía especial. En todos ellos la cara exterior está cortada por las aberturas de las aspilleras y las ventanas de las ametralladoras. Estas descansan por el momento. En cada aspillera hay un fusil, que parece abandonado, pero apunta a la trinchera enemiga. Los vigías colocados a un lado de las aberturas examinan tenazmente el campo solitario. Parecen marineros de cuarto, explorando el mar desde el puente. Algunos canturrean entre los labios, acampañando con esta música distraída su vigilancia.

En las caras interiores del reducto están los armeros y las camas. Estas son iguales a las literas de los buques. Forman tres filas, unas sobre otras, y los soldados de tierra firme duermen lo mismo que la marinería. Con tablonces viejos y otros residuos de edificios destruidos, han acabado estos hombres por construir verdaderas casas, atendiendo a todas sus necesidades.

Admira el trabajo que llevan hecho y la habilidad con que la han realizado. Pero hay que tener en cuenta que el servicio obligatorio capta y engloba todas las energías y habilidades de un país. Los albañiles que construyen los palacios, los peones que abren los caminos, los mineros que perforan la tierra, los carpinteros, cerrajeros, etc., todos están aquí. El tedio de la inercia, el entusiasmo patriótico, la alegre emulación de los hombres cuando viven entre hombres, les hacen trabajar como no trabajaron nunca en la vida civil. Además, no hay aquí horas de jornada, y nadie siente el deseo de finalizar pronto su labor para irse al café o a ver la familia. Cada uno cuenta con el tiempo sin límites y desea, el aplauso de los camaradas. Así se comprende cómo el brazo humano ha podido remover tanta tierra, abriendo cavidades que son cuarteles y adornando las excavaciones con todo lo que necesita la vida.

Los trogloditas armados no han olvidado ninguna comodidad de la existencia civilizada. Las más apremiantes necesidades pueden satisfacerlas sin salir al aire libre, expuestos a los tiros enemigos... Y en esta vida subterránea no se nota el más leve hedor. Por todos lados precauciones higiénicas y una pulcra limpieza.

El irresistible impulso que sienten hacia el adorno y el arte, hasta las almas más simples ha embellecido estos subterráneos. En las paredes hay verdaderos «museos» de laminas y retratos procedentes de los periódicos. Otros fijan en complicados arabescos las tarjetas ilustradas que reciben de su familia y sus amigos. Hay postales de un sentimentalismo patriótico, que recuerdan al viejo reservista el lejano hogar. Los soldados jóvenes prefieren los retratos de comediantas, bailarinas y demás celebridades de París, pintadas bellezas que tras el charol de la cartulina alegran con una sonrisa pueril de muñeca el ambiente casto del reducto.

Las tropas se han instalado como si fuesen a vivir aquí para siempre. Todo lo tienen: gabinetes de aseo y desaseo; sala de baños; una cueva con un rótulo: «Café de la Victoria»; cueva con otro letrero: «Teatro». En su interior cantan los que tienen buena voz, recitan monólogos los que en la vida sobre la tierra fueron cómicos, y dan conciertos los músicos del batallón.

En el lado opuesto, los enemigos tal vez hacen lo mismo.

Viendo esta guerra de cerca se comprende su lentitud; su duración, la novedad de sus operaciones.

El tranquilo burgués que vive lejos y tiene su memoria rellena de relatos heroicos, amañados por los historiadores, se impacienta ante la tardanza, atribuyéndola a falta de valor.

Pero esta es una guerra distinta a todas las guerras. ¡Si él la viese de cerca!

Hay para rato.

Los alemanes no romperán nunca las líneas francesas. En cambio los aliados acabarán por romper las suyas. Las roen, las usan, las disgregan; pero del único modo que esto puede hacerse..., paso a paso..., poco a poco..., lentamente.

\*\*\*

Llevamos mucho tiempo pasando de reducto en reducto. Estoy desorientado por las revueltas de esta ciudad subterránea. De vez en cuando, delante de nosotros o detrás, suenan disparos de fusil.

—Son los vigías —explica el comandante— que han visto a algún enemigo.

El correcto jefe me invita a asomarme a una ventana de ametralladora. A la buena de Dios, me lanzo sobre ella, obstruyéndola con toda mi persona. El comandante me aparta con un rudo tirón.

—No; así no —me dice—. Lo matarían dentro de un momento. Imíteme a mí.

Hago lo que él, y los dos quedamos a ambos lados de la estrecha ventana horizontal, ocultando el cuerpo, avanzando prudentemente la cabeza para ver con solo un ojo.

No distingo nada extraordinario. Un foso, y al nivel de nuestra mirada el borde opuesto del suelo. Más allá, varias filas de palos en equis, unidos por hilos de púas y formando un compacto alambrado. Cien metros más allá, un segundo alambrado. Silencio absoluto, soledad, como si el mundo estuviese durmiendo.

—Ahí están los alemanes —dice el comandante con voz apagada.

—¿Dónde? —contesto asombrado, esforzándome por ver.

Con su diestra armada del par de guantes, me indica el segundo alambrado, que yo creía nuestro. Es de la trinchera alemana.

—Estamos a menos de ciento cincuenta metros del enemigo —añade Fournier—. Pero ahora los «boches» casi no atacan por este lado.

El espectáculo empieza a ser interesante. Causa cierta emoción pensar que a tan corta distancia está el enemigo oculto en el suelo, con una invisibilidad misteriosa que le hace más temible. ¡Si saliese de pronto, con la bayoneta calada y con la granada de mano, los líquidos incendiarios y las bombas asfixiantes, para dar el asalto a este reducto!...

Siguen tirando los franceses en otros puntos de la línea. Los disparos parecen aproximarse.

—Tirotean a algún grupo que ha salido en busca de agua —dice el comandante.

De las trincheras de enfrente empiezan a responder con otras detonaciones. Suenan ahora a un lado y a otro, como chasquidos de tralla sin humo, sin vestigio visible.

—Vámonos de aquí. No es prudente continuar en este punto.

El comandante me tira de un brazo. Teme por mi persona. Este tiroteo es para él un incidente sin importancia. No pasa una hora sin que se reproduzca, algunas veces sin motivo. Los enemigos que no se ven necesitan dar señales de vida.

Nos detenemos algunos pasos más allá, junto a las aspilleras de fusil, que son agujeros muy reducidos. Los fusiles descansan en sus huecos, mientras los soldados se agrupan indiferentes en el fondo del reducto. Junto a cada fusil hay un cajoncillo sin tapa, lleno de cartuchos. Yo robo unos cuantos con la mayor tranquilidad, ante los ojos sonrientes de Fournier, y me los guardo en un bolsillo. ¡Recuerdos de viaje!

El amable jefe, no sabiendo cómo agasajarme, mira el fusil que está más próximo y me invita con los ojos.

—¡Si eso puede darme gusto!...

Una proposición seductora. Ya que estoy aquí, no deboirme sin disparar varios tiros contra al enemigo.

—Gracias, comandante.

Pero cuando entusiasmado por la novedad voy a poner un hombro en la culata del fusil, cargado y apuntado, y un dedo en el gatillo, me detengo y vuelvo atrás.

—No; no tiro. Yo soy ciudadano de un país neutral.

Me acuerdo de la cólera que me produjo el relato fanfarrón de un periodista norteamericano que visitó las trincheras alemanas. Hizo fuego contra las trincheras francesas, y según él, mató en un instante a dos zuavos. Lo de los zuavos es una mentira del tamaño de una catedral. Pura literatura. Yo que estoy aquí sé bien que, a menos de ser ayudado por una triste casualidad, no es fácil matar a los de enfrente mientras viven ocultos y no se lanzan al asalto. Pero el simple hecho de tirar (dejando aparte las mentiras sobre la eficacia de los disparos), me irritó profundamente.

No; repito que no tiro. Odio a Alemania, a la Alemania militarista y soberbia que pretende dominar y unificar al mundo, como la Francia del tiempo de Napoleón. Pero esto no quiere decir que odie a las pueblos alemanes, donde existen, como en todo el mundo, hombres pacíficos y buenos.

¡Si por una casualidad fatal mis balas ciegas alcanzasen a un prusiano de la reserva, que con las gafas caladas, lee una carta de su familia o a cualquiera de esos mocetones, de poderosa mandíbula, ojos infantiles, mejillas de muñeca y redonda cabeza esquilada al rape, que cuando caen prisioneros se tragan entre dos suspiros un pan de cuatro libras! ¿Qué tengo yo que ver con estos pobres diablos?

No; no tiro.

¡Ay! ¡Si en la trinchera opuesta estuviese un «herr profesor», de recia barba y dentadura de tiburón, de los que proclaman que el germano rubio es «la sal de la tierra», el «señor del mundo», y nosotros las hombres mediterráneos, gentes despreciables y morenas, debemos, por nuestro nacimiento, ser sus esclavos!... ¡Si asomase a la aspillera de enfrente algún catedrático sublime, de los que afirman que la guerra es de origen divino y la única ocupación noble de la vida, mientras que la paz representa la degradación humana!... ¡Si tuviese yo la certeza de que mis tiros podrían llegar lejos, muy lejos, por encima de las fronteras, hasta donde los empujase mi pensamiento!... Entonces, yo, que respeto como un dogma la integridad de la vida humana..., entonces...

## Entre ruinas<sup>57</sup>

ESTAMOS EN UNA ALTURA, rodeados de ruinas. Los paredones de piedra con muescas y orificios abiertos por los obuses, tal vez fueron de un castillo elegante, tal vez son los restos de una antigua fortaleza, tal vez pertenecieron simplemente a una granja destruida.

Llegamos a esta altura lo mismo que los personajes de las comedias de magia se presentan en escena por escotillón. Una galería subterránea y tortuosa nos conduce a esta pequeña cumbre. Se levanta la fuerte trampa y pasamos a la oscuridad, apenas disipada por el resplandor de un farol, a la luz verdosa de un día lívido que nos parece esplendoroso, después de haber caminado por las entrañas de la tierra.

Un teniente joven, de fuertes mostachos, con un grupo de cazadores, guarnece estas ruinas para vigilar y avisar los movimientos del enemigo. En varios kilómetros de trincheras, es el único punto visible. Los alemanes saben que detrás de los muros derruidos hay hombres que los espían con el dedo en el gatillo, centinelas que contemplan la llanura entre dos montones de escombros como el vigía examina el mar desde lo alto de la cofa, e inútil es decir con qué tenacidad llueven a ciertas horas del día los *shrapnells* y las balas de fusil sobre este refugio. Los proyectiles de la artillería abren nueras ventanas caprichosamente en los muros. Los escombros molidos por las avalanchas metálicas, sufren todos los días nuevas trituraciones. La piedra se convierte en arena; los bloques se disgregan, el cemento salta en polvo, los defensores tienen que afirmar los muros con vigas de otros edificios destruidos, empleadas como puntales; las brechas abiertas las cubren con cajas de municiones llenas de tierra.

Cuando llueve hierro sobre el puesto de los vigías, los escombros se tiñen de sangre. Se desploman los hombres, soltando el fusil. Otros se encorvan, con la contorsión horriblemente grotesca del dolor que desgarras las entrañas. Muertos y heridos desaparecen en brazos de los compañeros por la negra garganta de la galería, y poco después el escotillón vomita nuevos combatientes, sanos y animosos, que suben de las trincheras.

Ser vigía es un honor y nadie rehúye tal función. Desde esta altura se abarca mayor espacio de campo, se puede tirar con más seguridad contra los boches que están abajo. Muchos de los cazadores que encontramos en este reducto, llevan colgando sobre el pecho, con el mismo orgullo que si fuese una condecoración, los poderosos gemelos que facilitan sus exploraciones.

---

<sup>57</sup> *El Pueblo*, 20-8-1915; *La Publicidad*, 22-8-1915; *El País*, 24-8-1915; *El Popular*, 30-8-1915; *La Prensa*, 3-9-1915; *Fray Mocho*, 1-10-1915; *HGE*, III, pp. 246-251.

El teniente bigotudo, con gorro de cuartel y corto ferreruelo de paño azul sobre las espaldas, nos hace los honores de su peligrosa vivienda. ¡Un hombre de suerte el tal oficial! La pequeña guarnición se ha renovado varias veces para cubrir sus pérdidas. Los hombres pasan y el teniente queda. Le gusta vivir aquí, mejor que en la penumbra de las trincheras. Respira el aire a plenos pulmones; ejerce su autoridad con una relativa independencia; vive a cielo libre... ¡y tan libre! pues no queda en todo el radio de su mando nada que dé idea de un techo.

En una oquedad abierta en el muro por las bombas, un pedazo de tablón le sirve de mesa. Un bote de conservas, un pedazo de pan y una botella de vino casi llena, denuncian el reciente almuerzo. A un lado, artículos de escritorio casi nuevos que contrastan con las polvorientas ruinas, y libros, muchos libros; volúmenes en rústica, con la cubierta amarilla, con la cubierta roja o con dibujos coloridos.

El bravo teniente, que no contrae las cejas ni encoge los hombros cuando un *shrapnell* estalla junto a su vivienda, toma el aspecto de un fumador pobre que implora un cigarro.

—Todos los he leído —dice señalando a los libros—. ¿Si usted quisiera enviarme algunos nuevos?...

Comprendo el tono suplicante del que mendiga un cigarrillo y la expresión de este guerrero que pide libros nuevos. La novela —según Anatole France— es el opio de los occidentales. Olvidamos y soñamos ante el libro abierto que nos atrae y nos domina. Pasan las horas insensiblemente y se adormecen las preocupaciones de la realidad, bajo la influencia del dulce humo literario. Para este hombre que ha brindado su vida a la muerte, el volumen de 300 páginas es lo que la pipa adormecedora para el oriental amarillo que espera el golpe del sable decapitador en el jardín de los suplicios.

No necesito leer los títulos de los volúmenes para adivinarlos. Novelas de amor, intrigas de amor, hábiles relatos de lo que sufren, hablan y trabajan dos seres, a través de toda clase de conflictos y peripecias, para hacer a mitad del libro la dulce cosa que podían haber hecho desde el primer capítulo. Y tras de esto, el consiguiente final melancólico de la separación, que demuestra cómo todo es ilusorio en este mundo, pero deja vivas las ganas de volver a empezar.

Este hombre, que come conservas, ve desde hace meses todos los días la cabeza pelada de la muerte sonriéndole de cerca y puede saltar por el aire hecho pedazos de un momento a otro, lee sin embargo novelas de amor, cuando los cañones o los fusiles enemigos le permiten unas horas de descanso.

¡Héroe simpático y bigotudo que conocí durante media hora y que tal vez no volveré a ver nunca!... Yo te enviaré tu felicidad: tu provisión de opio.

Sus predilecciones literarias no me extrañan. Nadie lee con arreglo a su verdadero carácter. Todos buscan en el libro lo que no existe en ellos. Los hombres de la Revolución devoraron las novelas pastoriles del caballero Florian. Los que presenciaban por la tarde el funcionamiento de la guillotina, iban por la noche a la ópera para extasiarse escuchando una musiquilla bucólica. En cambio, los burgueses pacíficos del tiempo de Luis Felipe, protagonistas reales de las novelas de Paul de Kock, querían espeluznarse de horror en el teatro con melodramas terroríficos e hicieron la fortuna de Dumas (padre) devorando las novelas de capa y espada, gritando de entusiasmo ante las estocadas y otros estropicios del infatigable d'Artagnan. El positivo y astuto Bismarck paladeaba a Ponson du Terrail como si fuese el primero de los novelistas. Glandstone, después de las sesiones del Parlamento, pasaba la noche sumido en la lectura de novelas de aventuras marítimas, que le prestaban sus nietos. Nobel, el inventor y explotador de la dinamita, al instituir un premio literario, exigió que fuese únicamente para la literatura... idealista.

\*\*\*

Imitando la precaución de los vigías que examinan el campo, nos colocamos el comandante Fournier y yo a ambos lados de un agujero. Es la misma vista que se contempla desde las trincheras, pero más amplia y profunda, teniendo como límite las alturas del horizonte, difuminadas por la bruma en que están ocultas las baterías alemanas. En primer término, casi debajo de nosotros, múltiples líneas de alambrados: los «nuestros». Más allá varias líneas de alambrados casi iguales: los de los «otros».

El vigía habla sin mirarnos, sin separar sus ojos de la tierra que oculta a los enemigos. De esta tierra salen leves nubecillas, espirales de humo tenue que solo puedo distinguir gracias a las indicaciones del vigilante.

—Los boches preparan su almuerzo —dice sonriendo.

El comandante Fournier parece inquieto por mí. El lugar es peligroso; el más peligroso de su sector. Todo está visto y hay que marcharse. Estas visitas no es prudente el prolongarlas. Pueden tirar de un momento a otro. Además quiere enseñarme el inmediato pueblo de Betheny, y si se reanuda el fuego, la visita será imposible.

Acompañados por el saludo de los cazadores, que se cuadran y llevan una mano al quepis para despedir a su comandante, vamos descendiendo por el escotillón. Otra vez la oscuridad, la galería tortuosa, las paredes negras en las que va trazando la luz del farol un círculo purpúreo, perseguido y borrado por una cortina de sombra.

Seguimos un camino diferente. A trechos la galería es de tierra blanquizca, que se desmorona entre los soportes de tablas con nuestro roce o al eco de

nuestros pasos. Más allá, está recubierta de ladrillos o de piedra, muros viejos que sudan humedad y tienen en sus rendijas bosques minúsculos de hongos. Adivino que vamos pasando de cueva en cueva, por galerías recientemente abiertas. Algunos muros de piedra tosca parecen cimientos de edificios. Caminamos indudablemente por debajo de un pueblo.

Salen a nuestro encuentro los habitantes de esta urbe subterránea. Son soldados que han convertido en dormitorios las antiguas bodegas; son oficiales que se instalan por grupos de dos o de tres, en una cueva, transformándola con los envíos de sus familias o los restos de las casas destruidas que yacen en escombros sobre nuestras cabezas.

Una puerta de calle sobre dos caballetes de troncos, es una mesa. Las bocas de los subterráneos tienen persianas por puro ornato, pues nunca llegará a ellas el sol.

Algunos oficiales han cubierto la bóveda y las paredes de sus refugios con piezas de cretona barata, compradas por sus familias en los almacenes de París. Estos hombres, al vivir solos, sienten idéntica manía que el fraile por el aseo y el buen aspecto de su interior. Durante las horas de descanso cuidan de su celda y la adornan con todo lo que encuentran a mano. En algunos de estos cubículos, brilla deslumbrante el níquel nuevo de los aparatos telegráficos y telefónicos, entre tantos objetos de ocasión, frotados y rejuvenecidos. Los grabados de los periódicos suplen la falta de cuadros. Las fotografías de la familia forman grupo sobre la cretona de las paredes. Niños de cabeza rubia y sonriente, esbeltas damas de gesto grave, pueblan con sus trajes elegantes estos antros donde reinaban hasta hace poco la araña y la cucaracha, repugnantes vencidos que aún pretenden recobrar sus dominios al menor descuido de los invasores. Los oficiales, muchos de ellos antiguos abogados, comerciantes o simples rentistas que llevan el uniforme como si hubiesen nacido dentro de él, agradecen con sonrisa melancólica una mirada, una palabra dirigida a estas cartulinas que les recuerdan su pasado. Cuando están arriba en la trinchera, les parece que el cubil que guarda las fotografías de los suyos tiene algo del lejano hogar.

En una de las habitaciones subterráneas, sobre una puerta, hay un crucifijo de marfil, un crucifijo viejo, amarilleado por los años, tal vez por los siglos; una imagen de familia que ha debido presenciar la agonía de una docena de generaciones. Es de un joven oficial. Se lo ha enviado su madre desde el antiguo y aburrido castillo, glorioso y pobre, que va cayendo en ruinas lo mismo que la familia.

Algunos camaradas se permiten bromas sobre la religiosidad del oficial, y este las acoge con una sonrisa tolerante y triste. Yo no bromeo. ¡Morir!... ¡Morir en plena salud, cuando tan fácil es evitar el peligro con solo emprender la fuga!

¡Morir voluntariamente, exponerse todos los días a la casualidad, a la terrible lotería de la suerte!... Este sacrificio —tanto más terrible cuanto el hombre es más inteligente— necesita de apoyos extraordinarios, de intervenciones sobrenaturales que reconforten. Bien se halla el Cristo sobre la puerta, si con su presencia da valor a este soldado cristiano. Las creencias necesitan el ambiente de la muerte para extender sus alas con toda su amplitud. Ante el misterio del más allá, las burlas dedicadas a nuestra propia suerte pueden ser heroicas, ya que dan a entender que no nos aterra la negrura de lo incierto, pero dirigidas contra el vecino, que siente el reconfortamiento de la esperanza, resultan impías.

Los intolerantes son siempre hombres que tienen su existencia a cubierto y no ven cercano el peligro. Gritan con la intransigencia bárbara del burgués que contempla una corrida de toros desde lo más alto de la plaza. En los campos de muerte donde caen después de un año millones y millones de hombres, se comprende todo y se respeta todo. Unos murmuran *La Marsellesa* mientras los llevan en una camilla; otros besan la reliquia que les dio su madre; muchos entablan un diálogo en la ambulancia, de cama a cama, sobre el porvenir de la humanidad, sobre el mundo que será mejor y las generaciones futuras más dichosas, cuando hayan desaparecido el militarismo y el capitalismo. El tirador senegalés acaricia el *gri-gri*<sup>58</sup> que lleva en el pecho, con una buena fe de negro; el soldado de Marruecos besa en la agonía el oscuro caftán del santón; el guerrero indostánico, cubierto de sangre, se incorpora en el suelo para mirar con sus ojos de brasa un rayo de sol pálido que se abre paso entre las nubes como el último parpadeo de una divinidad dormida.

Hasta las supersticiones más grotescas consiguen aquí una tolerancia que no gozan en la vida ordinaria. Yo he visto en las trincheras, clavada en un sitio de honor, una herradura vieja de siete agujeros... Y no he podido reír.

\*\*\*

Salimos otra vez a la superficie de la tierra. Ahora estamos en un pueblo, el famoso Betheny, que fue de los alemanes, luego de los franceses; después volvió a caer en poder de los invasores y al fin fue reconquistado definitivamente por segunda vez.

Llamar pueblo a este esqueleto urbano, del que solo quedan los huesos descoyuntados, resulta una exageración. Betheny es un ex pueblo; un lugar sobre el que han pasado cuatro ciclones.

Antes de lanzarnos por lo que fueron sus calles, el comandante Fournier da varias órdenes. Mi secretario irá por un lado con un sargento para sacar fotografías. Yo tomo otra dirección, guiado por el comandante.

---

<sup>58</sup> *gri-gri*: amuleto.

—¡Paso rápido! —me dice Fournier—. La visita debe ser corta. Camine usted bien pegado a las paredes. Cuando lleguemos a una bocacalle, pásela en dos saltos.

Él marcha delante, y cada vez que llegamos a una esquina, me invita a seguirle recomendando la agilidad. Estas calles transversales hacen frente a las trincheras enemigas y reciben su fuego en línea directa. Allá en las afueras del pueblo suena un crepitanamiento, semejante al de la leña seca. Los alemanes han terminado su almuerzo... y tiran. Los franceses tiran también. Para el comandante este fuego carece de importancia. Es lo de todos los días. Yo salto de esquina a esquina, como si por el centro de la calle pasase un río desbordado y mortal. Varias veces suena un lamento por encima de los techos medio destruidos. Es el proyectil de artillería, la rueda de vagón que voltea en el aire, dentro de su nubecilla amarillenta. Por fortuna las masas infernales desprecian al pueblo arruinado y van lejos... muy lejos.

Las calles están solitarias como si pesasen sobre ellas varios siglos de destrucción. Cree uno estar paseando por las ruinas de Babilonia. En algunos puntos se hallan cortadas con barricadas de maderos. Una escalerilla da acceso a las aspilleras superiores. El hueco de muchas casas derruidas está cubierto con vallas de igual clase.

En todo el pueblo solo encuentro a un transeúnte: un soldado que avanza por el centro de la calle, tranquilamente. Debe ser un fatalista que, familiarizado con el peligro, desprecia los cuidados de la precaución. Si le han de matar, lo mismo caerá pegado a la pared que en el centro del arroyo. Y camina tranquilamente, sin prestar atención a los moscardones invisibles que de vez en cuando zumban en el aire.

Este pueblo muerto tiene aún habitantes. Los perros abandonados y famélicos se refugiaron en las trincheras con su hirsuto pelaje de bestias locas, buscando las sobras de la cocina militar. Los gatos se hundieron en las cuevas habitadas por los oficiales, atraídos por el suave calor de las rojas estufas. Hasta las ratas deben haber escapado de este pueblo, donde no se encuentra nada en que hincar el diente. Los habitantes humanos son los únicos que persisten en mantenerse debajo de sus escombros, a pesar de las órdenes de evacuación.

—Hay dos docenas de vecinos —dice Fournier— que se empeñan en perecer aquí. Los hemos expulsado y vuelven, arrastrándose, para refugiarse en las cuevas de sus casas derruidas. Al fin tengo que fingir que no los veo. Salen por la noche, comen las sobras de los soldados, no quieren lanzarse por el mundo a la aventura, prefieren morir enterrados bajo los escombros de la casa que levantaron sus abuelos.

Llegamos a la plaza del lugar. La iglesia, cañoneada un sinnúmero de veces por los alemanes, es una ruina; una ruina «pintoresca» que recuerda las viejas abadías dibujadas por Gustavo Doré.

Junto a los restos de esta iglesia, agujereada y descuartizada por el cañón, se mantiene casi intacta la columna de un monumento. La verja que lo rodea aparece destrozada. Los escombros del inmediato templo se amontonan en su base. Pero la columna conserva entera su inscripción, y solo el capitel ha sufrido un ligero desmoronamiento por el roce de un casco de obús. Leo rápidamente las líneas grabadas en el fustel de piedra en recuerdo de un hecho histórico. Esta columna conmemora la gran revista del ejército francés en los campos de Betheny, siendo presidente de la República Mr. Loubet. La revista fue en honor de zar Nicolás II, que había visitado a Francia tal vez para darse cuenta directamente de los recursos de sus aliados. Y la columna se mantiene erguida, en el centro de un pueblo arruinado, después de seis meses de incesante bombardeo... Un patriota entusiasta sacaría de este hecho extraordinario las más optimistas deducciones.

—¡Vámonos! —ordena el comandante—. No estoy tranquilo mientras usted permanezca aquí.

Volvemos hacia los refugios de las trincheras. Lanzo una última mirada a las «artísticas» ruinas del templo, sobre las cuales han llovido y lloverán tantos obuses. Es un lugar peligroso, un magnífico punto de mira para los artilleros enemigos, que lo distinguen a varios kilómetros de distancia.

Sin embargo, los hombres de Fournier han subido muchas veces a la cumbre de estas ruinas para espiar al enemigo, exponiendo su vida durante horas y horas.

Uno de los vigilantes consiguió cierta celebridad. Era un cómico malo, uno de esos cómicos de melodrama francés, con jubón de ante, sombrero empenachado y espada de cazoleta; actores de voz engolada y ademanes trémulos, generoso mosquetero, que juran diciendo «¡Ventre San Gris!» y en la puerta de la hostería chocan el vaso de hojalata, brindando «¡Por el amor y la bandera!»

Este cómico mediocre resultó en las filas un magnífico soldado. Vivía en melodrama, enardecido ilusoriamente por sus antiguas hazañas escénicas, y permitiéndose en la vida real los mismos atrevimientos heroicos que sobre las tablas.

Él fue el encargado durante mucho tiempo de vigilar a los alemanes desde lo alto de la iglesia, cuando las líneas de estos se hallaban mucho más cerca. Con la tela de unos sacos de provisiones se había fabricado un hábito de fraile, una cogulla de encapuchado que solo dejaba visibles los ojos. El color de este hábito era semejante al de la piedra y enfundado en él remontaba, como un terrorífico

inquisidor, los peldaños inseguros, para colocarse con precaución entre los escombros de la torre.

Una piedra más, un nuevo saliente de la ruina, no podía inquietar a los enemigos. Y así permanecía el cómico horas y horas, hasta la noche, con el extremo de un teléfono al alcance de su boca, inmóvil bajo el silbido de los proyectiles, invisible para los tiradores, pero expuesto plenamente a las balas ciegas que saltaban en torno de él como granizo.

En el lenguaje usado en los bastidores franceses, las capas de los espadachines y de los asesinos misteriosos que surgen en el momento más trágico de la obra, se llaman de «color de muralla».

Nunca el «color de muralla» fue usado tan audazmente sobre las tablas, como lo empleó en la realidad este cómico, oscuro, iluso y heroico.

## Duelo de artillería<sup>59</sup>

VAMOS ASCENDIENDO POR la pendiente de una montaña, cubierta de arboleda. El bosque ofrece un aspecto trágico. Parece que una tempestad muda se ha inmovilizado en él, fijando los árboles y hasta el mismo suelo en una posición violenta, antinatural. No hay un solo árbol que conserve su aspecto rectilíneo y abundante ramaje de los días plácidos de la paz. Los grupos de pinos recuerdan las columnatas rotas de los templos en ruinas. Unos se mantienen erguidos, en toda su longitud, pero sin el remate de la copa, como fustes que hubiesen perdido su capitel. Otros están partidos por la mitad, en pico de flauta, lo mismo que las columnas cortadas por el rayo. Algunos dejan colgar en torno de su seccionamiento, las esquiras filamentosas de la madera muerta, a semejanza de un mondadientes roto. En algunos puntos, la fuerza destructora se ha ensañado con ciega rabia en los árboles seculares y rugosos, anchos como torreones; encinas, robles y hayas. Una maraña de ramajes cubre el suelo cual si acabase de pasar por él una banda de leñadores gigantes. Los troncos están partidos a poca distancia de la tierra, con un corte limpio y pálido, como por un solo golpe de hacha. En torno de los montones de madera caída, el suelo aparece envuelto y hay piedras, muchas piedras que dormían en las entrañas de la tierra y una explosión ha hecho volar sobre la superficie.

De vez en cuando, entre los árboles, o partiendo el camino con una inoportunidad que obliga a molestos rodeos, se ven pequeñas lagunas, o más bien dicho, enormes charcas, todas iguales, de una regularidad geométrica que produce cierto asombro. Son redondas, exactamente redondas. Parecen palanganas hundidas en el suelo para que puedan lavarse el rostro los invisibles gigantes que talaron el bosque. Su profundidad enorme empieza en los mismos bordes. Un nadador puede arrojarse en estas charcas sin tocar el fondo.

El agua es verdosa, algo muerta, agua de lluvia con una costra de vegetación, perforada por las burbujas de los pequeños seres que inician su vida en el fondo.

En la mitad de la cuesta vemos, entre los pinos, varias tumbas con cruces de madera; tumbas de soldados franceses, rematadas por banderitas tricolores y sobre cuyos túmulos de verdura descansan viejos quepis de artilleros.

El feroz leñador, al destrozarse el bosque, alcanzó ciegamente a las hormigas heroicas que se movían entre los troncos.

---

<sup>59</sup> *El Pueblo*, 26-8-1915; *La Publicidad*, 27-8-1915; *El País*, 28-8-1915; *El Popular*, 2-9-1915; *Fray Mocho*, 3-9-1915; *HGE*, III, pp. 252-259.

Estamos en una montaña ocupada por la artillería francesa. Vamos hacia la cumbre, donde hay ocultos cañones y cañones. Las baterías ocupan un radio de más de seis kilómetros, y los artilleros germánicos han causado los destrozos que vemos, contestando a los tiros de los franceses. El bosque ha sido abatido por el obús. Las lagunas circulares son embudos abiertos por la «marmita» alemana, en un suelo de fondo calizo e impermeable que recibe y conserva los regueros de la lluvia.

\*\*\*

Un comandante de artillería dirige nuestra ascensión. Es un hombre de alborotados bigotes y cejas mefistofélicas, muy cortés, muy ilustrado, pero con una irresistible tendencia a la ironía. Lleva dos meses viviendo en esta montaña que truena, escupe acero y recibe rayos, y habla de ella como si estuviese pasando una temporada en un balneario elegante, rodeado de comodidades.

—¡Los «boches»! —exclama, marchando delante de nosotros—. Artilleros mediocres. Aún no han conseguido tocar una sola de nuestras piezas. Vive uno tan seguro aquí como en París.

Yo lanzo una mirada al pequeño grupo de tumbas que dejamos atrás.

—Un simple incidente —continúa el comandante, respondiendo a mi ojeada—. En dos meses de fuego no hemos tenido otras bajas. Reconocerá usted que es muy poco... Créame y avance tranquilo. Como si estuviese en París. Los «boches» no dan una en el blanco.

¡Animoso comandante! Es de la raza de los soldados que bromean, con el rostro cubierto de sangre, llevándose las manos a las entrañas partidas, y ven todo el peligro por el lado grotesco. Sería capaz de relatar la matanza de la noche de San Bartolomé, haciendo sonreír a su auditorio. Su cuarto galón es nuevo y contrasta por su brillo con los otros tres, verdosos y apagados. La insignia de la Legión de Honor que adorna su pecho está «fresca». La cinta roja aún no ha perdido su esplendor de sangre, bajo el polvo y el humo.

El comandante se muestra contento de la vida, de la guerra, de todos los peligros que constituyen su existencia diaria. Examina el bosque trágico con el mismo aire de un burgués que aprecia y admira su jardín.

Hemos dejado nuestro automóvil al pie de la montaña. Los automóviles resultan peligrosos cerca de las baterías. El comandante lo sabe mejor que nadie. Siempre que ha visto a través de sus poderosos gemelos un automóvil en el terreno que ocupa el adversario, ha hecho fuego con la seguridad de que la pieza de caza valía la pena... Y sonrío con expresión diabólica, mirando instintivamente su cuarto galón y la insignia roja que ostenta en el pecho.

Tiene en su historia un cañonazo famoso, que le valió estas recompensas, a pesar de ser un oficial oscuro y sin recomendaciones.

Hace algunos meses, cuando sus baterías ocupaban otro emplazamiento, vio pasar por los lentes de sus gemelos una hormiga veloz que avanzaba a través del terreno del enemigo. Era un auto, y este vehículo, debía estar ocupado forzosamente por un personaje. «¡Fuego!» A los pocos disparos, una nubecilla envolvía el carruaje. Al disolverse el vapor de la explosión, vio a la hormiga inmóvil, como aplastada en el suelo, y en torno de ella puntos casi imperceptibles que se alejaban impelidos por el terror. Algunos días después circuló por Europa una noticia. Uno de los hijos del káiser, visitando el frente de batalla occidental, se había roto una pierna «en un accidente de automóvil».

La sonrisa mefistofélica del comandante se acentúa al llegar a este punto de su relato.

—Aunque usted no es hijo del káiser —continúa—, no quiero que se rompa algo, del mismo modo, en otro accidente de automóvil. Por esto he ordenado que el carruaje se quede abajo. ¡Ánimo! Ya estamos cerca.

Empezamos a cruzarnos en el camino con soldados de artillería. Muchos de ellos solo tienen de militar el quepis que cubre su cabeza. Parecen obreros de una fábrica de metalurgia, fundidores y ajustadores, con los brazos arremangados. Llevan pantalones y chalecos de pana. Algunos, para marchar en el barro con mayor comodidad o por una costumbre de su país, usan zuecos de madera. Son antiguos trabajadores del hierro, que la movilización ha incorporado a la artillería. Sus sargentos eran igualmente, en la vida ordinaria, contra maestres de fábrica. Muchos de los oficiales que les mandan —rivalizando en abnegación y pericia con los del ejército activo—, volverán a reanudar cuando termine la guerra sus funciones de ingeniero civil o dueño de taller.

\*\*\*

De pronto tropezamos con los férreos habitantes del bosque. Cuando ellos hablan, el suelo se estremece, el aire tiembla, y los pobladores de la arboleda, cuervos y liebres, mariposas y hormigas, huyen despavoridas o se ocultan, como si el mundo fuese a perecer en una ruidosa convulsión.

Ahora, los monstruos bramadores de la selva están callados e invisibles. Se llega junto a ellos sin verlos. Entre el ramaje verde asoma el extremo de algo que parece una viga gris. Otras veces esta aparición emerge de un amontonamiento de ramaje seco. Al dar vuelta al obstáculo os encontráis en una plazoleta de tierra limpia, ocupada por varios hombres que viven, comen, trabajan y duermen en torno de un artefacto enorme, montado sobre ruedas. Un poeta vería en estos solitarios de la montaña, ennegrecidos por el sol y el humo, despechugados y arremangados, algo semejante a sacerdotes puestos al servicio de la divinidad fatal que recibe de sus manos el alimento de una enorme cápsula explosiva y la vomita ruidosamente.

Ocultos bajo el ramaje, para librarse de la observación de los aviadores germánicos, los cañones franceses se esparcen por toda la montaña.

En este rebaño de acero hay piezas enormes, montadas sobre ruedas con patines, semejantes a las de las locomóviles agrícolas que aran la tierra en las llanuras de la Argentina. Se cuentan a docenas los Rimailhos y los obuseros de gran calibre. Y como bestias menores más ágiles, juguetonas y de incesante ladrido, los grupos del famoso 75 aparecen interpolados entre los sombríos monstruos.

Vamos examinando algunas de las piezas grandes. El comandante nos enseña los proyectiles, pesados cilindros ojivales, que extraen los sirvientes de un almacén subterráneo. En la plazoleta ocupada por cada uno de estos cañones, hay abiertos varios «abrigos», profundas madrigueras con la bóveda reforzada por sacos de piedras y maderos. En estos pozos oblicuos se refugia el personal libre de servicio, durante los momentos de peligro. En ellos se guardan los proyectiles, a cubierto de una explosión.

Un artillero nos muestra dos bolsas juntas de tela blanca, bien repletas. Parecen un salchichón doble, y contienen la carga de uno de estos enormes cañones. La bolsa queda abierta, y salen a la luz unos paquetitos de pasta de color de rosa, formando hojas. ¡Quién diría que estas hojas rosadas que parecen un artículo de tocador, son uno de los terribles explosivos de la guerra moderna! Confieso que al encontrar en la calle uno de estos pequeños atados, hubiese creído que era un paquete de pintura caído del bolso de una dama coqueta, un olvido de un dependiente de perfumería... todo, menos un explosivo. ¡Y con un puñado de esta pasta, que parece fabricada para hermohear mejillas y labios, se puede volar un edificio!...

En lo más alto de la montaña vemos un torreón medio derruido. Es el puesto de mayor peligro. En él se mantiene un oficial, examinando la lejana línea enemiga para apreciar el efecto de los disparos. Los compañeros están bajo tierra, en los «abrigos», o disimulados por el ramaje que enmascara a las piezas.

Él tiene que mantenerse al descubierto, en lugar preeminente, cuidándose de ver bien, pensando en el cumplimiento de su función de vigilancia antes que en la propia seguridad. Se reemplazan diariamente los oficiales en este puesto. Algunos han recibido heridas mientras estaban de guardia, pero por un azar extraordinario, ninguno ha muerto en el cumplimiento de tal misión.

A corta distancia de la torre se abre un estrecho pasillo subterráneo. Algunos oficiales están sentados junto a la abertura. Descendemos y descendemos, hasta encontrarnos con varias habitaciones cavadas en las entrañas de la tierra, pero que disfrutan de la luz del día. Estas habitaciones tienen como fachada exterior un lado de la montaña cortado a pico, que avanza como un promontorio

sobre la llanura. La piedra ha sido agujereada en esta superficie vertical, y estrechas ventanillas dan luz y aire a los subterráneos.

Los artilleros se han instalado con mayor lujo que los oficiales de las trincheras. Sus dormitorios, oscuros cubículos, tienen algo de oriental por la cretona de colores chillones que tapiza las paredes. En la pieza que les sirve de despacho y comedor, algunas botellas vacías hacen oficio de búcaros, sosteniendo grupos de flores de la montaña.

Un comandante algo viejo —encargado del sector— sale a nuestro encuentro y nos va enseñando la población subterránea.

Es un señor de voz dulce, ademanes exquisitos y cortesía que raya en la exageración. Hable con quien hable, parece que se está dirigiendo a un grupo de damas, y pide perdón a cada palabra. A mí me recuerda, por su excesiva amabilidad, a un jefe de *rayon*<sup>60</sup> de los grandes almacenes de París, cuando ofrece géneros nuevos a una señora del gran mundo. Pero tal impresión solo dura un momento. Este soldado de cabeza blanquecina y lentes de miope, que guarda en plena guerra los mismos ademanes de cuando era director de fábrica y recibía a sus clientes, muestra al mover los brazos, unas vendas y algodones en el interior de sus mangas galoneadas. Estas vendas ocultan heridas, y sin embargo continúa en su puesto como si no le hubiese ocurrido nada; diablo de señor melifluido y almibarado... Hay que reconocer que es alguien. Siento por él un profundo respeto, a pesar de su cortesía especial, que me hacía sonreír poco antes.

Entramos en una vasta pieza, que es el puesto de mando. Recibe la luz por una ventana que no tiene más de palmo y medio de alta y tres o cuatro metros de ancha; una hendidura horizontal, semejante a las aspilleras de las ametralladoras.

Debajo de la ventana, a todo lo largo de ella, hay una mesa de madera blanca, llena de papeles. Junto a la mesa varios taburetes. Ocupando uno de estos asientos se abarca con los ojos toda la llanura, desde una altitud de trescientos metros. La ventana parece un palco de teatro francés con las celosías entreabiertas. En las paredes de la habitación hay varios aparatos eléctricos, cuadros indicadores, bocinas acústicas y teléfonos, muchos teléfonos.

Una dulce sonrisa del comandante, anuncia la emisión de una nueva amabilidad.

—¿Cómo está «su» rey? —pregunta.

Yo quedo perplejo, sin saber qué contestar. ¿Cómo le digo yo a este guerrero de la República que no conozco a mi rey?... Al fin me decido.

—Muy bueno: gracias.

---

<sup>60</sup> *rayon*: sección.

—Es muy simpático —sigue diciendo—. ¡Cómo le gustaría estar aquí y ver todo esto!...

— Sí, señor; sí que le gustaría.

El comandante agradece mis palabras con un saludo. Después aparta y arregla los papeles de la mesa, y me ofrece un taburete.

—Siéntese usted aquí.

Tiene el aspecto de un director de teatro que va a mostrar algo interesante. Extiende ante mis ojos un enorme papel, una carta de la llanura que tengo enfrente. Sobre el dibujo negro que indica los caminos, campos, pueblos, alturas y valles, corre un grupo triangular de líneas rojas, en forma de abanico. El vértice final del abanico es el lugar donde estamos: la parte ancha del triángulo, el límite del horizonte real que abarco con mis ojos.

—Vamos a tirar contra este punto —dice el comandante, señalando un lugar del extremo de la carta—. Aquí es allá —continúa, designando con un dedo una pequeña línea oscura que apenas si se destaca sobre la monotonía del horizonte—. Tome usted los gemelos.

Pero antes de que apoye el borde de sus oculares en mis cejas, el comandante coloca encima de la carta un nuevo papel. Es una fotografía enorme y algo borrosa. Sobre sus trazos aparece igualmente un abanico de líneas encarnadas, idéntico al otro.

—Nuestros aviadores —continúa el personaje cortés— han tomado esta mañana algunas vistas de las posiciones enemigas. He aquí la ampliación que hemos sacado en nuestro taller fotográfico. Según sus informes, hay acampados en un bosque dos regimientos alemanes.

Veo en el papel la mancha enorme del bosque, y líneas blancas que figuran caminos, grupos de pequeños cuadros que son manzanas de casas de un pueblo. Creo estar en un aeroplano, contemplando la tierra a mil quinientos metros de profundidad.

Luego me llevo los gemelos a los ojos, siguiendo la dirección de una línea roja y veo agrandarse en el redondel del lente una barra negra, algo así como una gruesa línea de tinta. El bosque: el refugio de los enemigos.

—Cuando usted quiera empezaremos —dice el comandante, llegando al último extremo de la cortesía—. ¿Está usted pronto?...

¿Pronto, para qué?... ¿De qué puedo servir yo, simple y emocionado mirón?

Suenan a mis espaldas un sinnúmero de timbres; vibraciones que llaman; vibraciones que contestan. Los tubos acústicos parecen hincharse con el sordo galope de las palabras. Los teléfonos se estremecen. El hilo eléctrico puebla el silencio de la habitación con sus palpitaciones de misteriosa vida.

El comandante, que parece adivinar mi pensamiento, dice sencillamente:

—Tenemos dos mil kilómetros de alambre tendido para la comunicación de este grupo de baterías.

¡Dos mil kilómetros!... Más que de aquí a Madrid.

El amable jefe ya no se ocupa de mi persona al verme bien instalado. Lo adivino a mis espaldas ante el receptor de un teléfono. Conversa con sus oficiales a través de varios kilómetros de distancia. ¡Héroe dulzón y bien hablado!... Su cortesía redicha no le abandona un momento.

—Fulano —murmura dulcemente en la bocina—. ¿Quiere usted tener la bondad de empezar?... Con mucho gusto le comunico la orden.

Va a iniciarse el fuego; va a ocurrir algo que no he visto nunca, y esto me produce cierta inquietud nerviosa. Los cañones están sobre nuestras cabezas. Temblará la bóveda como el techo de un buque cuando disparan arriba. Esta habitación, con sus tubos acústicos y sus vibraciones de teléfonos, es semejante al puente de un navío en el momento que suena la orden de zafarrancho. ¡El estrépito que va a armarse!...

Pasan segundos que parecen horas. De pronto un trueno lejano, algo que parece venir de las nubes y produce en mí cierta decepción. ¿Y esto es todo?... Los metros de tierra que tenemos sobre nosotros amortiguan y ensordecen las detonaciones. El tiro de una pieza gruesa equivale a un garrotazo sobre un colchón. Más impresionante resulta el gemido del proyectil que pasa ante la ventana, a gran altura, pues parece rozarnos con las ondulaciones del aire que desplaza violentamente.

Se aleja... se aleja, debilitando su rugido. Creemos que transcurre mucho tiempo ¡mucho! antes de que se noten sus efectos. Tal vez se ha perdido en el espacio. Los artilleros deben haber tirado mal. No llega ¡no llega!... De pronto surge en el horizonte —exactamente en el lugar indicado, o sea sobre el borrón negro del bosque—, una columna de humo de centenares de metros; una torre giratoria de negro vapor, y suena una explosión de volcán.

¡Cristo! ¡Qué mal debe vivirse allí! Experimento una impresión de alegría animal, un gozo egoísta, al verme en lugar seguro, a varios metros debajo de la tierra, y a cubierto del fuego enemigo... Esto me tranquiliza, porque los alemanes van a tirar de un momento a otro. Es indudable que contestarán, entablándose, como de costumbre, un duelo de artillería.

Todas las baterías francesas han abierto el fuego. La montaña truena incesantemente; los silbidos de los proyectiles se suceden; el horizonte, todavía silencioso, se eriza de negras columnas salomónicas. ¡Qué bien se está aquí, al lado del comandante amable y cortés!...

¡Qué espectáculo tan interesante!...

De pronto me tocan en un hombro. Es el comandante, pero no el del sector, sino el otro, el que me sirve de guía, el comandante Mefistófeles, con sus cejas levantadas, su bigote aborascado y sus lentes que parecen sonreír.

—Vamos arriba —me dice—. Hay que ver de cerca cómo trabajan los cañones. El espectáculo vale la pena.

¿Arriba?... Quedo perplejo, asombrado, como si me propusiesen un viaje a la luna. ¡Arriba! Cuando tan bien estamos aquí. ¡Arriba!, cuando los enemigos van a contestar de un momento a otro...

El comandante se marcha con los otros oficiales, y yo tengo que seguirle. ¡Hombre inoportuno!

Salgo otra vez a la luz por el boquete del subterráneo. Pero salgo de medio lado, receloso, mirando a todas partes, como sale del toril la bestia «que está en el secreto», que presiente el peligro, y sabe lo que le espera bajo la luz del sol, en el espacio libre del redondel.

Van a contestar. Me anuncia el corazón que van a contestar.

## Siguen los cañonazos<sup>61</sup>

APENAS SALGO DEL SUBTERRÁNEO y avanzo unos metros al aire libre, suena una detonación; más bien dicho, estalla un trueno; mejor aún, tiembla la tierra y tiembla el aire, como si la montaña se viniese abajo.

La atmósfera se desgarrar con tal violencia que sus ondas tumultuosas me hacen vacilar, lo mismo que esos monigotes que se mueven sobre una base hemisférica de plomo. Mis oídos zumban. Los dientes parecen saltar dentro del encierro de la boca. Siento en la nuca algo así como un garrotazo.

Ya tiran. ¿No lo decía yo?... Ya tiran. Debe ser un proyectil enemigo que acaba de caer junto a nosotros.

De buena gana me hubiese tendido en el suelo. Este fue mi primer impulso. Pero al ver que el maldito comandante seguía marchando, que la atmósfera continuaba diáfana y la tierra inmóvil, conseguí dominar mis impresiones.

Una monstruosa vedija de humo ha surgido del bosque, a unas docenas de metros; humo que se disuelve momentáneamente, con una rapidez mágica.

Efectivamente, tiran; pero los que tiran son los «nuestros». Lo que yo he creído una explosión de proyectil, es simplemente el disparo de un cañón francés, de una pieza gruesa, de calibre doscientos no sé cuántos, que funciona oculta por el ramaje, a corta distancia de nosotros.

El comandante me ofrece sus excusas, sin detener el paso. Vamos a marchar un poco por delante de los cañones, o sea por donde resulta más violenta la sonoridad de sus estampidos. Será más cómodo ir por detrás de las baterías, pero para esto hay que atravesar un gran espacio descubierto, donde está el torreón del vigía, y el comandante lo considera peligroso. Él también espera que el enemigo va a tirar de un momento a otro. Debemos seguir marchando por delante de los cañones, al abrigo de una cortina de árboles reforzada por ramajes secos que colocaron los artilleros al borde de la pendiente para enmascarar sus posiciones. Cuando llegemos al extremo de la meseta descubierta, donde la muralla de vegetación se junta con el bosque, nos será fácil oblicuar, al abrigo de los árboles, hasta colocarnos detrás de las piezas.

Y seguimos avanzando. Otra vez tiemblan la tierra y el aire; otra vez vacilo con la brutal sacudida, y los oídos y los dientes parece que van a saltar a impulsos de la explosión.

---

<sup>61</sup> *El Pueblo*, 28-8-1915; *La Publicidad*, 30-8-1915; *El País*, 31-8-1915; *La Prensa*, 13-9-1915; *The Mexican Herald*, 15-10-1915; *HGE*, III, pp. 260-268.

—Abra la boca —ordena el comandante—. Con la boca entreabierta, los oídos sufren menos.

Le obedezco, sin que este consejo me proporcione una ventaja apreciable. Cada media docena de pasos se repite el trueno y trepida todo a alrededor. Parece que marcho milagrosamente sobre un planeta en formación. Y los cañones siguen enviándonos a la cara su rugido que corta y arremolina el aire con una violencia de tempestad. ¡Qué broma tan pesada! ¡Qué aprendizaje!...

Al fin nos detenemos unos instantes, en el sitio donde hemos de torcer nuestro rumbo para ir a colocarnos detrás de las piezas.

El comandante hace alto como un pastor que desea juntar su rebaño. Toda la comitiva se ha disgregado en el espacio de unos centenares de metros. Unos han ido quedándose atrás; otros se han extraviado entre los pinos, siguiendo un sendero cuesta abajo. El inesperado y brutal estrépito ha parecido aventar nuestro grupo. No he sido yo el único sorprendido. El comandante grita entre cañonazo y cañonazo para que se reúna la gente, y, mientras esta llega, emprende una conversación con otro oficial que se ha conservado junto a nosotros. Hablan de cosas del oficio, como si estuviesen en un café. Se les ocurren preguntas que no hubiesen recordado en momentos de tranquilidad.

—¿Y Fulano? —pregunta el comandante al otro oficial, que pertenece al ministerio de la Guerra.

Fulano es un compañero de promoción.

—Le mataron en los Vosgos —contesta el interpelado.

—¿Y Zutano, aquel mozo de tan buen humor?...

—Está herido en un hospital del Sur.

Van desfilando en su conversación muertos y heridos, mientras los cañones truenan y truenan. Algunas veces el estampido monstruoso corta las palabras y borra periodos enteros del diálogo.

La serenidad de estos profesionales influye en mis nervios, domina la emoción de la sorpresa, despierta mi pundonor. Siento un deseo orgulloso de igualarme a ellos. Aunque vayan vestidos de otro modo, ¡qué diablo! son hombres como yo. Si cae del cielo un bólido alemán, lo mismo en su ciega cólera los hará pedazos a ellos, a pesar de sus trajes azules y de sus galones.

Saco mi petaca española y empiezo a liar un cigarrillo. El papel se enrolla mal y el cigarrillo no resulta precisamente una obra de arte. Gasto no sé cuántos fósforos antes de prenderle fuego. ¡Las pícaras manos que no llegan a tranquilizarse con la misma rapidez que mi ánimo! Y después que he dado unas cuantas chupadas de humo reconfortante, tarareo el solemne *Canto de partida* y a continuación el alegre *Tipperay* de los soldados ingleses.

—Cuando usted guste, mi comandante.

\*\*\*

El grupo ha vuelto a reunirse y avanzamos por entre los pinos, en la meseta cubierta de bosque. Hemos de dar rodeos, evitando las lagunas que llenan las oquedades abiertas por los proyectiles. En algunos sitios los embudos de las explosiones son recientes; aún no se ha llenado de agua y sus paredes en rápido declive muestran en líneas superpuestas las diversas capas del suelo.

Vamos a colocarnos detrás de la pieza gruesa, cuya preparación y manejo presenciábamos una hora antes.

Ya ha disparado dos veces. Por la recámara abierta, se escapa una nubecilla tenue, semejante a la de una pipa. Un sargento con un papel en la mano dicta cifras e indicaciones técnicas, comunicadas en voz baja por otro artillero que tiene en una oreja el auricular de un teléfono. Los sirvientes obedecen silenciosos, en torno del cañón. Alguien toca unas ruedecitas y el monstruo sube su morro gris, lo baja, lo mueve a un lado y otro con una expresión inteligente, con una agilidad dúctil, que evocan el recuerdo de la trompa de un elefante.

Un cabo, montado en lo más alto de la cureña, coloca sobre el cañón un aparato que me parece misterioso y sirve simplemente para apreciar las distancias. La pieza queda inmóvil. El sargento da las últimas disposiciones. Al pie de la recámara se halla un sirviente, con una cuerdecilla en la mano: el «tirador», que dispara el cañón. Este artillero es un hombre impasible, con cara de palo. Debe estar sordo. Para él la vida desde hace meses no es más que una serie de tirones y de truenos. Su embrutecimiento facial delata, sin embargo, cierta autoridad. Conoce su importancia. Sabe que es un servidor de la tormenta, un guardián del rayo en la mitología moderna.

—¡Fuego! —grita el sargento.

Y el trueno estalla a su voz. Todo tiembla, pero habituado a oír los estampidos de las piezas por la parte de la boca, esta emoción me parece de segundo orden. He empezado mi iniciación por el último capítulo y nada puede sorprenderme. Tal vez el estallido ha sido más ruidoso que los otros, pero menos violento, menos «crudo», algo semejante a la voz de un hombre que nos increpa volviéndonos la espalda.

Apenas se han extinguido las últimas vibraciones, el soldado que escucha en el teléfono dice una palabra al sargento: «Tiran». El sargento la repite a los oficiales de nuestro grupo.

«Tiran». ¿No lo decía yo?... Repito mentalmente esta noticia, con satisfacción e inquietud. Mi estado de ánimo es semejante al del enfermo que se ha convencido de la necesidad de una operación dolorosa, y la toma al mismo tiempo que la desea para poner término a sus angustias. «Tiran». Lo anuncian los vigías de la torre. Y sin saber cómo, tal vez empujado, tal vez por el santo instinto de

conservación, me veo instantáneamente en la boca de un «abrigo» de la batería. No me agazapo del todo en el interior de la estrecha cueva. Permanezco junto a la entrada. Quiero ver cómo es «eso». Mi curiosidad se sobrepone a mi inquietud.

Lo siento venir... Ya está cerca. A pesar del estrépito de nuestros cañones, percibo con rara sensibilidad este ruido, por encima de los otros que son más potentes e inmediatos.

Es un gemido que crece y crece, ensanchando su intensidad. Parece un triángulo sonoro que tiene su vértice en el horizonte y se abre al avanzar, llenando todo el espacio. Por milésimas de segundo su tono se hace más grave. Ya no es un gemido; es un estrépito bronco formado por diversos choques y roces. Recuerda el de un tranvía eléctrico al descender por una calle en cuesta; luego el de un tren, cuando pasa ante una estación, sin detenerse.

Lo veo aparecer. Es una nubecilla que se agranda, como si cayese sobre nosotros. ¡Cristo! Viene recto sobre la batería...

Me veo en el fondo del «abrigo». Tal vez he dado varios saltos; tal vez con uno solo he podido llegar de la boca hasta el fondo. Busco en la penumbra un apoyo y encuentro el frío contacto de un montón de cilindros ojivales de acero, alineados como botellas. Son los proyectiles de repuesto de la batería. ¡Ay? Si la «marmita» alemana estalla en esta madriguera. ¡Qué espantosa voladura! Pero recobro mi tranquilidad al fijar los ojos en la bóveda; vigas, sacos de tierra, sucediéndose en un espesor de varios metros.

Quedo en una obscuridad absoluta. Otros se han refugiado en el abrigo, obstruyendo con sus cuerpos el paso de la luz a través del estrecho escondrijo.

Pasa un año, que en el reloj solo es un segundo. Luego pasa un siglo, que injustamente representa otro segundo, nada más... Al fin estalla el esperado trueno. El abrigo tiembla, pero con blandura, con sorda elasticidad, como si fuese de caucho. No importa: a pesar de esto la explosión resulta horrible. Otras explosiones menores, enroscadas, juguetonas y silbantes, surgen detrás de la primera. Con la imaginación doy forma a este cataclismo y veo una serpiente con alas vomitando chispas y humo, una especie de monstruoso wagneriano que al aplastarse contra el suelo abre las entrañas, esparciendo miles y miles de culebrillas ígneas que lo cubren todo con sus mortales retorcimientos. El proyectil debe haber estallado muy cerca de nosotros: tal vez en la plazoleta que ocupa el cañón. ¡El horrible espectáculo de cadáveres despedazados, que liamos a encontrar al salir del subterráneo!...

Vuelve la luz hasta mí. La estrecha garganta ha quedado limpia de cuerpos opacos. Yo salgo también al aire libre, preparándome para toda clase de impresiones horribles.

¡Nada!... Los artilleros terminan tranquilamente de cargar su cañón. He vivido no sé cuántos meses; mientras ellos vivían unos minutos. El paso del primer proyectil les ha hecho levantar un instante la cabeza, y luego, como buenos conocedores, han continuado su trabajo.

El comandante Mefistófeles me dice sonriendo:

—Ha debido caer a unos trescientos metros. Créame: los «boches» rara vez dan en el blanco.

Esta última afirmación me parece demasiado optimista, y no la creo. Pero la primera me produce cierta vergüenza. ¡A trescientos metros!... Pienso que no vale la pena el preocuparse tanto de la propia seguridad. Vuelvo a recordar, como poco antes, que estos hombres son iguales a mí, aunque vayan vestidos de distinto modo. Confiémonos a su misma suerte, y venga lo que el destino quiera.

Llega otra «marmita» con igual estrépito. La veo venir desde la entrada del abrigo, pero no me muevo, no me oculto. Cae..., cae... Pero en su caída va más allá del inmediato grupo de árboles. Desaparece la nubecilla oscura detrás del ramaje, y algunos segundos después suena un estallido de cráter abierto, que ya no me parece tan terrible.

Satisfecho de mi valor, saco otra vez la petaca.

¡Complejo animal humano, compuesto de ilusiones y de reconfortantes mentiras! Me parece de pronto que este duelo de artillería es una broma. Nuestros proyectiles seguramente que dan en el blanco y matan, porque son «nuestros». Los del enemigo no sirven para nada. Su obligación es pasar por alto, sin tocarnos, para ir a perderse lejos, entre un estrépito imponente e inútil. Con tales ilusiones se fabrica el valor.

Me hartó del otro «yo» que momentos antes vivía agitado por la emoción de lo desconocido, y acabo insultándole. ¡Ah cobarde!... Con la jactancia de un hombre insensible a las emociones, me pregunto interiormente:

—¿Y esto es todo?...

Siento una seguridad optimista, igual a la del comandante.

Veó pasar varios proyectiles, y los sigo con los ojos, como si fuesen aeroplanos. Ahora estoy fuera del abrigo y doy chupadas al cigarro enviando volutas de humo a la nube negra que se desliza por el cielo.

Todos los del grupo hemos recobrado la serenidad, todos reímos de un peligro que consideramos ilusorio. «Aún no se ha fundido el proyectil “boche” que ha de matarnos.»

Todos confiamos en el destino que protege nuestras importantes existencias, falto sin duda de mejores ocupaciones... Y, sin embargo, bastaría una insignificante desviación de los cañones que tiran allá lejos, una milésima de

milímetro en el aparato con que apunta el artillero enemigo, para que quedásemos convertidos en papilla, con todas nuestras confianzas e ilusiones.

Así es también nuestra vida en tiempo de paz.

\*\*\*

Vamos recorriendo los diversos grupos de piezas que siguen disparando.

Nos hemos habituado al estrépito. Seguimos nuestra conversación como los actores que declaman mientras en el interior de los bastidores grita la masa de figurantes imitando las vociferaciones de un pueblo amotinado. Hacemos pausas para dejar que los cañones hablen.

En algunos puntos de la meseta funciona la artillería gruesa y corta, los ensordecedores obuses, de proyectil casi tan grande como un hombre.

Es imposible permanecer junto a estos monstruos cuando hacen fuego. Hasta los sirvientes de la pieza se alejan cuanto pueden. Solo el hombre encargado de disparar, se mantiene junto a ella con una heroica insensibilidad.

En una batería de cañones largos vemos una pieza servida por artilleros alegres. Todos son de pocos años, los soldados, los suboficiales y el capitán que los manda, un muchacho con galones nuevos en la guerrera raída y sobre el pecho la Legión de Honor. Ríen y bromean sin descuidar un instante la carga y el disparo de la pieza, único personaje grave y sombrío que figura en la reunión. Los artilleros con zuecos, procedentes del campo, procuran colocarse al nivel de la alegría interminable de los parisienses. Estos mezclan en su lenguaje términos del argot de Montmartre y la Villette; increpan a los proyectiles enemigos con las mismas palabras que a un chófer torpe en el bulevar; interpolan entre disparo y disparo algún fragmento de las canciones que la guerra ha puesto de moda.

Uno de los sirvientes que está en lo alto de la cureña, introduciendo un proyectil en la recámara y puede ver la llanura por encima del ribazo que oculta a la pieza, lanza un grito:

—¡Corto! —exclama después—. Ese llega con retraso a la cita.

Nos asomamos para ver cómo cae al pie de la montaña, en una pradera, una «marmita» enemiga. Los alemanes rectifican su tiro, y esta vez resulta corto. Es el primer proyectil que veo estallar. Se levanta en mitad de la pradera una columna de humo que toma la forma de un árbol. Los que van armados de aparato fotográfico aprovechan esta vista excepcional. ¡Estallido!... ¡Detonación ensordecida por la amplitud del llano! Esta caída inesperada sorprende a varios infantes de las trincheras que marchan por un camino inmediato. Hasta ahora han visto que los proyectiles pasaban al otro lado de la montaña. Al estallar este cerca de ellos, quedan inmóviles unos instantes y luego corren hacia él, como si quisieran hacerle cargos por haber fallado a su deber retrasándose y alterando el buen orden establecido por sus predecesores.

\*\*\*

En una hondonada del bosque encontramos varios grupos del 75.

Están esparcidos en la arboleda, disimulados bajo montones de ramas. Parecen perros agazapados que ladran y ladran, asomando entre las hojas sus hocicos grises.

Los grandes cañones truenan con intervalos de grave pause. Estas jaurías de acero aúllan incesantemente sin abrir el más pequeño paréntesis en su ruidosa cólera. Su sonido puede compararse al de una tela que se rasga sin fin. Son muchas las piezas, y como disparan con la vertiginosa prontitud de los cañones de tiro rápido, las detonaciones aisladas se juntan, se confunden, lo mismo que una serie de puntos unidos, que acaban por formar una línea compacta.

Los jefes de batería parecen embriagados por el estrépito. Dan sus órdenes a gritos, agitan los brazos, se pasean por detrás de la fila de piezas. Entre las ruedas y el cañón están sentados dos hombres inmóviles, impassibles; el que apunta y el que dispara. Ninguna trepidación conmueve sus asientos. Las ruedas permanecen inmóviles. El cañón se desliza, avanza y retrocede sobre la cureña como una pistola *browning* se mueve sobre su culata. A cada disparo expele la cápsula vacía e inmediatamente un artillero introduce otro proyectil en la recámara humeante.

El aire se arremolina a espaldas de las baterías, en un oleaje furioso. Cada vez que disparan los cañones situados a pocos pasos de nosotros, recibimos en el pecho un golpe, el violento contacto de una mano invisible que nos empuja hacia atrás. Hay que acompasar la respiración con arreglo a los disparos. Durante una milésima de segundo, entre la onda aérea barrida, y la nueva onda que llega a ocupar su sitio, se experimenta la sensación del vacío.

Luego de escuchar los truenos de las grandes piezas, encontramos que el ladrido de estos perros grises, de incesante movilidad, es casi musical. Nos parece que cantan algo monótono y feroz, como debieron ser los himnos guerreros de la humanidad primitiva.

Esta música de notas secas, ensordecedoras, delirantes, va despertando en nosotros algo que duerme en el fondo de todas las almas: el salvajismo de los remotos abuelos.

El aire se caldea, cargado de olores acres, punzantes y bestialmente embriagadores. Los perfumes del explosivo parecen penetrar hasta el cerebro por la nariz, las orejas y los ojos.

Sentimos el mismo enardecimiento de los directores de las piezas que gritan y bracean en medio del trueno continuo. Las cápsulas vacías forman una gruesa capa detrás de los cañones.

¡Fuego!... ¡Siempre fuego!

—Hay que rociar bien —gritan los jefes—. Hay que dar un buen riego al bosque que ocupan los enemigos.

Las bocas del 75 riegan y riegan, rociando de proyectiles la remota arboleda.

Y nosotros, enardecidos por esta actividad mortal, embriagados por la celeridad destructora, sometidos al vértigo de las horas rojas, nos vemos de pronto agitando nuestros sombreros, moviéndonos de un lado a otro como si fuésemos a bailar la danza sagrada de la muerte, gritando con la boca seca por el acre humo de la pólvora: «¡Viva! ... ¡Viva!».

## La duración de la guerra<sup>62</sup>

SIEMPRE QUE ALGÚN PERIODISTA me interrogó acerca de la duración probable de la guerra, me mostré pesimista. He creído, en efecto, desde el comienzo de las hostilidades, que la guerra sería larga. Hace algunos meses dije que la paz no se pactaría antes del año 1917. Ahora hay momentos en que creo haberme equivocado y el fin del conflicto se me aparece más lejano aún.

Lo que más temía en 1914 era que la guerra solo durase algunas semanas o algunos meses, pues esto no hubiese podido acontecer más que triunfando los imperios del centro y sucumbiendo los aliados. Por el contrario, cuanto más veo prolongarse la guerra y perderse su término, en las brumas del porvenir, más confianza tengo en el éxito final.

Forzosamente se entristece uno al pensar en los sacrificios hechos ya y en los que aún habrán de hacer, hasta la hora de la victoria, los pueblos defensores del derecho. Pero la realidad es siempre cruel y la tranquilidad futura se paga con el precio de las luchas y en las miserias de la hora actual. Los que deseaban la guerra, habían consagrado largos años en prepararla cautelosamente. Los que amaban la paz, se habían dormido en una feliz imprevisión, hasta el día en que fueron sorprendidos por la agresión de un ejército metódicamente perfeccionado. Los imperios centrales dieron en su primer impulso todo aquello de que eran capaces. Una vez se contuvo esta primera acometida, su fuerza de impulsión debía decrecer fatalmente hasta el día de su aniquilación. En el juego de la guerra los jugadores imperiales arriesgaron toda su fortuna desde el primer momento. Y, sin embargo, perdieron la partida. Sus rivales, una vez repuestos de la súbita sorpresa, se pusieron a jugar con prudencia, de un modo razonable, sin confiar nada al acaso. Porque no ignoran que el triunfo final les pertenece. Cuanto más se prolonga la partida, mayores son las probabilidades de éxito para ellos. El tiempo es el principal factor de la victoria final de los aliados. En esto me fundo para opinar que la guerra será larga y en que debe «ser» larga.

Penoso es decir semejante cosa; pero, por desgracia, es la triste verdad, y en las grandes crisis de la historia, los acontecimientos obedecen a las leyes misteriosas del destino, sin miramiento alguno hacia los intereses particulares.

\*\*\*

«¡Pero, isi no nos quedarán hombres para combatir!» —exclaman muchas gentes, asustadas, cuando consideran la larga duración probable de la guerra.

---

<sup>62</sup> *El Pueblo*, 19-12-1915; *La Publicidad*, 21-12-1915; *El País*, 25-12-1915; *La Prensa*, 6-1-1916.

No; siempre habrá hombres para continuar la lucha. Esta podría terminarse por falta de combatientes si solo hubiese pérdidas de un lado. Pero los dos campos experimentan por igual los estragos de la guerra. Disminuirá el número de combatientes: esto es todo. Los ejércitos que contaban con millones de hombres al principio de la guerra se reducirán a algunos centenares de millares de soldados; pero como la disminución se producirá en ambas partes, el combate podrá proseguirse en iguales condiciones que al empezar, con la única diferencia de que los frentes serán menos extensos y las masas humanas, menos densas.

Si las pérdidas no son iguales la desventaja será para nuestros enemigos. Una ofensiva a todo trance ciega e irreflexiva a menudo, una táctica brutal y pródiga de hombres, ordenando los ataques en filas compactas, producen más espantosas carnicerías en las tropas imperiales que en los ejércitos de la libertad. La diferencia de población entre Alemania y Francia queda compensada con esta desproporción de pérdidas. Rusia posee, además, un depósito inagotable de hombres e Inglaterra tiene en América, en Asia y en Oceanía, colonias de las que puede obtener combatientes.

Sí; siempre habrá hombres. Lo que faltará son militares de profesión, militares de los de antes de la guerra, y esto constituye una inferioridad para el enemigo. Del terrible ejército alemán de los tiempos de paz, formidable máquina de combate, pulida, articulada y cebada con cuidado meticoloso, ¿qué es lo que queda? La célebre guardia imperial ya no es, según expresión del general Joffre, más que una colección de uniformes. Los cadáveres de los que por derecho propio vestían estos uniformes, se pudren en el suelo de Francia y de Polonia.

Los temibles choques del principio de la guerra suprimieron una gran parte de estos soldados de oficio, que constituían la principal ventaja del enemigo. Las tropas de reserva de Francia, el ejército improvisado de Inglaterra y los regimientos recientemente multiplicados de Rusia, hallan frente a ellos, a medida que el tiempo avanza, a un enemigo provisto del mismo casco en punta, pero que ya no es el soldado alemán legendario, autómata, endurecido de la guerra.

La duración de la lucha ha obligado a unos y a otros a improvisar rápidamente nuevas fuerzas. Y cuando llega el momento de la improvisación, el francés, que nació soldado, y que, en el fondo, siempre fue soldado (soldado de guerras o soldado de revoluciones) tiene una gran ventaja sobre su adversario, porque se adapta con la mayor naturalidad a su nueva existencia, sin necesidad de amenazas ni del temor castigo, como en el ejército alemán.

He visto de cerca el ejército francés en la guerra. He estado en las trincheras de Champagne y Argona. El ardimiento y el valor de los soldados no me han sorprendido. La valentía en el ejército francés es una condición banal en la fuerza de ser común. El buen humor, la alegría de los hombres en el fondo de las

trincheras fangosas, bajo la lluvia y el frío, parecen naturales. No hay, en efecto, situación trágica en la que el francés no encuentre inmediatamente una frase espiritual, una broma espontánea para burlarse del destino y recobrar el valor.

Lo que me sorprendió, sobre todo, es la disciplina del ejército francés, disciplina especial que en vano se busca en las tropas de cualquier otro país.

Únicamente aquí ha podido realizarse el hecho de un ejército democrático, aun cuando estas dos palabras, ejército y democracia, parezcan incompatibles. El oficial y el soldado viven fraternalmente como dos ciudadanos unidos por un ideal común. El soldado obedece, porque sabe que su patria necesita su obediencia; jamás motiva, ninguno de sus actos, el temor al castigo. El oficial piensa, al mandar, en lo que vale la vida de un compatriota, y con frecuencia, expone la suya antes que la de sus hombres. El más íntimo compañerismo reina entre los que llevan galones y los que carecen de ellos. Así debían ser los ejércitos de la primera República, aquellos ejércitos de ciudadanos que muchos consideran como creación fantástica de novelistas e historiadores. He visto grupos de soldados conversar familiarmente con sus oficiales. He visto igualmente a simples soldados formar ante el auto de un general en la actitud de rigor, es cierto, pero también con una tierna sonrisa como niños que ven llegar al padre que admiran. Es porque los combatientes constituyen una dilatada familia, en la que cada uno debe desempeñar un papel diferente. Los unos han de mandar y los otros obedecer; pero todos se sienten dominados igualmente por algo superior a la recompensa o al castigo, que les hace obrar estrechamente unidos en la consecución de un fin común.

Yo, que he estado en Alemania y que he podido ver de cerca la organización feudal de la casta militar, pensaba, mientras me hallaba en las trincheras, en el sorprendente contraste que ofrecía el ejército enemigo, oculto bajo tierra, a algunos centenares de metros de distancia; pensaba en los oficiales, convencidos de su naturaleza superior y acostumbrados, por este motivo, a constituir un bando aparte y apelar al brutal sargento como intermediario entre ellos y su gente; en el rebaño armado, obedeciendo automáticamente, por miedo y por tradición, constantemente amenazado por el revólver del subteniente y la culata de su subalterno.

El tiempo ha de ejercer una acción diferente y desigual en los dos campos. Con el tiempo, el ejército democrático gana en cohesión y en fuerza; el pueblo inteligente e improvisador se adapta cada vez mejor a su nueva existencia. Los ciudadanos se convierten en magníficos soldados, como: los campesinos y los obreros de 1792, que no tuvieron jamás un fusil, se transformaron, después del milagro salvador de Valmy, en los primeros guerreros del mundo. Por el contrario, los meses que transcurren sin procurar una victoria definitiva y fulminante,

disminuyen poco a poco la confianza de las tropas imperiales que se creían seguras del triunfo. Y cuando los soldados sometidos a una férrea disciplina cesan de tener confianza en su propio triunfo y en la superioridad de sus jefes, una espesa niebla obscurece su cerebro y son incapaces de encontrar un nuevo pensamiento, en el abandono en que los han dejado sus ídolos caídos.

\*\*\*

«¡Pero, si la guerra se prolonga —claman—, no habrá bastante dinero en el mundo que permita continuarla!»

Yo no participo de esta opinión. La guerra es un mal, y para el mal siempre se encuentra dinero. Las empresas benéficas y capaces de favorecer el progreso son las que casi siempre luchan contra la falta de dinero.

He vivido varios años en las repúblicas sudamericanas, jóvenes naciones en formación aún, en las que los pueblos de Europa dan libre curso a su iniciativa y ejercen a tal extremo su influencia, que se ven en ella reflejados todos los defectos y todas las virtudes del viejo continente. Para construir un ferrocarril que abre a la civilización una provincia tan grande como Europa, para construir puertos, para explotar las inmensas y fértiles llanuras, es siempre difícil encontrar dinero. Por el contrario, los gobiernos hallan siempre con la mayor facilidad del mundo los fondos necesarios para cambiar el armamento o aumentar los efectivos del ejército, para promover la guerra o preparar revoluciones en los países en los que todos los trabajos posibles solamente en tiempos de paz, están todavía por ejecutar. Es que un ferrocarril, los barcos mercantes o las máquinas agrícolas han de pagarse al contado o a plazo fijo. En revancha, los fusiles, los cañones, las ametralladoras, se vendieron hasta estos últimos tiempos con mayores facilidades de pago que una máquina de escribir o de coser. Aún hay más: las grandes fábricas de armas de Europa, alarmadas por la parsimonia de sus clientes, que parecen haber recobrado la razón, sostenían en las dos Américas sus viajantes, que iban de república en república, diciendo con el mayor sigilo a los gobernantes: «Vuestros vecinos acaban de hacernos un importante pedido. Estad prevenidos». Y en seguida iban a buscar al vecino, al que habían atribuido propósitos hostiles, para hacerle una confidencia parecida. Concedíanse a los clientes las condiciones más ventajosas de pago. En una palabra: para los pertrechos de guerra se consigue, siempre, dinero. El que los compra, además, pronto o tarde termina por batirse. Si vence, los gastos los paga el vencido; si es vencido, también paga, pues el vencedor, que es cliente de la misma casa, garantiza el pago de la cuenta y le obliga a cumplir. Gracias a las facilidades concedidas por Europa a los pueblos jóvenes para la compra de instrumentos mortíferos, ciertas naciones de la América latina —este nuevo mundo, que es como un boceto grotesco de la humanidad futura— han dado un espectáculo desconcertante: navíos de comercio descargando sus mercancías en

alta mar por carencia de puertos, escasos y detestables ferrocarriles, ciudades casi en el mismo estado en que las dejó la colonización española; y al lado de esto, un brillante ejército, instruido por oficiales alemanes, mandado por jefes nacidos en el país pero educados en Alemania; cañones del modelo más reciente, centenares de ametralladoras y soldados (pobres mestizos inclinados por su atavismo a prendarse de todo lo que reluce y evoca la lucha), llevando el mismo uniforme que los guerreros del káiser, resguardando su piel bronceada y sus ojos, oblicuos bajo el casco en punta, exhibiendo, con el contoneo ridículo del «paso del ganso» en países en donde los campesinos suelen ir con los pies desnudos, botas enormes y muy embetunadas, hechas con arreglo a la moda de Berlín.

Este proceder de los pueblos en formación no debe tomarse en broma, pues no es sino el reflejo de lo que sucede en la vieja y juiciosa Europa, obligada durante muchos años, por culpa de Alemania, a dejar a un lado todos los gastos necesarios a los progresos de la civilización para aumentar sin tregua sus armamentos. Para la guerra siempre se encontró dinero: para continuar una guerra el dinero no falta nunca. Solo deja de hallarse cuando termina la guerra.

Vivimos en la época más crítica de la historia. Nos ha tocado ser los actores o los espectadores del drama más grande que ha conocido la humanidad. Nadie se da cuenta exacta de su importancia. Aún no estamos en el epílogo y nos es imposible manifestar formalmente nuestra opinión, cuando seguimos caminando, conmovidos de sorpresa en sorpresa. Percibimos los detalles, pero no el conjunto. Cuando llegemos al desenlace, nos admiraremos, de seguro, de la relativa serenidad con la cual hemos presenciado el espectáculo que se desarrollaba ante nuestra vista.

Quizá en esta guerra mundial, cuyo término parece retroceder por instantes, nos esperan los cambios más estupefacientes. ¡Quién sabe si el duelo entablado en el oeste de Europa no irá a terminarse en Asia Menor, en estas regiones que fueron hace millares de años, teatro de otras inmortales tragedias! ¿Quién podría afirmar que los pueblos neutros, que contemplan en este momento, llenos de privaciones —pues la miseria creciente es para todos—, pero sin sufrir directamente los horrores de la guerra, no se verán obligados a intervenir en el conflicto para defender su existencia nacional? El escenario es cada vez mayor. Nuevos actores aparecen sobre las armas. Un día u otro, los actores, en uso de «licencia», que ven la función desde bastidores, con traje de calle, se vestirán precipitadamente y ceñirán una espada para no ser sorprendidos de repente por esta improvisación trágica e interminable, que no se cansa de exigir en el escenario nuevos figurantes.

Lo único que hay de cierto es que la humanidad saldrá pobre de este conflicto, con una pobreza que formará contraste con el despilfarro de otros

tiempos. Muchos años habrán de transcurrir antes de que por medio del trabajo se recobren los millares de millones consumidos en el humo de las explosiones mortíferas, convertidos en herraje inútil o empleados en alimentar inmensas masas humanas que no han sabido producir más que la muerte.

Antaño, en las guerras de corta duración el vencedor confiaba enriquecerse con los tesoros, casi intactos, del vencido. El que triunfe hoy, quedará casi tan pobre, en los primeros años de paz, como el vencido. Puede nutrir la esperanza en una compensación; pero para conseguir esta, deberá limitarse a contar los recursos del vencido, y como en la guerra moderna las pérdidas son enormes y las indemnizaciones alcanzan cifras fantásticas, antes de que el vencido haya ganado con su trabajo lo que se le imponga, transcurrirá por lo menos medio siglo. Así pues, al fin de la guerra y durante los primeros años de paz, la pobreza general será la única cosa cierta y positiva. Ningún pueblo tendrá el privilegio de escapar de esta miseria. Los Estados del Nuevo Mundo, por alejados que estén del teatro de la lucha, sufrirán tanto, si no más, que los de Europa. Su actual situación es tolerable sin ser tan buena como muchos se imaginan. En sus talleres se trabaja día y noche para servir los pedidos de guerra. El ganado de las pampas se vende a muy elevados precios. Pero esto no aprovecha más que a algunas decenas de privilegiados. En cambio, el pueblo empieza a sentir ya cierto malestar, que se acentuará todavía cuando la guerra toque a su fin.

La mayor parte de las repúblicas americanas se han desarrollado gracias a los brazos y a los capitales de los europeos. La inmigración, las hipotecas y los empréstitos les han permitido progresar. La guerra ha puesto un término a tal estado de cosas, y esto cuando los pueblos, apenas adolescentes, se hallaban todavía en el periodo crítico de su crecimiento. Durante muchos años no pueden esperar de Europa ni brazos ni dinero. El Viejo Mundo necesitará de sus capitales y su diezmada población para reponerse de tantas pérdidas y de tantos sacrificios. Las empresas civilizadoras de Asia y África se paralizarán igualmente.

La guerra de 1914 será en la historia uno de estos hechos que separan radicalmente dos épocas con los mismos títulos que la invasión de los bárbaros o de la caída de Bizancio.

Después de esta guerra la humanidad hará penitencia forzosa durante muchos años: será una penitencia impuesta por la necesidad de recuperar lo que haya perdido y también por la pobreza inseparable a los primeros años de paz.

Hay quienes creen que una vez desaparecida la pesadilla de la guerra, la humanidad se entregará al placer y a la disipación con la misma alegría con que los marinos que, después de un viaje peligroso, desembarcan en puerto seguro. Esto aconteció algunas veces. A las guerras han sucedido periodos de locos goces cuando aquellos cuya vida había sido momentáneamente suspendida, querían

satisfacer de una sola vez sus apetitos por largo tiempo contenidos. Pero la guerra actual es completamente distinta de las guerras precedentes, en las que tomaban parte algunas centenas de millares de hombres y en las que perecían 100.000 soldados a lo sumo. Ahora se contarán las pérdidas por millones, los gastos por millares de millones. En otro tiempo solo combatían los soldados de profesión, y el resto del país continuaba trabajando y haciendo economías. Las naciones luchan ahora en masa y no hay nada en ellas, ni aun en las neutrales, que escape a las consecuencias del choque actual.

Después de la guerra seremos más pobres, más sobrios y más sencillos que antes de 1914, si no por gusto, por fuerza. ¡1914! ¡Cuán lejos estamos de los seis primeros meses de este año!

Parecen corresponder a otro siglo, más bien a otro periodo de historia, en que la humanidad era completamente distinta de la de hoy. Nunca se ha visto en medio de tan alegre inconsciencia; nunca se ha gastado el dinero con tanta ligereza. Todos los pueblos parecían ricos; el lujo y el deseo de aparentar no reconocían límites. Las mujeres declaraban que un sombrero de mil francos era el único tocado digno de una mujer que se precia. Los modistos más en boga competían entre sí a fin de alcanzar el máximo de extravagancia y de impudor. La falda femenina era una especie de pantalón que no permitía ignorar los menores detalles anatómicos. Los pantalones de los hombres, anchos, cortos y doblados por abajo, imitaban a la falda trabada. Los hombres se afeitaban cuidadosamente la cara todos los días, y para algunos de ellos este no era más que un pretexto para empolvarse las mejillas. Las mujeres, en cambio, dejaban caer sus cabellos encima de las orejas, en forma de patillas. Los presupuestos de las familias aumentaban más deprisa aún que los de los gobiernos. Todos necesitaban ser ricos o por lo menos aparentarlo. Los grandes hoteles, de origen germano-yanki, sustitúan a los centros de alta cultura y a los palacios de las artes. Se bailaba..., se bailaba..., se bailaba... Un baile de los negros de Cuba, introducido en América del Sur por los marineros que transportan la carne salada a las Antillas y adoptado por los apaches de las zahúrdas de Montevideo y Buenos Aires, conquistó en unos cuantos meses toda la tierra... como *La Marsellesa*. Fue el himno heroico de una humanidad cuyas aspiraciones redujéronse a mover los riñones y para que la vivacidad de la inteligencia se midiera por la agilidad de los pies. Una música incoherente y monótona, de inspiración africana, bastó a satisfacer el ideal de una sociedad cuyo sentido artístico no exigía nada más. Penetró hasta en las cortes más ceremoniosas, trastornando las tradiciones de reserva y de etiqueta como si fuese un canto revolucionario: el canto revolucionario de la frivolidad. El papa hubo de convertirse en maestro de baile y oponer la furlanga al tango, ya que todo el

mundo cristiano, olvidando las diferencias de sectas, coincidió en el deseo común de remover los pies con tanto frenesí como los poseídos de la Edad Media.

¡Y esto sucedía hace catorce meses!

El toque de corneta de distintas movilizaciones sorprendió a una humanidad que movía las caderas y los pies con la grave actitud de un matemático absorto en un problema, mientras oye la música de un acordeón, extraña a todas las reglas de la «sintaxis musical».

Por primera vez fue exacta esta expresión gedeónica: «El mundo baila sobre un volcán».